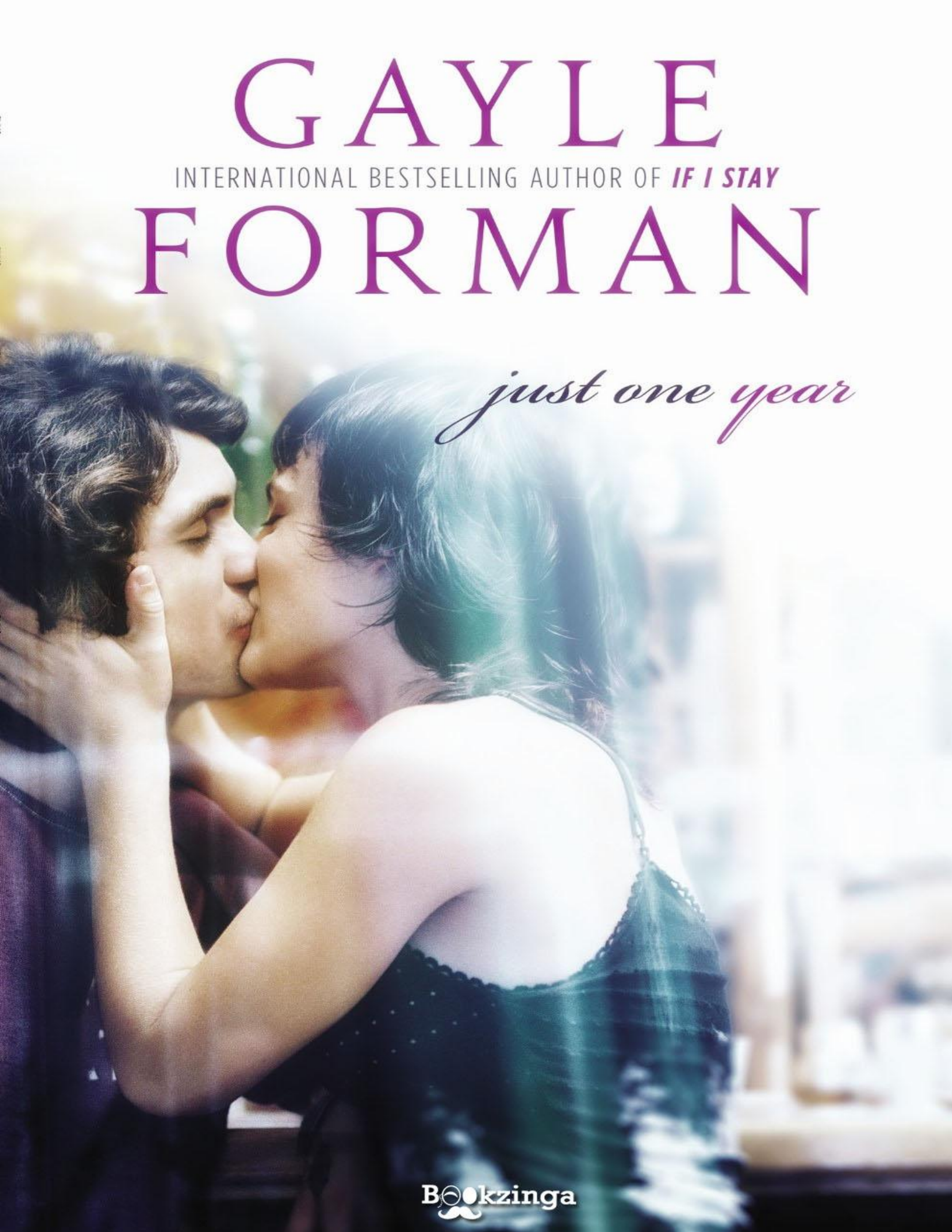
GAYLE FORMAN

INTERNATIONAL BESTSELLING AUTHOR OF ***IF I STAY***



Bookzinga

Créditos

Moderadoras

ƧЖʒKhaleesiƧЖʒ
otravaga

Traductores

ƧЖʒKhaleesiƧЖʒ
Flochi
Brendy Eris
MaryJane♥
Otravaga
Celemg
Maru Belikov
nnancyc
brenda3390
soñadora
Jessy
lililamour
martinafab
Katt090
Isa 229
Itorres
lalaemk
maphyc
Caamille

Recopilación, Corrección y Diseño

ƧЖʒKhaleesiƧЖʒ

Contenido

Parte Uno
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta y Uno
Treinta y Dos
Treinta y Tres
Treinta y cuatro
Treinta y Cinco
Treinta y Seis
Treinta y Siete
Treinta y ocho
Treinta y nueve
Cuarenta
Cuarenta y Uno
Parte Dos
Cuarenta y Dos
Cuarenta y Tres
Cuarenta y Cuatro
Cuarenta y Cinco
Cuarenta y Seis
Cuarenta y Siete
Cuarenta y Ocho
Cuarenta y Nueve
Cincuenta

Cincuenta y Uno

Cincuenta y Dos

Sobre la Autora

CUANDO ESTABA EN CASA, ESTABA EN UN LUGAR MEJOR, PERO LOS VIAJEROS DEBEN ESTAR CONTENTOS

De William Shakespeare, Como gustéis

Parte Uno

Un Año

Uno

AGOSTO
París

Traducido por ƐЖ3KhaleesiƐЖ3

Es el mismo sueño que siempre tengo: estoy en un avión, por encima de las nubes. El avión comienza a descender, y tengo este repentino pánico porque sé que estoy en el avión equivocado, estoy viajando al lugar equivocado. Nunca está claro a donde estoy aterrizando, en una zona de guerra, en el medio de una epidemia, en el siglo equivocado, solamente que es en un lugar en el que no debería estar. Algunas veces trato de preguntarle a la persona a mi lado a donde vamos pero nunca puedo ver una cara, nunca puedo escuchar una respuesta. Me despierto desorientado y sudoroso con el sonido del tren de aterrizaje bajando, el eco de los latidos de mi corazón latiendo. Por lo general, me toma unos minutos para orientarme, para localizar donde estoy —en un apartamento en Praga, un albergue en El Cairo— pero ni una sola vez eso se ha establecido, la sensación de estar perdido perdura.

Creo que voy a tener ese sueño. Al igual que siempre, levanto la cortina para mirar a las nubes. Siento la estacada hidráulica de los motores, el empuje hacia abajo, la presión en mis oídos, la ignición de pánico. Me giro a la persona sin rostro junto a mí, sólo que esta vez tengo la sensación de que no es un extraño. Es alguien que conozco.

Alguien con quien viajo. Y eso me llena de tal intenso alivio. No podemos habernos subido *ambos* al avión equivocado.

—¿Sabes a dónde vamos? —le pregunto. Me inclino más cerca. Estoy casi allí, a punto de ver una cara, a punto de obtener una respuesta, a punto de descubrir a dónde es que voy…

Y entonces oigo sirenas.



Primero noté las sirenas en Dubrovnik. Estaba viajando con un chico que conocí en Albania cuando escuchamos a las sirenas pasar. Sonaban como del tipo que tienen en las películas americanas de acción, y el chico con el que estaba viajando comentó en cómo cada ciudad tenía sus propios sonidos para las sirenas.

—Ayuda porque si olvidas donde estás, siempre puedes cerrar los ojos, dejar que las sirenas te digan —me dijo. Ha pasado un año desde entonces, y me había tomado unos minutos evocar a las sirenas en casa. Eran casi musicales, abajo-arriba-abajo-arriba la, *la*, la, *la*, como alguien distraído, pero alegre, canturreando.

No es así esta sirena. Es monótona, un *nyeah-nyeah, nyeah-nyeah,* como el balido de ovejas eléctricas. No se vuelve más fuerte o más débil a medida que se acerca o se aleja, es sólo un muro de lamentos. Por mucho que lo intente, no puedo localizar a esta sirena, no tengo idea de dónde estoy.

Sólo sé que no estoy en casa.



Abro mis ojos. Hay luz brillante en todos lados, desde encima de mi cabeza, pero también en mis propios ojos: pequeños explosiones de alfileres que duelen como el infierno. Cierro mis ojos.

Kai. El chico con que viaje desde Tirana a Dubrovnik se llamaba Kai. Bebimos cerveza Pilsner croata en las murallas de la ciudad y luego nos reímos como cabreados en el Mar Adriático. Su nombre era Kai.

Él era de Finlandia.

El estruendo sirenas. Yo todavía no sé dónde estoy.



Las sirenas se detienen. Oigo una puerta, siento el agua en la piel. Un desplazamiento de mi cuerpo. Tengo la sensación de que es mejor mantener los ojos cerrados. Nada de esto es algo de lo que quiero ser testigo.

Pero luego mis ojos son forzados a abrirse, y hay otra luz, dura y dolorosa, como cuando has pasado demasiado tiempo mirando un eclipse solar. Saba me advirtió que no lo hiciera, pero algunas cosas son imposibles de dejar de hacer. Después, tuve un dolor de cabeza durante horas. Migraña de Eclipse. Así es como lo llaman en las noticias. Hay mucha gente que la obtuvo mirando al sol. Sé eso, también. Pero todavía no sé dónde estoy.

Hay voces ahora, como si estuvieran haciendo eco dentro de un túnel. Puedo escucharlas, pero no puedo entender lo que dicen.

—*Comment vous appelez-vous?* —pregunta alguien en un idioma que sé que no es mío pero que entiendo de algún modo. *¿Cuál es tu nombre?*

—¿Puedes decirnos tu nombre? —la pregunta otra vez en otro idioma, tampoco el mío.

—Willem de Ruiter. —Esta vez es mi voz. Mi nombre.

—Bien. —Es una voz de hombre. Cambia de nuevo al otro idioma. Francés. Dice que dije mi propio nombre bien, y me pregunto cómo es que él sabe eso. Por un segundo pienso que es Bram quien habla, pero a pesar de lo confuso que estoy, me doy cuenta que eso no es posible. Bram nunca aprendió francés.



—Willen, vamos a tratar de sentarte.

—La parte de atrás de mi cama, *creo que estoy en una cama*, se inclina hacia atrás. Trato de abrir mis ojos. Todo está borroso, pero puedo ver luces brillantes por encima, paredes rayadas, una mesa de metal.

—Willem, estás en el hospital —dice el hombre.

Si, justo estaba descifrando esa parte. Eso también explicaría mi franela cubierta de sangre, y la misma franela, la cual no es mía. Es gris y dice SOS en letras rojas. ¿Qué significa SOS?

¿De quién esta franela? ¿Y de quien es la sangre?

Miro alrededor. Veo al hombre —¿un doctor?— en un bata de laboratorio, la enfermera a su lado sosteniendo una compresa helada para que la tome. Toco mi mejilla. La piel está caliente e hinchada. Mi dedo sale con más sangre. Esto responde a una pregunta.

—Estás en París —dice el doctor—. ¿Sabes dónde está París?

Estoy comiendo tajín en un restaurante marroquí en Montorgueil con Yael y Bram. Estoy pasando el sombrero después de una actuación con los acróbatas alemanes en Montmartre. Estoy cansado, sudoroso, en el espectáculo Mollier Than Molly en el Divan du Monde[1] con Céline. Y estoy corriendo, corriendo a través del mercado Barbès, la mano de una chica en la mía.

¿Qué chica?

En Francia —manejo responder. Mi lengua se siente como un grueso tronco.

—¿Puedes recordar que pasó? —pregunta el doctor.

Oigo botas y saboreo sangre. Hay una piscina de ella en mi boca. No sé qué hacer con ella, así que me la trago.

—Parece que estuviste en una pelea —continua el doctor—. Necesitarás llenar el reporte policial. Pero primero necesitarás unas suturas en tu cara, y debemos tomar un análisis de tu cabeza para asegurarnos que no hay un hematoma subdural. ¿Estás aquí de vacaciones?

Cabello negro. Respiración suave. Una persistente sensación de que he extraviado algo valioso. Acaricio mi bolsillo.

—¿Mis cosas? —pregunto.

[1] **Le Divan du Monde:** Es un teatro reconvertido, que ahora funciona como un espacio de conciertos, situado en el distrito 18, en el barrio de Pigalle de París.

—Encontraron tu bolso y su contenido disperso en la escena. Tu pasaporte todavía estaba dentro. Igual que tu cartera.

Me las entrega. Miro la billetera. Hay más de cien euros dentro, a pesar de que creí tener más. Mi identifiación está perdida.

—Tambien encontramos esto. —Me enseña un pequeño libro negro—. Hay todavía algo de dinero en tu cartera, ¿no? No sugiere un robo, al menos que hayas luchado con tus atacantes. —El frunce el ceño, asumo por la aparente locura de esta maniobra.

¿Hice eso? Una neblina se encuentra encima de mi cabeza, como la neblina que viene de los canales en la mañana que solía ver hasta que se disipara. Yo siempre tenía frío. Yael dijo que era porque aun cuando lucía holandés, su sangre mediterránea estaba nadando en mí. Recuerdo eso, recuerdo la manta de lana áspera en la que solía envolverme para mantenerme caliente. Y aunque ahora sé dónde estoy, no sé por qué estoy aquí.

No tengo que estar en París. Se supone que debo estar en Holanda. Tal vez eso explica este persistente sentimiento.

Disipar. Disipar, disiparé la neblina. Pero es tan terca como la niebla holandesa. O tal vez mi voluntad es tan débil como el sol de invierno. De cualquier manera, no se disipa.

—¿Sabes qué fecha es? —pregunta el doctor.

Trato de pensar, pero la fecha flota como hojas en una alcantarilla. Pero esto no es nada nuevo. Sé que nunca sé la fecha. No lo necesito. Niego con la cabeza.

—¿Sabes qué mes es?

Augustus. Août. No, Español.

—Agosto.

—¿Día de la semana?

Donderdag, dice algo en mi cabeza. Jueves.

—¿Jueves? —pruebo.

—Viernes —corrige el doctor, la persistente sensación se hace más fuerte. Quizás debía estar en otro lugar el viernes.

El intercomunicador hace un sonido. El doctor lo toma, habla por un minuto, cuelga, se vuelve hacia mí.

—Radiología estará aquí en media hora. —Luego comienza a hablarme de *conmociones cerebrales* o contusiones y perdidas temporales de la memoria de corto plazo y gatos y revisiones y nada de eso tiene mucho sentido.

—¿Hay alguien a quién podemos llamar? —pregunta. Y siento que sí, pero por mi vida, que no puedo pensar quien. Bram se ha ido y Saba se ha ido y Yael también. ¿Quién más está allí?

La náusea me golpea, rápido, como una ola que tuviese en la espalda. Y luego hay vómito en toda mi franela ensangrentada. La enfermera es rápida con la bacinilla, pero no lo suficiente. Me da una toalla para limpiarme. El doctor dice algo de náuseas y concusiones. Hay lágrimas en mis ojos. Nunca había aprendido a vomitar sin llorar.

La enfermera limpia mi cara con otra toalla.

—Oh, me faltó un lugar —dice con una sonrisa tierna.

—Allí, en tu reloj.

En mi muñeca hay un reloj, brillante y dorado. No es mío. Por el momento más breve, lo veo en la muñeca de una chica. Viajo por su mano hasta su delgado brazo, un fuerte hombro, un cuello de cisne. Cuando llego a su cara espero que esté en blanco, como las caras que he visto en el sueño. Pero no lo está.
Cabello negro. Piel pálida. Ojos cálidos.

Miro el reloj de nuevo. El cristal está roto pero todavía funciona. Marca las nueve. Comienzo a sospechar lo que he olvidado.

Trato de sentarme. El mundo se vuelve una sopa.

El doctor me empuja hacia la cama, una mano en mi hombre.

—Estas agitado porque estas confundido. Todo esto es temporáneo, necesitaremos hacerte la tomografía para asegurarnos que no hay sangrado cerebral. Mientras esperamos, podemos atender tus heridas faciales. Primero vamos a darte algo para adormecer el área.

La enfermera me pasa un hisopo con algo naranja.

—No te preocupes. Esto no mancha.

No mancha; sólo pica.



—Creo que debo irme ahora —digo cuando la sutura esta lista.

El doctor se rie. Y por un segundo veo piel blanca cubierta con polvo blanco, pero cálida por debajo. Un cuarto blanco. Un latido en mi mejilla.

—Alguien está esperando por mí. —No sé quién, pero sé que es verdad.

—¿Quién está esperando por ti? —pregunta el doctor.

—No lo recuerdo —admito.

—Sr. de Ruiter. Debe hacerse la tomografía. Y, después, me gustaría mantenerlo en observación hasta que su claridad mental regrese. Hasta que sepa quién está esperando por usted.

Cuello. Piel. Labios. Su frágil-fuerte mano sobre mi corazón. Llevo mi mano a mi corazón por encima de la camisa verde que me dio la enfermera después de que cortaran la mía en busca de costillas rotas. Y el nombre, está casi allí.

Enfermeros vienen a llevarme a un piso diferente. Estoy conectado a un tubo de metal que repiquetea alrededor de mi cabeza. Tal vez sea el ruido, pero en el interior del tubo, la niebla comienza a quemar. Pero no hay sol detrás de ella, sólo un aburrido, cielo plomizo mientas los fragmentos se unen.

—¡Necesito irme! ¡Ahora! —grito desde el tubo. Hay silencio. Luego el clic de un intercomunicador.

—Por favor quédese quieto —ordena una voz incorpórea en francés.



Me llevan debajo de nuevo en camilla para esperar. Son pasadas las doce.

Espero más. Recuerdo los hospitales, recuerdo exactamente por qué los odio.

Espero más.

Soy adrenalina estrellada contra la inercia: un auto rápido en un atasco. Tomo una moneda del bolsillo y hago el truco que Saba me enseñó cuando era niño. Funciona. Me calmo, y cuando lo hago, más de las piezas faltantes comienzan a encajar en su

lugar. Vinimos juntos a París. *Estamos* juntos en París. Siento su mano gentil sobre mi lado, mientras subía en la parte trasera de la bicicleta. Siento su lado mano no tan gentil a mi lado, como nos abrazamos fuerte. Ayer por la noche. En una habitación blanca.

La habitación blanca. Ella está en la habitación blanca, esperando por mí.

Miro alrededor. Los cuartos de los hospitales nunca son blancos como la gente cree. Son beige, marrón, malva: tonos neutrales para para calmar la angustia. Lo que daría por estar en una habitación blanca ahora mismo.



Luego, el doctor vuelve. Está sonriendo.

—¡Buenas noticias! No hay ningún sangramiento subdural. Sólo una contusión. ¿Cómo está tu memoria?

—Mejor.

—Bien. Esperaremos por la policía. Tomarán tu testimonio y luego te liberaré para que estés con tu amiga. Pero debes tomártelo con calma. Te daré una receta para que la tomes, pero está en francés. Quizás alguien pueda traducirla, o podemos encontrar alguien que hable español o holandés en línea.

—*Ce ne sera pas nécessaire* —digo.

—Ahh, ¿hablas francés? —pregunta en francés.

Asiento—. Me vino de regreso.

—Bien. Todo lo demás también.

—¿Entonces me puedo ir?

—¡Alguien debe venir por ti! Y tienes que hacerle un reporte a la policía.

Policía. Eso serán horas. Y no tengo nada que decirles, de verdad. Tomo la moneda de Nuevo y juego con ella a través de mis dedos.

—¡Nada de policía!

El doctor sigue la moneda mientras salta en mis manos.

—¿Tienes problemas con la policía?

—No. No es eso. Tengo que encontrar a alguien —digo. La moneda cae en el piso.

El doctor la recoge y me la da.

—¿Encontrar a quién?

Tal vez sea la manera ocasional en que lo preguntó, que mi cerebro magullado no tiene tiempo para revolverlo antes de escupirlo. O tal vez la niebla se está levantando ahora, y dejando un terrible dolor de cabeza atrás. Pero ahí está, un nombre, en mis labios, como si lo dijera todo el tiempo.

—*Lulu.*

—Ahh, Lulu. *Très bien*! —El doctor da un aplauso—. Entonces vamos a llamar a Lulu. Puede venir a buscarte. O podemos llevarte hasta ella.

Es demasiado explicar sobre el hecho de que no sé a dónde está Lulu. Sólo que está en el cuarto blanco y está esperando por mi desde hace mucho tiempo. Y tengo este horrible sentimiento, y no solo porque estoy en un hospital donde las cosas se pierden de manera rutinaria, sino por algo más.

—Tengo que irme —insisto—. Si no me voy ahora, podría ser tarde.

El doctor mira el reloj en la pared.

—No son las dos ni siquiera. No es tarde para nada.

—Puede ser muy tarde para mí. —*Quizás lo sea*. Si es que lo que sea que va a pasar no ha pasado ya.

El doctor me mira por un largo minuto. Luego niega con la cabeza.

—Es mejor esperar. Unas pocas horas más, tu memoria regresará, y la encontrarás.

—¡No tengo unas pocas horas!

Me pregunto si puede mantenerme aquí en contra de mi voluntad. Me pregunta si en este momento siquiera tengo voluntad.

Pero algo me empuja hacia delante, a través de la niebla y el dolor.

—Tengo que irme —insisto, —. Ahora.

El doctor me mira y suspira.

—*D'accord*. —Me extiende unos papeles, me dice que necesito descansar por los siguientes dos días, limpiar mis heridas cada día, las suturas se disolverán. Luego me da una pequeña tarjeta—. Este es el inspector de la policía. Le diré que espero que llames mañana.

Asiento.

—¿Tienes algún lugar dónde ir? —pregunta.

Al club de Céline. Recito la dirección. La parada del metro. Eso lo recuerdo fácilmente. Esto puedo encontrarlo.

—Bien —dice el doctor—. Ve a la oficina de facturación a la salida, y entonces te puedes ir.

—Gracias.

Me toca el hombro, me recuerda que debo tomarlo con calma.

—Siento que París te trajera tal desdicha.

Me vuelvo hacia él. Lleva una etiqueta con su nombre y la borrosidad en mi visión ha disminuido para que pueda centrarse en ella. *Docteur Robinet*, se lee. Y aunque mi visión está bien, el día sigue siendo turbio, pero tengo esta sensación. Una sensación vaga de algo —no es felicidad, pero si solidez, pisar tierra después de estar en el mar durante mucho tiempo— me llena. Me dice que quien sea esta Lulu, algo sucedió entre nosotros en París, algo que era todo lo contrario a la desdicha.

Dos

Traducido por MaryJane♥

En la oficina de facturación, lleno unas cuantas miles de formas. Hay problemas cuando piden una dirección. No tengo una. No la he tenido durante mucho tiempo. Pero no me dejarán salir hasta que proporcione una. Al principio, pienso darles la de Marjolein, la abogada de mi familia. Y ella es con la que Yael trata todo su correo importante y con quién, me doy cuenta demasiado tarde, ¿tenía que encontrarme hoy o era mañana? ¿O ayer? En Ámsterdam. Pero si una factura del hospital va a Marjolein, entonces todo eso va directamente a Yael, y no quiero explicárselo. No quiero *no* explicarlo, tampoco, en el caso más probable de que nunca pregunte al respecto.

—¿Puedo dar la dirección de un amigo? —pregunto a la dependienta.

—No me importa si me das la dirección de la Reina de Inglaterra mientras tenga algún lugar para enviar el la factura—dice ella.

Les puedo dar la dirección de Broodje en Utrecht.

—Un momento —le digo.

—Tómate tu tiempo, *mon chéri.*

Me apoyo en el mostrador y reviso mi libreta de direcciones, hojeando el último año de– conocidos acumulados. Hay un sinnúmero de nombres de personas que no recuerdo, nombres que no recuerdo incluso antes de que tuviera este desagradable chichón en mi cabeza. Hay un mensaje para *Recordar las Cuevas de Matala.* Recuerdo las cuevas, y la chica que escribió el mensaje, pero no por qué se supone que debo recordarlo.

Encuentro la dirección de Robert-Jan justo al frente. Se la leo a la recepcionista y mientras cierro el libro, se abre en una de las últimas páginas. Hay toda esta escritura desconocida, y al principio creo que mi visión realmente debe estar desordenada, pero luego me doy cuenta de que las palabras no están en inglés u holandés, sino en chino.

Y por un segundo, no estoy aquí en este hospital, estoy en un barco, con ella, y ella está escribiendo en mi cuaderno. Recuerdo. Ella hablaba chino. Me lo mostró. Regreso a la página, y ahí está.

(pon el símbolo aquí , sácalo de internet)

No hay traducción al lado de él, pero de alguna manera sé lo que esos caracteres significan.

Doble felicidad.

Veo el carácter aquí en el libro. Y lo veo más grande, en un cartel. Doble felicidad. Es ahí donde ella está?

—¿Hay tal vez un restaurante chino o tienda cercana? —pregunto a la dependienta.

Se rasca el pelo con un lápiz y consulta a una colega. Empiezan a discutir sobre el mejor lugar para comer.

—No —explico—. No es para comer. Estoy buscando esto. —Les muestro el signo de mi libro.

Se miran unas a otras y se encogen de hombros.

—¿Un Chinatown? —pregunto.

—En el distrito trece —una responde.

—¿Dónde está eso?

—Lado izquierdo.

—¿Me trajeron aquí desde allí? —pregunto.

—No, por supuesto que no —responde ella.

—Hay uno más pequeño en Belleville —ofrece la dependienta.

—Se encuentra a pocos kilómetros de aquí, no muy lejos —explica la primera y me dice cómo llegar al metro.

Me pongo la mochila, y me voy.

No llego lejos. Mi mochila se siente como si estuviera llena de cemento fresco. Cuando salí de Holanda hace dos años, llevaba una gran mochila con muchas más cosas. Pero luego la robaron y nunca la reemplacé, en su lugar compré una mochila más pequeña. Con el tiempo, las mochilas se hicieron cada vez más pequeñas, porque ha~~bía~~ tan poco que una persona realmente necesitar. Estos días, todo lo que guardo es un par de cambios de ropa, algunos libros, algunos artículos de tocador, pero incluso ahora se siente demasiado. Cuando voy por las escaleras en el metro, la bolsa rebota con cada paso, y el dolor aguijonea profundamente en mí.

—Heridas, no fracturadas —me dijo el Dr. Robinet antes de irme. Pensé que estaba hablando de mi espíritu, pero se había estado refiriendo a mis costillas.

En la plataforma del metro, saco todo de la mochila excepto mi pasaporte, billetera, libreta de direcciones, y cepillo de dientes. Cuando el tren llega, dejo el resto en la plataforma. Estoy más ligera ahora, pero no es nada fácil.

El Chinatown Belleville comienza justo después de la parada de metro. Trato de comparar los símbolos con su símbolo en mi libro, pero hay tantos de ellos y la letra en neón no se parecen a las suaves líneas de tinta que ella escribió. Pregunto por doble felicidad. No tengo ni idea de si estoy preguntando por un lugar, una persona, un alimento, un estado de la mente. Los chinos parecen asustados de mí y nadie responde, y comienzo a preguntarme si tal vez no esté hablando en francés, sólo imaginando que lo hago. Finalmente uno de ellos, un anciano canoso con las manos agarrando un bastón adornado, me mira fijamente y luego dice:

—Estás a un largo camino de la doble felicidad.

Estoy a punto de preguntar que quiere decir, dónde está, pero luego echo un vistazo a mi reflejo en un escaparate, mi hinchado ojo morado, la venda en mi cara filtrando sangre. Comprendo que él no está hablando de un lugar.

Pero luego vislumbro letras familiares. No es el carácter de doble felicidad, pero si las letras SOS de la camiseta misteriosa que llevaba antes en el hospital. Ahora las veo en otra camiseta, usada por un chico de mi edad con el pelo irregular y un puñado de abrazaderas de metal. Tal vez está conectado a la doble felicidad de alguna manera.

Llego a encontrarme con él, a media cuadra de distancia. Cuando lo toco en el hombro, se da la vuelta y retrocede. Señalo a su camisa. Estoy a punto de preguntarle lo que quiere decir cuando me pregunta en francés:

—¿Qué te pasó?

—Cabezas rapadas —le respondo en inglés. Es la misma palabra en todo. Explico en francés que llevaba una camiseta como la suya antes.

—Ah —dice, asintiendo—. Los racistas odian Sous ou Sur. Son muy anti-fascistas.

Asiento, aunque no recuerdo ahora por qué me golpearon, y estoy bastante seguro de que tenía algo que ver con mi camiseta.

—¿Me puedes ayudar? —le pregunto.

—Creo que necesitas un médico, amigo mío.

Niego con la cabeza. Eso no es lo que necesito.

—¿Qué quieres? —me pregunta el chico.

—Estoy buscando un lugar por aquí con un símbolo así.

—¿Qué es?

—Doble felicidad.

—¿Qué es eso?

—No estoy seguro.

—¿Qué es lo que estás buscando?

—Tal vez una tienda. Restaurant. Club. No sé, la verdad.

—No sabes una mierda, ¿verdad?

—Sé que no sé una mierda. Eso cuenta en algo. —Señalo el huevo en mi cabeza—. Las cosas se revolvieron.

Mira mi cabeza.

—Deberías hacerte revisar eso.

—Ya lo hice. —Señalo el vendaje que cubre los puntos de sutura en mi mejilla.

—¿No deberías estar descansando o algo así?

—Más tarde. Después de que la encuentre. La doble felicidad.

—¿Qué es tan importante acerca de esta doble felicidad?

La veo luego, no sólo verla, sino *sentirla,* suave aliento en mi mejilla mientras ella me susurraba algo justo cuando me estaba quedando dormido la noche anterior. No escuché lo que dijo. Sólo recuerdo que estaba contento. De estar en esa habitación blanca. —Lulu —le digo.

—Oh. Una chica. Estoy en mi camino a ver a *mi* chica. —Saca su teléfono y escribe algo—. Pero ella puede esperar, ¡siempre lo hacen! —Me sonríe, mostrando unos desafiantes dientes torcidos.

Tiene razón. Lo hacen. Aun cuando no sabía que lo harían, aun cuando había estado fuera mucho tiempo, las chicas, esperaban. Nunca me importó una manera u otra.

Salimos, caminando arriba y abajo por las cuadras estrechas, el aire cargado con el olor de órganos guisados. Siento como que si estuviera corriendo para seguirle el paso, y el esfuerzo revuelve de nuevo mi estómago.

—No te ves tan bien, amigo —me dice justo cuando tengo arcadas de bilis en la cuneta. Él parece vagamente alarmado—. ¿Seguro que no quieres un doctor?

Niego con la cabeza, limpio la boca, mis ojos.

—Está bien. Creo que tal vez debería llevarte a encontrar a mi chica, Toshi. Trabaja en esta área, así que podría saber que este lugar, doble felicidad.

Lo sigo unas pocas cuadras. Todavía estoy tratando de encontrar el símbolo de doble felicidad, pero es aún más difícil ahora porque hay algo de vomito en mi libreta de direcciones y manchas de tinta. Además, hay puntos negros bailando ante mis ojos por lo que es difícil ver dónde está el pavimento en realidad.

Cuando finalmente nos detenemos, casi lloro de alivio. Debido a que hemos encontrado el lugar de doble felicidad. Todo es familiar. La puerta de acero, el andamiaje rojo, los retratos distorsionados, incluso el nombre desvaneciéndose en la fachada, *Ganterie,* después de la fábrica de guantes que debe haber sido una vez. Este es el lugar.

Toshi llega a la puerta, una pequeña chica de negro con rastas apretadas, y quiero abrazarla para que me lleve a la habitación blanca. Quiero marchar directamente a la sala blanca y acostarme junto a Lulu, para que todo se sienta bien de nuevo.

Trato de decir esto, pero no puedo. Ni siquiera puedo realmente conseguir que mis piernas se muevan porque el suelo debajo de mí se ha vuelto líquido y ondulado. Toshi y mi samaritano, cuyo nombre es Pierre, están discutiendo en francés. Quiere llamar a la policía y Pierre dice que tienen que ayudarme a encontrar la doble felicidad.

Está bien, quiero decirle. *La he encontrado.* Este es el lugar. Pero no puedo hacer que las palabras salgan directamente. —Lulu —me las arreglo para decir—. ¿Ella está aquí?

Un poco más de gente se aglomera alrededor de la puerta. —Lulu —le digo de nuevo—. Dejé a Lulu aquí.

—¿Aquí? —pregunta Pierre. Se vuelve hacia Toshi y apunta a su cabeza y luego a mi cabeza.

Sigo repitiendo su nombre: *Lulu, Lulu.* Y entonces me detengo pero su nombre continúa, como en una caja de resonancia, como si mis súplicas fuesen a viajar profundamente en el edificio y la traerán de regreso a donde sea que se haya ido.

Cuando la multitud se divide, creo que realmente ha funcionado. Que mis palabras la trajeron, regresándola a mí. Que la única vez que quería que alguien esperara, lo haya hecho.

Una chica sale de la multitud. —*Sí, Lulu, c'est moi* —dice con delicadeza.

Pero esa no es Lulu. Lulu era esbelta con el pelo negro y ojos oscuros. Esta chica es una muñeca de porcelana pequeña y rubia. No es Lulu. Sólo entonces recuerdo que Lulu no es Lulu tampoco. Lulu es el nombre que le di. No sé su nombre real.

La multitud me mira. Me oigo parlotear sobre la necesidad de encontrar a Lulu. La otra Lulu. La dejé en la habitación blanca.

Me miran con expresiones extrañas en la cara y luego Toshi saca su teléfono. La oigo hablar, está solicitando una ambulancia. Me toma un minuto darme cuenta de que es para mí.

—No —le digo—. Ya he estado en el hospital.

—Hubiese odiado verte antes —dice la Lulu equivocada—. ¿Fue un accidente?

—Él fue golpeado por cabezas rapadas —le dice Pierre.

Pero Lulu equivocada tiene razón. Accidente, cómo la encontré. Accidente, como la perdí. Hay que darle crédito al universo, la forma en que iguala las cosas de esa manera.

Tres

Traducido por ƐЖ3KhaleesiƐЖ3

Tomo un taxi hasta el club de Céline. La tarifa se come hasta lo último de mi dinero pero no me importa. Sólo necesito lo suficiente para volver a Amsterdam, y ya tengo el ticket del tren.

En el corto viaje, duermo en el asiento trasero y es sólo cuando nos estacionamos a las afueras de La Ruelle que recuerdo que dejamos la maleta de Lulu aquí. El bar está oscuro y vacío, pero la puerta no está cerrada con llave. Cojeo a la oficina de Céline. Está oscuro ahí dentro también, sólo el resplandor grisáceo de su monitor de la computadora ilumina su cara. Al principio, cuando mira hacia arriba y me ve, sonríe con esa sonrisa suya, como un león que despierta de una siesta, pero con renovada
hambre. Entonces enciendo la luz.

—*¡Mon dieu!* —exclama—. ¿Qué te hizo?

—¿Ella estuvo aquí? ¿Lulu?

Céline pone los ojos en blanco.

—Sí. Ayer. Contigo.

—¿Desde esa vez?

—¿Qué le pasó a tu cara?

—¿Dónde está su maleta?

—En el almacén, donde la dejamos. ¿Qué te pasó?

—Dame las llaves.

Céline entrecierra los ojos con una de sus miradas, pero abre una gaveta del escritorio y me da las llaves.

Abro la puerta, y allí está la maleta. No ha venido por ella, y por el momento me siento feliz porque significa que debe estar aquí todavía. Todavía en París, buscándome.

Pero luego recuerdo lo que la mujer de Ganterie dijo, la que baho después de que mi visión se volviera negra y Toshi trató de nuevo de llamar a una ambulancia y le rogué que mejor llamara a un taxi.

Esta mujer dijo que vio una chica salir corriendo por la puerta cuando abrió está mañana.

—La llamé para que volviera, pero ella simplemente se fue —me dijo, en francés.

Lulu no hablaba francés. Y no conocía los caminos en París. No sabía cómo volver a la estación de tren anoche. Ella no sabía cómo volver al club tampoco. No sabía dónde estaba su maleta. Ella no sabía dónde estaba yo, incluso *si* ella quisiera encontrarme.

Tomo la maleta, busco por una etiqueta de equipaje, y no encuentro nada: nada de un nombre en una etiqueta o dirección para reclamar el equipaje. Trato de abrirla, pero está cerrada. Hago una pausa por unos segundos antes de tirar del débil candado. Tan pronto como abro la maleta, me golpea lo familiar que parece. No el contenido —la ropa y recuerdos que nunca he visto antes— sino el olor. Cojo una camiseta perfectamente doblada, me la pongo en la cara, e inhalo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Céline, apareciendo de repente en la puerta.

Cierro la puerta en su cara y continúa revisando las cosas de Lulu. Hay varios recuerdos, incluyendo uno de esos relojes de cuerda que vimos en unos de los puestos del Sena, algunos adaptadores, cargadores, artículos de higiene, pero nada que me haga rastrearla. Hay una hoja de papel en una bolsa de plástico, y tomo eso, esperanzado, pero sólo contiene un inventario de todo tipo.

Escondido debajo de un suéter está un diario de viaje. Paso los dedos por la cubierta. Estaba en un tren a Varsovia, hace más de un año cuando mi mochila me fue robada. Tenía mi pasaporte, el dinero y la libreta de direcciones conmigo, así que todos los ladrones consiguieron fue una mochila medio rota con un montón de ropa sucia, una vieja cámara, y un diario en el interior de la misma. Habían probablemente tirado todo

una vez que se habían dado cuenta de que no había nada que vender. Tal vez obtuvieron 20 euros por la cámara, aunque valía mucho más para mí. En cuanto al diario, sin valor; oré que lo botaran. No podía soportar la idea de que alguien lo leyera. Fue la única vez en los últimos dos años que había considerado ir a casa. No lo hice. Pero cuando compré cosas nuevas, no reemplacé el diario.

Me pregunto qué pensaría Lulu si leyera su diario. Traté de imaginar cómo me hubiese sentido si ella hubiese leído todos los desvaríos que escribí acerca de Bram y Jael. Cuando lo hago, no es la usual vergüenza, pena o disgusto que me cubre. En vez de eso, es algo tranquilo, familiar. Algo como alivio.

Abro su diario, pasando las páginas, a sabiendas de que no debería. Pero estoy buscando una manera de ponerme en contacto con ella, aunque tal vez, sólo estoy buscando algo más de ella. Una forma diferente de respirarla.

Pero no encuentro ninguna esencia de ella. Ni un solo nombre o dirección: no el de ella, ni de nadie a quien haya conocido. Sólo hay unas pocas entradas, nada delatador, nada de Lulu.

Llego al final del diario. La columna está rígida y agrietada. Detrás de la contraportada hay una baraja de tarjetas postales. Busco por direcciones, pero están en blanco.

Cojo una pluma en uno de los estantes y empiezo a escribir mi nombre, número de teléfono, dirección de email y la dirección de Broodje por si acaso, en cada una de las tarjetas postales. Me escribo a mí mismo en Roma, Viena, Praga, Edimburgo. Londres. Al mismo tiempo, me pregunto por qué. *Mantener el contacto*. Es como un mantra en la carretera. Este acto que haces. Pero rara vez sucede. Te encuentras con gente, se separan, a veces se cruzan de nuevo. La mayoría de las veces, no lo haces.

La última postal es de William Shakespeare de Stratford-upon-Avon. Le dije que se saltara Hamlet y que nos fuera a ver en su lugar. Le dije que la noche era demasiado buena para tragedia. Debería haber sido más consciente para decir algo así.

Le doy la vuelta a la Shakespeare.

—Por favor —comienzo. Estoy a punto de escribir algo: *Por favor mantente en contacto.*

Por favor déjame explicarte. Por favor dime quien eres. Pero mi mejilla está punzando y mi visión se vuelve borrosa de nuevo, estoy exhausto y lleno de pesar. Así que lleno ese «por favor» con ese pesar.

—Lo siento —escribo.

Meto todas las postales en la bolsa y luego en el diario. Cierro la maleta y la pongo de nuevo en la esquina. Cierro la puerta.





Cuatro

Traducido por Otravaga

La última vez que estuve en el apartamento de Céline, hace más de un año, ella arrojó un jarrón de flores muertas a mi cabeza. Había estado quedándome con ella durante casi un mes, y le dije que para mí era momento de seguir adelante. Había estado inusualmente caluroso para esa época del año y yo me había quedado por un tiempo inusualmente largo. Pero entonces el clima se había vuelto frío y sentí la claustrofobia regresar. Céline me acusó de ser un novio por conveniencia, y no estaba del todo equivocada respecto a la conveniencia, pero yo nunca había sido realmente su novio, nunca prometí quedarme. Hubo gritos, maldiciones, luego el florero volando por el aire, errando mi cabeza pero chocando contra la desteñida pared azul. Traté de ayudar con el desastre antes de irme, pero se negó a permitírmelo.

No creo que ninguno de nosotros esperara que alguna vez pusiese un pie aquí de nuevo. No creo que alguna vez pensáramos que nos veríamos de nuevo. Pero luego me encontré con ella en La Ruelle unos meses más tarde. Recientemente se había convertido en mánager artístico, y parecía lo suficientemente contenta de verme. Me dio bebidas gratis toda la noche y me invitó a bajar a su oficina para mostrarme la lista de bandas que había programado para los próximos meses. Fui con ella, a pesar de que estaba bastante seguro de que el calendario no era lo que quería mostrarme, y por supuesto, tan pronto como llegamos a la oficina, aseguró la puerta, y nunca encendió su computadora.

Hubo un acuerdo tácito de que nunca regresaría a su apartamento. De todos modos, yo tenía un lugar para quedarme, y me iba a la mañana siguiente. Después de eso, la veía cada vez que pasaba por París. Siempre en el club, en la oficina, con la puerta cerrada con llave.

Así que creo que los dos estamos sorprendidos cuando le pregunto si puedo quedarme en su casa.

—¿En serio? ¿Quieres hacerlo?

—Si no te importa. Puedes darme las llaves y nos vemos más tarde. Sé que tienes que trabajar. Me iré mañana.

—Quédate tanto tiempo como quieras. Déjame ir contigo. Puedo ayudarte.

Mis dedos distraídamente tocan el reloj, aún en mi muñeca.

—No tienes que hacerlo. Sólo necesito descansar.

Céline ve el reloj.

—¿Eso es ella? —pregunta.

Paso el dedo por el cristal roto.

—¿Vas a conservarlo? —pregunta, su tono incrédulo. O acusatorio.

Asiento. Céline empieza a protestar, pero sostengo en alto mi mano para detenerla. No tengo la energía para discutir. Pero voy a quedarme con este reloj.

Céline pone los ojos en blanco, pero también apaga su computadora y me ayuda a subir las escaleras. Le grita a Modou, quien ahora está hurgando detrás de la barra, que me lleva a casa para pasar la noche.

—¿Qué le pasó a tu amiga? —pregunta Modou, apareciendo de nuevo.

Me volteo hacia él. Las luces están atenuadas y el brazo de Céline está alrededor de mí para darme apoyo. Casi no puedo verlo.

—Dile a ella que lo siento. Su maleta está en el armario. Si regresa. Dile eso. —Quiero decirle que se asegure de que ella vea las postales, pero Céline me está sacando a tirones por la puerta. En el exterior, estaba esperando oscuridad, pero, no, todavía es de día. Días como estos se prolongan durante años. Son aquellos que deseas que duren los que pasan -uno, dos, tres- en cuestión de segundos.



La marca de agua donde el florero se estrelló contra la pared sigue ahí. También lo están las pilas de libros, revistas, CD's, y las precarias torres de discos de vinilo. Los ventanales, que ella nunca se molesta en cubrir, incluso por la noche, están abiertos de par en par, dejando entrar las infinitas e interminables horas de luz.

Céline me da un vaso de agua, y por fin me tomo los analgésicos que el Dr. Robinet me dio antes de salir del hospital. Me aconsejó que los tomara *antes* de que comenzara el

dolor, y que siguiera tomándolos hasta que disminuyera. Pero temía que tomarlos antes habría embotado cualquier sentido común que me quedara.

Las instrucciones en el frasco dicen una pastilla cada seis horas. Tomo tres.

—Levanta tus manos —indica Céline. Y es como ayer, cuando estaba haciéndome cambiar de ropa y Lulu nos sorprendió, y me había parecido lindo que ella tratara de ocultar sus celos. Y luego Modou la había besado y yo había tenido que esconder los míos.

No puedo levantar los brazos por encima de mi cabeza, así que Céline me ayuda a quitarme la bata de hospital. Mira fijamente mi pecho durante mucho tiempo. Niega con la cabeza.

—¿Qué?

Chasquea la lengua.

—Ella no debería haberte dejado así.

Empiezo a explicar que ella no me dejó así, no conscientemente. Céline me desestima con un gesto de sus manos.

—No importa. Estás aquí ahora. Ve al baño y límpiate. Cocinaré algo.

—¿Tú?

—No te rías. Puedo hacer huevos. O sopa.

—No te preocupes. No tengo apetito.

—Entonces te prepararé un baño.

Ella me prepara un baño. Escucho el agua corriendo y pienso en la lluvia, que se ha detenido. Siento los medicamentos comenzando a hacer efecto, los suaves tentáculos del sueño lentamente arrastrándome hacia abajo. La cama de Céline es como un trono y me desplomo sobre ella, pensando en mi anterior sueño de hoy del avión y en cómo se sentía un poco diferente de la pesadilla habitual. Justo antes de dormirme, una de mis líneas —las líneas de Sebastian— de *Noche de Reyes* me viene a la cabeza: «¡Si de este modo se sueña, dejadme seguir durmiendo!»

Al principio, creo que estoy soñando de nuevo. No el sueño del avión, uno diferente, uno bueno. Una mano arrastrándose arriba y abajo por mi espalda, deslizándose más y más abajo. Ella mantuvo la mano sobre mi corazón. Durante toda la mañana mientras dormíamos en ese piso duro. Esta mano me acaricia hasta la cintura y luego va más abajo. *Magullado, no roto,* dijo el médico. En mi sueño, siento mi fuerza regresando.

Mi propia mano encuentra su cuerpo caliente, tan suave, tan acogedor. Deslizo mi mano entre sus piernas. Ella gime.

—*Je savais que tu reviendrais.*

Y entonces es la pesadilla de nuevo. Lugar equivocado. Persona equivocada. Avión equivocado. Me sacudo en la cama, apartándola con tanta fuerza que ella cae al suelo.

—¿Qué estás haciendo? —le grito a Céline.

Ella se pone de pie, desnuda sin remordimiento alguno al resplandor de la farola.

—Estás en *mi* cama —señala.

—Se supone que tienes que cuidar de mí —digo. Esto suena todavía más patético porque ambos sabemos que no quiero que lo haga.

—Pensé que lo hacía —dice, intentando una sonrisa. Se sienta en el borde de la cama, palmea la sábana al lado de ella—. No tienes que hacer nada más que recostarte y relajarte.

No estoy usando nada salvo mis bóxers. ¿Cuándo me quité los pantalones vaqueros? Los veo perfectamente doblados en el suelo, junto con la bata del hospital. Alcanzo la bata. Mis músculos protestan. Me pongo de pie. Aúllan.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Céline.

—Marchándome —digo, jadeando por el esfuerzo. No estoy del todo seguro de que pueda salir de aquí, pero sé que no puedo quedarme.

—¿Ahora? Es tarde. —Luce incrédula. Hasta que me meto en mis pantalones vaqueros. Es un proceso laboriosamente lento, y le da tiempo para digerir el hecho de que, en realidad, estoy marchándome. Puedo ver lo que sucederá: la repetición de la última vez que estuve aquí. Un torrente de maldiciones, en francés. Soy un malparido. La he humillado.

—Te ofrecí mi cama, a mí, y me haces a un lado. Literalmente. —Se está riendo, no porque sea divertido, sino porque es inconcebible.

—Lamento eso.

—Pero viniste a *mí.* Ayer. Otra vez hoy. *Siempre* regresas a mí.

—Fue sólo por un lugar para dejar la maleta —explico—. Fue por Lulu.

La expresión de su rostro es diferente de lo que fue la última vez, cuando me arrojó el florero, después de que le dije que era hora de irme. Esa era furia. Esta es la furia antes de que tuviera tiempo para calmarse, cruda y sangrienta. Qué estúpido fue visitar a Céline. Podríamos haber encontrado otro lugar para esa maleta.

—¿Ella? —grita Céline—. ¿Ella? No era más que una chica. ¡Nada especial! ¡Y mírate ahora! Ella te dejó así. Yo siempre soy a la que vienes corriendo, Willem. Eso significa algo.

No había tomado a Céline por una de las que esperan.

—No debería haber venido aquí. No lo haré de nuevo —prometo. Recojo el resto de mis cosas y salgo cojeando de su apartamento, por las escaleras hasta la calle.

Un auto de policía pasa volando, sus luces destellando por las calles finalmente oscuras, su sirena gimiendo: *nyeah-nyeah, nyeah-nyeah.*

París.

No casa.

Necesito llegar a casa.

Cinco

Traducido por Celemg

La oficina de Marjolein está en una angosta casa del canal del Brouwersgracht[2], el interio es todo blanco y moderno. Bram diseño esto, llamándolo el primero de sus «proyectos vanidosos». Pero no había nada vanidoso en Bram; eso era sólo su código - de que no iba a recibir pago.

El trabajo diario de Bram era el diseño de resguardos de emergencias para los refugiados, algo en lo que creía pero eso no desafiaba su lado creativo. Así que estaba siempre en la búsqueda de ejercitar sus modernas sensibilidades, como transformar una gastada barcaza de trasporte en un palacio flotante de tres pisos hecho de vidrio, madera y acero, que una fue descrito como el «Bauhaus en el Gracht[3]» en una revista de diseño.

Sara, la asistente de Marjolein, sentada detrás de una despejada mesa de acrílico transparente, un jarrón con rosas blancas en el escritorio. Cuando entro, me da una nerviosa sonrisa y se levanta lentamente para tomar mi abrigo. Me inclino para saludarla besándola.

—Lo siento, llego tarde —me disculpo.

—Llegas *tres semanas* tarde, Willem —dice mientras me guía dentro, aceptando mi beso pero no el contacto visual.

Le doy mi mejor sonrisa pícara, incluso aunque ésta tira de mi herida que ahora pica.

—¿Pero vale la pena esperar?

~~N~~o responde. Fue hace más de dos años que Sara y yo tuvimos nuestro momento. Había gastado mucho tiempo en esta oficina entonces, y ella estaba ahí, la asistente del

[2] Brouwersgracht: Canal de Amsterdam que une Singel, Herengracht, Keizergracht y Prinsengracht.
[3] Hace comparación con la Bauhaus, escuela de artesanía, diseño, arte y arquitectura, dando entonces a entender que es una pieza de arte sobre el Gracht, término utilizado para referirse a los canales.

abogado de nuestra familia. Cuando esto pasó, había estado enamorado, Sara la mujer mayor con los ojos tristes y la cama pintada de azul. Pero no duró. Nunca lo hace.

—Técnicamente, llegué sólo unos pocos días tarde —le digo—. Marjolein es la que está retrasada por dos semanas.

—Porque se fue de vacaciones —dice Sara, extrañamente malhumorada—. Que había reservado a propósito para después del cierre.

—Williem. —Marjolein se asoma por la entrada, naturalmente alta, y aún más en los tacones de aguja que siempre se ponía. Me invita a su oficina donde la sensibilidad moderna de Bram está en todas partes. Los desordenados papeles y carpetas en precarias pilas son las contribuciones de Marjolein.

—Así que me desechaste por una chica —dice Marjolein, golpeando la puerta detrás de ella. Me pregunto cómo es que Marjolein pudo saber esto. Mira fijamente hacia mí, claramente entretenida por algo—. Llamé de nuevo, ¿sabes?

En el tren desde Londres a París, traté de mensajear a Marjolein sobre mi retraso, pero mi teléfono no podía conseguir señal y estaba a punto de morir de todos modos, y por alguna razón, no quise decirle a Lulu sobre nada de esto. Así que cuando vi una de las chicas belgas mochileras en el café, le había pedido prestado su teléfono. Había tenido que buscar a tientas en mi mochila por el número de Marjolein en mi libreta de direcciones y había derramado todo el café encima de mí y de la chica belga.

—Ella sonaba hermosa —dice Marjolein, con una amplia sonrisa que es traviesa y regañona, ambas al mismo tiempo.

—Lo es —digo.

—Siempre lo son —dice Marjolein—. Bueno, ven a darme un beso. —Doy un paso adelante para ser besado pero antes de hacerlo, me detiene—. ¿Qué le pasó a tu cara?

Un aspecto positivo a nuestra reunión pospuesta es que ha dado tiempo a que el moretón se desvaneciera. La sutura se disolvió, también. Todo lo que queda ahora de ese día es un grueso y elevado verdugón que esperaba pasara desapercibido. Cuando no respondo Marjolein lo hace.

—¿Te has enredado con la chica equivocada, eh?¿Una con un furioso novio? —hace un gesto hacia el área de recepción—. Hablando de eso, Sara tiene un buen amigo Italiano, así que aléjate. Ella lloró por meses después de que la dejaras la última vez. Casi la despido.

Alzo mis manos y finjo inocencia.

Marjolein rueda sus ojos.

—¿Fue esto realmente a causa de una chica?—señala mi mejilla.

Poniéndolo de ese modo, la historia rodeaba un poco a la verdad. — Bicicleta. Cerveza. Peligrosa combinación. —Alegremente represento con gestos caer de una bicicleta.

—Mi Dios. ¿Ha pasado tanto tiempo que has olvidado como beber y manejar una bicicleta? —pregunta—. ¿Cómo puedes incluso seguir diciéndote a ti mismo que eres Holandés? Te tenemos de regreso justo a tiempo.

—Así parece.

—Vamos. Déjame conseguirte un café. Y tengo algunos excelentes chocolates escondidos en alguna parte por aquí. Y después vamos a firmar los papeles.

Llama a Sara, quien trae dos tacitas de café. Marjolein revuelve por todas partes en sus cajones hasta que saca una caja de duros y fibrosos chocolates. Tomo uno y lo dejo fundir en mi lengua.

Comienza a explicar lo que voy a firmar, a pesar de que esto no importaba porque mi firma es sólo requerida debido a alguna burocrática formalidad. Yael nunca adoptó la ciudadanía Holandesa, y Bram, que solía decir, «Dios está en los detalles», cuando se refería a la meticulosidad de sus diseños, aparentemente sostenía una visión opuesta cuando se trataba de sus relaciones personales.

Todo esto significaba que mi presencia es necesaria para finalizar la venta y establecer diversos fideicomisos. Marjolein parlotea mientras yo firmo y firmo y firmo otra vez. Aparentemente el que Yael no sea Holandesa, y que no residió mucho aquí ni tampoco en Israel, sino que flotaba como alguna refugiada sin patria, en realidad es una gran bendición fiscal para ella. Vendió el bote por setecientos diecisiete mil euros, explica Marjolein. Una parte va al gobierno, pero una suma mucho más grande iba para nosotros. Para el final del día de mañana, cien mil euros iban a ser depositados en mi cuenta bancaria.

Mientras yo firmaba, Marjolein sigue mirándome.

—¿Qué? —pregunto.

—Es que sólo había olvidado cuanto te pareces a él.

Me detengo, la pluma lista sobre otra jerga legal. Bram siempre acostumbraba a decir que aunque Yael era la mujer más fuerte en el mundo, de alguna manera sus suaves genes aplastaron su oscuro contenido israelí.

—Lo siento —dice Marjolein, volviendo a lo nuestro—. ¿Dónde te has estado quedando desde que volviste? ¿Con Daniel?

¿El tío Daniel? No lo veía desde el funeral, y antes de eso sólo unas pocas veces. Él vive en el exterior y alquila su apartamento. ¿Por qué me quedaría ahí?

No, desde que volví casi había sido como estar aún en circuito viajero. Me quedé atascado en el estrecho radio alrededor de la estación de trenes, cerca de los albergues juveniles y el distrito rojo. En parte, esto era una cuestión de necesidad. No estaba seguro si tendría suficiente dinero para durar unas pocas semanas, pero de alguna manera, mi cuenta bancaria no había llegado a cero. Podía haber ido a quedarme con viejos amigos de la familia, pero no quiero que nadie sepa que volví; no quería volver a visitar ninguno de esos lugares. Definitivamente no iría a ningún lugar cerca de Nieuwe Prinsengracht.

—Con un amigo —digo vagamente.

Marjolein interpreta esto incorrectamente.

—Oh, con *un amigo*. Ya veo.

Le doy una sonrisa medio avergonzada. Dejar a la gente sacar sus propias conclusiones es más sencillo que explicar una complicada verdad.

—Asegúrate que este amigo no tenga un furioso novio.

—Voy a hacer lo mejor que pueda —digo.

Termino de firmar los papeles.

—Eso es entonces —dice. Abre su escritorio y saca una carpeta de manila—. Aquí hay algunos correos. He dispuesto que cualquier cosa que vaya a la embarcación sea remitida aquí hasta que me des una nueva dirección.

—Podría tardar un rato.

—Está bien. *Yo* no voy a ir a ningún sitio. —Marjolein abre un gabinete y saca una botella de whisky escocés y dos vasos—. Te acabas de convertir en un hombre con recursos. Esto merece un trago.

Bram solía decir en broma que en lo que respecta a Marjolein, cada vez que el minutero del reloj pasaba las doce, esto era motivo para un trago. Pero yo acepto el vaso.

—¿Por qué deberíamos brindar? —pregunta—. ¿Por las nuevas aventuras? Un futuro nuevo.

Sacudo mi cabeza.

—Vamos a brindar por los accidentes.

Veo la conmoción en su cara, y me doy cuenta tarde que esto sonaba como que estaba hablando de lo que pasó con Bram, aunque eso no era demasiado accidental sino más bien una estrafalaria ocurrencia.

Pero eso no era de lo que estaba hablando. Yo hablaba de *nuestro* accidente. El único que creó nuestra familia. Seguramente Marjolein debía haber oído la historia. Bram amaba contarla. Esta era como una familia de origen mitológico, de cuento de hadas, y canción de cuna todo enrollado junto.

Bram y Daniel, condujeron a través de Israel en un Fiat que se descomponía constantemente. Un día se descompone fuera de la costa de la ciudad de Netanya y Bram estaba tratando de repararlo, cuando una soldado, rifle colgado del hombro, cigarrillo colgando, deambulaba por allí.

—La vista más escalofriante que puedan imaginar —diría Bram, sonriendo al recuerdo.

Yael. Regresabdo hacia su base militar en Galilea después de un fin de semana derrochado en Netanya, en la casa de un amigo, o quizás de un chico, en cualquier parte menos en el apartamento en el que había crecido con Saba. Los hermanos estaban conduciendo a Safed, y después de que ella reconectó la manguera de su radiador, ellos le ofrecieron un aventón. Bram galantemente le ofreció el asiento de en frente; después de todo, ella arregló el auto. Pero Yael, pareciendo apretado en el asiento trasero dijo—: Cualquiera que sea más bajo puede sentarse atrás. —Ella aseguró que se refería a ella misma, y no saber cuál de los hermanos era el más alto, porque Daniel había estado en el asiento del pasajero, haciendo un porro con el hachís Libanés que él le había comprado a un surfista en Netanya.

Pero Bram había entendido mal, y entonces después de una medida inecesaria se determinando que Bram era más alto por unos tres centímetros, y Daniel tomó la parte de atrás.

Ellos condujeron a la soldado de vuelta a su base. Antes de separar sus caminos, Bram le dio su dirección en Amsterdam.

Un año y medio más tarde, Yael terminó su servicio militar y, determinó poner tanta distancia como pudo entre ella misma y todo lo que creció con ella, tomó el poco dinero que había guardado y comenzó a pedir aventón a su camino al norte. Duró cuatro meses y consiguió llegar a Amsterdam antes de quedarse sin dinero. Entonces golpeó una puerta. Bram la abrió, e incluso aunque él no la había visto en todo ese tiempo, e incluso aunque él no sabía por qué ella estaba ahí, e incluso aunque ésta no era realmente como el hacía las cosas, se sorprendió a sí mismo y la besó.

—Como si la había estado esperándola todo éste tiempo —había dicho en una voz llena de asombro.

—Ve que graciosa es la vida —Bram acostumbraba a decir como el epílogo a su épica historia de amor—. Si el auto no se hubiera descompuesto justo allí, o si ella se hubiese quedado sin dinero en Copenhagen, o si Daniel hubiera sido el más alto, nada de esto podría haber pasado nunca.

Pero yo sabía que lo que él estaba diciendo en realidad era: *Accidentes. Todo es sobre los accidentes.*

Seis

Traducido por Nnancyc

Dos días después, cien mil euros aparecen en mi cuenta bancaria, como por arte de magia. Pero por supuesto, no es magia. Ha pasado un largo tiempo desde que fui echado de mi curso de economía, pero he llegado a entender que el universo opera en la misma teoría general del equilibrio al igual que los mercados. Nunca te da algo sin hacerte pagar por ello de algún modo.

Compro una bici destartalada a un drogadicto y otro cambio de ropa en el mercadillo. Puedo tener dinero ahora, pero he crecido acostumbrado a vivir sencillamente, poseer solo lo que puedo cargar. Y además, no voy a quedarme mucho tiempo, así que puedo también dejar tan pocas huellas como sea posible.

Deambulo de ida y vuelta por la Damrak mirando a una agencia de viajes, intentando decidir dónde ir luego: Palaos. Tonga. Brasil. Una vez que las opciones aumentan, decidirse por una se vuelve más difícil. Tal vez encontraré al tío Daniel en Bangkok, ¿o está en Bali ahora?

En una de las agencias de estudiantes, una chica con pelo oscuro detrás del escritorio me ve mirando con concentración los anuncios. Alcanza mi mirada, sonríe, y hace señas para que entre.

—¿Qué estás buscando? —pregunta en un acento ligeramente holandés. Suena del este, tal vez rumano.

—Algún sitio que no sea aquí.

—¿Puedes ser más específico? —dice, riendo un poco.

—Algún lugar cálido, barato y lejano. —*Algún lugar que con cien mil euros, pueda permanecer perdido tanto tiempo como quiera*, pienso.

Ríe—. Eso describe casi la mitad del mundo. Vamos a reducirlo. ¿Quieres playas? Hay algunos fantásticos sitios en Micronesia. Tailandia es aun completamente barato. Si estás dentro de un asunto más caóticamente cultural, India es fascinante.

Niego con la cabeza. —No la India.

—¿Nueva Zelanda? ¿Australia? Las personas están deshaciéndose en elogios sobre Malawi en África Central. Estoy escuchando grandes cosas sobre Panamá y Honduras, aunque tuvieron esos golpes de estado allí. ¿Por cuánto tiempo quieres irte?

—Indefinidamente.

—Oh, entonces podrías buscar en uno de los paquetes de la vuelta al mundo. Tenemos unos pocos en oferta. —Escribe de inmediato en su computadora—. Aquí hay uno: Amsterdam, Nairobi, Dubai, Delhi, Singapore, Sydney, Los Ángeles, Amsterdam.

—¿Tienes uno que no se detenga en Delhi?

—Realmente no quieres la India, ¿huh?

Solo sonrío.

—Está bien. Entonces ¿qué parte del mundo *quieres* ver?

—No importa. Cualquier lugar funcionará, en serio, siempre y cuando sea cálido, barato y lejano. Y no la India. ¿Por qué no eliges por mí?

Se ríe, como si fuera una broma. Pero lo digo en serio. He estado atascado en una clase de inercia retardada desde que regresé, pasando días completos en camas tristes de hostales esperando por mi encuentro con Marjolein. Días enteros, muchas horas vacías, sosteniendo un reloj roto-pero-todavía-haciendo-tictac, preguntándome cosas inútiles sobre la chica a quien le pertenece. Todo está haciendo un poco de lío en mi cabeza. Una razón más para volver a viajar.

Golpetea los dedos contra el teclado—. Tienes que ayudarme. Para comenzar, ¿dónde ya has estado?

—Ten. —Empujo mi pasaporte deteriorado al otro lado del escritorio—. Esto tiene mi historia.

Lo abre. —Oh, lo tiene, ¿cierto? —Su voz ha cambiado, de amistosa a tímida. Hojea las páginas—. Viajas mucho, ¿no?

Estoy cansado. No quiero hacer este baile, no justo ahora. Sólo quiero comprar mi billete de avión e irme. Una vez que esté fuera de aquí, lejos de Europa, en algún sitio cálido y lejano, regresaré a mi viejo yo.

Se encoge de hombros y vuelve a hojear mi pasaporte.

—Uh-oh. ¿Sabes qué? No puedo reservarte ningún lugar aún.

—¿Por qué no?

—Tu pasaporte está casi vencido. —Cierra el pasaporte y lo desliza de vuelta—. ¿Tienes una cédula de identidad?

—La robaron.

Sacudo la cabeza. Nunca llamé a la policía francesa.

—No importa. Necesitas un pasaporte para la mayoría de aquellos lugares de todas maneras. Sólo necesitas conseguir que lo renueven.

—¿Cuánto tiempo tomará eso?

—No mucho. Unas semanas. Ve a City Hall por los formularios. —Suelta de un tirón algo del otro papeleo que necesitaré, nada de lo que tengo aquí.

De repente me siento atascado, y no estoy seguro como sucedió eso. ¿Después de arreglármelas por dos años enteros de no poner los pies en Holanda? ¿Después de ir a algunas absurdas distancias para evitar esta masa terrestre pequeña-pero-central, por ejemplo convencer a Tor, el director dictatorial de Guerrilla Wills, para renunciar a la presentación en Amsterdam y llegar a Copenhagen en su lugar, con alguna historia mal concebida sobre los daneses siendo las mejores personas enamoradas de Shakespeare en Europa fuera del Reino Unido?

Pero luego de la última primavera Marjolein finalmente había arreglado el desastre de la herencia de Bram y transferido el título de propiedad del barco-vivienda a Yael. Ella celebró de inmediato poniendo la casa, que él había construido para ella, a la venta. No debería haber estado sorprendido, no en ese punto.

Aun así, ¿pedirme que vaya y firme los papeles? Eso me dio rabia. *Chutzpah*, lo llamaría Saba. Entendí que para Yael que era una cuestión de practicidad. Yo era un viajante de tren, ella era una viajante de avión. Solamente serían unos días para mí, un inconveniente menor.

Excepto que me demoré por un día. Y de algún modo, eso ha cambiado todo.

Siete

Octubre
Utrecht

Traducido por Caamille

Se me ocurre, tardíamente, que quizás debí haber llamado a Broodje. Quizás el mes pasado, cuando regresé por primera vez. Ciertamente antes de ahora, antes de aparecerme en su casa. Pero no lo hice. Y ahora es demasiado tarde. Simplemente estoy aquí. Esperando hacer esto lo menos doloroso posible.

En la casa en Bloemstraat, alguien ha cambiado el viejo timbre por uno con la forma de un ojo que mira fijamente con reproche. Esto se siente como un mal presagio. La correspondencia entre Broodje y yo, siempre irregular, había sido inexistente en los últimos meses. No puedo recordar la última vez que le envié un email o un mensaje de texto. ¿Hace tres meses? ¿Seis meses? Se me ocurre, también tardíamente, que puede ser que incluso ya ni viva aquí.

Excepto, que de alguna manera, sé que lo hace. Porque Broodje no se habría ido sin decírmelo. No habría hecho eso.

Broodje y yo nos conocimos cuando teníamos ocho años. Lo atrapé espiando nuestro bote con un par de binoculares. Cuando le pregunté qué estaba haciendo, explicó que no estaba espiándonos a *nosotros*. Había habido una serie de robos en nuestro vecindario, y sus padres habían estado hablando de dejar Amsterdam por un algún lugar más seguro. Prefería quedarse en el apartamento de su familia, así que dependía de él encontrar los culpables.

—Esto es muy serio —le había dicho. —Sí, lo es —él había respondido—. Pero tengo esto. —Fuera de la canasta de su bicicleta había sacado el resto de su equipo de

espionaje: decodificador de mira, auriculares que aumentaban el ruido, anteojos de visión nocturna, los cuales me dejó probar. —Si necesitas ayuda para encontrar a los tipos malos, puedo ser tu compañero —le había ofrecido. No habían muchos niños en nuestro vecindario en el límite este del centro de Amsterdam, no niños en absoluto en las casas flotantes adyacentes en el Nieuwe Prinsengracht donde nuestro bote estaba amarrado, y no tenía hermanos. Pasaba mucho de mi tiempo lanzando pelotas en el muelle contra el casco del bote, perdiendo la mayoría de ellas en las turbias aguas de los canales.

Broodje aceptó mi ayuda, y nos convertimos en compañeros. Pasamos horas cubriendo el vecindario, tomando fotos de personas y vehículos que lucían sospechosos, descifrando el caso. Hasta que un anciano nos vio, y, pensando que estábamos trabajando con los criminales, llamó a la policía. La policía nos encontró agachados junto al muelle de mi vecino, mirando a través de los binoculares a una sospechosa camioneta que parecía aparecer regularmente (porque, después descubrimos, que le pertenecía a la panadería de la esquina). Fuimos interrogados y ambos comenzamos a llorar, pensando que íbamos a ir a la cárcel. Tartamudeamos nuestras explicaciones y estrategias contra el crimen. La policía escuchó, tratando fuertemente de no reír, antes de llevarnos a casa y explicarles todo a los padres de Broodje. Antes de que se fueran, uno de los detectives nos dio a cada uno una tarjeta, guiñó, y dijo que llamáramos con algunos consejos.

Yo boté mi tarjeta, pero Broodje la guardó. Por años. La vi cuando teníamos doce años, clavada en el tablón de anuncios en su habitación en los suburbios donde acabó mudándose después de todo.

—¿Todavía tienes esto? —le había preguntado. Se había mudado dos años antes y no nos veíamos el uno al otro frecuentemente. Broodje había mirado a la tarjeta, y luego me miró a mí. —¿No lo sabes, Willy? —había dicho—. Guardo cosas.

Just One Year

Un tipo desgarbado en un suéter de fútbol de PSV[4], con su cabello fijo con gel, abre la puerta. Siento mi estómago desplomarse, porque Broodje solía vivir aquí con dos chicas, ambas con quienes él estaba constantemente, y fracasadamente, tratando de dormir, y un tipo delgado llamado Ivo. Pero entonces los ojos del tipo brillan y se

[4] **PSV:** El Philips Sport Vereniging, también llamado PSV Eindhoven o simplemente PSV, su abreviación más conocida, es un club polideportivo de los Países Bajos.

abren con reconocimiento y me doy cuenta que es Henk, uno de los amigos de Broodje de la Universidad de Utrecht.

—¿Eres tú, Willem? —pregunta, y antes de que pueda responder está llamando dentro de la casa—. Broodje, Willen está de regreso.

Oigo el movimiento rápido y el crujido de las gastadas tablas de madera del suelo y luego ahí está él, una cabeza más bajo y un hombro más ancho que yo, una desigualdad que solía recordar el anciano en la casa flotante de al lado de la nosotros que nos llamaba Espagueti y Albóndiga, un apodo que a Broodje le gustaba bastante, ¿por qué no era una albóndiga mucho más sabrosa que un fideo?

—¿Willy? —Broodje se detiene por medio segundo antes de lanzarse hacia mí—. ¡Willy! ¡Pensé que estabas muerto!

—De regreso de la muerte —digo.

—¿De verdad? —Sus ojos son tan redondos y tan azules, como monedas brillantes—. ¿Cuándo regresaste? ¿Cuánto tiempo te vas a quedar? ¿Tienes hambre? Ojalá me hubieras dicho que ibas a venir, habría hecho algo. Bueno puedo hacer un buen *borrelhapje*[5]. Entra. Henk, mira, Willy está de regreso.

—Veo eso —dice Henk, asintiendo.

—W —dice Broodje—. Willy está de regreso.

Entro en la sala de estar. Antes, era relativamente limpio, con toques femeninos alrededor como velas con aroma a flores que Broodje solía pretender que no le gustaban pero que encendía incluso cuando las chicas no estaban en casa. Ahora, huele a calcetines sucios, café viejo, y cerveza derramada, y el único vestigio de las chicas es un viejo poster de Picasso, torcido en el marco sobre la repisa de la chimenea.

—¿Qué pasó con las chicas? —pregunto.

Broodje sonríe.

—Deja a Willy preguntar por las chicas primero. —Ríe—. Se mudaron a su propio apartamento el año pasado, y Henk y W se mudaron aquí. Ivo se fue a hacer un curso en Estonia.

[5] **Borrelhapje:** Bocadillo.

«Latvia» Wouter, o W, corrijo, viene bajando las escaleras. Es incluso más alto que yo, con cabello corto e involuntariamente de punta y una manzana de Adam tan grande como un pomo.

—Latvia —dice Broodje.

—¿Qué le pasó a tu cara? —pregunta W. W nunca fue alguien de cortesías sociales.

Toco la cicatriz.

—Me caí de mi bicicleta —digo. La mentira que le dije a Marjolein sale automáticamente. No estoy seguro por qué, excepto por el deseo de poner la mayor distancia posible entre yo y ese día.

—¿Cuándo regresaste? —pregunta W.

—Sí, Willy —dice Broodje, jadeando y pateando como un cachorro—. ¿Hace cuánto tiempo llegaste?

—Hace poco —digo, manteniéndome a flote entre la hiriente verdad y las difíciles mentiras—. Tuve que encargarme de algunas cosas en Amsterdam.

—Había estado preguntando dónde estabas —dice Broodje—. Traté de llamarte hace un tiempo pero obtuve una extraña grabación, y eres una mierda con el email.

—Lo sé. Perdí mi teléfono y todos mis contactos, y algún tipo irlandés me dio el de él, incluyendo su tarjeta SIM. Pensé que te envié un mensaje de texto con el nuevo número.

—Tal vez lo hiciste. De todos modos, entra. Déjame ir a ver qué tengo para comer. —Gira hacia la derecha a la pequeña cocina. Oigo cajones abriendo y cerrándose.

Cinco minutos después Broodje regresa con una bandeja de comida y cerveza para todos nosotros.

—Así que cuéntanos todo. La glamurosa vida de un actor ambulante. ¿Hay una chica cada noche?

—Jesús, Broodje, deja al chico sentarse —dice Henk.

—Lo siento. Vivo indirectamente a través de él; tenerlo alrededor era como tener una estrella de cine en la casa. Y, ha sido un poco seco estos últimos años.

—Y por los últimos años, ¿quieres decir veinte? —dice W graciosamente.

—¿Así que has estado en Amsterdam? —pregunta Broodje—. ¿Cómo está tu mamá?

—No lo sé —digo ligeramente—. Está en la India.

—¿Todavía? —pregunta Broodje—. ¿O va y vuelve?

—Todavía. Todo este tiempo.

—Oh. Estuve en el viejo vecindario recientemente y el bote estaba todo iluminado y había muebles en el interior, así que pensé que podría estar de regreso.

—Nop, deben haber puesto muebles dentro para hacer parecer como que viven ahí, pero no. No por nosotros, de todos modos —digo, enrollando un pedazo de *cervelat* y metiéndolo en mi boca—. Se vendió.

—¿Vendieron el bote de Bram? —dice Broodje con incredulidad.

—Mi madre lo vendió —aclaro.

—Ella debe haber obtenido un buen cargamento —bromea Henk.

Me detengo por un segundo, de alguna manera incapaz de decirles que yo también. Luego W empieza a hablar acerca de una pieza que leyó en *De Volkskrant* recientemente acerca de los europeos pagando mucho dinero por las viejas casas flotantes en Amsterdam, por los derechos de amarre, los que eran tan costosos como los mismos botes.

—No este bote. Deberías haberlo visto —dice Broodje—. Su padre era un arquitecto, así que era hermoso, tres pisos, balcones, vidrio en todos lados. —Él luce melancólico—. ¿Cómo lo llamó esa revista?

—Bauhaus en el Gracht. —Un fotógrafo había venido y tomó fotografías del bote, y de nosotros en él. Cuando la revista salió, la mayoría de los tomas habían sido sólo del bote, pero había una de Yael y Bram, enmarcada por el ventanal, los árboles y el canal reflejándose como un espejo detrás de ellos. Yo había estado en la original de esa toma pero había sido cortado. Bram explicó que habían usado esa por la ventana y el reflejo; era una representación del diseño, no de nuestra familia. Pero yo había pensado que había sido una bastante acertada representación de nuestra familia, también.

—No puedo creer que ella lo vendiera —dice Broodje.

Algunos días no puedo creerlo y otros días puedo absolutamente creerlo. Yael es del tipo de arrancarse su propia mano si necesita escapar. Lo había hecho antes.

Los chicos están todos mirándome ahora, sus caras en blanco con una especie de preocupación que estoy desacostumbrado después de dos años de anonimato.

—Así que ¿Holanda-Turquía esta noche? —comienzo.

Los chicos me miran por un momento. Luego asienten.

—Espero que las cosas vayan mejor para nosotros —digo—. Después de las tristes ofrendas en la Copa Europea, no sé si pueda aceptarlo. Sneijder… —Niego con mi cabeza.

Henk toma el anzuelo primero.

—¿Estás bromeando? Sneijder fue el único delantero que demostró su coraje.

—¡De ninguna manera! —interrumpe Broodje—. Van Persie anotó ese hermoso gol contra Alemania.

Luego W se mete a hablar de matemáticas, algo acerca de la regresión hacia la media que garantiza una mejoría después de los dos últimos terribles años, y que ahora no hay ningún lugar al que ir sino hacia arriba, y me relajo. Hay un lenguaje universal de la charla. En el camino, se trata de viajes: alguna isla desconocida, o un hostal barato, un restaurante con un buen menú del día. Con estos chicos, es fútbol.

—¿Vas a ver el partido con nosotros, Willy? —pregunta Broodje—. Íbamos a ir a O'Leary.

No vine a Utrecht por charlar o por el fútbol o por la amistad. Vine por papeleo. Una rápida vista a la Escuela Universitaria por algunos papeles para conseguir mi pasaporte. Una vez que lo consiga, volveré a la agencia de viajes, tal vez le pida para ir un trago esta vez, y descubrir dónde ir. Comprar mi boleto. Tal vez tomar un viaje a La Haya para recoger algunas visas, a visitar la clínica de viajes por algunas vacunas. Un viaje al mercado de pulgas por nueva ropa. Un tren hacia el aeropuerto. Una meticulosa inspección en el cuerpo por los oficiales de inmigración, porque un solitario hombre con un boleto de ida es siempre un objeto de sospecha. Un largo vuelo. Jetlag. Inmigración. Aduanas. Y luego finalmente, ese primer paso en un nuevo lugar, ese momento de excitación y desorientación, uno alimentando al otro. Ese momento donde cualquier cosa puede pasar.

Sólo tengo una cosa que hacer en Utrecht, pero de repente el resto de las cosas que necesitaré conseguir para tener que salir de aquí se siente interminable. Más extraño aún, nada de eso me emociona. Ni siquiera el llegar a algún lugar nuevo, lo que solía hacer que toda la molestia valiera la pena. Todo parece simplemente agotador. No puedo reunir la energía para el esfuerzo que me tomará salir de aquí.

¿Pero O'Leary? O'Leary está justo a la vuelta de la esquina, ni siquiera una cuadra de distancia. Eso puedo manejarlo.

Ocho

Traducido por Lililamour

Octubre se vuelve frío y húmedo, como si hubiéramos agotado nuestra cuota de claros, calientes días durante la ola de calor del verano. Está especialmente frío en mi habitación del ático en Bloemstraat, haciéndome preguntar si mudarme había sido la elección correcta. No es que haya sido una elección. Después de despertar en el sofá de la planta baja por la tercera mañana consecutiva, después de haber logrado poco durante mis días en Utrecht, Broodje había sugerido que me mudara a la habitación del ático.

La oferta no era tan seductora como un *fait accompli*[6]. Yo ya estaba viviendo aquí. A veces el viento te lleva a lugares que no estabas esperando; algunas veces te lleva lejos de esos lugares, también.



La habitación del ático tiene corrientes de aire, con ventanas que se agitan con el viento. Por la mañana, veo mi respiración. Permanecer caliente se convierte en mi principal vocación. Cuando estaba de viaje, a menudo pasaba días enteros en bibliotecas. Siempre puedes encontrar revistas o libros, y tomar un descanso del clima o de cualquier cosa de la que necesites escapar.

La biblioteca Central University ofrece todas las mismas comodidades: grandes ventanas soleadas, sofás cómodos, y un banco de computadoras que puedo usar para navegar por Internet. Lo último tiene sus pros y sus contras. En el camino, mis

[6] **Fait accompli:** Hecho consumado

compañeros de viaje eran obsesivos acerca de mantenerse al día con el correo electrónico. Yo era lo opuesto. Odiaba revisar. Lo sigo odiando.

Los correos electrónicos de Yael llegan como un reloj, una vez cada dos semanas. Creo que lo debe tener en su agenda, junto con todas las otras tareas. Las notas nunca dicen mucho, lo cual hace que el contestarlas sea casi imposible.

Uno llegó ayer, un poco de nada importante acerca de tomar un día libre para ir a un festival de peregrinos en alguna aldea. Nunca me dice de qué se está tomando un día libre, nunca profundiza sobre su trabajo real ahí, su vida día-a-día, lo cual es un vago misterio, los vacíos sólo rellenos por los comentarios informales de Marjolein. No, los correos de Yael para mí son todos una especie de lenguaje postal. La charla trivial perfecta, diciendo poco, revelando menos.

«Hola mamá.», comienzo mi respuesta. Y entonces me quedo viendo la pantalla y trato de pensar en qué decir. Estoy muy familiarizado en todo tipo de conversaciones triviales, pero me encuentro falto de palabras cuando se trata de mi madre. Cuando estaba viajando, era más sencillo porque podía solamente enviar algún tipo de postal. *Estoy ahora en Rumania en uno de los centros turísticos del Mar Negro, pero es temporada baja y está tranquilo. Observé a los pescadores por horas*. Aunque incluso esos tenían cosas abjuntas en mi cabeza. ¿Cómo observar a los pescadores una mañana tempestuosa me recordó nuestro viaje familiar a Croacia cuando yo tenía diez? ¿o eran once? Yael durmió hasta tarde, pero Bram y yo despertamos temprano para ir a los muelles para comprar las capturas del día de los pescadores que acababan de regresar, quienes olían a sal y vodka. Pero siguiendo el ejemplo de Yael, excluí esas pizcas de nostalgia de mis misivas.

«Hola mamá.» El cursor parpadea como un regaño y no consigo superarlo, no puedo pensar en qué decir. Regreso a mi bandeja de entrada, desplazándome hacia atrás en el tiempo. Los últimos años y sus ocasionales notas de Broodje, y las notas de las personas que conocí en el camino, vagas promesas de encontrarnos en Tangiers, en Belfast, en Barcelona, en Riga, planes que raramente se materializan.

Antes de eso, está el aluvión de correos electrónicos de varios profesores de la facultad de economía, advirtiéndome de que a menos que apele a «circunstancias especiales», estaba en peligro de no ser solicitado de nuevo el próximo año. (No lo hice, y no lo haré.)

Antes de eso, correos de condolencias, algunos de ellos todavía sin abrir, y antes de eso, notas de Bram, mayormente cosas tontas que le gustaba enviarme, una crítica de un restaurante que quería probar, una foto de una pieza de arquitectura

particularmente monstruosa, una invitación para ayudar en su más reciente proyecto de arregla-todo.

Me desplazo hacia atrás ahora cuatro años, y ahí están los correos de Saba, quien, entre los dos años de descubrir el correo electrónico y enfermarse por usarlo, se había deleitado en esta instantánea forma de comunicación, donde podrías escribir páginas y páginas y no te costaba nada enviar.

Regreso a la nota de Yael.

«Hola mamá, estoy de regreso en Utrecht ahora, pasando el rato con Robert-Jan y los chicos. No hay mucho que informar. Está lloviendo poco todos los días; no hay señales del sol desde hace una semana. Estás agradecida de no estar aquí por eso. Sé cuánto odias el gris. Te llamo pronto. Willem.» Lenguaje de postal, la más pequeña de todas las charlas.

Nueve

Traducido por Martinafab

Los chicos y yo vamos a ver una película, junto con la nueva novia de W, Lien. Alguna de suspenso de Jan de Bont en el Louis Hartlooper. No me ha gustado una película de De Bont desde—ni siquiera puedo recordarlo—pero fui minoría porque W tiene novia y esto es una gran cosa, y si ella quiere explosiones, vamos a ver explosiones.

El complejo del teatro está lleno, la gente se derrama fuera de las puertas delanteras. Luchamos nuestro camino a través de la multitud hacia la taquilla. Y es entonces cuando la veo: Lulu.

No es mi Lulu. Sino la Lulu por la cual la nombre a ella. Louise Brooks. El teatro tiene un montón de viejos carteles de películas en el vestíbulo, pero nunca he visto este, el cual no está en la pared sino que está apoyado sobre un caballete. Es un fotograma de *La Caja de Pandora*, Lulu, vertiendo una bebida, su ceja levantada con diversión y desafío.

—Ella es linda. —Miro hacia arriba. Detrás mío está Lien, la novia punketa especialista en matemáticas de W. Nadie puede superar enteramente cómo lo hizo, pero al parecer se enamoraron a través de la teoría de números.

—Sí. —digo en acuerdo.

Miro más de cerca el cartel. Anuncia una retrospectiva cinematográfica de Louise Brooks. *La Caja de Pandora* se presenta esta noche.

—¿Quién es ella? —pregunta Lien.

—Louise Brooks —había dicho Saba—. Mira esos ojos, tanto deleite, sabes que ahí hay tristeza que ocultar.

Yo tenía trece años, y Saba, quien odiaba los veranos veleidosos húmedos de Amsterdam, acababa de descubrir los cines del renacimiento. Ese verano fue particularmente triste, y Saba me había presentado a todas las estrellas del cine mudo: Charlie Chaplin, Buster Keaton, Rudolph Valentino, Pola Negri, Greta Garbo, y su favorita, Louise Brooks.

—Una estrella del cine mudo —le digo a Lien—. Hay un festival. Por desgracia, es esta noche.

—Deberíamos ver esa entonces —dice ella. No puedo decir si su tono es sarcástico, ella es tan seca como lo es W. Pero cuando llego a la parte delantera de la cola para comprar las entradas, me encuentro pidiendo cinco para *La Caja de Pandora.*

Al principio, los chicos están divertidos. Ellos piensan que estoy bromeando, hasta que señalo el cartel y explico acerca de la retrospectiva. Entonces no están divertidos.

—Hay un pianista en vivo —digo.

—¿Se supone que eso nos tiene que hacer sentir *mejor*? —pregunta Henk.

—De ninguna manera voy a ver eso —agrega W.

—¿Qué pasa si *yo* quería verla? —interviene Lien.

Le ofrezco un agradecimiento silencioso y ella me da un perplejo elevamiento de ceja a cambio, mostrando su piercing. W cede y el resto sigue la corriente.

Arriba, tomamos nuestros asientos. En el silencio, puedes oír las explosiones desde la sala de al lado y puedo ver los ojos de Henk ponerse melancólicos.

Las luces se apagan y el pianista comienza con la obertura y el rostro de Lulu llena la pantalla. La película comienza, toda arañada y en blanco y negro; casi puedes oírla crepitar como un viejo LP. Pero no hay nada viejo sobre Lulu. Ella es eterna, coqueteando con alegría en el club nocturno, siendo atrapada con su amante, disparando a su marido en su noche de bodas.

Es extraño porque he visto esta película antes, un par de veces. Sé exactamente cómo termina, pero a medida que avanza, una tensión se empieza a construir, un suspenso, produciendo incomodidad en mi estómago. Se necesita un tipo de ingenuidad, o tal vez sólo estupidez, saber cómo terminarán las cosas y todavía esperar lo contrario.

Inquieto, meto las manos en los bolsillos. Aunque trato de no hacerlo, mi mente sigue yendo a la otra Lulu en esa calurosa noche de agosto. Le tiré la moneda, como lo había hecho con tantas otras chicas. Pero a diferencia de las otras chicas que siempre volvían—ansiosas por nuestra representación improvisada, para devolver mi muy valiosa moneda que no valía nada y ver lo que ella podría comprar—Lulu no lo hizo.

Eso debería haber sido mi primera señal de que la chica podía ver a través de mis actos. Pero todo lo que pensaba era: *No ser*. Era así. Tenía un anticipado tren que tomar el día siguiente, y un gran, día de mierda después de eso, y nunca dormía bien con desconocidos.

No había dormido bien de todos modos, y me había despertado temprano, así que cogí un tren más temprano hacia Londres. Y allí estaba ella, en ese tren. Fue la tercera vez en veinticuatro horas que la había visto, y cuando entré en el vagón de la cafetería del tren, recuerdo sentir una sacudida. Era como si el universo estuviera diciendo: *presta atención.*

Así que presté atención. Me detuve y hablamos, pero luego estábamos en Londres y a punto de ir por caminos separados. En ese momento, el nudo de miedo que se había estado construyendo en mí desde la petición de Yael para que regresara a Holanda para ceder mi casa se había solidificado en un puño. Las bromas con Lulu en el camino a Londres lo había desenredado, de alguna manera. Pero sabía que una vez que me subiera al siguiente tren a Ámsterdam, crecería, iba a ocupar todo mi interior, y no sería capaz de comer ni hacer nada más que nerviosamente rodar una moneda a lo largo de mis nudillos y centrarme en el siguiente *siguiente*, el siguiente tren o avión que estaría embarcando. La siguiente salida.

Pero luego Lulu empezó a hablar sobre que deseaba ir a París, y yo tenía todo este dinero del verano de Guerrilla Will, efectivo que no necesitaría mucho más tiempo. Y en esa estación de tren en Londres, pensé, bueno, tal vez *esto* es lo que debería ser: El universo, lo sabía, no amaba nada más que el equilibrio, y aquí estaba una chica que quería ir a París y allí estaba yo que quería ir a cualquier otra parte que no fuera de vuelta a Amsterdam. Tan pronto como sugerí de ir juntos a París, se restableció el equilibrio. El temor en el estómago desapareció. En el tren a París, estaba tan hambriento como nunca.

En la pantalla, Lulu está llorando. Me imagino a mi Lulu despertar al siguiente día, encontrando que me había ido, leyendo una nota que prometía un rápido retorno que nunca se materializó. Me pregunto, como lo he hecho tantas veces, cuánto tiempo le llevó a pensar lo peor de mí cuando ella ya *había* pensado lo peor de mí. En el tren de Londres a París, se había echado a reír sin control, ya que pensó que la había dejado allí. Había hecho una broma de eso; y, por supuesto, no era verdad. No estaba planeándolo. Pero había llegado a mí porque era mi primera advertencia de que de alguna manera, esta chica me veía de una manera que no tenía intención de ser visto.

A medida que la película avanza, el deseo y el anhelo y el pesar y las conjeturas de todo lo relacionado con ese día comienzan a construirse en mí. Todo es inútil, pero de alguna manera sabiéndolo, sólo lo hace peor, y crece y crece y no tiene a dónde ir. Meto las manos más profundamente en los bolsillos y abro un agujero.

—¡Maldita sea! —digo, más alto de lo que pretendía.

Lien me mira, pero pretendo estar absorto en la película. El pianista está construyendo un crescendo mientras que Lulu coquetea con Jack el Destripador y, sola y derrotada, le invita a subir a su habitación. Ella cree que ha encontrado a alguien para amar, y él cree que ha encontrado a alguien a quien amar, y luego ve el cuchillo, y sabes lo que va a suceder. Se limitará a volver a sus viejas costumbres. Estoy seguro de que eso es lo que ella piensa de mí, y tal vez tenga derecho de pensarlo. La película termina con un ademán frenético del piano. Y luego hay silencio.

Los chicos se quedan sentados allí por un minuto y entonces todos empiezan a hablar a la vez.

—¿Eso es todo? ¿Así que él la mata? —pregunta Broodje.

—Es Jack el Destripador y tenía un cuchillo —responde Lien—. No le está cortando un pavo para Navidad.

—Qué manera de terminar. Te voy a conceder algo, no fue aburrida —dice Henk—. ¿Willem ? Hey, Willem, ¿estás ahí?

Me sobresalto.

—Sí. ¿Qué?

Los cuatro me miran de golpe.

—¿Estás bien? —pregunta Lien finalmente.

—Estoy bien. ¡Estoy genial! —Fuerzo una sonrisa en mi cara. Se siente tan innatural que casi puedo sentir la cicatriz en mi cara tirando como una banda de goma—. Vamos por bebidas.

Todos nos dirigimos a la cafetería llena de gente abajo. Pido una ronda de cervezas y luego una ronda de *jenever*[7] por si acaso. Los chicos me dan una mirada, aunque si es por el alcohol o por el pago de todo, no lo sé. Ellos saben de mi herencia ahora, pero todavía esperan la misma mesura de mí como siempre.

Dreno mi chupito y luego mi cerveza.

—Whoa —dice W, pasándome su chupito—. No *kopstoot*[8] para mí.

Me trago de golpe su chupito, también.

Están callados mientras me miran.

—¿Estás seguro de que estás bien? —pregunta Broodje, extrañamente vacilante.

—¿Por qué no habría de estarlo? —El *jenever* está haciendo su trabajo, calentándome y quemando los recuerdos que cobraron vida en la oscuridad.

—Tu padre murió. Tu madre se fue a la India —dice W sin rodeos—. Además, tu abuelo murió.

Hay un momento de silencio atónito.

—Gracias —digo—. Me había olvidado de eso. —Pretendía que saliera como una broma, pero sólo sale tan amargo como la bebida que está quemando su camino en mi garganta.

—Oh, no le hagas caso—dice Lien, pellizcando su oreja cariñosamente—. Está trabajando sobre las emociones humanas como la compasión.

—No necesito la compasión de nadie —le digo—. Estoy bien.

—Está bien, es sólo que en realidad no te has visto como tú mismo desde... —Broddje deja de hablar.

—Es solo que pasas mucho tiempo solo —dice Henk.

---

[7] Jenever: Es el licor nacional y tradicional sabor a enebro de los Países Bajos y Bélgica, del que se desarrolló la ginebra.

[8] **Kopstoot**: Término holandés para un pequeño vaso para el licor .

—¿Solo? Estoy con ustedes.

—Exactamente —dice Broodje.

Hay un momento de silencio. No estoy muy seguro de lo que estoy siendo acusado. Entonces Lien me ilumina.

—Por lo que entiendo, siempre has tenido una chica alrededor, y ahora los chicos están preocupados porque siempre estás solo —dice Lien. Mira a los chicos—. ¿Estoy en lo cierto?

Algo así, sí, todos mascullan.

—¿Entonces han estado discutiendo esto? —Esto debería ser divertido, excepto que no lo es.

—Creemos que estás deprimido porque no estás teniendo relaciones sexuales —dice W. Lien lo golpea—. ¿Qué? —pregunta—. Es una cuestión fisiológica viable. La actividad sexual libera serotonina, lo que aumenta la sensación de bienestar. Es ciencia simple.

—No me extraña que te guste tanto —se burla Lien—. Toda esa ciencia simple.

—Oh, ¿así que ahora estoy deprimido? —Trato de sonar divertido, pero es difícil mantener ese matiz de algo más fuera de mi voz. Nadie va a mirarme a excepción de Lien—. ¿Es eso lo que piensan? —pregunto, tratando de convertirlo en una broma—. ¿Estoy sufriendo de un caso clínico de bolas azules?

—No es que crea que tus bolas estén azules —dice ella con frialdad—. Es tu corazón.

Hay un momento de silencio, y luego los chicos estallan en risas estridentes.

—Lo siento, *schatje*[9] —dice W—. Pero eso sería un comportamiento anómalo. Todavía no lo conoces. Es mucho más probable que sea un problema de la serotonina.

—Yo sé lo que sé —dice Lien.

Todos ellos discuten sobre esto y me encuentro deseando el anonimato de la calle, donde no tienes pasado ni futuro tampoco, sólo ese momento en el tiempo. Y si ese momento se volvía pegajoso o incómodo, siempre había un tren que salía al siguiente momento.

[9] **Schatje**: Bebé.

—Bueno, si él tiene el corazón roto o las bolas azules, la cura es la misma —dice Broodje.

—¿Y qué es eso? —pregunta Lien.

—Echar un polvo —Broodje y Henk graznan juntos.

Es demasiado.

—Tengo que orinar —digo, poniéndome de pie.

En el baño, me salpico agua en la cara. Me miro en el espejo. La cicatriz sigue siendo roja y alterada, agravada, como si hubiera estado abriéndola.

En el exterior, el pasillo está lleno, otra película acaba de salir, no la de de Bont sino una de esas comedias románticas británicas, de esas que prometen amor eterno en dos horas.

—Willem de Ruiter, mientras vivo y respiro.

Me doy la vuelta, y saliendo del cine, con los ojos empañados por la emoción fabricada, está Ana Lucia Aurelanio.

Me detengo, dejando que me alcance. Nos besamos como saludo. Hace un gesto a sus amigos, gente que reconozco de la University College, para que sigan adelante.

—Nunca me llamaste —dice ella, convirtiendo su cara en un pequeño puchero de chica que de alguna manera parece encantador en ella, aunque casi todo lo haría.

—No obtuve tu número —digo. No tengo ninguna razón por estar avergonzado, pero es como un reflejo.

—Pero yo te lo di. En París.

París. Lulu. Los sentimientos de la película empiezan a volver, pero los empujo. París fue una ensoñación. No es diferente de la película romántica que Ana Lucia acaba de ver.

Ana Lucia se inclina. Ella huele bien, como a canela, humo y perfume.

—¿Por qué no me das tu número de nuevo —le digo, sacando mi teléfono—. Así *puedo* llamarte más tarde.

—¿Por qué molestarse? —dice.

Me encojo de hombros. Había oído rumores de que ella no estaba muy feliz cuando las cosas terminaron la última vez. Aparto mi teléfono.

Pero entonces ella agarra mi mano entre las suyas. La mía está fría. Las suyas están calientes.

—Quiero decir ¿por qué molestarse en llamarme *más tarde*, cuando estoy justo aquí, en este momento?

Y lo está. Aquí *ahora*. Y yo también.

La cura es la misma, oigo a Broodje decir.

Tal vez lo es.

Diez

NOVIEMBRE
Utrecht

Traducido por Katt090

El dormitorio de Ana Lucia es como un capullo, edredones de plumas gruesas, radiadores silbando a todo volumen, interminables tazas de crema, como chocolate caliente. Durante los primeros días, estoy contento de estar aquí con ella.

—¿Alguna vez pensaste que íbamos a volver a estar juntos? —arrulla ella, acurrucándose en mí como un pequeño gatito caliente.

—Mmm —digo, porque no hay manera correcta de responder a eso. Nunca pensé que íbamos a volver a estar juntos, porque nunca nos consideraba juntos en primer lugar. Ana Lucia y yo tuvimos tres, tal vez cuatro semanas de aventura en esa brumosa primavera después de que Bram murió, cuando yo estaba espectacularmente batallando en la escuela pero también teniendo un espectacular éxito con las mujeres. A pesar de que tener éxito no es la palabra correcta, exactamente. Implica una especie de esfuerzo, cuando en realidad, era la única cosa en mi vida que era sin esfuerzo.

—*Yo* sí —dice ella, mordisqueando mi oreja—. Pensé tanto en ti estos últimos años. Y luego nos topamos ambos en París, y se sentía como que significaba algo, como el destino.

—Mmm —repito. Recuerdo toparme con ella en París, e igual sentir que significaba algo, pero no el destino. Más como una intromisión, un día demasiado pronto en un mundo que había dejado atrás.

—Pero luego no me llamaste —dice.

—Oh, ya sabes. Algo ocurrió.

—Estoy seguro de que *algo* ocurrió. —Su mano se desplaza entre mis piernas—. Te vi con esa chica. En París. Era bonita.

Lo dice despreocupadamente, incluso con desdén, pero algo salta a la vida en mis entrañas. Una especie de advertencia. La mano de Ana Lucia aún entre mis piernas está teniendo el efecto deseado, pero ahora Lulu está en algún lugar de la habitación, también. Al igual que el día en París, cuando me encontré con Ana Lucia y sus primas, mientras yo estaba en el Barrio Latino, con Lulu, no quiero nada más que distancia entre estas dos chicas.

—Era bonita, pero tú *eres* hermosa. —Lo digo, tratando de desviar la conversación. Mis palabras son verdaderas, pero sin sentido. A pesar de que Ana Lucia es probablemente técnicamente más bonita que Lulu, estos concursos raramente ganan por tecnicismos.

Su agarre se aprieta.

—¿Cuál era su nombre? —pregunta.

No quiero decir su nombre. Pero Ana Lucia me tiene firmemente en su mano y si yo no lo digo, voy a despertar sospechas.

—Lulu —digo en la almohada. Ni siquiera es su verdadero nombre, pero se siente como una traición.

—Lulu —dice Ana Lucia. Ella me suelta y se sienta en la cama—. Una chica francesa. ¿Era tu novia?

La luz de la mañana se filtraba por la ventana, pálida y gris y teñía todo de un color ligeramente verdoso. De alguna manera, la luz gris del amanecer había hecho que Lulu resplandeciera en esa habitación blanca.

—Desde luego que no.

—¿Solo otra de tus aventuras entonces? —La risa de Ana Lucia contesta a su propia pregunta, el reconocimiento me molesta.

Esa noche, en el estudio de arte, después de todo, Lulu había frotado su dedo contra su muñeca, y yo había hecho lo mismo. Una especie de código para *mancha*, algo que dura, aunque quizás tu no quieres que lo haga. Había significado algo, en ese momento, al menos.

—Tú me conoces —le digo a la ligera.

Ana Lucia se ríe de nuevo, su sonido ronco y lleno, rico e indulgente. Ella se sube encima de mí, a caballo entre mis caderas.

—*Si* que te conozco —dice, con los ojos brillantes. Corre un dedo por mi línea central—. Sé por lo que has pasado ahora. No entendía antes. Pero he crecido. Has crecido. Creo que los dos somos personas diferentes ahora, con diferentes necesidades.

—Mis necesidades no han cambiado —le digo—. Son las mismas que alguna vez fueron. Muy básico. Tiro de ella hacia mí. Todavía estoy enojado con ella, pero su invocación del nombre de Lulu me ha sacado de quicio. Mi mano se desplaza a su camisola. Toco los encajes a lo largo del borde. Meto el dedo debajo de las ligas.

Sus ojos se cierran durante un minuto y yo cierro los míos. Siento la cama ceder y el rastro de sus besos en mi cuello.

—*Dime que me quieres* [10]—susurra—. *Dime que me necesitas.*

No lo digo porque está hablando en español, el cual no se da cuenta de que ahora entiendo. Sigo con los ojos cerrados pero incluso en la oscuridad oigo una voz que me dice que va a ser mi chica montaña.

—Yo cuidaré de ti —dice Ana Lucia, y salto en la cama al oír las palabras de Lulu saliendo de la boca de Ana Lucia.

[10] N.T.: En español original.

Pero a medida de que Ana Lucia navega más profundo bajo las mantas, me doy cuenta de que es un tipo diferente de cuidado del que está hablando. No es el tipo que realmente necesito. Pero no lo niego.

Once

Traducido por maphyc

Después de dos semanas instalado en el dormitorio de Ana Lucia, hago mi regreso a Bloemstraat. Es silencioso, un cambio bienvenido desde el constante barullo dentro y alrededor del campus de la universidad, donde todos están ocupados todo el tiempo.

En la cocina, abro la alacena. Ana Lucia ha estado trayéndome comida de cafetería o comida para llevar, cargándolo en la tarjeta de crédito de sus padres. Deseo comida de verdad.

No hay mucho aquí, un par de bolsas de pasta y algunas cebollas y ajos. Hay una lata de tomates en la despensa. Suficiente para una salsa. Comienzo a cortar la cebolla y mis ojos inmediatamente lloran. Siempre hacen eso. Los de Yael también. Ella nunca ha cocinado demasiado, pero ocasionalmente se había puesto nostálgica por Israel, y

había reproducido mala música pop hebrea y preparado *shakshouka*[11]. Podía estar escaleras arriba en mi habitación y sentir el ardor. Habría ido a la cocina. Bram nos encontraría a veces, juntos y con los ojos rojos, y se había reído y agitado mi pelo y besado a Yael y bromeado sobre que cortar cebollas era el único momento en el que podías pillar a Yael Shiloh llorando.

Sobre las cuatro, escucho el click de la llave en la cerradura. Y vocifero un hola.

—Willy, estas de vuelta. Y has cocinado— dice Broodjie mientras gira la esquina de la cocina. Después para a media frase.

—¿Que está mal?

—¿Eh? —Y entonces me doy cuenta de que se refiere a mis lágrimas—. Solo las cebollas —explico.

—Oh —dice Broodjie—, cebollas.

Coge la cuchara de madera y remueve la salsa, sopla y entonces saborea. Entonces se mete en la despensa a por algunas hierbas secas y las friega entre sus dedos antes de rociarlas dentro. Pone unos pocos pellizcos de sal y unos pocos giros al molinillo de pimienta. Después baja la llama y pone la tapa.

—Porque si no son las cebollas... —dice.

—¿Que más podría ser?

Arrastra su pie por el suelo.

—He estado preocupado por ti desde esa noche —dice él—. ¿Que pasó después de la película?

—¿Qué pasa con eso? —digo.

Empieza a decir algo. Entonces para.

—Nada —dice—. Entonces, Ana Lucia. Otra vez.

[11] **Shakshouka**: es un plato de comida de Oriente Medio preparado con tomates guisados, especias y huevos.

—Sí. Ana Lucia. Otra vez. —No puedo pensar en nada más que añadir así que vuelvo a las banalidades—. Ella envía saludos.

—Estoy seguro de que sí —dice Broodjie, sin comprarlo ni por un minuto.

—¿Quieres comer?

—Si —dice—, pero la salsa no está lista.

Broodjie sube a su habitación. Estoy perplejo. Es impropio de él rechazar comida, no importa como este cocinado. Le he visto comerse una hamburguesa de carne cruda. Dejo la salsa cocer a fuego lento. El aroma llena la casa y aun no baja. Así que subo y llamo a su puerta.

—¿Hambriento ya? —pregunto.

—Yo siempre estoy hambriento.

—¿Quieres bajar? Puedo hacer algo de pasta.

Él agita su cabeza.

—¿Estás en huelga de hambre? —bromeo—. Como Sarsak[12].

Se encoge de hombros.

—Quizás me ponga en huelga de hambre.

—¿Para qué vas a hacer huelga? —pregunto—. Tendría que ser muy importante para ti para quedarte sin comida.

—*Tú* eres muy importante.

—¿*Yo*?

Broodjie se gira en su silla de escritorio.

—¿No solíamos decirnos cosas el uno al otro, Willy?

—Claro.

[12] Sarsak: Jugador de futbol palestino que se sometió a una huelga de hambre en protesta por detención administrativa.

—¿No hemos sido siempre buenos amigos? Incluso cuando me mudé estuvimos cerca. Incluso cuando te fuiste y no contactaste conmigo, pensé que éramos buenos amigos, y ahora has vuelto, ¿Y si no somos realmente amigos en absoluto?

—¿De qué estás hablando?

—¿Dónde has estado, Willy?

—¿Dónde he estado? Con Ana Lucia. Jesús, tú eres el que dijo que necesitaba echar un polvo para superarlo.

Sus ojos destellaron.

—¿Superar *qué*, Willy?

Me siento en la cama. ¿Superar qué? Esa es la pregunta, ahora mismo.

—¿Es por tu papá? —pregunta Broodjie—. Está bien si aún es así. Solo han pasado tres años. Me llevó ese tiempo superar a Varken, y era un perro.

La muerte de Bram me hundió. Lo hizo. Pero eso fue entonces y he estado bien así que no estoy seguro por qué se siente tan crudo otra vez *ahora*. Quizás porque estoy de vuelta a Holanda. Quizás fue un error quedarse.

—No sé lo que es—le digo a Broodjie. Es un alivio admitir todo esto.

—Pero es *algo*—dice.

No puedo explicarlo, porque no tiene sentido. Una chica. Un día. Pero ahí está.

—Es algo —le digo a Broodjie.

No dice nada, pero el silencio es como una invitación y no estoy seguro de porque estoy guardando esto en secreto. Así que se lo digo: Sobre conocer a Lulu en Stratford-upon-Avon. Sobre verla otra vez en el tren. Sobre nuestro coqueteo en el tren sobre *hagelslag*, de todas las cosas. Sobre llamarla Lulu, un nombre que parecía ajustarse a ella tan bien que olvidé que ella no se llamaba así de verdad.

Le cuento algunos de los recuerdos destacados del día que parece tan perfecto en retrospectiva que a veces pienso que me lo inventé: Lulu paseando arriba y abajo por la Bassin de la Vilette con un billete de cien dólares, sobornando a Jacques para llevarnos canal abajo.

Ambos casi arrestados por un policía por montar ilegalmente dos personas en una sola bicicleta Vélib[13], pero cuando el policía me preguntó porque había hecho algo tan estúpido, le había citado esa línea de Shakespeare sobre la belleza siendo una bruja, y el la reconoció, y nos dejó ir con una advertencia. Lulu escogiendo a ciegas una parada de metro para ir y acabando en Brabès Rochenchouart, y Lulu, quien se declaró incómoda de viajar, pareciendo amar la aleatoriedad de todo eso. Le digo sobre los cabeza rapada también. Sobre cómo no pensé realmente en ello cuando intervine e intenté pararlos de molestar a esas dos chicas árabes por sus pañuelos. No pensé realmente en lo que probablemente *me harían*, y justo cuando estaba comenzando a caer en cuenta y que probablemente me había pasado de rosca, ahí estaba Lulu, arrojando un libro a uno de ellos.

Incluso mientras lo explicaba, me di cuenta de que no le estaba haciendo justicia. No al día. No a Lulu. No estoy contando la historia entera tampoco porque hay cosas que simplemente no sé cómo explicar. Como cuando Lulu sobornó a Jacques para darnos un paseo por el canal, no era su generosidad la que llegó a mí. Nunca le dije que había crecido en un barco, o que estaba a un día de echar todo por la borda. Pero ella parecía saberlo. ¿Cómo lo sabía? ¿Cómo le explico eso?

Cuando ya he terminado con mi historia, no estoy seguro de si ha tenido sentido alguno. Pero me siento mejor de alguna forma.

—Entonces —le digo a Broodjie— ¿Ahora qué?

Broodjie olfatea el aire. El olor de la salsa se ha infiltrado en toda la casa.

—La salsa está lista. Ahora comemos.

[13] Bicicleta pública.

Doce

Traducido por Isa 229

—He estado pensando —dice Ana Lucia. Está cayendo aguanieve afuera pero se está calientito en su habitación, con nuestro pequeño festín de comida tailandesa en su cama.

—Siempre palabras peligrosas —bromeo.

Ella me lanza un sobre de salsa de pato.

—He estado pensando en las navidades. Sé que tú realmente no lo celebras, pero quizás debas venir conmigo a Suiza el siguiente mes. Así estás entre familia.

—No me di cuenta que tenía parientes en Suiza —me burlo, metiendo un rollo primavera en mi boca.

—Me refiero a mi familia —ella me mira, sus ojos incómodamente intensos—. Ellos quieren conocerte.

Ana Lucia pertenece a un clan español en extensión, los herederos de una empresa naviera que fue vendida a los chinos antes de que la recesión afectara su economía. Tiene parientes interminables, hermanos y primos, viviendo por toda Europa y los Estados Unidos, México, y Argentina, y ella habla con ellos en una especie de turnos por teléfono cada noche.

—Uno nunca sabe que puede suceder. Un día, tal vez pienses en ellos como tu familia, también.

Quiero decir que ya tengo una familia, pero apenas ya parece cierto. ¿Quién queda? Yael y yo. Y el tío Daniel, pero él apenas contaba en primer lugar. El rollo se pega en mi garganta. Lo paso con un trago de cerveza.

—Es hermoso allí —agrega ella.

Bram nos llevó a Yael y a mí una vez a esquiar en Italia. Ambos nos quedamos acurrucados en el lodge, congelándonos. Él aprendió la lección. El siguiente año nos fuimos a Tenerife.

—Suiza es muy frío.

—¿Y es muy agradable aquí?

Ana Lucia y yo hemos estado juntos por tres semanas. Las navidades son en seis semanas. No necesitas ser W para descubrir las matemáticas en ello.

Cuando no contesto, Ana Lucia dice:

—¿O tal vez quieres que me vaya, así puedes tener a alguien más para calentarte? Simplemente así, su tono cambia, y la sospecha que yo ahora me doy cuenta ha estado acechando todo el tiempo, viene arrasando.



La tarde siguiente, cuando me dirijo a Bloemstrast, encuentro a los chicos en la mesa, los papeles desparramados por todo el lugar. Broodje mira hacia arriba usando la expresión de un perro culpable que robó la cena.

—Lo siento —dice él inmediatamente.

— ¿Sobre qué? —pregunto.

—Puede que haya dicho un poco acerca de nuestra conversación —tartamudea—. Acerca de lo que dijiste.

—No fue una gran sorpresa —dice W—. Era obvio que *algo* ha estado mal desde que regresaste. Y *sabía* que la cicatriz no era de un accidente de bicicleta. No se ve como algo que se obtiene de una caída.

—Mi historia fue que me golpeó una rama de árbol.

—Pero fuiste golpeado por los cabezas rapadas —me dice Henk—. Los mismos a los que la chica tiró el libro el día anterior.

—Pienso que sabe lo que le sucedió —dice Broodje.

—Es loco que vieras a los mismos tipos —dice Henk.

—Más bien como mala suerte —dice Broodje.

No digo nada.

—Pensamos que tienes esa cosa post-traumática —dice Henk—. Es por eso que has estado tan deprimido.

— ¿Entonces has abandonado la teoría del celibato?

—Bueno, sí —dice Henk—. Porque tú te estás acostando ahora y aún estás deprimido.

—Y tú piensas que es a causa de esto —digo, tocando la cicatriz— ¿No a causa de la chica? —miro a W—. ¿No crees que tal vez Lien tenía razón?

Los tres tratan de no reírse.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunto, sintiéndome de repente todo irritado y defensivo.

—Esta chica no rompió tu corazón —dice W—. Ella solo rompió tu racha.

—¿Eso qué se supone que significa? —pregunto.

—Willy, vamos —dice Broodje, agitando sus brazos para calmarnos—. Te conozco. Sé cómo eres con las chicas. Te enamoras y luego desaparece como la nieve al sol. Si hubieras tenido otras pocas semanas con esta chica te habrías cansado de ella, justo como lo haces con todas las otras. Pero no lo hiciste. Fue casi como si ella te dejó. Así que estás añorándolo.

¿Estas comparando el amor con una mancha? había preguntado Lulu. Ella había estado escéptica al principio.

Algo que nunca sale, no importa cuanto lo quieras. Sí. La mancha había parecido adecuada.

—De acuerdo —dice W, cliqueando su lapicero—. Empecemos por el comienzo, con tantos detalles como puedas reunir.

— ¿El comienzo de qué?

—De tu historia.

— ¿Por qué?

W comenzó a explicar el Principio de la Conectividad y como la policía utiliza eso para rastrear a los criminales, vía con quienes se asocian. Él está siempre hablando acerca de teorías como esta. Él cree que todo en la vida hierve bajo las matemáticas, que hay un número principal o un algoritmo para describir cada evento, aun el azar (¡teoría del caos!) . Me toma un tiempo entender que él pretende utilizar que use el Principio de la Conectividad para resolver el misterio de Lulu.

—De nuevo, ¿Por qué? El misterio está resuelto —chasqueo—. Estoy añorando a la chica quien se escapó, porque se escapó. —No estoy seguro si estoy irritado porque pienso que esto es verdad o porque pienso que no lo es.

W rueda los ojos, como si esto no viene al caso.

—Pero tú quieres encontrarla, ¿no?



Por la noche, W tiene hojas de cálculo y gráficos y en el mantel, debajo del descolorido afiche de Picasso, un tablero de afiche vacío.

—Principio de la Conectividad. Básicamente rastreamos a la persona que podemos encontrar y ver que conexiones tienen ellos con tu chica misteriosa —dice W—. Nuestra mejor apuesta es comenzar con Céline. Ella puede haber regresado por la maleta —escribe el nombre de Céline y dibuja un circulo a su alrededor.

La idea ha cruzado por mi mente innumerables veces, y cada vez, he sido tentado de contactar con Céline. Pero luego pienso de vuelta en esa noche, la cruda, herida mirada en su rostro. En cualquier caso, no importa. O la maleta está en el club, y Lulu no ha regresado por esta, o no está ahí y de alguna manera ella lo recuperó y encontró mis notas dentro y escogió no responder. El saber no hace nada para cambiar la situación.

—Céline está fuera de la mesa —digo.

—Pero ella es la más fuerte conexión —protesta W.

No les digo acerca de Céline y que sucedió en su apartamento esa noche, o lo que le prometí.

—Esta fuera.

W hace una X bastante dramática a través del nombre de Céline. Luego dibuja un círculo. Dentro escribe «barcaza».

—¿Qué con eso? —pregunto.

—¿Llenó algún papeleo? —dice W—. ¿Pagó con una tarjeta?

Sacudo mi cabeza.

—Pagó con un billete de cien dólares. Básicamente sobornó a Jacques.

Escribe «Jacques». Circulándolo.

Sacudo mi cabeza otra vez.

—Pasé más tiempo con él que ella.

—¿Qué sabes acerca de él?

—Él es un marinero típico. Vive en el agua todo el año. Navega en climas cálidos, mantiene la barcaza anclada en un puerto deportivo, en Deauville dijo él, creo.

W escribe «Deauville» y pone un círculo alrededor.

— ¿Qué hay de los otros pasajeros?

—Ellos eran viejos. Daneses. Una pareja casada, una pareja divorciada que parecía casada. Ellos estaban todos borrachos con la cabeza perdida.

W escribe «daneses borrachos» en un círculo aparte en el lado del afiche de la tabla.

—Los consideraremos como último recurso —dice W, moviéndose a la siguiente línea—. Creo que la más fuerte ventaja es probablemente la que más lleva mucho tiempo. —Una pequeña sonrisa ahí. Luego en la parte inferior del afiche el escribe «EMPRESA DE TOUR» en letras de molde grandes.

—EL único problema es que no sé cuál fue.

—Las apuestas son, que es uno de estos siete —dice W, alcanzando una copia impresa en computadora.

— ¿Encontraste la empresa turística? ¿Porque no dijiste eso al comienzo?

—No la encontré. Pero reduje las siete empresas que hacen recorridos para estudiantes americanos que tuvieron un operador turístico en Stratford-sobre-Avon en las noches en cuestión.

—Noches en cuestión —bromea Henk—. Esto comienza a sonar como un programa de detectives.

Miro fijamente a la hoja impresa.

—¿Cómo hiciste eso? ¿En una noche?

Espero algún complicado teorema matemático, pero él solo se encoge de hombros y dice—: El internet —se detiene—. Deben haber más que siete agencias, pero estas son siete que he confirmado como posibilidades.

—¿Más? —dice Broodje— Siete ya parecen muchos.

—Hubo un festival de música esa semana —explico. Ese fue el por qué Guerrilla Will había ido a Stratford-upon-Avon en primer lugar. Tor generalmente lo evita; tenía un rencor venenoso contra la Real Shakespeare Company relacionada con su rencor aún más tóxico contra la Real Academia de Arte Dramático, que habían negado su ingreso dos veces. Fue después de eso que se había ido todo anarquista y comenzó el Guerrilla Will.

W escribe y encierra los nombres de las agencias en el afiche.

—«Wide Horizons,» «Europe Unlimited,» «It's a Small World, » «Adventure Edge,» «Go Away, » «Teen Tours!,» y «Cool Europa.» Mi conjetura es que tu chica misteriosa estuvo en una de estas.

—Bueno, pero hay siete agencias —dice Henk— ¿Y ahora qué?

—¿Los llamo? —supongo.

—Exactamente —dice W.

—Buscando a… maldición. —Una vez más, vuelve a mí: ni siquiera conozco su nombre.

—¿Qué detalles de identificación *sí* conoces? —pregunta W.

Conozco el timbre de su risa. Conozco el calor de su aliento. Conozco el reflejo de la luz de la luna contra su piel.

—Estaba viajando con su amiga —digo—, quien era rubia, y Lulu tenía cabello negro, corto, como de chico, como Louise Brooks —los chicos intercambian una mirada—. Ella tenía una marca de nacimiento justo aquí —toco mi muñeca. Desde la primera vez que me la mostró en el tren, me había preguntado cómo habría sabido—. Ella mayormente la mantiene cubierta con un reloj. Oh, cierto, ella tiene un costoso reloj de oro. O tenía. Lo tengo ahora.

—¿Eso es de ella? —pregunta Broodje.

Asiento.

W garabatea eso abajo.

—Esto es bueno —dice W—. El reloj, especialmente, la identifica.

—Además, te da una cubierta —dice Broodje—. Una razón para estar rastreándola en lugar de querer tirártela unas veces más para sacarla de tu sistema. Puedes decir que quieres regresar el reloj.

Hace una media hora atrás el afiche del tablero estaba vacío, pero ahora esta medio lleno, todos esos círculos, estas conexiones tenues, me relacionaban a ella. W se gira hacia el, también.

—Principio de Conectividad— dice él.



Durante la semana siguiente, uno por uno, los círculos en la conectividad del tablero de W se volvieron x, como conexiones que entiendo que nunca realmente existieron y están cortadas. *It's a Small World* es para los adolescentes y sus padres, así que ese está fuera. *Go Away* no tiene ningún registro de alguien con un corte negro de chico y un reloj en el tour. *Adventure Edge* se niega a divulgar información sobre sus clientes y *Cool Europa* parece haber salido del negocio. *¡Teen Tours!* no contesta el teléfono, aunque he dejado varios mensajes y correos electrónicos.

Es un proceso desalentador, esto. Y complicado, también porque tengo que esquivar zonas horarias y devoluciones de llamadas y la constantemente-más-sospechosa Ana Lucia. Ella no está contenta con mis ausencias más frecuentes, que he atribuido a la liga de fútbol a la cual supuestamente me he unido.

Una noche el teléfono suena pasada las once.

— ¿Tu novia? — ice Ana Lucia, su voz plana. *Novia* es como llama a Broodje estos días, porque cree que paso más tiempo con él que con ella. Es una broma, pero cada vez le da a mi estómago una torcedura de culpabilidad.

Levanto el teléfono y cruzo hacia el otro lado de su habitación.

—Hola. ¿Estoy buscando a un Willem de Ruiter? —la voz, en inglés, asesina la pronunciación de mi nombre.

—Sí, hola —respondo, tratando de permanecer formal porque Ana Lucia está ahí mismo.

— Hola Willem! Esta es Erica de *Teen Tours.* Estoy respondiendo a tu email acerca de tratar de devolver un reloj perdido.

—Oh, bien —digo, manteniéndome tranquilo, a pesar de que Ana Lucia está ahora mirándome con ojos sospechosos estrechados y me doy cuenta que es debido a que estoy hablando en inglés, y aunque hablo inglés con ella, en el teléfono, con los chicos, siempre hablo en holandés.

—Proporcionamos seguro contra perdida y robo para todos nuestros viajeros por lo tanto si ella hubiera perdido algo de valor, debe haber una reclamación.

—Oh —digo.

—Pero he verificado todos los reclamos por ese periodo de tiempo, y todo lo que he encontrado es una reclamación por un iPad robado en Roma y un brazalete que fue recuperado. Pero si usted tiene un nombre, puedo verificar dos veces.

Miro a Ana Lucia, que ahora decididamente no está mirándome, así que sé que está escuchándome.

—No puedo darle eso ahora.

—Oh. De acuerdo. Bueno, ¿tal vez me puede llamar de vuelta con eso más tarde?

—Realmente no puedo hacer eso tampoco.

—Oh. ¿Está seguro que fue *¡Teen Tours!* la agencia?

Ahora veo como la historia del extraviado reloj es tan chiflada como el reloj mismo. Aún si esta fuera la agencia correcta, no hay forma de que el operador turístico conociera que Lulu perdió el reloj porque ella lo perdió después del recorrido. Es una

ficción. Esto es *toda* una ficción. La verdad es, estoy buscando a una chica cuyo nombre no conozco, que tiene un parecido con Louise Brooks. Ninguno de los cuales puedo decir en voz alta. Ni tampoco quiero.

Esto es absurdo.

Erica continúa.

—Usted sabe, uno de nuestros veteranos condujo ese recorrido. Ella sabría si algo fue mal ¿Quiere su número?

Me giro hacia la cama. Ana Lucia está de pie, quitando las cubiertas.

—Su nombre es Patricia Foley —continua Erica— ¿Quiere su número?

Ana Lucia camina por la habitación y se para delante de mí, totalmente desnuda, como si supiera que está ofreciendo una opción. Pero esto no es realmente una opción, cuando la otra opción en realidad no existe.

—Eso no será necesario—le digo a Erika.



Me levanto la mañana siguiente con el golpeteo. Escudriño la puerta corredera. Ahí está Broodje, sosteniendo una bolsa, y poniendo un dedo a sus labios.

Abro la puerta. Broodje mete dentro su cabeza y me da la bolsa.

Desde la cama, Ana Lucia se frota sus ojos, pareciendo gruñona.

—Lamento despertarte —le dice a Ana Lucia—. Necesito robarlo. Tenemos un partido de futbol. Lapland perdió así que ahora estamos jugando contra Wiesbaden.

¿Lapland y Wiesbaden? Ana Lucia es ignorante acerca de todas las cosas de fútbol, pero esto es provocar. Pero su rostro no registra ninguna sospecha, solo acidez acerca de la intempestiva llegada de Broodje.

En la bolsa esta un viejo set de futbol de alguien, camiseta deportiva, shorts, botines de futbol, y un delgado chándal para usar en la parte superior. Miro a Broodje. Él me da un vistazo.

—Mejor te vas a cambiar ahora —dice.

— ¿Cuándo regresarás? —me pregunta cuando regreso. El chándal es varios centímetros demasiado corto para mí. No puede decir si ella se da cuenta.

—Tarde —responde Broodje—. Este es un partido fuera de casa. En Francia. —él se voltea a mí—. En Deauville.

¿Deauville? No. La búsqueda está terminada. Pero Broodje está dándome una mirada y Ana Lucia ya tiene sus manos cruzadas sobre su pecho. Ya estoy pagando el precio, así que también puedo hacer el crimen.

Voy a darle un beso de despedida.

—Deséame suerte —le pido, olvidando por un segundo que no hay juego, ningún partido de fútbol al menos, y que es la última persona que debería desearme suerte.

De todos modos, ella no lo hace.

—Espero que pierdas —dice.

Trece

Traducido por Isa 229

Es temporada baja en Deauville, y el complejo costero está silencioso, un viento frío azota el Canal. Desde la distancia, puedo ver la marina, filas de veleros en dique seco, en sus soportes, sus mástiles sin despegar. A medida que nos acercamos a la marina parece estar cerrada, invernando durante el invierno. Lo cual parece ser la idea correcta.

En el camino en el carro de Lien, que había olido a la lavanda cuando salimos y ahora huele a sucio, a ropa húmeda de alguna manera, los chicos han estado exaltados. W había localizado una barcaza llamada *Viola* ayer por la noche y había decidido que nosotros deberíamos tomar un viaje por carretera a Francia.

—¿No hubiera sido más fácil llamar? —había preguntado después que el plan me había sido explicado. Pero, no. Ellos parecían pensar que nosotros deberíamos solo ir. Por supuesto, ellos estaban apropiadamente vestidos para eso, y yo estaba en nada más que una delgada sudadera. Y ellos no tenían nada que perder, excepto un valioso día de estudios. Yo, tenía aún menos, pero pareció como más de alguna manera.

Conducimos alrededor de la laberíntica marina, finalmente alcanzando la oficina principal solo para encontrarla cerrada. Por supuesto. Ahora son las cuatro en punto en un oscuro día de noviembre; cualquiera en su sano juicio está metido en algún lugar caliente.

—Bueno, nosotros solo tendremos que encontrarlo por nosotros mismos —dice W.

Miro alrededor. Tan lejos como puedo ver en todas las direcciones están los mástiles.

—No veo cómo.

— ¿Están la marina organizada por tipo de embarcación? —pregunta W.

Suspiro.

—A veces.

— ¿Entonces podría haber una sección para barcazas? —solicita.

—Posiblemente.

— ¿Y dijiste que este Jacque vive en su bote durante todo el año por lo tanto no estaría varado en tierra?

—Probablemente no —tuvimos que sacar nuestra casa flotante del agua cada cuatro años para el servicio de reparaciones. Varar en tierra para un buque de ese tamaño es una tarea enorme—. Probablemente anclado.

—¿A qué? —pregunta Henk.

—Probablemente a un muelle.

—Ahí. Caminemos alrededor hasta que encontremos las barcazas —dice W, como si todo esto es tan fácil.

Pero no es fácil en absoluto. Está lloviendo fuerte ahora, humedad debajo de nosotros y por encima de nosotros. Y parece desierto por aquí, ningún sonido excepto el constante golpeteo de la lluvia, las olas contra los lados de los cascos, y el sonido metálico de las drizas.

Un gato pasa como un rayo a través de uno de los embarcaderos, y detrás de él, un perro ladrando, y detrás del perro, un hombre en un impermeable amarillo, un punto de color en toda la tiniebla. Los miro irse y me pregunto si soy como el perro, persiguiendo un gato porque eso es lo que un perro hace.

Los chicos se refugian debajo de un toldo. Estoy temblando ahora, listo para dejarlo. Me volteo para sugerir un bar caliente, una buena comida, y algunas bebidas antes del largo camino a casa. Pero los chicos están apuntando detrás de mí. Me doy vuelta.

Las persianas de acero azul del *Viola* están cerradas, haciéndola lucir solitaria aquí amarrada junto con el deslizante cemento y los masivos postes de madera. Ella parece fría, también, como si también deseara estar de vuelta en el caluroso verano Parísino.

Doy un paso en el muelle, y por un segundo, puedo casi sentir los rayos de la luz del sol en mi piel, puedo escuchar a Lulu presentándome a la doble felicidad. Fue justo allí que nos habíamos sentado, por el riel. Justo allí habíamos discrepado acerca de lo que la doble felicidad significaba. *Suerte,* ella había dicho. *Amor*, había contradicho yo.

— ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

Dando zancadas hacia nosotros está el hombre en el impermeable amarillo, el fugitivo ahora con correa y temblando de frío.

—Muchos ladrones han subestimado a Napoleón y ha pagado por ello con una libra de carne, ¿verdad? —dice el hombre a su perro. Tira de la correa y Napoleón ladra lastimosamente.

—No soy un ladrón —digo en francés.

El hombre arruga su nariz.

—¡Peor! Eres un extranjero. Sabía que eras demasiado alto. ¿Alemán?

—Holandés.

—No importa. Salgan de ahí antes de que llame al guardia o deje a Napoleón suelto.

Subo las manos.

—No estoy aquí para robar nada. Estoy buscando a Jacques.

No estoy seguro si es el soltar el nombre de Jacques o el hecho de que Napoleón ha empezado a lamer sus bolas, pero el hombre retrocede.

—¿Conoces a Jacques?

—Un poco.

—Si conoces a Jacque aunque sea un poco, tú sabes dónde encontrarlo cuando no está en el *Viola.*

—Tal vez menos que un poco. Lo conocí el verano pasado.

—Conoces a mucha gente. No abordas el buque de un hombre sin una invitación. Esa es la última violación de su reino.

—Lo sé. Solo quiero encontrarlo, y este es el único lugar en el cual puedo pensar.

El escudriña.

— ¿Te debe dinero?

—No.

— ¿Estás seguro? ¿Esto no se trata de las carreras? siempre respalda a los caballos equivocados.

—No tiene nada que ver con eso.

—¿Durmió con tu esposa?

— ¡No! El verano pasado tomo cuatro pasajeros a través de París.

— ¿Los daneses? ¡Bastardos! Él perdió casi toda su cuota de honorarios con ellos. Es un jugador de póker terrible. ¿Perdió dinero contigo?

— ¡No! él consiguió dinero de nosotros. Cien dólares. Yo y esta chica americana.

—Terribles, estos americanos. Ellos nunca hablan francés.

—Ella habla chino.

— ¿De qué sirve eso *para* ti?

Suspiro.

—Mire, esta chica… —comienzo a explicar. Pero él se aleja.

—Si quieres a Jacques, ve al Bar de la Marine. Cuando él no está en el agua, él está bebiendo.



Encuentro a Jacques en la larga barra de madera, colgado sobre un vaso cercano a vaciarse. Tan pronto cuanto entramos, me saluda, aunque ya sea porque él me reconoce o porque esta es su saludo habitual, no estoy seguro. Él está llevando una conversación profunda sobre nuevos honorarios con el cantinero. Compro a los muchachos una ronda de cervezas y los coloco en una mesa de la esquina y me siento junto a Jacques.

—Dos de lo que él tiene—le digo al barman, y él vierte a cada uno de nosotros un vaso de doloroso brandy dulce en las rocas.

— ¿Te acuerdas de mí?

—Claro que me acuerdo de ti. —El escudriña, situándome—. París —Eructa y luego se aporrea su pecho con su puño—. No parezcas tan sorprendido. Fue hace solo unas semanas.

—Fue hace tres meses.

—Semanas, meses. El tiempo es tan fluido.

—Sí, te recuerdo diciendo eso.

—¿Quieres navegar la *Viola*? Está seca por la temporada pero nos mojaremos de nuevo en Mayo.

Realmente no tengo una respuesta para él. ¿Qué *puede* hacer él por mí?

—Estaba con esa chica americana y estoy tratando de ponerme en contacto con ella. ¿No se puso por casualidad en contacto con usted?

—La chica americana. Oh si, ella lo hizo.

— ¿De verdad?

—Sí. Ella dijo que le dijera al bastardo alto he terminado con él porque me he encontrado un hombre nuevo —él se señala a sí mismo. Luego se ríe.

— ¿Así que ella no se puso en contacto con usted?

—No. Lo siento, chico. ¿Te dejo plantado?

—Algo así.

—Podrías preguntarles a esos daneses bastardos. Uno de ellos continúa enviándome mensajes. Déjame ver si puedo encontrarlo. —El saca un Smartphone y empieza a hurgar en él. —Mi hermana me dio esto, dijo que ayudaría con la navegación, las reservas… pero no puedo comprenderlo. —Me lo da—. Inténtalo tú.

Verifico la fila de sus textos y encuentro una nota de Agnethe. Abro el texto y hay muchos otros antes de este, incluyendo fotos del último verano cuando ellos estuvieron de crucero en la *Viola*. La mayoría son de Jacques, frente a los campos de cártamo, o vacas, o atardeceres, pero hay una toma que reconozco: una persona tocando el clarinete en un puente sobre el canal Saint Martin. Estoy a punto de devolver el teléfono cuando la veo: en la esquina, un asomo de Lulu. No es su rostro, es

la espalda de ella —hombros, cuello, cabello— pero es ella. Un recordatorio de que ella no es una ficción de mi invención.

A menudo me pregunto cuántas fotos he estado capturando accidentalmente. Había otra foto de ese día, para nada accidental. Una toma intencional de Lulu y mía que ella pidió a Agnethe tomar con su teléfono. Lulu había ofrecido enviármela. Y yo había dicho que no.

—¿Me puedo reenviar esto? —le pido a Jacques.

—Como desees —dice él, con un gesto de la mano.

Reenvío la foto al celular de Broodje porque era cierto que el mío no aceptaba textos de foto, aunque esa no fue la razón por la que no quería la toma de Lulu y mía cuando ella lo ofreció. Fue automática, esa negación, casi un reflejo. Casi no tenía fotos de mi viaje del último año. Aunque estoy seguro que estoy en las fotos de muchas personas, no estoy en ninguna de las mías.

Hace dos años en mi mochila que fue robada en ese tren a Varsovia había tenido una vieja camera digital, y en esa cámara, fotografías de mí y Yael y Bram de mi cumpleaños dieciocho. Eran algunas de las últimas fotos que tuve de los tres juntos, y ni siquiera los había descubierto hasta que estuve en el camino, aburrido una noche y pasando por todas las tomas de mi tarjeta de memoria. Y ahí estábamos.

Debería haber enviado estas fotos a alguna parte. O haberlas impreso. Hecho algo permanente. Lo planeé, lo hice. Pero lo aplacé y luego mi mochila fue robada y fue demasiado tarde.

La devastación me agarró desprevenido. Hay una diferencia entre perder algo que sabías que tenías y perder algo que descubriste que tenías. Uno es una desilusión. El otro se siente como perder una pieza de ti mismo.

No me di cuenta de eso antes. Me doy cuenta ahora.

Catorce

Utrecht

Traducido por Jessy

En el viaje de regreso a Utrecht, llamo a Agnethe la danesa para ver si Lulu le envió las fotografías, si ha habido cualquier tipo de correspondencia. Pero ella apenas recuerda quien soy. Es deprimente. Este día, tan grabado en mi memoria, es solo otro día para todos los demás. Y en cualquier caso, era solo un día, y ya se terminó.

Se terminó con Ana Lucia, también. Puedo sentirlo, incluso si ella no puede. Cuando vuelvo, derrotado, diciéndole que la temporada de fútbol ha terminado, es comprensiva, o tal vez se siente victoriosa. Está llena de besos y *cariños*[14].

Los acepto. Pero sé ahora que solo es cuestión de tiempo. En tres semanas, parte a Suiza. Para cuando regresé, cuatro semanas más tarde, me habré ido. Tomo nota mental de renovar el pasaporte.

Es como si Ana Lucia sintiera todo esto. Porque empieza a presionarme más para que la acompañé a Suiza. Cada día, una nueva invitación:

—Mira cuan agradable es el tiempo —dice una mañana mientras se prepara para la clase. Abre su computadora y me lee el pronóstico del tiempo de Gstaad—. Cielos soleados todos los días. Ni siquiera muy frío.

No respondo. Solo fuerzo una sonrisa.

—Y aquí —dice, haciendo click en un sitio de viajes que le gusta e inclinando la laptop hacia mí para mostrarme imágenes de alpes nevados y cascanueces pintados—. Aquí te muestra todas las cosas que puedes hacer además de esquiar. No tienes que estar en la posada. Estamos cerca de Lausanne o Bern. Ginebra ni siquiera está muy lejos. Podemos ir a comprar ahí. Es famoso por los relojes. ¡Ya se! Te compraré un reloj.

Mi cuerpo entero se pone rígido—. Ya tengo un reloj.

—¿En serio? Nunca te veo usarlo.

Está en Bloemstraat, en mi mochila. Todavía haciendo tictac. Casi puedo oírlo desde aquí. Y de repente, tres semanas se sienten demasiado tiempo.

—Tenemos que hablar —las palabras salen disparadas antes que sepa con que seguirlas. Romper es algo que no he hecho en mucho tiempo. Es mucho más fácil dar un beso de despedida y coger un tren.

—Ahora no —dice ella, levantándose para aplicarse lápiz labial en el espejo—. Ya estoy atrasada.

Bien. Ahora no. Más tarde. Bueno. Me dará tiempo para encontrar las palabras adecuadas. Siempre hay palabras adecuadas.

[14] N.T.:Original en español.

Después de que se va, me visto, hago café, y me siento ante su computadora para revisar mi email antes de irme. La página de viajes en la que ella estaba sigue abierta, y estoy a punto de cerrar la ventana cuando veo un banner publicitario. Grita ¡¡¡MEXICO!!! Afuera, está frio y gris, pero las imágenes prometen solo calor y sol.

Hago clic en el enlace, y me lleva a una página con un listado de varias ofertas de paquetes de días de fiestas, no el tipo de cosas que alguna vez haría, pero me siento más caliente con solo mirar las playas. Y luego veo algunas publicidades para viajes a Cancún.

Cancún.

A donde Lulu va cada año.

Donde ha ido con su familia al mismo lugar cada año. La previsibilidad de su madre, lo que la desespera, ahora es mi mejor esperanza.

Saco los detalles. Como todo de ese día, están tan frescos como una pintura recién hecha. Un resort decorado como un templo Maya. Como América detrás de murallas con villancicos al estilo mariachi. Navidad. Fueron para las fiestas. Navidad. ¿O era en Año Nuevo? ¡Puedo ir para las dos!

Canalizando, empiezo a buscar resorts en Cancún. Una playa de agua cristalina tras otra aparece por la pantalla. No hay final de ellas, estos mega resorts como fortalezas y templos Mayas. Ella dijo que tenía una especie de río. Me había preguntado acerca de eso, un resort con un río. No hay ríos naturales atravesando Cancún. Hay campos de golf y piscinas, y acantilados para clavados, y toboganes. Pero ¿ríos? Estoy buscando en la lista del Palacio Maya cuando me topo con él. Un río *artificial*, una especie de corriente falsa en la que te montas en un tubo inflable.

Reduzco mi búsqueda. No parecen haber tantos resorts *así* que se vean como templos Mayas y tengan ríos artificiales. Cuatro, que pueda ver. Cuatro en los que Lulu podría quedarse en algún momento entre Navidad y Año Nuevo.

Afuera está lloviendo, pero la página alardea que el clima en México es caliente, cielos azules interminables y soleados. Todo este tiempo, he estado atascado, tratando de averiguar dónde ir a continuación. ¿Por qué no aquí? ¿Para encontrarla? Hago clic en

la compañía aérea y busco los precios para dos boletos a Cancún. Caros, pero otra vez, me lo puedo permitir.

Cierro la computadora, con una lista formándose en mi cabeza. Parece tan simple.

Conseguir mi pasaporte.

Invitar a Broodje.

Comprar los boletos.

Encontrar a Lulu.

Quince

Utrecht

Traducido por MaryJane♥

Para las seis de la tarde, he comprado para Broodje y yo billetes de avión y reservado una habitación en un hotel barato en Playa del Carmen. Estoy lleno de satisfacción, después de haber cumplido más en este único día de lo que hice en los dos últimos meses. Sólo hay una cosa por hacer.

—Tenemos que hablar —le escribo a Ana Lucia. Me escribe de regreso—: Sé de lo que quieres hablar. Ven a las 8.

Me desinflo con alivio. Ana Lucia es inteligente. Sabe, como yo sé, que sea lo que sea esto, no es una mancha.

Compro una botella de vino en mi camino hacia allá. No hay razón para que esto no pueda ser civilizado.

Me saluda en la puerta, vestida con un bikini rojo y labios enrojecidos. Tomando el vino de mi mano, me hala hacia adentro. Hay velas encendidas por todas partes, como una catedral en el día de un santo. Tengo un mal presentimiento.

—Cariño, lo entiendo ahora. Y toda esa charla acerca de cuanto odias el frío. Debí haber adivinado.

—¿Deberías haber adivinado?

—Por supuesto, que quieres ir a un lugar cálido. Y sabes que mis tíos están en la ciudad de México, pero lo que no puedo averiguar es ¿cómo sabes acerca de la villa en Isla Mujeres?

—¿Isla Mujeres?

—Es hermosa. Justo en la playa, con piscina y sirvientes. Nos han invitado a quedarnos allí si queremos, o podemos quedarnos en tierra firme, aunque no en uno de esos lugares baratos. —Arruga su nariz—. Insisto en pagar el hotel, sin argumentos. Porque es justo que compraras los boletos.

—Comprara los boletos. —Todo lo que puedo hacer es repetir.

—Oh cariño —arrulla—. Conocerás a mi familia, después de todo. Nos van a hacer una fiesta. Mis padres estaban molestos por cancelar Suiza pero entienden las cosas que haces por amor.

—Por amor —repito, aunque con un enfermizo sentimiento estoy comenzando a reconstruir lo que ha sucedido. Su navegador de internet. Todo mi historial de búsqueda. Los boletos para ambos. El hotel.

Mi sonrisa se tensa, llena de falsa dulzura. ¿Cómo puedo encontrar palabras para esto? Un malentendido, voy a decirle; los pasajes son para unas vacaciones de chicos, para mí y Broodje, lo que es cierto.

—Sé que querías que fuera una sorpresa —continúa—. Ahora sé por qué te escabullías en el teléfono, pero *amor*[15], nos vamos en tres semanas, ¿cuándo tenías previsto decirme?

—Ana Lucia —empiezo—. Ha habido un malentendido.

—¿Qué quieres decir? —dice. Y la esperanza está aún allí, como si el malentendido se tratara de un dato menor, como el hotel.

—Esos pasajes. No son para ti. Son para…

Ella me interrumpe—. ¿Es la otra chica no? ¿La de París?

Tal vez no soy tan buen actor como creo. Debido a que la forma en que su expresión se ha desplazado tectónicamente de adoración a sospecha me muestra que probablemente siempre lo ha sabido. Y debo ser un actor terrible ahora, porque aun

[15] **N.T.:** Texto en cursiva, original en español.

cuando mi boca comienza a formar una explicación plausible, mi cara debe estar revelándolo todo. Puedo decir que eso por lo que le está pasando a la cara de Ana Lucia, sus facciones bonitas se arrugan en incredulidad y, a continuación, en convicción.

—¡*Hijo de la gran puta*! ¿Es la chica francesa? ¿Llevas con ella todo este tiempo, no? —grita Ana Lucia—. ¿Es por eso que fuiste a Francia?

—No es lo que piensas —digo levantando las manos.

Ella abre la puerta corredera de cristal que da al patio.

—Es exactamente lo que pienso —dice ella, empujándome fuera de la puerta. Me quedo ahí. Coge una vela y me la lanza. Vuela por delante de mí y se posa en uno de los cojines que mantiene en el escalón de cemento—. ¡Has estado escabulléndote todo este tiempo con esa puta francesa! —Otra vela pasa, aterrizando en la maleza.

—Vas a iniciar un incendio.

—¡Bien! Voy a quemar tu recuerdo, ¡*culero*! —Me arroja otra vela.

La lluvia ha cesado, y aunque es una noche fría, parece como si la mitad de la universidad ahora se haya reunido a nuestro alrededor. Trato de hacerla entrar de nuevo, para calmarla. Fallo en ambos.

—¡Cancelé mi viaje a Suiza por ti! Mis familiares organizaron una fiesta para ti. Y todo el tiempo, te escapabas para ver a tu puta francesa. En mi tierra. Donde mi familia vive. —Golpea su pecho desnudo, como si estuviera reclamando propiedad no sólo de España sino de toda América Latina.

Lanza otra vela. Cojo ésta, y explota, derramando vidrio y cera caliente en mi mano. En mi piel se forma una ampolla. Me pregunto, vagamente, si va a dejar cicatriz. Sospecho que no.

Dieciséis

Diciembre
Cancún—

Traducido por Otravaga

La cima de la civilización maya fue hace más de mil años, pero es difícil imaginar que el más sagrado de los templos en ese entonces estuviese tan bien protegido como lo está el Maya del Sol ahora.

—¿Número de habitación? —nos preguntan los guardias a Broodje y a mí cuando nos acercamos a la puerta del imponente muro tallado que parece extenderse un kilómetro en cada dirección.

—Cuatro-cero-siete —dice Broodje antes de que tenga la oportunidad de hablar.

—Llave electrónica —dice el guardia. Hay manchas de sudor por todo el costado de su chaleco.

—Um, la dejé en la habitación —responde Broodje.

El guardia abre una carpeta y mira a través de un montón de papeles.

—¿El Sr. y la Sra. *Yoshimoto?* —pregunta.

—Ajá —responde Broodje, enlazando el brazo conmigo.

El guardia se ve molesto.

—Sólo huéspedes. —Cierra la carpeta de golpe y va a cerrar la pequeña ventana.

—No somos huéspedes —digo, sonriendo con complicidad—. Pero estamos tratando de *encontrar* un huésped.

—¿Nombre? —Recoge la carpeta de nuevo.

—No lo sé, exactamente.

Un Mercedes negro con ventanas tintadas se desliza hacia arriba y apenas se detiene antes que los guardias levanten la puerta y le hagan señas. El guardia se vuelve hacia nosotros, cansado, y por un segundo creo que hemos ganado. Pero entonces dice:

—Váyanse ahora, antes de que tenga que llamar a la policía.

—¿La policía? —exclama Broodje—. Whoa, whoa, whoa. Vamos a calmarnos todos un minuto. A quitarnos nuestros chalecos. Tal vez tomar una copa. Podemos ir al bar; el hotel debe tener algunos buenos bares. Le traeremos una cerveza.

—Esto no es un hotel. Es un club de vacaciones.

—¿Qué significa eso exactamente? —pregunta Broodje.

—Eso significa que no pueden entrar.

—Tenga compasión. Venimos de Holanda. Él está buscando a una chica —dice Broodje.

—¿No lo hacemos todos? —pregunta el guardia detrás de él, y ambos se ríen. Pero todavía no nos dejan entrar.

Le doy al ciclomotor una buena patada frustrada, lo que al menos significa que chisporrotea a la vida. Nada hasta ahora está yendo como esperaba, ni siquiera el clima. Había pensado que México sería cálido, pero es como estar en un horno todo el día. O tal vez sólo se siente de esa manera, porque en lugar de pasar nuestro primer día en una playa con brisa fresca como Broodje tuvo el buen sentido de hacer, pasé el día de ayer en las ruinas de Tulum. Lulu había mencionado que su familia iba a las mismas ruinas cada año y Tulum es la más cercana, así que había pensado que podría atraparla allí. Durante cuatro horas vi a miles de personas mientras se arrojaban de autobuses de turismo y furgonetas y autos de alquiler. Dos veces, creí verla y corrí detrás de una chica. Cabello correcto, chica equivocada. Y me di cuenta que puede que ya ni siquiera tuviese ese corte de cabello.

Había regresado a nuestro pequeño hotel con una quemadura de sol y dolor de cabeza, el optimismo que había tenido acerca de este viaje agriándose en una sensación de hundimiento. Broodje alegremente había sugerido que lo intentáramos en los hoteles, un entorno más contenido. Y si eso no funcionaba, él había señalado hacia la playa.

—Hay tantas chicas aquí —había dicho en voz baja, casi reverente, haciendo un gesto hacia la arena, la cual estaba cubierta, casi cada metro cuadrado de la misma, con bikinis.

Tantas chicas, había pensado. *¿Por qué estoy tratando de encontrar sólo una?*



El Palacio Maya, otro de los falsos centros turísticos mayas en mi lista de objetivos, se encuentra a pocos kilómetros al norte de aquí. Holgazaneamos por la carretera, aspirando el humo de los autobuses y las camionetas turísticas que pasan. Esta vez, escondemos el ciclomotor en algunos arbustos en flor a lo largo de la sinuosa y cuidada carretera que conduce a la puerta principal. El Palacio Maya se parece mucho al Maya del Sol, sólo que en lugar de un muro monolítico, tiene una fachada de una pirámide gigante, con un puesto de control en el medio. Esta vez, estoy listo. En español, le digo al guardia que estoy tratando de encontrar a una amiga mía que se está quedando aquí pero quiero sorprenderla. Entonces le doy un billete de veinte dólares. No dice una palabra... sólo abre las puertas.

—Veinte dólares —dice Broodje, asintiendo con la cabeza—. Mucho más elegante que un par de cervezas.

—Probablemente eso es lo que cuesta un par de cervezas en un lugar como este.

Caminamos por la calzada asfaltada, esperando encontrar un hotel, o alguna evidencia de uno, pero lo que encontramos es otro puesto de control. Los guardias nos sonríen y nos dan los *buenos días*[16], como si nos estuviesen esperando, y por la forma en que nos están evaluando, como si fuesen gatos y nosotros ratones, veo que los otros guardias han llamado con antelación. Sin decir una palabra, meto la mano en mi billetera y entrego a otros diez.

[16] N.T.: En español en original.

—*Oh, gracias, señor* —dice el guardia—. *¡Qué generoso!* —Pero luego mira a su alrededor—. Sólo que somos dos.

Alcanzo de nuevo mi billetera. El pozo está seco. Muestro mi billetera vacía. El guardia niega con la cabeza. Me doy cuenta que exageré allá en el primer puesto. Debería haber ofrecido primero los diez.

—Vamos —digo—. Es todo lo que me queda.

—¿Sabe cuánto cuestan las habitaciones aquí? —pregunta—. Mil doscientos dólares la noche. Si quiere que le permita a usted, y su amigo, disfrutar de las piscinas, las playas, las canchas de tenis, los bufets, tiene que pagar.

—*¿Bufets?* —interrumpe Broodje.

—¡Shh! —susurro. Para el guardia digo—: No nos interesa nada de eso. Estamos tratando de encontrar una huésped de aquí.

El guardia levanta la ceja.

—Si conoce a los huéspedes, ¿por qué escabullirse como un ladrón? ¿Acaso piensa que porque tiene la piel blanca, y un billete de diez dólares, creemos que usted es rico? —Se ríe—. Es un viejo truco, *amigo.*

—No estoy tratando de escabullirme en nada. Estoy tratando de encontrar a una chica. Una chica americana. Puede estar quedándose aquí.

Esto hace que el guardia se ría todavía más fuerte.

—¿Una chica americana? Me gustaría una de esas, también. Cuestan más de diez dólares.

Nos fulminamos con la mirada el uno al otro.

—Devuélvame mi dinero —digo.

—¿Qué dinero? —pregunta el guardia.

Estoy furioso cuando volvemos a la moto. Broodje, también está murmurando algo sobre que le han estafado treinta dólares. Pero no me importa el dinero, y no es por los guardias que estoy enojado.

Sigo reproduciendo una conversación con Lulu en mi cabeza. Luego una cuando ella me habló de México. Acerca de lo frustrante que era ir con su familia al mismo centro turístico cada año. Yo le había dicho que tal vez debería alejarse de la civilización la próxima vez que fuera a Cancún. «Tienta a la suerte» había dicho. «Ve lo que pasa». Entonces yo había bromeado que tal vez también iría a México un día, me toparía con ella, y escaparíamos a tierras inexploradas, sin tener idea en el momento que esta tonta línea se convertiría en una misión de algún tipo. «¿Crees que eso sucedería?» había preguntado ella. «¿Simplemente nos encontraríamos al azar?» Yo había dicho que tendría que ser otro gran accidente y ella se había burlado en respuesta: «Entonces ¿estás diciendo que *yo soy* un accidente?»

Después que decirle que lo era, ella había dicho algo extraño. Había dicho que el que yo la llamara un accidente podría ser la cosa más halagadora que alguien había dicho alguna vez sobre ella. No estaba simplemente pescando palabras de elogio. Ella estaba revelando algo con esa honestidad suya, tan completamente cautivadora que era como si se estuviese desnudando no sólo a sí misma, sino a mí también. Cuando dijo eso, me había hecho sentir como si me hubiese sido confiado algo muy importante. Y también me dio tristeza, porque sentí que era verdad. Y si lo era, estaba mal.

Yo había halagado a un montón de chicas, muchas que lo merecían, muchas que no lo hacían. Lulu se lo merecía, se merecía muchos más halagos que ser llamada un accidente. Así que abrí mi boca para decir algo agradable. Lo que salió, creo, nos sorprendió a ambos. Le dije que era del tipo de persona que encontraba dinero y lo devolvía, que lloraba en las películas en las que no se suponía que debías llorar, que hacía cosas que le asustaban. Ni siquiera estaba seguro de donde estaban saliendo esas cosas, sólo que mientras las decía, estaba seguro de que eran ciertas. Porque por improbable que fuese, yo la *conocía.*

Sólo ahora me doy cuenta de lo equivocado que estaba. Yo no la conocía en absoluto. Y no le hice la más simple de las preguntas, como dónde se hospedaba en México o cuándo lo visitaba o cuál era su apellido, o cuál era su nombre. Y como resultado, aquí estoy, a merced de los guardias de seguridad.

Conducimos de regreso a nuestro hostal en la polvorienta parte de Playa del Carmen, llena de perros callejeros y tiendas deterioradas. La cantina de al lado sirve cerveza barata y tacos de pescado. Ordenamos varios de cada uno. Un par de viajeros de nuestro hostal aparecen. Broodje les hace señas con la mano para que se sienten con nosotros, y les empieza a contar sobre nuestro día, embelleciéndolo de forma que casi suena divertido. Así es como nacen todas las buenas historias de viaje. Las pesadillas se convierten en chistes. Pero mi frustración está demasiado fresca para que cualquier cosa parezca graciosa.

Marjorie, una guapa chica canadiense, chasquea la lengua con simpatía. Una chica británica llamada Cassandra, con corto cabello marrón en puntas, lamenta el estado de pobreza en México y los fracasos del TLCAN[17] , mientras que TJ, un hombre de Texas quemado por el sol, sólo se ríe.

—He visto ese lugar Maya del Sol. Es como Disneylandia en la Riviera.

En la mesa detrás de nosotros, oigo a alguien reírse.

—*Más de como Disneylandia del infierno.*

Me doy la vuelta.

—¿Tú conoces el lugar? —le pregunto en español.

—Trabajamos allí —responde el más alto en español.

Tiendo mi mano.

—Willem —digo.

—Esteban —responde.

—José —dice el más bajo. Son un poco como una pareja de espagueti y albóndiga, también.

—¿Hay alguna posibilidad de que me puedan meter a hurtadillas?

Esteban niega con la cabeza.

—No sin poner en riesgo mí trabajo. Pero hay una manera más fácil de entrar. Ellos te pagarían por ir de visita.

—¿En serio?

Esteban me pregunta si tengo una tarjeta de crédito.

Saco mi billetera y le muestro mi flamante Visa, un regalo del banco después de mi gran depósito.

---

[17] **TLCAN:** Tratado de Libre Comercio de Norteamérica.

—Bueno, está bien —dice Esteban. Luego mira mi atuendo, una camiseta y un destartalado par de kakis—. También vas a necesitar ropa mejor. No estas cosas surfista.

—No hay problema. ¿Luego qué?

Esteban explica cómo Cancún está lleno de representantes de ventas que tratan de enganchar a la gente de esos centros turísticos para comprar una multipropiedad. Se la pasan en los lugares de alquiler de automóviles, en los aeropuertos, incluso en algunas de las ruinas.

—Si creen que *tienes* dinero, te invitarán a hacer un recorrido. Incluso te *pagarán* por las molestias, dinero, viajes gratis, masajes.

Le explico todo esto a Broodje.

—Suena demasiado bueno para ser verdad —dice.

—No es demasiado bueno, y es verdad —responde José en inglés—. Tantas personas pagan mucho dinero después de un solo día. —Niega con la cabeza, en asombro, o disgusto, o ambos.

—Los tontos y su dinero —dice T.J. riendo—. Entonces todos ustedes tienen que verse como si estuviesen forrados.

—¡Pero él *está* forrado! —dice Broodje—. ¿Qué importa cómo se ve?

José dice:

—No importa lo que eres; sólo importa lo que aparentas.



Compro para Broodje y para mí unos pantalones de lino y unas camisas con botones por casi nada y gasto una cantidad ridícula en dos pares de lentes de sol Armani en uno de los puestos en la zona turística de la ciudad.

Broodje está horrorizado por el costo de los lentes. Pero le digo que son necesarios.

—Son los pequeños detalles los que cuentan la gran historia. —Eso era lo que siempre decía Tor, para explicar por qué tenía esos trajes tan mínimos en Guerilla Will.

—¿Cuál es la gran historia? —pregunta.

—Somos unos mujeriegos holgazanes con fondos fiduciarios, alquilando una casa en Isla Mujeres.

—Así que, aparte de la casa, ¿estás haciéndote pasar por ti mismo?



Al día siguiente es Navidad, así que esperamos hasta el día siguiente para partir. En la primera agencia de alquiler de autos, prácticamente hemos alquilado un auto para el momento en que nos damos cuenta de que no hay nadie ahí ofreciéndonos un recorrido. En la segunda agencia de alquiler de autos, somos recibidos por una sonriente rubia americana con grandes dientes que nos pregunta por cuánto tiempo estaremos en la ciudad y dónde nos estamos quedando.

—Oh, me encanta la Isla —ronronea ella después de que le informamos sobre nuestra villa—. ¿Ya han comido en Mango?

Broodje ve ligeramente aterrado pero yo sólo le doy una pequeña sonrisa.

—Todavía no.

—Oh —dice ella—. ¿Su villa viene con un cocinero?

Sólo sigo sonriendo, un poco tímidamente esta vez, como si la esplendidez me avergonzara.

—Espere. ¿Está alquilando la casa de adobe blanco con la piscina infinita?

Una vez más, sonrío. Un pequeño asentimiento.

—¿Así que Rosa es la cocinera ahí?

No contesto, no lo necesito. Un avergonzado encogimiento de hombros lo hará.

—Oh, me *encanta* ese lugar. Y escuché que el mole de Rosa es divino. Sólo de pensarlo me da hambre.

—Siempre tengo hambre —dice Broodje, mirando lascivamente. Ella lo mira con curiosidad. Le doy una patada discreta.

—Ese lugar es muy costoso —dice—. ¿Alguna vez ha pensado en comprar algo aquí?

Me río entre dientes.

—Demasiada responsabilidad —dice Willem, el Mujeriego Millonario.

Ella asiente, como si también entendiera las cargas de hacer malabares con múltiples propiedades.

—Sí. Pero hay otra manera. Puede ser el dueño, y que alguien más lo cuide por usted, incluso que lo alquile por usted. —Ella saca lustrosos folletos de varios hoteles diferentes... incluyendo el Maya del Sol.

Echo un vistazo a los folletos, rascándome la barbilla.

—Sabe, me enteré de este tipo de inversión con propósitos de exoneración de impuestos —digo, canalizando a Marjolein ahora.

—Oh, fantástica fuente de ingresos y de ahorro de dinero. En serio debería ver una de estas propiedades.

Aparento darle un vistazo casualmente a los folletos.

—Ésta se ve agradable —digo, agitando un dedo al folleto de Maya del Sol.

—Es pecaminosamente decadente. —Ella comienza a decirme todas las cosas que sé sobre el lugar, sobre la playa y las piscinas y los restaurantes y el cine y el golf. Finjo desinterés.

—No sé —digo.

—Oh, ¡al menos tome un recorrido! —Está prácticamente suplicando ahora—. Incluso podrían hacer uno hoy.

Lanzo un gran suspiro y dejo que mis ojos parpadeen hacia ella por un breve momento.

—Habíamos planeado ver las ruinas. Es por eso que estamos alquilando un auto.

—Puedo arreglar una visita gratuita a las ruinas para ustedes. —Alcanza otro folleto—. Este va a Coba, y nadan en un cenote y van en tirolesa. Puedo agregarlo para ustedes dos. Gratis.

Hago una pausa, como si lo considerara.

—Mire, pueden ir, pasar el día. —Me hace señas para que me acerque—. No les diga que se lo dije pero incluso puede pasar la noche. Una vez que pase por las puertas, está adentro.

Miro a Broodje, como buscando su permiso para hacerle este favor a la chica y aceptar su recorrido. Él valientemente sigue el juego, y dándome una mirada de que se siente explotado que dice, *bueno, si es necesario.*

Le esbozo una sonrisa a la chica y ella positivamente sonríe ampliamente en respuesta.

—¡Oh, fantástico! —Empieza a escribirnos el papeleo, todo el rato charlando sobre el recorrido al que vamos a ir—. Y cuando regresen a la Isla, tienen que ir a Mango. Los almuerzos son para morirse. —Ella levanta la vista de su papeleo—. Tal vez pueda llevarlos.

— Tal vez —admito.

—¿Todavía estarán aquí para Año Nuevo?

Asiento.

—¿Qué van a hacer?

Me encojo de hombros, abro mis manos, como para sugerir tantas y tantas opciones.

—Hay una gran fiesta en la playa en Puerto Morelos. *Las Olas de Molas,* esta salvaje banda de reggae va a tocar. Por lo general es la mejor cosa sucediendo en toda la Playa. Muchos de nosotros bailamos toda la noche, y a veces tomamos un ferry a la Isla para un desayuno tardío de resaca.

—Tal vez nos veamos allí.

Ella sonríe.

—Cruzaré los dedos. Aquí está todo lo que necesitan para sus recorridos —dice ella, entregándome unos papeles, así como una tarjeta con su número de teléfono celular personal en ella—. Soy Kayla. Llámeme si necesita algo. *Cualquier cosa.*



Los mismos guardias de seguridad sudados y vestidos con un chaleco se están encargando de la puerta en Maya del Sol, pero no nos reconocen. O no les importa. En el asiento trasero de un taxi, con el papeleo oficial por triplicado en la mano, estoy transformado.

Somos dejados en el vestíbulo, un enorme atrio lleno de bambú, flores y pájaros tropicales atados a las perchas. Nos sentamos en un sofá de mimbre mientras que una bruñida mujer mexicana toma nuestros documentos de identidad y hace copias de mi tarjeta de crédito. Luego somos entregados a un hombre mexicano más mayor con el cabello dorado ladeado sujeto hacia atrás por un par de Ray-Ban de carey.

—¡Bienvenidos! —dice—. Mi nombre es Johnny Maximo, y estoy aquí para decirles que en Maya del Sol, la fantasía se convierte en realidad.

—Eso es justo lo que él está esperando —dice Broodje.

Johnny sonríe. Mira a la hoja de papel en su mano.

—Entonces, William, Robert. ¿Es Robert o Bob?

—Robert-Jan, en realidad —dice Broodje.

—Robert entonces. ¿Alguna vez has poseído una propiedad vacacional?

—No puedo decir que lo he hecho.

—¿Qué hay de ti, William?

—Soy más del tipo de hombre de ver el mundo.

Johnny se ríe.

—Yo también. Ver todas las mujeres del mundo. Así que asumo que ustedes dos solteros nunca antes han estado en un club de vacaciones.

—No puedo decir que lo he hecho, Johnny —dice Broodje.

—Se los digo: esto es vida. ¿Por qué alquilar tus vacaciones cuando puedes ser dueño de ellas? ¿Por qué vivir media vida cuando se puede vivir una completa?

—O dos vidas, incluso —dice Broodje.

—Esta es una de nuestras piscinas. Tenemos seis de ellas —se jacta Johnny. Está rodeada de tumbonas y arbustos en flor. Más allá, el Caribe brilla como si su único objetivo es ser un telón de fondo—. La vista es agradable, ¿no? —se ríe Johnny, señalando una fila de mujeres tomando el sol.

—Bastante —digo, escaneándolas, una por una.

—Entonces, ¿qué haces, William?

—Bienes raíces —digo.

—Ahh, así que ya sabes lo lucrativo que es. Sabes... —Él me hace señas de que me acerque más—. Yo solía ser una gran estrella de cine en México —dice en esa clase de susurro exagerado—. Pero ahora...

—¿Fuiste un actor? —interrumpo.

Esto lo atrapa con la guardia baja.

—Antes. Pero hago más dinero como propietario aquí de lo que hice alguna vez en el negocio del cine.

—¿En qué películas participaste? —pregunto.

—Oh, nada de lo que hayas oído hablar alguna vez.

—Tenemos un montón de películas extranjeras en Holanda. Ponme a prueba.

—En serio, no creo que hayas oído hablar de ellas. Estuve en una película con Armand Assante. Más que todo estuve en telenovelas.

—¿Telenovelas? Como *Good Times, Bad Times* —dice Broodje, burlándose un poco.

—Aquí, son tomadas muy en serio —dice Johnny con desdén.

—Eso está bien —digo—. Que te ganaras la vida de esa manera.

Por un instante, el rostro de Johnny se aplana. Incluso su bronceado parece desvanecerse. Y luego se ajusta.

—Eso fue entonces. Hago mucho más dinero ahora. —Da una palmada y se voltea hacia mí—. Entonces, William, ¿qué te gustaría ver? —Hace un gesto hacia los terrenos, y tengo esta primera corazonada, diminuta pero real, de que ella podría estar aquí. Es una cosa pequeña, pero de alguna manera es lo más feliz que me he sentido en meses.

—Cada centímetro del centro turístico —digo.

—Bueno, tenemos más de un kilómetro cuadrado así que eso podría tomar un tiempo, pero me alegra ver que estás tan motivado.

—Oh, no tienes idea de lo motivado que estoy. —Lo cual es algo gracioso de decir porque yo no estaba así de motivado ayer. Pero ahora es como si me hubiese cambiado al personaje.

—¿Por qué no empezamos con uno de nuestros restaurantes de clase mundial? Tenemos ocho. Mexicano, Italiano, bar de hamburguesa, sushi...

—Sí —dice Broodje.

—¿Por qué no nos muestras el que es más popular para los huéspedes almorzando en este momento? —sugiero—. Me gustaría ver la composición de las multitudes.

—Oh, ese sería Olé, Olé, nuestra cantina al aire libre. Tiene un desayuno tardío tipo bufet.

Broodje sonríe ampliamente. Desayuno tardío tipo bufet. Palabras mágicas.



Lulu no está en el desayuno tardío tipo bufet, o en cualquiera de los otros siete restaurantes que visitamos durante nuestro recorrido de cinco horas. No está en ninguna de las seis piscinas o las dos playas o las doce canchas de tenis o los dos clubes nocturnos o los tres vestíbulos o en el día de spa Zen o en los interminables jardines. Tampoco está en el zoológico de mascotas.

A medida que el día acaba, me doy cuenta de que hay demasiadas variables. Tal vez este es el lugar equivocado. O tal vez este es el lugar correcto, pero es el momento equivocado. O tal vez es el lugar correcto y el momento adecuado, pero ella estaba viendo la televisión en su habitación cuando yo estaba en la piscina. Tal vez en este

momento ella está sentada en una de las piscinas mientras estoy mirando una de las habitaciones modelos.

O tal vez pasé junto a ella y ni siquiera lo supe.

La buena sensación de antes comienza a derrumbarse sobre sí misma. Ella podría estar en cualquier lugar. Podría estar en ninguna parte. Y lo peor de todo, ella podría estar justo aquí y yo ni siquiera la reconozco.

Un par de chicas en bikinis desfilan delante de mí, riéndose. Broodje me da un codazo pero apenas las miro. Estoy empezando a pensar que me he convencido a mismo de una mentira de mi propia invención. Porque la verdad es que no la conozco. Todo lo que sé es que es una chica que tiene un parecido a Louise Brooks. Pero, ¿qué es eso? Los contornos de una persona, pero en realidad no es más real que una fantasía proyectada en una pantalla.

Diecisiete

Traducido por ƐЖ3KhaleesiƐЖ3

—Anímate, hombre, es casi año nuevo.

Esteban me extiende una botella. Él, José, Broodje, Cassandra y yo estamos hacinados en un taxi, arrastrándonos a través de tráfico de las vacaciones mientras nos dirigimos hacia el norte a la fiesta en Puerto Morelos, de la que Kayla me habló.

José y Esteban saben acerca de ella, también, así que aparentemente es el lugar adecuado para estar.

—Sí, vamos. Es Año Nuevo —dice Cassandra.

—Y no irás a casa con las manos vacías si no quieres —dice Broodje—. A diferencia de algunos de nosotros —añadió, lleno de exagerada auto-compasión.

—Pobre Broodje —dice Cassandra—. ¿Lo estoy pronunciando bien?

—Bro-djuh —corrige Broodje, añadiendo—: significa sándwich.

Cassandra sonríe—. No te preocupes, Chico Sándwich. Nos aseguraremos que alguien te muerda esta noche.

—*Creo que ella quiere un bocado de mi sándwich* —dice Broodje en holandés, sonriendo a la perspectiva. Intento sonreír de regreso. Pero de verdad, estoy acabado. He estado acabado desde Maya del Sol, a pesar de que he comprobado debidamente otros resorts, gracias a José y Esteban, que me dijeron cómo llegar al Palacio Maya y me consiguieron pulseras para Maya Vieja. Pero se sentía como ir contra la corriente. Ni siquiera sé a quién estoy buscando, así que ¿cómo voy a encontrarla?

El taxi derrapa en un borde rústico de la playa. Pagamos al conductor y llegamos a la escena. La música late en los enormes altavoces, y cientos de personas se encuentran

dispersos por toda la playa. Todo el mundo parece estar descalzo, juzgando por la enorme pila de zapatos justo en la entrada de la fiesta.

—Tal vez puedas encontrarla por su zapato —dice Cassandra—. Como Cenicienta. ¿Cómo luciría la zapatilla de cristal de una chica moderna? ¿Qué tal esto? —Alza un par de sandalias brillantes color naranja. —Se las prueba—. Demasiado grande —dice, devolviéndolas a la pila.

—¿Gustaría a la chica linda bailar? —pregunta José a Cassandra.

—Seguro —dice ella, sonriendo. Se alejan caminando, José ya con las manos en su muslo.

La cara de Broodje cae—. Supongo que su taco era más sabroso que mi sándwich.

—Como siempre te mantienes recordándome, hay un montón de chicas. Estoy seguro que una de ellas les gustaría un bocado de tu sándwich.

Y si hay muchas chicas. Montón de ellas, de todas las formas y colores, perfumadas y preparadas para la fiesta. En cualquier otro Año Nuevo, sería un comienzo prometedor.

La línea de la barra serpentea todo el camino alrededor de las palmeras y hamacas. Estamos avanzando lentamente nuestro camino cuando una chica que lleva un pareo, una sonrisa, y no mucho más, tropieza sobre mí.

—Quieta allí —digo, estabilizándola por el codo. Ella sostiene la mitad de una botella de tequila, hace una reverencia, y toma un largo trago. Es posible que desees ir al ritmo —le digo.

—¿Por qué no llevas el ritmo conmigo?

—Bien. —Tomo la botella y tomo. Se la doy a Broodje quien hace lo mismo. Le da la botella a ella otra vez.

La sostiene, le da vuelta por lo que la larva que está dentro da saltos mortales.

—Puedes tener el gusano, si quieres —dice ella con voz pastosa—. Gusano, gusano, ¿puede comerte el bombón? —Lleva la botella hasta su oreja—. El gusano dice que sí. —se inclina más cerca, y en un susurro caliente añade—: Yo también.

—No es un gusano de verdad —dice Broodje—. Es una larva agave. —José es camarero y nos explicó todo eso a nosotros.

Sus ojos ruedan desenfocados.

—¿Cuál es la diferencia? Gusano, larva. ¿Sabes lo que dicen? que el pájaro que llegue más rápido obtiene el gusano. —Le da la botella a Broodje, luego pone los brazos sobre mi hombro y me besa, rápido, húmedo, y embriagadamente en la boca. Se echa hacia atrás, agarrando su botella de tequila—. Obtiene el beso también —dice ella, riendo—. Feliz Año Nuevo.

Broodje y yo la vemos caminar a trompicones por la arena. Luego él se voltea hacia mí.

—Se me olvidó como es estar contigo. Como eres.

Seis meses atrás, hubiese besado a la chica de regreso, y la noche estaría lista. Broodje podrá saber cómo soy, pero yo no.

Cuando conseguimos nuestras bebidas, Broodje hace su camino hacia la zona de baile. Le digo que me reuniré con él más tarde. En la playa, lejos del escenario y pista de baile, veo una pequeña hoguera con un grupo de personas sentadas alrededor de ella, tocando la guitarra. Me dirijo a esa dirección, pero luego veo a alguien caminando hacia mí. Kayla de la agencia de alquiler de autos, saludando tímidamente, como si ella no está segura de que sea realmente yo.

Pretendo no ser yo, y me giro hacia la orilla. Tan abarrotada y caótica como está la fiesta, el agua es sorprendentemente tranquila. Hay algunas personas chapoteando. Más lejos, está vacío, sólo la luz de la luna que se refleja en el agua. Incluso por la noche, el agua es más azul de lo que me imaginaba, es la única parte de este viaje que se acerca a cumplir con las expectativas.

Me quedo en mis bóxeres y me sumerjo, nadando lejos, hasta llegar a una balsa flotante. Me agarro de la madera astillada. Los sonidos de la guitarra rasgando *Stairway to Heaven* y el bajo pesado de una banda de reggae reverberan a través del agua. Es una buena fiesta, en una hermosa playa, en una noche suave y cálida. Todas las cosas que solían ser suficiente.

Nado un poco más lejos y me vuelvo a sumergir. Pequeños peces plateados aparecen. Extiendo la mano para tocarlos, pero se alejan fuera de mi alcance tan rápido que es como si estuvieran dejando estelas atrás. Cuando no puedo aguantar la respiración por más tiempo, voy a tomar aire y escucho el cantante de reggae anunciar:

—Media hora para Año Nuevo. Para que todo comience de nuevo. *Año nuevo*[18]. Es tabula rasa.

Inhalo de nuevo y vuelvo a sumergirme. Saco un puñado de arena y lo dejo ir, viendo como los granos se dispersan en el agua. Salgo de nuevo.

—Ven al filo de la medianoche, antes de besar a tu *amor*, guarda *un beso para ti*.

Un beso para ti.

Momentos antes de besarla por primera vez, Lulu había dicho una de sus extrañas cosas: escapé del peligro. Fue enfática acerca de ello, sus ojos tenían un fuego en ellos, como lo habían tenido cuando se interpuso entre los cabezas rapadas y yo. Me había parecido que era una cosa peculiar que decir. Hasta que la había besado. Y entonces lo sentí, tan visceral y abrasador como el agua que me rodea ahora. Escapar del peligro. No estoy seguro de qué peligro había estado refiriéndose. Todo lo que sabía era que besar a Lulu me hizo sentir alivio, como si hubiera aterrizado en algún lugar después de un largo viaje.

Vuelvo mi espalda, mirando el lienzo de un cielo tachonado de estrellas.

—Tabula rasa… tiempo de *hacer borrón y cuenta nueva*, limpiar la pizarra —tararea el cantante.

¿Limpiar la pizarra? Siento como si mi pizarra está demasiado limpia, perpetuamente vacía. Lo que quiero es lo opuesto: un garabato desordenado, constelaciones de cosas indelebles que no puedan ser lavadas jamás.

Ella *debe* estar aquí. Tal vez no en esta fiesta, o en esta plata, o en los resorts que visité, pero en *algún lugar* aquí. Nadando en esta agua, en *esta* misma agua en la que estoy ahora.

Pero es un gran océano. Es un mundo mucho más grande. Y tal vez ya hemos estado tan cerca como hemos podido estar.

Dieciocho

Enero

Cancún

[18] N.T.: Letras en cursiva, original en español.

Dieciocho

ENERO
Cancún

Traducido por Nnancyc

El autobús tiene la forma de un mono, está lleno de ancianos, y no quiero estar en él. Pero Broodje quiere, y después de arrastrarlo a la mitad de los centros turísticos en la Riviera Maya, no soy quien para discutir.

—Primera parada, Coba, luego vamos a villa Maya. Después a un dosel[19], no estoy seguro sobre esta gente y un dosel—dice Broodje, asintiendo a nuestros compañeros de viaje principalmente de cabello gris—. Luego nadar en un cenote, es un tipo de lago bajo una cueva, luego Tulum. —Voltea el folleto—. Este recorrido cuesta unos cientos cincuenta dólares por persona y lo obtuvimos gratis.

—Hmm —digo.

—No lo entiendo. Eres holandés por un lado, israelí por el otro. Por todo eso, esto debería hacerte el hijo de puta más mezquino del mundo.

—Uhh-huh.

—¿Estás escuchando?

—Lo siento. Estoy cansado.

[19] Dosel: Consiste de una polea suspendida por cables montados en un declive o inclinación. Se diseñan para que sean impulsados por gravedad y deslizarse desde la parte superior hasta el fondo mediante un cable, usualmente cables de acero inoxidable.

—Más como resaca. Cuando nos detengamos por el almuerzo, conseguiremos algo de tequila. Mataresacas es como T.J. lo llama.

Apelotono mi mochila en una improvisada almohada y apoyo la cabeza contra la ventana. Broodje saca una copia de *Voetbal International*. El autobús jadea. Me duermo, despertando cuando llegamos a Coba. Caminamos lentamente fuera del autobús, permaneciendo en un pequeño grupo mientras el guía nos cuenta sobre las antiguas ruinas Mayas, una serie de templos aislados y pirámides medio superados por los árboles y vides de la selva.

—Es muy único —dice—. Esta es una de las pocas ruinas a la que todavía pueden escalar. Y también estarán interesados en la laguna, *La Iglesia*, y por supuesto, los campos de juego de pelota.

Detrás de nosotros, una chica, la única otra persona de nuestra edad, pregunta:

—¿Juegos de pelota? ¿Qué tipo de juego?

—Una especie de baloncesto —contesta el guía.

—Oh. —Suena decepcionada.

—¿No te gusta el baloncesto? —le pregunta Broodje—. Pensé que los norteamericanos amaban el baloncesto.

—Es jugadora de fútbol —dice una mujer más vieja—. Estaba en las estatales en la secundaria.

—¡Nana!

—¿En serio? ¿En qué posición? —pregunta Broodje.

—Delantera.

—Centrocampista. —Golpea su pecho.

Se miran el uno al otro.

¿Quieres ir a mirar los campos de juego? —pregunta ella.

—Por supuesto.

—Regresa en media hora, Candace —dice la mujer anciana.

—De acuerdo.

Broodje me mira para que vaya, pero asiento para que vaya solo. Cuando el resto del recorrido se dirige hacia la laguna, giro directo para la pirámide Nohoch Mul, subiendo los ciento veinte escalones casi-verticales hasta la cima. Es mediodía y hace calor así que apenas hay alguien aquí arriba, sólo una familia tomando fotos. Es todavía suficiente para que el silencio sea fuerte: el crujido de la brisa en los árboles, el graznido de los pájaros tropicales, el chirrido metálico de los grillos. Una ráfaga de viento caliente eleva una hoja seca y la transporta sobre las copas de los árboles de la selva.

El silencio es interrumpido por un par de niños, que han comenzado a gritarse el nombre del otro en trinos de pájaros.

—¡*Josh*! —grazna la chica, mientras su hermano ríe.

—¡*Allie*! —el chico, Josh, presumiblemente, trina en respuesta.

—Joshua, Allison, *shh* —reprende su madre, haciendo señas hacia mí—. No son los únicos aquí arriba.

Los niños me miran, ladeando sus cabezas, como si me invitaran a gritar un nombre, también. Levanto las manos y me encojo de hombros porque realmente no sé el nombre que quiero gritar. Ni siquiera estoy seguro que quiero gritarlo ahora.

De vuelta en el Autobús Mono, encuentro a Broodje y Candace compartiendo una Coca, una botella, una pajita. Cuando subimos de vuelta a bordo, me deslizo en un asiento al lado de un anciano viajando solo, permitiéndole a Broodje y Candace sentarse juntos en nuestra fila. Cuando los escucho discutir sobre si Van Persie o Messi es el mejor delantero, sonrío, y mi caballero compañero de asiento sonríe de vuelta.

Después del almuerzo, nos detenemos en una villa tradicional Maya y nos dan la opción de una limpieza espiritual por diez dólares por un sacerdote Maya. Me quedo afuera al lado mientras los otros toman turnos bajo un toldo humeante. Luego estamos reunidos en el autobús. La puerta resopla al abrirse. Broodje sube, Candace sube, mi compañero de asiento con las sandalias y las medias sube, el guía sube. Todos suben, excepto yo.

—¿Willy, vienes? —llama Broodje.

Me ve dudar en la puerta y vuelve por el pasillo para hablarme.

—Willy, ¿todo está bien? ¿Estás enojado de que estoy sentado con Candace?

—Por supuesto que no. Creo que es genial.

—Vamos.

Hago los cálculos en mi mente. Candace dijo que estaba en la ciudad hasta el ocho, más tiempo del que estaremos. Broodje tendrá compañía.

—Me bajo aquí. —Tan pronto como lo digo, siento ese alivio familiar. Cuando estás en la carretera, hay siempre la promesa del siguiente alto siendo mejor que el último.

Su rostro se vuelve serio—. ¿Estás quedándote lejos por lo que dije antes, sobre como consigues todas las chicas? No te preocupes. Creo que una en realidad le gusto.

—Estoy seguro de ello. Así que deberías aprovecharlo al máximo. Te veré de vuelta en el aeropuerto para el vuelo a casa.

—*¿Qué?* Eso es en cuatro días. Y no tienes tus cosas.

—Tengo lo que necesito. Sólo lleva el resto al aeropuerto.

El conductor del autobús enciende el motor. El guía da golpecitos a su reloj. Broodje luce en pánico.

—Está bien —le aseguro, apretando las correas en mi mochila.

—¿No te perderás? —pregunta.

Le doy una sonrisa tranquilizadora. Pero por supuesto, la verdad es que *eso* es exactamente lo que intento hacer.

Diecinueve

Valladolid, México

Traducido por Caamille

Dos aventones en camiones después, me encuentro en las afueras de Valladolid, una pequeña ciudad colonial. Vago en la plaza central, llena de edificios coloniales de poca altura, con colores pasteles reflejados en una gran fuente. Pronto me topo con un hotel barato.

Aquí se siente a un mundo de distancia de la Rivera Maya. No sólo por la falta de mega centros turísticos o de turistas de fiesta, sino por cómo llegué aquí. Sin buscarlo, sólo descubriéndolo.

No tengo horario. Duermo cuando estoy cansado, como cuando tengo hambre, consiguiendo algo caliente y picante de uno de los carritos de comida. Me quedo hasta tarde en la noche. No busco a nadie. No hablo con nadie. Después de los últimos meses en Bloemstraat, con los chicos siempre alrededor, o si no son ellos, con Ana Lucia, no estoy acostumbrado a estar solo.

Me siento en el borde de la fuente y miro a las personas y, por un minuto, me permito imaginar que Lulu es uno de ellos, imaginando que realmente habíamos escapado a las selvas de México. ¿Es aquí donde habríamos ido? ¿Nos sentaríamos en un café, con nuestros tobillos entrelazados, con nuestras cabezas cerca, como esa pareja de allí bajo el paraguas? ¿Caminaríamos toda la noche, escondiéndonos en los callejones para robarnos un beso? ¿Despertaríamos a la mañana siguiente, desenredando nuestros cuerpos, abriendo un mapa, cerrando nuestros ojos y decidiendo dónde ir ahora? ¿O simplemente nunca saldríamos de la cama?

¡No! ¡Basta! Esto no tiene sentido. Un camino a ninguna parte. Me levanto, cepillo mis pantalones y regreso al hotel. Tumbado en la cama, hago girar una moneda de veinte pesos alrededor de mis nudillos y reflexiono qué hacer ahora. Cuando la moneda cae al suelo, trato de agarrarla. Y luego me detengo. Cara, me quedaré en Valladolid otro día. Sello, seguiré adelante. Sello.

No está señalando el mapa. Pero lo hará.



A la mañana siguiente bajo las escaleras en busca de café. El desgastado comedor está prácticamente vacío, una familia de habla hispana en una mesa, y en la esquina junto a la ventana, una mujer bonita de mi edad con cabello de color ladrillo.

—Estaba preguntando por ti —dice en inglés. Suena Americana.

Sirvo un poco de café del samovar.

—A menudo pregunto por mí, también —respondo.

—Te vi anoche en los carritos de comida. He estado tratando de ser valiente para comer en ellos, pero no estaba segura de qué estaban sirviendo o de si eso mataría a una gringa como yo.

—Creo que era cerdo. No hago demasiadas preguntas.

—Bueno, no te mató. —Ella se ríe—. Y lo que no te mata te hace más fuerte.

Estamos allí por un segundo. Hago un gesto para unirme a ella al mismo tiempo que ella me hace un gesto para que tome asiento. Me siento frente a ella. Un camarero en un gastado esmoquin deja un plato de pan dulce mexicano.

—Cuidado ahí —dice, golpeando su propio pan duro con una uña pintada de turquesa—. Casi se me partió un diente.

Lo golpeo. Suena como un tronco hueco.

—He tenido peores.

—¿Qué eres, algún tipo de comedor profesional aventurero?

—Algo así.

—¿De dónde eres? —Levanta una mano—. No, espera, déjame adivinar. Di algo más.

—¿Algo más?

Da un golpecito con un dedo en su sien, luego chaquea sus dedos.

—Eres holandés.

—Buen oído.

—Sin embargo, no hay mucho acento.

—Muy buen oído. Crecí hablando inglés.

—¿Viviste en Inglaterra?

—No, fue sólo que mi madre no le gustaba hablar en holandés, pensaba que sonaba demasiado alemán. Así que en casa, era inglés.

Ella mira el teléfono en la mesa.

—Bueno, sospecho que hay una historia fascinante detrás de eso, pero me temo que tendrá que permanecer en misterio. —Hace una pausa—. Ya voy un día tarde.

—¿Tarde para qué?

—Para Mérida. Se suponía que estaría allí ayer, pero mi coche se descompuso, y, bueno, ha sido una comedia de errores en cascada. ¿Qué hay de ti? ¿A dónde vas?

Hago una pausa.

—Mérida—si me das un aventón.

—Me pregunto qué molestaría más a David—que manejara sola o que le diera aventones a extraños.

—Willem. —Extiendo mi mano—. Ahora no soy un extraño.

Ella entrecierra sus ojos a mi mano extendida.

—Necesitas hacerlo mejor que eso.

—Lo siento. Soy Willem de Ruiter. —Busco en mi mochila por mi nuevo y rígido pasaporte y se lo entrego—. Aquí hay una identificación.

Ella lo hojea.

—Bonita foto, Willem. Soy Kate. Kate Roebling. Y no voy a mostrarte mi pasaporte porque la foto es muy desafortunada. Sólo tendrás que confiar en mí con eso.

Sonríe y desliza de regreso mi pasaporte a través de la mesa.

—Está bien, entonces, Willem de Ruiter, viajero y comedor aventurero. El taller acaba de abrir así que voy a recoger el coche. Asumiendo que ya está listo, voy a ponerme en camino en una media hora. ¿Eso te da tiempo para empacar y estar listo para salir?

Señalo mi mochila en el suelo junto a mí.

—Siempre tengo empacado y estoy listo para salir.



Kate me recoge en un jeep Volkswagen petardeante, con los asientos rasgados, con la espuma de relleno saliéndose.

—¿*Esto* está arreglado? —pregunto, subiendo.

—Eso es sólo superficial. Deberías haberlo visto antes. El silenciador se estaba cayendo, literalmente arrastrándose detrás del auto, chispeando. Todo el bosque pluvial podría haber ardido en llamas por este bebé. Sin ofender. ¿Quién es una chica bonita? —Le da una palmadita al tablero y se da la vuelta hacia mí, susurrando—. Tienes que ser amable con ella. O no irá.

Me saco un sombrero imaginario hacia el auto.

—Mis disculpas.

—Éste es en realidad un gran auto. Las apariencias pueden ser muy engañosas, sabes. —Acelera el motor.

—Sí, lo he notado.

—Gracias a Dios, o me quedaría sin trabajo.

—¿Ladrón de bancos?

—¡Ja! Soy actriz.

—*¿De verdad?*

Se da la vuelta hacia mí.

—¿Por qué? ¿Eres de la tribu?

—En realidad no.

Ella levanta una ceja.

—«¿En realidad no?» Eso es como estar «un poco» embarazada. O lo estás o no lo estás.

—¿Qué tal si lo estuve, no seriamente, y ahora no lo estoy?

—Oh, ¿tuviste que conseguir un «trabajo real»? —pregunta con simpatía.

—No. No tengo uno de esos, tampoco.

—¿Así que sólo viajas y comes peligrosamente?

—Más o menos.

—Buena vida.

—Más o menos. —El auto golpea un bache y mi estómago parece golpear el techo y luego de la misma manera brusca, cae de golpe al suelo—. ¿Qué tipo de actuación haces? —pregunto cuando he recuperado mi equilibrio.

—Soy cofundadora y directora artística de una pequeña compañía de teatro en Nueva York llamada Ruckus. Hacemos producciones, pero también hacemos programas de entrenamiento y enseñanza.

—Eso no es en lo más mínimo impresionante.

—Lo sé, ¿cierto? Nunca quise ser tan ambiciosa, pero cuando mis amigos y yo nos mudamos a Nueva York, no pudimos conseguir la clase de papeles que queríamos, así que comenzamos nuestra propia compañía. Y como que creció. Producimos nuestras

propias obras y enseñamos, y ahora hemos empezado esta iniciativa en el extranjero. Es por eso que estamos en México. Estamos dirigiendo un taller sobre Shakespeare en Mérida en conjunto con la Universidad Autónoma de Yucatán.

—¿Están enseñando Shakespeare en español?

—Bueno, *yo* no, porque no hablo una pizca de español. Trabajaré con las personas que hablan en inglés. David, mi prometido, él habla español. Aunque lo divertido es que, aunque hacemos la traducción de Shakespeare, de alguna manera sé dónde estamos en las obras. Tal vez porque los conozco tan bien. O porque Shakespeare trasciende el lenguaje.

Asiento.

—La primera vez que hice Shakespeare, lo hice en francés.

Se da la vuelta hacia mí. Sus ojos son verdes, brillantes como manzanas de otoño, y hay una pizca de pecas a través del puente de su nariz.

—¿Hiciste Shakespeare entonces? ¿Y en francés?

—Prácticamente en inglés, por supuesto.

—Oh, *por supuesto*. —Hace una pausa—. Eso es bastante bueno para ser un actor no-serio.

—Nunca dije que fuera bueno.

Ella ríe.

—Oh, puedo decir que eras bueno.

—¿De verdad?

—Síp. Tengo un sentido arácnido para estas cosas. —Saca un paquete de chicle, toma una barra, y me ofrece un pedazo. Tiene sabor como a talco y coco y hace que mi estómago aún revuelto se rebele un poco más. Lo escupo.

—Repugnante, ¿cierto? Sin embargo, extrañamente adictivo. —Saca un segundo pedazo—. Así que ¿cómo en el mundo hizo un hombre holandés para terminar haciendo Shakespeare en francés?

—Estaba viajando. Estaba pobre. Estaba en Lyon. Conocí a este grupo de Shakespeare llamado Guerrilla Will. Ellos generalmente actuaban en inglés pero la directora es un

poco… excéntrica y pensó que la manera de superar a los otros artistas callejeros era hacer Shakespeare en el idioma nativo. Había improvisado un elenco de hablantes en francés para hacer *Mucho Ruido y Pocas Nueces* en Francia, en francés. Pero el tipo que estaba haciendo de Claudio salió corriendo para estar con algún tipo noruego que había conocido; todos ya estaban compartiendo partes así que sólo necesitaban a alguien que pudiera hacerlo en francés. Y yo pude.

—¿Nunca habías hecho Shakespeare antes?

—Nunca había actuado antes. Había estado viajando con una compañía de acróbatas. Así que cuando te digo que todo fue por accidente, no estoy bromeando.

—Pero ¿hiciste otras obras?

—Sí, *Mucho Ruido* fue un desastre pero la hicimos por cuatro noches antes de que Tor se diera cuenta. Entonces Guerrilla Will cambió de nuevo al inglés y yo me quedé. Era dinero decente.

—Oh, eres uno de *esos*. Haciendo Shakespeare sólo por el dinero —bromea—. Puta.

Rio.

—Así que ¿qué otras obras has hecho?

—*Romeo y Julieta*, por supuesto. *El Sueño de una Noche de Verano. A Buen Fin No Hay Mal Tiempo. Noche de Reyes.* Todas las que le agradaban al público.

—Me encanta *Noche de Reyes*; estamos hablando acerca de hacerla el próximo año cuando tengamos tiempo. Acabamos de cerrar dos años de teatro independiente haciendo *Cimbelino* y hemos estado de tour. ¿Lo conoces?

—Lo he oído, pero nunca la he visto.

—Es una agradable, divertida y romántica obra y hay un montón de música en ella. Al menos de la forma en que la hacemos.

—Nosotros, también. Tuvimos un círculo de tambores es nuestra *Noche de Reyes*.

Ella me mira de reojo mientras mantiene sus ojos en el camino.

—¿*Nuestra Noche de Reyes*?

—La de ellos. Guerrilla Will.

—Suena como que la puta se enamoró del trabajo.

—No. No se enamoró —digo.

—¿Pero lo extrañas?

Niego con la cabeza.

—Seguí adelante.

—Ya veo. —Estamos en silencio por un momento. Entonces, dice—. ¿Haces eso a menudo? ¿Seguir adelante?

—Quizás. Pero sólo porque viajo mucho.

Golpetea con ritmo en el volante, audible sólo para ella.

—O quizás viajas mucho porque te permite seguir adelante.

—Tal vez.

Ella está en silencio otra vez. Luego:

—Así que ¿estás siguiendo adelante ahora? ¿Es eso lo que te trajo a la gran metrópolis de Valladolid?

—No. El viento sólo me trajo aquí.

—¿Qué? ¿Cómo una bolsa de plástico?

—Prefiero pensar en mí mismo como un barco. Como un velero.

—Pero los veleros no son conducidos por el viento; funcionan por él. Hay una diferencia.

Miro por la ventana. La selva está en todas partes. La miro otra vez.

—¿Puedes seguir adelante de algo cuando no estás seguro de qué es lo que estás siguiendo adelante?

—Puedes seguir adelante de absolutamente todo —responde—. Pero eso suena un poco complicado.

—Lo es —digo—. Complicado.

Kate no responde, y el silencio se extiende, reluciente, como el camino adelante de nosotros.

—Y es una larga historia —agrego.

—Es un largo viaje —responde.

Hay algo acerca de Kate que me recuerda a Lulu. Tal vez es sólo que ellas son americanas o cómo nos conocimos; durante viajes, hablando de comida.

O tal vez porque en unas pocas horas, nunca la veré de nuevo. No hay nada que perder. Así que mientras conducimos, le digo a Kate la historia de ese día, pero es una diferente versión de la que le dije a Broodje y a los chicos. Tú actúas para la audiencia, siempre decía Tor. Lo que es quizás el por qué puedo decirle a Kate las partes de la historia que no les dije—no pude—decirles a Broodje y a los chicos.

—Es como si ella me conociera —le digo—. De inmediato, me conociera.

—¿Cómo?

Le digo a Kate sobre Lulu pensando que la había abandonado en el tren cuando había pasado demasiado tiempo en el café. Riendo histéricamente, y luego de la nada—mi destello de su extraña honestidad—diciéndome que había pensado que me había bajado del tren.

—¿Ibas a hacerlo? —pregunta Kate, con sus ojos bien abiertos.

—No, por supuesto que no —respondo. Y no lo estaba, pero el recuerdo de eso todavía me avergüenza por lo que iba a hacer después.

—Así que ¿cómo ella te *vio*, exactamente?

—Ella dijo que no podía entender por qué la invité sin un motivo ulterior.

Kate se ríe.

—Difícilmente creo que tú quieras dormir con una chica bonita califica como un motivo ulterior.

Quería dormir con ella, por supuesto.

—Pero ese no fue el motivo ulterior. La invité a París porque no quería regresar a Holanda ese día.

—¿Por qué no?

Mi estómago se tambalea de nuevo. Bram, se fue. Yael, prácticamente se fue. La casa flotante, a una firma de irse. Fuerzo una sonrisa.

—Ésa es una historia mucho más larga y no he terminado con ésta.

Le digo a Kate la historia de la doble felicidad que Lulu me contó. Acerca del chico chino que viajaba para tomar algún importante examen, y en el camino, se enfermó. Acerca del médico de montaña cuidando de él. Acerca de la hija del doctor que le dijo esta extraña línea de un verso. Acerca del emperador que, después de que el chico lo hizo bien en su examen, le recita una misteriosa línea. Acerca del chico inmediatamente reconociendo la línea como la otra parte de la que la chica le dijo, y repitiendo la línea que la chica le había dicho, agradando al emperador, consiguiendo un trabajo, regresando, y casándose con la chica. Acerca de la doble felicidad.

—*Árboles verdes contra el cielo en la lluvia de primavera mientras el cielo enciende a los árboles de primavera en el oscurecimiento. Flores rojas salpican la tierra en la persecución de la brisa mientras la tierra se colorea de rojo tras el beso.* —Ésas habías sido los dos versos. Tan pronto como Lulu me lo dijo, hubo algo instantáneamente familiar en él, aunque nunca lo había oído antes, nunca oí la historia antes. Desconocida y familiar. Lo que, para ese punto, era como Lulu parecía.

Le digo a Kate acerca de Lulu preguntando quién me cuidaba, como si supiera la respuesta, y luego haciéndolo ella misma. Interviniendo entre yo y los cabezas rapadas. Lanzando ese libro. Distrayéndolos así podríamos escapar antes de que saliéramos heridos. Sólo ella saliendo lastimada. Incluso ahora, el recuerdo de la sangre en su cuello de cuando uno de los cabeza rapada le lanzó una botella, después de todos estos meses, me ponía enfermo. Y avergonzado. No le digo a Kate eso.

—Eso fue muy heroico de su parte —dice Kate cuando le digo lo que Lulu hizo.

Saba solía decir que hay una diferencia entre lo heroico y la valentía. El heroísmo era hacer algo peligroso sin pensar. La valentía era caminar hacia el peligro, sabiendo perfectamente los riesgos.

—No —le digo a Kate—. Fue valiente.

—Los dos fueron valientes.

Pero no lo fui. Porque traté de enviar de regreso a Lulu. Cobardemente. Y luego no lo pude conseguir. Cobardemente. No le digo a Kate esta parte, tampoco.

—Entonces, ¿estás aquí en México para hacer qué? —pregunta.

Pienso en los chicos. Ellos piensan que estoy aquí para inocularme. Para encontrar a Lulu, dormir con ella un par de veces, y enfrentar las cosas.

—No lo sé… encontrarla. Por lo menos, dejar las cosas claras.

—¿Qué cosas? Dejaste una nota.

—Sí, pero… —Casi lo digo. Pero me detengo.

—Pero ¿qué? —pregunta Kate.

—Pero… no regresé —termino.

Kate me mira por un largo momento. El auto empieza a desviarse fuera del camino antes de que ella regrese su atención a manejar.

—Willem, en caso de que no lo hayas notado, ¿Cancún está por ese camino? —Ella apunta en la dirección contraria. Asiento—. Las posibilidades de encontrar a esta chica parece lo suficientemente desfavorable sin que vayas hacia una ciudad completamente diferente.

—No iba a suceder. Podía entreverlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no siempre encuentras las cosas cuando las estás buscando. Las encuentras cuando no lo estás haciendo.

—Si eso fuera cierto, nadie podría siquiera encontrar sus llaves.

—No llaves. Las grandes cosas.

Ella suspira.

—No lo entiendo. En una mano, pones toda esta fe en estos accidentes tuyos, y en otra mano, descartas la posibilidad de que alguno siquiera suceda.

—No lo descarté. Vine todo el camino hacia Cancún.

—E inmediatamente fuiste a Mérida.

—No iba a encontrarla. Buscando. —Niego con la cabeza. Es difícil explicar esta parte—. No estaba destinado a ser así.

—Destinado a ser —se burla Kate—. Perdóname pero estoy teniendo un momento difícil comprando todo esta cosa woo-woo. —Ella mueve sus brazos en el aire y tengo que llegar al volante hasta que lo toma de nuevo—. Nada pasa sin una intención, Willem. Nada. ¿Esta teoría tuya «la vida se rige por accidentes» no es sólo una gran excusa para la pasividad?

Empiezo a discutir, pero luego la imagen de Ana Lucia revolotea en mi cabeza. Lugar correcto en el momento correcto. Había parecido como un accidente fortuito en ese entonces. Ahora, se siente más como rendición.

—¿Cómo nos explicas? —Me señalo a mí y luego a ella—. ¿Ahora mismo, aquí mismo, teniendo esta conversación, si no es por los accidentes? ¿Si no porque el silenciador de tu auto se averió y te puso en Valladolid, donde no estaba siquiera destinado a estar? —No menciono el lanzamiento de la moneda como un factor decisivo, aunque parecería apoyar mi caso.

—Oh, no, no te enamores de mí. —Ella se ríe y golpea el anillo en su dedo—. Mira, no menosprecio la mano mágica del destino. Soy una actriz, después de todo, y una Shakespeariana, nada menos. Pero no puede ser la fuerza que domine tu vida. Tienes que ser el conductor. Y por cierto, estamos teniendo esta conversación porque mi auto, un agradable y dulce auto, ella habla como bebé acariciando el tablero, tuvo algunos problemas mecánicos. Pero *tú* fuiste el que me preguntó a *mí* por un aventón, convenciéndome que te diera un aventón, así que desacreditas tu propia teoría justo ahí. Eso fue pura voluntad Willem. A veces el destino o la vida o como quieras llamarlo, deja una puerta un poco abierta y tú caminas a través de ella. Pero a veces se cierra la puerta y tienes que encontrar la llave, o forzar la cerradura, o derrumbar la maldita cosa. Y a veces, ni siquiera te mostrará la puerta, y tienes que construirla tú mismo. Pero si sigues esperando a que las puertas se abran para ti… —ella se va apagando.

—¿Qué?

—Creo que tendrás un momento difícil encontrando una sola felicidad, por no hablar de la doble porción.

—Estoy empezando a dudar de que esa doble felicidad siquiera exista —digo, pensando en mis padres.

—Eso es porque lo estás buscando. La duda es parte de la búsqueda. Lo mismo con la fe.

—¿No son esos opuestos?

—Tal vez sólo son dos partes de un par.

Eso me recuerda algo que Saba solía decir: *Una verdad y su opuesto son los dos lados de una misma moneda.* Nunca tuvo mucho sentido para mí antes.

—Willem, sospecho que en el fondo sabes *exactamente* por qué estás aquí, *exactamente* lo que quieres, pero estás poco dispuesto a comprometerte con ello, poco dispuesto a comprometerte con desearlo, por no hablar de tenerlo. Porque estas dos proposiciones son terroríficas.

Ella se da la vuelta hacia mí y me da una larga y mordaz mirada. Sigue un momento, y el auto comienza a desviarse. Otra vez, tomo el volante para enderezarnos. Ella deja ir el volante por completo y lo sujeto con ambas manos.

—Mira ahí, Willem. Sujetaste el volante.

—Sólo para evitar que nos estrelláramos.

—O, podrías decir, para evitar que tuviéramos un accidente.

Veinte

Mérida, México

Traducido por Otravaga

Mérida es una versión más grande de Valladolid, una ciudad colonial pintada en colores pasteles. Kate me deja en la puerta de un edificio histórico de color durazno que ha escuchado es un hostal decente. Yo mismo me reservo una habitación con un balcón con vistas a la plaza y me siento afuera y veo a las personas que toman refugio del sol de la tarde. Las tiendas están cerrando para la siesta y aunque había planeado explorar la zona y encontrar algo de comer, no estoy realmente hambriento. Estoy un poco drenado por el viaje de la mañana y mi estómago todavía se siente como si estuviese en la carretera llena de baches. Decido tomar una siesta, también.

Just One Year

Me despierto cubierto de sudor. Está oscuro afuera, el aire en mi habitación está estancado y rancio. Me incorporo para abrir la ventana o la puerta del balcón, pero cuando lo hago, se me revuelve el estómago. Me dejo caer de nuevo en la cama y cierro los ojos, obligándome a dormir. A veces puedo engañar a mi cuerpo a normalizarse antes que se dé cuenta de que algo anda mal. A veces eso funciona.

Pero no esta noche. Pienso en la carne de cerdo en salsa marrón que comí en la cena de anoche y el recuerdo de eso hace que mi estómago se agite y aletee, como si hubiese un pequeño animal salvaje atrapado en el interior.

Intoxicación alimentaria. Debe ser. Suspiro. Está bien. Unas cuantas horas de malestar, y luego dormir. Entonces habrá terminado. Todo se trata de llegar al sueño.

No estoy seguro de la hora, así que no sé cuánto tiempo le toma al sol para salir, pero cuando lo hace, ni siquiera he tocado el sueño. He vomitado tantas veces en la papelera de plástico que casi está llena. Varias veces intenté arrastrarme hasta el baño compartido en el pasillo, pero no podía conseguir pasar de mi puerta. Ahora que el sol está arriba, la habitación se está calentando. Casi puedo ver los gases tóxicos de la papelera extenderse, envenenándome de nuevo.

Sigo vomitando. No hay tregua ni alivio entre los ataques. Vomito hasta que no queda nada: ni comida, ni bilis, no queda nada de mí, al parecer.

Ahí es cuando la sed golpea. Hace mucho que me bebí el resto del agua en mi botella y vomité eso también. Empiezo a fantasear sobre arroyos de montaña, cascadas, aguaceros, incluso el canal holandés; bebería de aquellos si pudiera. Abajo venden agua embotellada. Y hay un grifo en el baño. Pero no puedo sentarme, mucho menos ponerme de pie, mucho menos conseguir agua.

¿Hay alguien ahí? llamo. En holandés. En Inglés. Trato de recordar el español pero las palabras se confunden. Creo que estoy hablando, pero no estoy seguro y la plaza está ruidosa y mi débil voz no tiene ninguna posibilidad.

Escucho a la espera de un golpe en la puerta, orando por una ofrenda de agua, sábanas limpias, una compresa fría, una suave mano en mi frente. Pero nada viene. Esto es un hostal, muy limitado, no hay servicio de limpieza, y pagué dos noches por adelantado.

Tengo arcadas de nuevo. No sale nada excepto mis lágrimas. Tengo veintiún años y todavía lloro cuando vomito.

Finalmente, el sueño viene a rescatarme. Y entonces me despierto, y la veo, tan cerca. Y todo lo que puedo pensar es: *valió la pena si te encontré.*

¿Quién cuida de ti ahora? susurra ella. Su respiración se siente como una brisa fresca.

Tú, susurro. *Tú cuidas de mí.*

Seré tu chica de la montaña.

Trato de alcanzarla, pero ahora se ha ido y la habitación está llena de las demás: Céline y Ana Lucía y Kayla y Sara y la chica con el gusano, y hay más todavía: una Franke en Riga, una Gianna en Praga, una Jossra en Túnez. Todas ellas comienzan a hablarme.

Nosotras cuidaremos de ti.

Váyanse, quiero a Lulu de vuelta. Díganle que vuelva.

Tortugas verdes, sangre roja, cielo azul, doble felicidad, lalala, canturrean ellas.

¡No! Así no es. Así no es lo de la doble felicidad.

Pero no puedo recordar bien cómo es.

Ella te dejó así.

Yo cuidaré de ti.

Puta francesa.

Llámame si necesitas algo.

¿Quieres compartir conmigo?

¡Basta! les grito.

¡Toma el volante! Ahora es Kate gritando. Sólo que no puedo ver ningún volante y tengo la horrible sensación, como en los sueños, de que me voy a estrellar.

¡No! Basta. ¡Fuera! ¡Todas ustedes! No son reales. ¡Ninguna de ustedes! Ni siquiera Lulu. Cierro los ojos con fuerza y cubro mis oídos con la almohada empapada de sudor y me acurruco en posición fetal. Y, final, finalmente, de esta manera, me duermo.



Me despierto. Mi piel está fría. El cielo es de color púrpura. No estoy seguro si es el crepúsculo o el amanecer, ni cuánto tiempo he estado inconsciente. Estoy lo suficientemente coherente para saber que se supone que debo estar de vuelta en Cancún pronto para encontrar a Broodje y volar de regreso a Holanda, y tengo que avisarle de alguna manera, que podría tener que irse sin mí. Balanceo mis piernas por un lado de la cama. La habitación oscila ante mis ojos, pero no se tambalea más. Afirmo mis pies. Me pongo de pie. Al igual que un niño o un anciano, tomo los escalones, uno a la vez, hasta el vestíbulo.

En la esquina hay un café Internet donde se pueden hacer llamadas telefónicas de larga distancia. Me siento como si hubiese estado en la oscuridad durante meses, las luces de todos esos monitores lastiman mis ojos. Entrego algo de dinero y pido un teléfono y soy guiado a un tablero de computadoras con un auricular de teléfono. Abro

mi libreta de direcciones. La tarjeta de Kate, COMPAÑÍA DE TEATRO RUCKUS titulando la parte superior en letras rojas, se cae.

Empiezo a discar. Los dígitos nadan en la página y no estoy seguro de si tengo bien el código de país o si marqué correctamente.

Pero hay un diminuto repique. Y luego una voz: lejana, de túnel, pero sin lugar a dudas la de ella. Tan pronto como la escucho, mi garganta se cierra.

—Hola. ¿Hola? ¿Quién es?

—¿Ma? —Me las arreglo para croar.

Silencio. Y cuando dice mi nombre me dan ganas de llorar.

—Ma —digo de nuevo.

—Willem, ¿dónde estás? —Su voz es nítida, oficiosa, formal como siempre.

—Estoy perdido.

—¿Estás *perdido?*

He estado perdido antes, en las nuevas ciudades sin brújula o puntos de referencia familiares para encauzarme, despertando en camas ajenas, inseguro de dónde estaba o quién estaba a mi lado. Pero ahora me doy cuenta, que *eso* no era estar perdido. Era algo más. Esto... Puede que sepa exactamente dónde estoy —en un hostal, en la plaza principal, en Mérida, México— pero nunca he estado tan completamente desarraigado.

Hay un largo silencio en la línea y temo que la llamada se haya caído. Pero entonces Yael dice:

—Ven a mí. Te enviaré un boleto. Ven a mí.

Eso no es lo que realmente quiero oír. Lo que quiero —lo que anhelo— escuchar es *vuelve a casa.*

Pero ella no me puede decir que vaya a un lugar que ya no existe, no más de lo que yo puedo ir a ese lugar. Por ahora, esto es lo mejor que cualquiera de nosotros puede hacer.

Veintiuno

Traducido por ƐЖ3KhaleesiƐЖ3

FEBRERO

Mumbai, India

Emiratos 148

13 Feb: Salida 14:40 Amsterdam—00:10 Dubai

Emirates 504

14 Feb: Salida 03:55 Dubai—08:20 Mumbai

Tenga un buen viaje.

Este email, conteniendo mi itinerario, comprende la mayor parte de la comunicación entre Yael y yo desde que regresé de México el mes pasado. Cuando volví de Cancún, una amistosa agente de viajes llamada Mukesh llamó para solicitar una copia de mi pasaporte. Una semana después, recibí el itinerario de Yael. He escuchado muy poco desde allí.

Trato de no interpretarlo mucho. Es Yael. Y soy yo. La explicación más caritativa es que está reservando charla, así tendremos algo que decirnos el uno al otro las siguientes… ¿dos semanas meses, seis semanas? No estoy seguro. No hemos hablado de ello. Mukesh me dijo que el billete es válido durante tres meses y que si quería ayuda para reservar vuelos en la India, o de la India, que debería ponerme en contacto con él. Trato de no leer demasiado en eso, tampoco.

En la línea de la inmigración, estoy temblando de nervios. La barra de Toblerone (que eran para Yael) que terminé de comer cuando el avión aterrizó en Mumbai probablemente no facilita las cosas. A medida que la línea avanza, una mujer india

impaciente me empuja con su prodigioso vientre envuelto en un sari, como si eso nos hará ir más rápido. Casi me cambio de lugar con ella. Para detener el empuje. Y para hacernos ir más lento.

Cuando salgo al pasillo de llegada del aeropuerto, la escena es a la vez espacial y bíblica. El aeropuerto es moderno y nuevo, pero la sala está atestada de gente que parece estar llevando toda su vida en carritos de metal. En el momento en que salgo de la Aduana, sé que Yael no está aquí. No es que no la veo, a pesar de que no lo hago. Es que me doy cuenta, tardíamente, que ella nunca dijo específicamente que me encontraría. Yo supuse. Y con mi madre, nunca se asume.

Pero han pasado casi tres años. Y ella me invitó a venir. Voy y vengo por la sala. A mi alrededor, la gente va, viene y empuja, como corriendo hacia alguna línea de meta invisible. Pero nada de Yael.

Siempre optimista, voy afuera a ver si está esperando allí. La luz de la brillante mañana me lastima los ojos. Espero por diez minutos. Quince. No hay señal de mi madre.

Hay una gladiadora competencia de taxistas y porteros que luchan por los pasajeros. *Psst,* me sisean. Me quedo mirando el itinerario en mi mano, como si de alguna manera puede transmitir nueva información crítica.

—¿Te recogerán?

En frente de mí está un hombre. O un chico. Algo en el medio. Parece de mi edad, except por sus ojos, los cuales lucen mayores.

Le doy una barrida más al área.

—Parece que no.

—¿A dónde vas?

Recuerdo la dirección de las planillas de inmigración que acababa de llenar tres veces.

—El Bombay Royale. En Colaba. ¿Lo conoces?

Me da un medio asentimiento, medio negación que no es exactamente tranquilizados.

—Te llevaré allí.

—¿Eres chofer?

Él mueve la cabeza de nuevo—. ¿Dónde está tu maleta?

Señalo a la pequeña mochila en mi espalda.

Se ríe—. Como Kurma.

—¿La comida?

—No. Eso es korma. Kurma es una de las encarnaciones de Vishny, una tortuga, lleva su casa en su espalda. Pero si te gusta korma, puedo mostrarle un buen lugar.

El chico se presenta como Prateek y luego con confianza nos condujo través de la multitud más allá del garaje del aeropuerto y a un estacionamiento polvoriento. Por un lado están las pistas de aterrizaje, los otros edificios, rascacielos y las grúas aún más altas, balanceándose en el viento. Prateek localiza el auto, uno que en casa se podría llamar vintage, pero cuando lo elogio, él hace una mueca y me dice que pertenece a su tío y un día, se va a comprar su propio auto, uno bueno del extranjero, un Renault, o Ford, no un Maruti o un Tata. Él paga al flaco chico polvoriento que estaba de guardia en el auto con unas monedas y abre la maleta. Lanzo mi mochila ahí y trato de abrir la puerta principal. Prateek me dice que espere, y con una complicada secuencia de sonajeros y giros, la abre desde el interior, barriendo una pila de revistas desde el asiento del pasajero.

El auto se estremece volviendo a la vida y la estatua de bronce clavada al tablero, un pequeño elefante con una especie de sonrisa perpetuamente divertida, comienza a bailar.

—Ganesha —dice Prateek—. Removedor de obstáculos.

—¿Dónde estuviste el pasado mes? —le pregunto a la estatua.

—Estaba justo aquí —responde Prateek solemnemente.

Nos dirigimos fuera del recinto del aeropuerto, pasando un grupo de casas destartaladas, antes de subir a una autopista elevada. Inclino mi cabeza por la ventana. Es agradablemente caliente, pero no tan caliente como será, Prateek advierte. Todavía es invierno, se pondrá más caliente hasta que llegan los monzones en junio.

Mientras conducimos, Prateek señala el paisaje. Un famoso templo. Un puente colgante cruzando Mahim Bay.

—Muchas estrellas de Bollywood viven en esta zona. Más cerca de los estudios, que se encuentran cerca del aeropuerto. —Señala detrás de nosotros—. Aunque algunos viven en Juhu Beach, y algunos en Malabar Hill. Algunos incluso en Colaba donde usted

se encuentre. Taj Mahal Hotel está ahí. Angelina Jolie, Brad Pitt, Roger Moore, Double-Oh Seven. También presidentes estadounidenses todos se quedaron allí.

El tráfico comienza a detenerse. Desaceleramos y Ganesha detiene su baile.

—¿Cuál es tu película favorita? —me pregunta Prateek.

—Es difícil elegir solo una.

—¿Cuál es la última película que viste?

Pasé a través de una media docena de ellas en los vuelos, pero estaba demasiado ansioso para centrarme en alguna. Supongo que la última película que vi en su totalidad era La *Caja de Pandora*. Esa fue la película que lo comenzó todo, que llevó al desastroso viaje a México, que curiosamente, ahora me ha llevado aquí. Lulu. Si estaba muy lejos antes, está más ahora. No uno, sino dos océanos entre nosotros ahora.

—Nunca he escuchado de esa película —dice Prateek, moviendo su cabeza—. Mi película favorita del año pasado es un empate. *Gangs of Wasseypur*. Thriller. Y And *London, Paris, New York*. ¿Sabes cuantas películas producen los estudios de Hollywood en un año?

—Ni idea.

—Trata de adivinar.

—Mil.

Frunce el ceño.

—Hablo de los estudios, no un amateur con una cámara. Mil, eso sería imposible.

—¿Cien?

Su sonrisa se enciende como un interruptor.

—¡Mal! Cuatrocientos. Ahora, ¿sabes cuántas películas Bollywood produce al año? No voy a hacer que adivines, ya que te equivocarás. —Hace una pausa para un efecto dramático—. ¡Ochocientos!

—Ochocientos —repito porque es claro que piensa que el número requiere repetición.

—¡Sí! —Sonríe abiertamente ahora—. Dos veces el número de Hollywood. ¿Sabes cuantas personas van al cine cada día?

—Tengo el presentimiento que vas a decírmelo.

—Catorce millones. ¿En Alemania van catorce millones de personas cada día al cine?

—No lo podría saber. Soy de Holanda. Pero dado que la población no es más de seis millones, lo dudo.

Sonríe con orgullo ahora.

Salimos de la autopista a las calles de lo que debe ser Mumbai colonial y se convierten en una zona con una pérgola de árboles y una línea de autobuses de dos pisos eructando humo negro.

—Alli está La Puerta de India —dice Prateek, señalando un monumento con arco tallado en el borde del Mar Árabico—. El Taj Mahal Hotel que te comenté —dice, pasando una confección masiva de hoteles, todos con bóvedas y cornisas. Un grupo de hombres árabes en ondulantes túnicas blancas se acumulan en una serie de camionetas de ventanas tintadas—. Dentro hay un Starbucks. —Baja la voz a un susurro—. ¿Alguna vez has probado un café Starbucks?

—Así es.

—Mi primo dice que es lo que los americanos toman con cada comida. —Se detiene frente a otro edificio gris, victoriano, y al parecer, casi sudando del calor. El letrero, en letra cursiva elaborada decolorándose dice: bo bay ro al—. Aquí está. Bombay Royale.

Sigo a Prateek a un oscuro, vestíbulo fresco, sereno excepto por el zumbido y chirrido de ventiladores de techo y el canto de grillos débiles en las paredes. Detrás de un escritorio de caoba largo, un hombre tan viejo que parece original del edificio está durmiendo la siesta. Prateek suena la campana y se despierta sobresaltado.

Inmediatamente, los dos empiezan a discutir, en su mayoría en hindú, pero con algunas palabras en inglés arrojados aquí y allá. «Reglamentos» el viejo sigue diciendo.

Luego de un rato, Prateek vuelve a donde estoy—. Dice que no puedes quedarte.

Niego con la cabeza. *¿Por qué me trajo aquí? ¿Por qué vine?*

—Es una residencia privada, no un hotel —explica Prateek.

—Sí. He escuchado de esas.

Prateek frunce el ceño—. Hay otros hoteles en Colaba.

—Pero este debe ser el lugar. —Esta es la dirección que tengo de ella desde los últimos años—. Busca por el nombre de mi madre. Yael Shiloh.

A la mención de su nombre, la cabeza del viejo sube.

—¿Willem saab? —pregunta.

—Willem. Sí, ese soy yo.

Él entrecierra los ojos y agarra mis manos—. No eres para nada como la memsahib[20] —dice. No tengo que saber qué significa eso para saber de lo que está hablando. Es lo que todo el mundo dice.

—¿Pero dónde está ella? —pregunta. Hay un grano de confort. No soy el único en la oscuridad.

—Oh, usted la conoce —le digo.

—Sí, sí, sí —dice, haciendo la misma cosa de Prateek de asentir/negar.

—¿Entonces puedo ir a su piso? —le pregunto al viejo.

Él lo considera, rascándose la barba gris de la barbilla.

—Los reglamentos dicen que sólo los miembros pueden permanecer aquí. Cuando la memsahib te haga un miembro, serás un miembro.

—Pero ella no está aquí —señala Prateeks amablemente.

—Reglamentos —dice el viejo.

—Pero sabías que yo venía —digo.

—Pero no estás con ella. ¿Qué pasa si tú no eres realmente tú? ¿Tienes pruebas?

¿Pruebas? Como que. ¿Un apellido? El mío es diferente. ¿Fotos?

—Aquí —le digo, sacando el email, ahora húmedo y arrugado.

La mira de reojo con ojos oscuros que se han vuelto vaporosos con la edad. Él debe decidir que es suficiente. Porque da dos gestos rápidos de cabeza y dice—: Bienvenido, Willem saab.

—Al fin —dice Prateek.

[20] Memsahib: Manera formal de referirse a una mujer europea en India.

—Soy Chaudhary —dice el Viejo, ignorando a Prateek y entregándome unos papeles para que los llene. Cuando termino, el sale detrás del escritorio y va hacia el pasillo. Lo sigo. Prateek está detrás de mí. Cuando llegamos a los ascensores Chaudhary hace un gesto hacia Prateek con sus dedos.

—Sólo miembros en el ascensor —le dice—. Ve por las escaleras.

—Pero está conmigo —dice.

—Reglamentos, Willem saab.

Prateek niega con la cabeza.

—Probablemente debería devolverle el carro de nuevo a mi tío —dice.

—Bien, déjame pagarte. —Saco un fajo de rupias sucias.

—Trescientos rupias sin aire acondicionado. Cuatrocientos con aire —dice Chaudhary—. Esa es la ley.

Le doy a Prateek quinientas rupias, más o menos el precio de un sándwich en casa. Retrocede para irse.

—Hey, ¿qué pasa con ese korma? —le pregunto.

Su sonrisa es torpe, un poco como la de Broodje.

—Voy a estar en contacto —promete.

El ascensor se tambalea hasta el quinto piso. Chaudhary abre la puerta a un pasillo lleno de luz, con olor a cera de piso e incienso. Me lleva más allá de una serie de puertas de madera de rejilla, parándose en la más lejana, y saca una llave maestra.

Al principio, creo que el viejo se equivocó de habitación. Yael ha vivido aquí desde hace dos años, pero esto está casi vacío. Muebles de madera voluminosos, pinturas genéricas en la pared de desiertos y tigres de Bengala. Una pequeña mesa redonda en contra de un par de puertas francesas.

Y entonces lo huelo. Por debajo de los olores en competencia de la cebolla y el incienso, el amoníaco y la cera, está el indiscutible aroma de cítricos y tierra húmeda. El aroma, me doy cuenta con la claridad de algo que siempre has conocido, pero nunca reconoces antes, de mi madre.

Doy un paso tentativo hacia el pasillo y me doy cuenta de otra cosa. Y así, no estoy en la India. Estoy de vuelta en Ámsterdam, en casa, un largo crepúsculo de verano. Por fin había dejado de llover, así que Yael y Bram estaban fuera, celebrando el milagro del

sol. Todavía con frío por la lluvia, me quedé acurrucado en interiores bajo una manta de lana áspera y los miraba a través del gran ventanal. Algunos estudiantes que vivían en uno de los pisos a través del canal tenían música a todo volumen. Una canción vino, algo viejo y New Wave de cuando Yael y Bram eran más jóvenes, y él la agarró y bailaron, cabeza a cabeza, a pesar de que no era una canción lenta. Yo los miraba a través del cristal, fijos los ojos en ellos, fingiendo no estar allí. Debo haber tenido once o doce años, una edad en que tales exhibiciones debían hacerme sentir avergonzado, pero no lo hizo. Yael me vio mirándolos y, esto es lo que me sorprendió entonces, todavía me sorprende ahora que lo recuerdo, ella vino al interior. No me arrastró exactamente hacia fuera o me invitó a bailar con ellos, como Bram podría haberlo hecho. Dobló la manta y me levantó por el codo. Estaba envuelto por su olor, naranjas y hojas, que siempre estaba presente en ella, y en los canales y todos sus oscuros secretos. Traté de hacer como que lo estaba consintiendo, dejándome guiar, sin dar ningún rastro de lo feliz que estaba. Pero no debo haber sido capaz de contenerme por completo porque ella me sonrió y dijo:

—Tenemos que agarrar el sol cuando lo tenemos , ¿no?

Ella podría ser así de cálida. Pero iba y venía con tanta regularidad como el sol holandés. Excepto con Bram. Pero tal vez era un reflejo del calor, Bram era su sol, después de todo.

Después de que Chaudhary se va, me tumbo en el sofá. Mi cabeza se apoya incómodamente contra el brazo de madera pesada, pero no me muevo, porque estoy en la luz del sol y se siente necesario el calor, como una transfusión. *Probablemente debería ponerme en contacto con Yael*, pienso, pero la somnolencia y el desfase horario y un cierto tipo de alivio me están tumbando, y antes de que pueda hacer algo como quitarme los zapatos, estoy dormido.

Just One Year

Estoy volando de nuevo. De nuevo en el avión, que se siente que está mal porque acabo de bajar de un avión. Pero es tan vívido y real que se necesita un golpe más de lo habitual para reconocerlo como un sueño, y entonces se deforma y se convierte en espeluznante y surrealista, pesado y lento, la manera en que los sueños se vuelven cuando t mente se rebela contra un reloj biológico traicionado. Tal vez es por eso que en este sueño, no hay aterrizaje. No hay iluminación de la señal del cinturón de seguridad, no hay ningún anuncio inaudible del capitán. Sólo el zumbido de los motores, la sensación de estar en el aire. Sólo volar.

Pero hay alguien a mi lado. Me volteo y pregunto, *¿Dónde estamos?* Pero todo es pesado, lúgubre, no puedo hacer que mi boca funcione porque lo que sale es, *¿Quién eres tú?*

—Willen —dice una voz en la distancia.

La persona en el sueño se voltea. Todavía sin cara. Ya familiar.

—Willem. —La voz de Nuevo. No responde. No quiero salirme del sueño todavía, no esta vez. De nuevo. Me volteo hacia mi compañero de viaje.

—¡Willem! — La voz es fuerte esta vez y me saca de la viscosidad de la miel del sueño.

Abro mis ojos. Me siento por un segundo, nos vemos el uno al otro, parpadeando.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta.

Me he estado preguntando eso todo el mes pasado, después de que mi inicial optimismo por este viaje se desvaneció a la ambivalencia y se cuajó en el pesimismo y ahora se ha marchitado en el arrepentimiento. *¿Qué* estoy *haciendo aquí?*

—Me enviaste un boleto. —Trato de hacerlo parecer una broma, pero mi cabeza está nublada pro el sueño, y Yael solo frunce el ceño.

—Me refiero a que estás haciendo *aquí*. Hemos estado buscándote por todas partes en el aeropuerto.

¿Hemos?

—No te vi.

—Me llamaron de la clínica. Mandé a un conductor y él llegó un poco tarde. Dijo que te mandó varios mensajes de texto.

Saco mi teléfono y lo enciendo. No pasa nada.

—Creo que esto no funciona aquí.

Ella mira, disgustada, a mi teléfono, y de repente siento una feroz hacia él. Luego suspira.

—Lo importante es que lo lograste —dice, lo cual parece tanto obvio como optimista.

Me levanto. Mi cuello tiene un calambre y cuando lo giro, emite un fuerte sonido que hace que Yael frunza el ceño otra vez. Me pongo de pie, me estiro, y miro alrededor de la habitación.

—Buen lugar —digo, continuando la pequeña charla que nos ha mantenido durante los últimos tres años—. Me gusta lo que has hecho con él.

Es como un reflejo, tratando de hacerla sonreír. Nunca funcionó para mí antes y no funciona ahora. Ella se aleja, abriendo las puertas francesas que conducen a la terraza, con vistas a La Puerta, el agua más allá.

—Probablemente debería conseguir algo más cerca de Andheri, pero me parece que he crecido demasiado acostumbrada a vivir en el agua.

—¿Andheri?

—Donde está la *clínica* —dice, como si debería saber eso. Pero ¿cómo, exactamente? Hablar de su trabajo ha estado estrictamente fuera de los límites de nuestra conversación tonta por emails. El clima. La comida. Los festivales hindús. Tarjetas postales, sin las imágenes bonitas.

Sé que Yael llegó a la India para estudiar medicina Ayurvédica[21]. Era lo que ella y Bram tenían la intención de hacer una vez que me fui a la universidad. Viajar. Para que Yael estudiara los métodos de curación tradicionales. India iba a ser la primera parada. Los boletos estaban reservados antes de que Bram muriera.

Después de que el muriera, esperé que Yael se derrumbara. Sólo que esta vez, yo estaría allí. Dejaría a un lado mi propio dolor y la ayudaría. Por último, en lugar de ser un intruso en su gran amor, sería el producto del mismo. Yo sería un consuelo para ella. En donde ella no era como una madre, yo sería como un hijo.

Durante dos semanas, se encerró en la sala de la planta superior, la que Bram había construido para ella, persianas cerradas, puerta cerrada, haciendo caso omiso de la mayoría de los visitantes que habían venido. En la vida, Bram era todo lo de ella, y en la muerte, no había cambiado.

Luego, seis semanas después, se había marchado a la India en la fecha prevista, como si nada hubiera pasado. Marjolein dijo que Yael estaba lamiendo sus heridas. Ella estaría de vuelta pronto.

Dos meses más tarde, sin embargo, Yael mandó a decir que ella no iba a volver. Hace mucho tiempo, antes de que ella estudiara medicina naturopática, había tenido un grado de enfermería, y ahora iba a volver a eso, a trabajar en una clínica en Mumbai. Dijo que estaba cerrando el barco, que ya estaba en cajas las cosas importantes y todo

[21] Medicina Ayurvedica: Significa "ciencia de la vida". Es un sistema comprensivo de la medicina practicado desde hace 5 mil años en India, que combina terapias naturales con un acercamiento altamente personalizado al tratamiento de la enfermedad y pone énfasis igual en cuerpo, mente, y espíritu, y se esfuerza en restablecer la armonía natural del individuo, condición indispensable de la salud global.

lo que se vendería. Debía tomar lo que quería. Recogí unas cuantas cajas y las guardé en el ático de mi tío Daniel. Todo lo demás, lo dejé. No mucho después de eso, me echaron fuera de mi programa. Entonces recogí mi mochila y me fui.

—Eres tal cual tu madre —había dicho Marjolein, un poco lúgubre, cuando le dije que me iba.

Pero ambos sabíamos que no era verdad. No soy para nada como mi madre.



La misma emergencia que mantuvo a Yael de ir al aeropuerto está aparentemente llamándola de nuevo a la clínica después de una hora de mi compañía. Ella me invita a ir con ella, pero la invitación es a medias, muy parecida a la invitación de venir a la India, sospecho. Cortésmente me niego, con excusas de jetlag.

—Deberías salir al sol, es la major cura. —Me mira—. Sin embargo asegúrate de cubrir esto. —Toca el mismo lugar en su cara donde está mi cicatriz—. Luce reciente.

Toco la cicatriz. Ya tiene seis meses. Y, por un minute, me imagino a Yael contándole sobre ella. Le enfurecería si sabe que desvié la atención de los cabezas rapada hacia mí. Un *uno cuatro seis oh tres* —el número de identificación que los nazis tatuaron en la muñeca de Saba— pero al menos me gustaría obtener una reacción.

Pero no le digo a Yael. Esto va mucho más allá de una pequeña charla. Va a las cosas dolorosas que nunca mencionamos: Saba. La guerra. La madre de Yael. Toda la infancia de Yael. Yo toco la cicatriz. Se siente caliente, como si sólo con pensar en ese día se inflamara.

—No es tan fresca —le digo—. Es que no está sanando bien.

—Puedo mezclarte algo para eso. —Yael roza la cicatriz. Sus dedos son ásperos y callosos. Manos de trabajador, solía decir Bram, a pesar de que era él quien debía tener las manos más ásperas. Me doy cuenta entonces que no nos hemos abrazado o besado o hecho nada de lo que cabría esperar de un reencuentro.

Sin embargo, cuando ella aleja su mano, me gustaría que no lo hubiera hecho. Y cuando ella comienza a empacar promesas de cosas que vamos a hacer cuando tenga un día libre, estoy deseando haberle dicho acerca de los cabezas rapadas, sobre París, sobre Lulu. Excepto que incluso si lo hubiera intentado, yo no habría sabido cómo. Mi

madre y yo, los dos hablamos holandés e Inglés. Pero nunca pudimos hablar el mismo idioma.

Veintidós

Traducido por Katt090

Me despierto por el zumbido de un teléfono. Busco mi celular, recuerdo que no funciona aquí. El teléfono sigue sonando. Es la línea de la casa. No para. Finalmente contesto.

—Willem saab. Chaudhary aquí. —Se aclara la garganta—. En la línea para usted, Prateek Sanu —continúa formalmente—. ¿Quiere que le pregunte por la naturaleza su asunto?

—No, está bien. Lo puedes poner directamente.

—Un momento. —Hay una serie de clics. Luego la voz de Prateek haciendo ecos de holas, interrumpido por Chaudhary, declarando:

—Prateek Sanu llamando a Willem Shiloh.

Es divertido ser llamado por los apellidos de Yael y Saba. No lo corrijo. Después de un momento de silencio, se escucha el sonido de desconexión de Chaudhary

—¡Willem! —explota Prateek, como si hubieran pasado meses, y no horas, desde la última vez hablamos—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien.

—¿Y qué piensas de la *Maximum City*[22]?

—No he visto mucho de ella —admito—. He estado dormido.

—Estás despierto ahora. ¿Cuáles son tus planes?

—No he trabajado en eso todavía.

[22] Maximum City: Traducido como "Ciudad Máxima", hace referencia a un libro escrito sobre Mumbai, India publicado en el 2004.

—Déjame hacerte una propuesta: dame una visita verme en el mercado Crawford.

—Me parece bien.

Prateek me da instrucciones. Después de una ducha de agua fría, me dirijo afuera, Chaudhary está detrás de mí con advertencias de «ladrones de carteras, ladrones, prostitutas, y pandillas errantes.» Él hace énfasis a sus amenazas con sus gruesos dedos. «Van a acosarte.»

Yo le aseguro que puedo hacerlo, y en todo caso las únicas personas que me acosan son madres, pidiendo dinero para comprar una fórmula para los bebés dormidos en sus brazos.

Está parte de Mumbai me recuerda un poco a Londres con sus decadentes edificios coloniales excepto que está sobresaturado de color: los saris de las mujeres, los templos engalanados de caléndulas, los autobuses locamente pintados. Es como si todo se absorbiera y reflejara el sol brillante.

Desde el exterior, el mercado Crawford parece otro edificio sacado de la vieja Inglaterra, pero por dentro es toda India: comercio bullicioso y aún más surrealista y colores brillantes. Camino por los puestos de frutas, los puestos de ropa, haciendo mi camino hacia los puestos de electrónica donde Prateek me dijo que lo encontraría. Siento un golpecito en el hombro.

—¿Perdido? —pregunta Prateek, con una sonrisa dividiendo su cara.

—No en un mal sentido.

Él frunce el ceño, confundido.

—Estaba muy preocupado —dice—. Quería llamarte, pero no tengo tu móvil.

—Mi móvil no funciona aquí.

La sonrisa vuelve.

—Resulta que tenemos muchos teléfonos móviles en el puesto de electrónica de mi tío.
—¿Así que es por eso que me trajiste aquí? —bromeo.

Prateek parece insultado.

—Por supuesto que no. ¿Cómo sabría que carecías de un teléfono? —hace un gesto a los puestos que nos rodean—. Puedes comprar en otro puesto.

—Estoy bromeando, Prateek.

—Oh. —Él me lleva al puesto de su tío, repleto hasta el techo de teléfonos celulares, radios, computadoras, iPads de imitación, televisores y mucho más. Me presenta a su tío y nos compra tazas de té de chai-wallah, el vendedor ambulante de té. Luego me lleva a la parte trasera de la cabina y nos sentamos en un par de taburetes desvencijados.

— ¿Trabajas aquí?

—Los lunes, martes y viernes.

—¿Qué haces los otros días?

Él hace el gesto de medio asentimiento, medio negación.

—Estoy estudiando contabilidad. También trabajo para mi madre algunos días. Y ayudo a mi primo a veces para encontrar *goreh* para las películas.

—*Goreh*.

—La gente blanca, como usted. Es por eso que estaba en el aeropuerto hoy. Tuve que llevar a mi primo.

— ¿Por qué no me *preguntaste*? —bromee.

—Oh, yo no soy un director de casting, o incluso un asistente de un asistente. Sólo conduje a Rahul al aeropuerto a buscar mochileros que necesiten dinero. ¿Necesitas dinero, Willem?

—No.

—No lo creí. Te alojas en el Bombay Royale. Muy alta clase. Y visitas a tu madre. ¿Dónde está tu padre? —pregunta.

Ha pasado un tiempo desde que alguien me preguntó eso.

—Está muerto.

—Oh, el mío también —dice Prateek casi con alegría—. Pero tengo muchos tíos. Y primos. ¿Tú?

Casi le digo que sí. Tengo un tío. Pero ¿cómo explicas a Daniel? No es tanto una oveja negra como una invisible, eclipsado por Bram. Y Yael. Daniel, la nota al pie de la historia de Bram y Yael, la letra pequeña que nadie se molesta en leer. Daniel, el más joven, irregular, sucio, sin dirección, y de no olvidar, hermano menor. Daniel, el relegado al asiento trasero del Fiat, y, en consecuencia, al parecer, al asiento trasero de la vida.

—No mucha familia —es todo lo que digo al final, acabando mi vaguedad con un encogimiento de hombros, mi propia versión del mitad asentimiento mitad negación. Prateek me presenta una selección de teléfonos. Elijo uno y compro una tarjeta SIM. Inmediatamente el graba su número y, por si acaso, su tío está en él. Terminamos nuestro té y luego anuncia:

—Ahora creo que debes ir al cine.

—Acabo de llegar.

—Exactamente. ¿Qué es más hindú que eso? Catorce millones de personas...

— Van al cine aquí en un día —le interrumpí—. Sí, me lo han dicho.

Él saca un montón de revistas de su bolsa, las mismas que había visto en el auto. *Magna. Stardust*. Abre una y me muestra las páginas de gente atractiva, todos con dientes extremadamente blancos. Recita un montón de nombres, consternado, de que yo no sepa ninguno de ellos.

—Vamos a ir ahora —declara.

—¿No tienes que trabajar?

—En la India, el trabajo es el maestro, pero el cliente es dios —dice Prateek—. Además, entre el teléfono y el taxi… —sonríe—. Mi tío no se opondrá. —Abre un periódico—. *Dil Mera Golmaal* están pasandola. Igual *Gangs of Wasseypur.* O *Dhal Gaya Din*. ¿Qué piensa usted, Baba?

Prateek y su tío mantienen una conversación animada con una mezcla de hindi e Inglés, debatiendo los méritos y las deficiencias de las tres películas. Finalmente se quedan con *Dil Mera Golmaal.*

El cine es un edificio de estilo art deco pintado de blanco, no muy diferente de las casas de estilo a las que Saba solía llevarme ahí cuando visitaba. Compro nuestros boletos y palomitas de maíz. Prateek promete traducción a cambio.

La película, una especie de complicada versión de Romeo y Julieta, involucra a familias en conflicto, mafiosos, un complot terrorista para robar armas nucleares, además de un sinnúmero de explosiones y números de baile, no se requiere mucha traducción. Es a la vez absurda y curiosamente auto explicativa.

Sin embargo, Prateek hace el intento.

—Ese hombre es el hermano de aquel, pero él no lo sabe —susurra—. Uno de ellos es el malo, el otro es bueno, y la chica está comprometida con el malo, pero ama al bueno. Su familia odia a la familia de él y la de él odia a la familia de ella, pero en realidad no, porque la disputa tiene que ver con el padre de la otra, que diseñó la pelea cuando robó el bebé al nacer, ya ves. También es un terrorista.

—De acuerdo.

Luego hay un número de baile y una escena de lucha y de repente estamos en el desierto.

—Dubai —susurra Prateek.

—¿Por qué, exactamente? —le pregunto.

Prateek explica que el consorcio petrolero está ahí. Como son los terroristas.

Hay varias escenas en el desierto, incluyendo un duelo entre dos camiones monstruos que Henk apreciaría.

A continuación, la película cambia bruscamente a París. En un momento, hay una toma genérica del Sena. Y luego, un segundo después, una toma de la orilla del río. Entonces vemos que la heroína y el hermano gemelo bueno, que, Prateek explica, se han casado y huyeron juntos. Irrumpe una canción. Pero ya no están en el Sena, y ahora están en uno de los puentes en arco que abarcan los canales de Villette. Lo reconozco. Lulu y yo cruzamos debajo de él, sentados lado a lado, las piernas golpeando contra el casco. De vez en cuando, nos golpeamos accidentalmente tobillos y había algo eléctrico en ello, un encendido, sólo por eso.

Lo siento ahora en este húmedo cine. Casi como un reflejo, mi pulgar se dirige al interior de mi muñeca, pero el gesto no tiene sentido, aquí en la oscuridad.

Pronto la canción terminó y estamos de vuelta en la India para el gran final, cuando las familias se reúnen y reconcilian y hay otra ceremonia de la boda y un gran número de baile. A diferencia de Romeo y Julieta, estos amantes consiguen un final feliz.

Después de la película, caminamos por las atestadas calles. Está oscuro ahora, y el calor se ha ido serpenteando. Zigzagueamos nuestro camino a una gran media luna de arena.

—Chowpatty Beach —dice Prateek, señalando los rascacielos de lujo en Marine Drive. Ellos brillan como diamantes contra la curvada muñeca delgada de la bahía. Es un ambiente de circo con todos los vendedores de comida y payasos y modeladores de globos y los amantes furtivos que aprovechan la oscuridad para robarse besos detrás de una palmera. Trato de no verlos. Trato de no recordar los besos robados. Trato de no recordar ese primer beso. No sus labios, pero si esa marca de nacimiento en su muñeca. Que había estado queriendo lamer todo el día. De alguna manera, yo sabía exactamente a lo que iba a saber.

El agua golpea contra la orilla. El Mar Arábigo. El Océano Atlántico. Dos océanos entre nosotros. Y aún no es suficiente.

Veintitrés

Traducido por maphyc

Después de cuatro días, Yael finalmente tiene un día libre. En lugar de levantarme de mi cama plegable para encontrarla corriendo fuera de la puerta, la veo en su pijama.

—He pedido el desayuno—dice ella en esa fresca voz suya, la guturalidad de si acento israelí suavizado por todos los años de hablar inglés.

Hay un golpe en la puerta. Chaundhary, quien parece trabajar siempre y hacer cada trabajo aquí, arrastrando los pies, empujando un carrito.

—Desayuno, Memsahib—, anuncia.

—Gracias, Chaundhary —dice Yael.

Él nos estudia a los dos. Entonces sucede la cabeza.

—Él no es nada como tú, Memsahib —dice él.

—Luce como su baba —responde Yael.

Sé que es verdad, pero es extraño oírla decir eso. Aunque no tan extraño, imagino, como ver la cara de su marido muerto devolviéndole la mirada. A veces cuando me siento caritativo, lo justificaría como la razón por la cual pone tal distancia entre nosotros los últimos tres años. Entonces mi parte menos caritativa preguntaría, *¿Que pasa con los dieciocho años antes de eso?*

Con un gesto dramático, Chaudhary pone tostadas, café, té y zumo. Entonces se apoya tras la puerta.

—¿Alguna vez se marcha? —pregunto.

—No, no realmente. Sus hijos están en el extranjero y su mujer es cosa del pasado. Así que él trabaja.

—Suena miserable.

Ella me da una de sus miradas inescrutables.

—Al menos tiene un propósito.

Abre el periódico. Incluso eso es colorido, un rosa salmón opaco.

—¿Qué has estado haciendo estos últimos días? —pregunta mientras ojea los titulares.

Volví a Chowpatty Beach, los mercados alrededor de Colaba, el Getaway. Fui a otra película con Prateek. He deambulado sobretodo. Sin propósito.

—Esto y aquello —respondo.

—Por lo tanto hoy vamos a hacer esto y aquello —responde.

Escalera abajo, somos acosados por la usual congregación de mendigos.

—Diez rupias —dice una mujer cargando con un bebe dormido—. Para la fórmula para mi bebé. Ven conmigo para comprarla.

Empiezo a sacar dinero, pero Yael me grita que me detenga y después grita a la mujer en hindi.

Yo no digo una palabra. Pero mi expresión me tiene que delatar porque Yael da una explicación exasperada.

—Es una estafa, Willem. Los bebés son accesorios. Las mujeres son parte de los anillos de mendicidad, a cargo de grupos de crimen organizado.

Miro a la mujer, ahora de pie frente al Hotel Taj, y encogiéndose de hombros.

—¿Y? Ella todavía necesita el dinero.

Yael asiente y frunce el ceño.

—Sí, *ella* lo necesita. Y el bebé necesita comida, sin duda, pero ninguno de ellos van obtener lo que necesitan. Si compraras la leche para esa mujer, pagarías un precio

excesivo, y tu obtendrías un excesivo sentido de buena voluntad. Ayudaste a una madre alimentar a su bebé. ¿Qué podría ser mejor?

No digo nada, porque les he estado dando dinero todos los días y ahora me siento estúpido por ello.

—Tan pronto como te alejas, la leche ha regresado a la tienda. ¿Y el dinero? El comerciante recibe una parte, los jefes del crimen reciben una parte. Las mujeres, las mujeres están forzadas, y no consiguen nada. En cuanto a lo que sucede con los bebés… —Ella calla siniestramente.

—¿Qué pasa con los bebés? —La pregunta sale antes de que me de cuenta de que podría no querer saber la respuesta.

—Ellos mueren. A veces, de la desnutrición. O, a veces de una neumonitis. Cuando la vida es tan ligera, algo pequeño puede hacerlo.

—Lo sé—, le digo. *A veces, incluso cuando la vida no es tan ligera,* pienso y me pregunto si ella está pensando lo mismo.

—De hecho, el día que llegaste, yo llegaba tarde debido a una emergencia con uno de esos mismos niños. —No lo explica, dejando que yo ponga las piezas juntas.

La no admisión de Yael consigue hacerme sentir culpable por culparla, había algo más importante-y amargo- siempre lo hay. Pero sobre todo eso me cansa. ¿No podría simplemente habérmelo dicho y salvarme de el problema de mi culpa y amargura?

Por otra parte, a veces pienso que la culpa y la amargura pueden ser el verdadero lenguaje común entre Yael y yo.



Nuestra primera parada es el Templo Shree Siddhivinayak, un templo adornado como pastel de bodas que está siendo atacado por una horda turística de hormigas. Yael y yo tomamos nuestro lugar entre las masas y hacemos nuestro camino a una sala de oro calurosa, encaminándonos hacia una estatua cubierta de flores del dios elefante. Es rojo remolacha, como si estuviera avergonzado, o tal vez sólo tiene calor, también.

—Ganesha —me dice Yael.

—El eliminador de obstáculos.

Ella asiente con la cabeza.

A nuestro alrededor, la gente está poniendo guirnaldas alrededor del santuario o cantando o rezando.

—¿Tienes que hacer una ofrenda?— pregunto.—¿Para conseguir que tus obstáculos sean retirados?

—Puedes—responde ella—. O simplemente cantar un mantra.

—¿Qué mantra?

—Hay varios—. Yael no dijo nada más durante un tiempo. Y luego, en voz baja y clara, ella canta:

—*Om gam ganapatayae namaha*—. Ella me mira, como si eso fuera suficiente.

—¿Qué quiere decir?

Ella inclina la cabeza

—He oído que se traduce aproximadamente como: «Despierta».

—¿Despierta?

Ella me mira por un segundo, y aunque tenemos los mismos ojos, realmente no tengo ni idea de lo que ve a través de ellos.

—No es la traducción lo que importa en un mantra. Es la intención —dice—. Y esto es lo que se dice cuando se quiere un nuevo comienzo.



Después del templo, llamamos a gritos a un rickshaw[23].

—¿Y ahora dónde? —le pregunto.

—Nos reuniremos con Mukesh para el almuerzo.

¿Mukesh? El agente de viajes que reservó mis vuelos?

[23] **Rickshaw:** Es un vehículo ligero de dos ruedas que se desplaza por tracción humana, bien a pie o a pedales

Pasamos la siguiente media hora en silencio mientras serpenteamos a través de más tráfico y eludimos más vacas, finalmente, llegando a una especie de centro comercial polvoriento. Mientras estamos pagando al conductor, un hombre alto, ancho, sonriente en una camisa blanca voluminosa viene disparado fuera de un lugar llamado *Outbound Travels.*

—¡Willem! —dice, me saluda calurosamente, agarrando mis manos.

—Bienvenido.

—Gracias —le digo, mirando hacia atrás y adelante entre él y Yael, quien decididamente no lo está mirando, y me pregunto qué es exactamente lo que está pasando. ¿Están juntos? Sería simplemente su manera, introducir la idea de un novio por no presentándolo como su novio y dejándome que lo averiguara.

Mukesh le dice a nuestro conductor que espere y luego vuelve a entrar en la agencia de viajes para recoger una bolsa de plástico, y entonces subimos de nuevo y conducimos durante más de quince minutos de tráfico al restaurante.

—Es de oriente medio — dice Mukesh con orgullo—. Al igual que mamá.

Mukesh empuja el menú a un lado y llama al camarero, pidiendo platos de humus y hojas de parra, baba ghanoush y tabouli.

Cuando el primer plato de hummus llega, Mukesh me pregunta si me está gustando la comida india hasta ahora.

Me explico acerca de las dosas y las pakoras que he estado comiendo en los puestos al aire libre.

—Todavía no he tenido un curry apropiado.

—Vamos a tener que arreglar eso por ti— dice—. —Es por eso que estoy aquí. —Mete la mano en la bolsa de plástico y saca una serie de folletos en papel satinado—. No tienes mucho tiempo aquí, así que sugiero que elijas una región: Rajasthan, Kerala, Uttar Pradesh, y explorar eso. Me he tomado la libertad de venir con algunos ejemplos de itinerarios—. Me desliza una impresión de la computadora. Uno es para Rajasthan. Lo tiene todo. Vuelos de regreso a Jaipur, transbordo a Jodhpur, Udaipur y Jaisalmer. Incluso hay un viaje en camello. Hay un itinerario repleto similar para Kerala, vuelos, transbordos, cruceros por el río.

Estoy confundido.

—¿Nos estamos yendo de viaje?—pregunto a Yael.

—Oh, no, no —Mukesh responde por ella—. Mamá tiene que trabajar. Este es un viaje especial para ti, para asegurarme de que tu tiempo en la India es óptimo.

Y entonces comprendo la mirada culpable. Mukesh no es el novio. Es el agente de viajes. El seleccionado para traerme aquí. El seleccionado para echarme.

Por lo menos sé por qué estoy aquí. No para un nuevo comienzo. Una invitación precipitada que era absurda cuestionar, absurda aceptar, y más estúpida en pedirla. He estado aquí menos de una semana, y eso es demasiado para ella.

—¿Qué viaje te gusta más? —pregunta Mukesh. Él parece no darse cuenta de la espinosa dinámica con la que se ha tropezado.

Mi ira se siente caliente y visceral, pero la embotello hasta que vuelve sobre sus pasos y estoy enojado conmigo mismo. ¿Cuál es la definición de la locura? Hacer la misma cosa una y otra vez y esperar resultados diferentes.

—Este— le digo, moviendo el folleto en la parte superior de la pila. Ni siquiera veo a dónde va. No parece el punto.

Veinticuatro

MARZO
Jaisalmer, India

Traducido por Isa 229

Son las diez en punto en Jaisalmer y el sol del desierto está cayendo con fuerza sobre las piedras de arena colorada de la ciudad fortaleza. Los callejones estrechos y las escaleras están llenas de calor y humo de la quema de estiércol a las primeras horas de la mañana, y eso, junto con los siempre presentes camellos y vacas, le dan a la ciudad un particular aroma.

Rodeo a un grupo de mujeres, sus ojos bañados en kohl, curvados hacia abajo, parecen tímidos, a pesar de que coquetean de otros modos, con el silbido de sus saris color eléctrico, el tintineo de sus tobilleras.

En la parte inferior de la colina, me paso por varios puestos de venta de tejidos. Me detengo en uno de ellos, mirando a la pared colgante de cristales púrpuras.

—¿Te gusta lo que ves? —el joven detrás del mostrador me pregunta casualmente, ningún indicio de que él me conoce excepto por el brillo de su ojo.

—Así es —digo evasivamente.

—¿Hay algo en particular que le guste?

—Tengo mi ojo en algo.

Nawal asiente solemnemente, ningún rastro de una sonrisa, ningún rastro de que hemos tenido casi esta exacta conversación por los últimos cuatro días. Es como un juego. O un rol que comenzamos a interpretar cuando por primera vez encontré la tapicería que quiero. O más bien, que Prateek quiere.

Dos días en mí recorrido por Rajasthan, cuando estaba aún lleno de amargura y de bilis y medio tentando de solo volar de regreso a Amsterdam antes de tiempo, Prateek me envió un mensaje sobre su «¡¡¡¡¡¡¡gran propuesta!!!!!!» resultó no ser tan grande. Me quería para comprar artesanías de Rajasthan que vendería de regreso en Mumbai con un margen de beneficio. Él me reembolsaría lo que gastaría y partiríamos la ganancia. Al principio le dije que no, sobre todo después de que me envió por mensaje la lista de compras. Pero entonces un día en Jaipur terminé en el bazar Bapu sin nada más que hacer, entonces comencé a buscar la clase de sandalias de cuero que él quería. Y desde allí, continúo. Examinar los mercados de especies y de pulseras y una muy peculiar variedad de sandalias ha dado al viaje una clase de forma, permitiéndome olvidar que esto es en realidad un exilio. Y a causa de eso, he extendido el exilio, haciendo a Mukesh alargarlo por una semana. Ahora he estado ausente tres semanas, volveré a Mumbai con solamente un puñado de días antes de mi vuelo de regreso a Amsterdam.

En Jaisalme, Prateek me ha instruido comprar una particular clase de tapiz por la cual el área es famosa. Debe ser seda, y sabré si es seda porque debo quemar un hilo, y emitirá el hedor de pelo quemado. Deberá ser bordado, cocido, no pegado, y sabré si es cocido porque debo voltearlo y tirar del hilo, el cual además debe ser seda y deberá ser comprobado con una cerilla. Y no debe costar más de dos mil rupias, debo regatear, con fuerza. Prateek tenía graves dudas sobre mi capacidad de regateo, porque él afirma que le pagué demasiado por el taxi, pero le aseguré que había visto a mi abuelo hacer un trueque por una rueda de queso a la mitad en el mercado Albert Cuyp, así que está en mí.

—¿Un poco de té, tal vez, mientras mira? —pregunta Nawal. Miro debajo del mostrador y lo veo, como ayer, el té ya está preparado.

—¿Por qué no?

En este punto, el guion termina y la conversación asume el control. Horas de ello. Me siento en la silla de los lienzos al lado de Nawal y como lo hemos hecho durante los últimos cuatro días, hablamos. Cuando hace demasiado calor, o cuando Nawal obtiene un cliente serio, me voy. Antes de hacerlo, él dejara caer el precio del tapiz por quinientas rupias, asegurándose que volveré y realizará todo el proceso de nuevo al día siguiente.

Nawal vierte el especiado té de la tetera de metal ornamentada. Su radio está tocando el mismo loco pop hindi que Prateek ama.

—Un juego de cricket más tarde. Si quieres escuchar —me informa.

Tomo un sorbo del té.

—¿Cricket? ¿En serio? La única cosa más aburrida que observar cricket es escucharla.

—Tu solo dices eso porque no entiendes los particulares del juego.

Nawal disfruta educándome sobre todas las cosas que no conozco. No entiendo el cricket, o fútbol en realidad, y no entiendo las políticas entre India y Pakistán, y no entiendo la verdad sobre el calentamiento global, y ciertamente no entiendo porque el matrimonio por amor es inferior a los matrimonios arreglados. Ayer, cometí el error de preguntar que estaba de mal con el matrimonio por amor, y me gané todo un sermón.

—La tasa de divorcio en la India es la más baja del mundo. En el oeste, es del cincuenta por ciento. Y eso es si ellos incluso se llegan a casar —había dicho Nawal, disgustado—. Aquí, te cuento una historia: todos mis abuelos, mis tíos, mis tías, mis padres, mis hermanos, todos han tenido matrimonio arreglados. Felices. Largas vidas. Mi primo, el escogió un matrimonio por amor, y después de dos años, ningún niño, la esposa lo deja en desgracia.

— ¿Qué sucedió? —había preguntado.

—Sucedió que no eran compatibles —había dicho él—. Ellos estaban conduciendo sin un mapa. Uno no puede hacer eso. Se debe tenerlo arreglado apropiadamente. Mañana te lo enseñaré.

Así que hoy, Nawal ha traído una copia de la carta astrológica que fue elaborada para decidir si él y su prometida, Geeta, son compatibles. Nawal insiste que muestra el feliz futuro suyo y de Geeta, ordenado por los dioses.

—En cuestiones como estas, tienes que confiar en las fuerzas más grandes que el corazón humano —dice.

El cuadro luce no muy distinto a uno de las ecuaciones matemáticas de W, con el papel dividido en secciones y diferentes símbolos en cada uno. Sé que W cree que todas las preguntas de la vida pueden ser resueltas a través de principio matemático, pero creo que ni siquiera él encontraría esto transcendencia.

—¿No crees en esto? — reta Nawal—. Nómbrame un buen matrimonio por amor que perdura.

Lulu me había hecho una pregunta similar. Sentándonos en el café, discutiendo sobre el amor, ella había exigido saber de una pareja que hubiera quedado enamorada, que hubiera quedado manchada. Y así que yo había dicho *Yael y Bram*. Sus nombres solo habían brotado. Y fue tan raro porque en dos años de viaje, nunca había contado sobre ellos a nadie, ni siquiera a la gente con la que había viajado por mucho tiempo. Tan pronto como dije eso, había querido contarle *todo* sobre ellos, la historia de cómo se conocieron, como ellos parecían como piezas de un rompecabezas entrelazándose y como a veces yo no parecía caber en la ecuación. Pero había sido hace tanto tiempo desde que había hablado de ellos, que no había sabido saber cómo hacerlo. Aunque en alguna extraña manera, parecía como otra cosa no dicha que ella ya sabía. Aun así, desearía haberle dicho todo. Agréguese a mi lista de arrepentimientos.

Estoy por decirle a Nawal sobre ellos. Mis padres, quienes tuvieron un muy espectacular matrimonio por amor, pero luego otra vez, tal vez estaba ahí, en las cartas, desde el principio, como eso terminaría. Me he preguntado: ¿si pudieras saber que meterse en esos veinticinco años de amor te romperían al final, te arriesgarías? ¿Por qué no es inevitable? Cuando haces semejante grande retiro de felicidad, en algún lugar se tendrá que hacer un depósito igualmente de grande. Todo vuelve a la ley universal del equilibrio.

—Creo que todo esto del negocio de enamorarse es un error —continua Nawal. — Quiero decir *mírate* —él lo dice como una acusación.

—¿Qué hay de *mí*?

—Tienes veintiuno y estas absolutamente solo.

—No estoy absolutamente solo. Estoy aquí contigo.

Nawal me mira lastimosamente, recordándome eso, lo que estos placenteros días han sido, él está aquí para vender algo y yo estoy aquí para comprar algo.

—No tienes esposa. Y te apostaría que has amado. Te apostaría que has amado muchas veces como siempre parecen estar en los filmes Westerns.

—En realidad, nunca he amado. —Nawal luce sorprendido con eso, y estoy cerca de explicar que mientras no he amado, me he enamorado muchas veces. Que ellos son entidades enteramente separadas.

Pero luego me detengo. Porque una vez más, soy transportado de los desiertos de Rajasthan hacia el café de París. Casi puedo escuchar el escepticismo en la voz de Lulu cuando le había dicho: *Hay un mundo de diferencia entre enamorarse y amar*. Luego había aplicado la Nutella en su muñeca, supuestamente para demostrarte mi punto, pero realmente porque me había dado una excusa para ver como sabía.

Se había reído de mí. Ella había dicho que la distinción entre enamorarse y amar era falsa. *Suena como si simplemente te gusta tener sexo. Por lo menos admite eso acerca de ti.*

Sonrío al recuerdo de ello, aunque Lulu, quien había tenido tanta razón sobre mí ese día, estaba equivocada sobre esto. Yael había entrenado como un paracaidista en la fuerza de defensa Israelí, y una vez describió como se sintió saltar de un avión: lanzándose por el aire, el viento por todas partes, la euforia, la velocidad, el estómago en tu garganta, el difícil aterrizaje. Siempre parecido a la forma exacta de describir cómo se sentían las cosas con las chicas, ese viento y la euforia, el lanzamiento, el querer, la caída libre. Y el final abrupto.

Curiosamente, sin embargo, ese día, con Lulu no se sintió como una caída. Se sintió como llegar.



Nawal y yo bebemos nuestro té y escuchamos música, hablamos de las próximas elecciones en la India y el próximo torneo de fútbol El sol arde a través del toldo y nos quedamos quietos en el calor. Ningún cliente viene a esta hora del día.

El sonido de mi teléfono interrumpe el idilio. Debe ser Mukesh. Él es el único quien me llama aquí. Prateek me envía mensajes. Yael no hace ninguna de esas dos cosas.

—¿Willem, todo está en perfecta condición? —pregunta él.

—A-Uno —digo. En la jerarquía de Mukesh, A-Uno es que está un paso arriba de excelente.

—Excelente. Sin querer preocuparte te llamo con un cambio de planes. El recorrido en Camello está cancelado.

—¿Cancelado? ¿Por qué?

—Los camellos se enfermaron.

—¿Enfermaron?

—Sí, sí, vomitando, diarrea, horrible, horrible.

—¿No podemos reservar otro? —el recorrido de tres noches en el desierto a camello era la parte de su planeado itinerario que estaba realmente esperando. Cuando extendí mi viaje una semana, había preguntado a Prateek para reprogramar el viaje de camello para mí.

—Traté. Pero desafortunadamente, el próximo recorrido en que podría ponerte no era hasta dentro de otra semana, y si tomas ese, pierdes tu vuelo a Dubái el próximo lunes.

—¿Hay algún problema? —pregunta Nawal.

—Mi recorrido en Camello fue cancelado. Los camellos están enfermos.

—Mi primo dirige un recorrido. —Nawal ya está cogiendo su celular—. Puedo arreglarlo para ti.

—Mukesh, creo que aquí mi amigo puede reservarme un recorrido diferente.

—¡Oh, no! Willem. Eso sería lo más inaceptable —Su tono alguna vez amistoso se torna brusco. Luego, en una voz más suave sigue—: Ya reservé tu tren de regreso a Jaipur esta noche y un vuelo de regreso a Mumbai mañana.

—¿Esta noche? ¿Cuál es la prisa? No me voy hasta dentro de una semana. —Cuando pedí a Mukesh que ampliara mi viaje de Rajasthan por una semana, también le pedí que reservara mi vuelo de regreso a Amsterdam para unos días después en que debería volver a Mumbai. Yo lo tenía todo perfectamente sincronizado así tan solo tendría que ver a Yael por un par de días al final—. ¿Tal vez podría quedarme aquí otros pocos días?

Mukesh chasquea su lengua, el cual, en su jerga particular, es exactamente lo contrario de A-Uno. Comienza a balbucear acerca de horarios de viaje y tasas de cambio y advertencias de mí atascado en la India a menos que regrese esta noche a Mumbai, y finalmente no hay nada que hacer si no ceder.

—Bien, bien. Te enviaré el itinerario —dice él.

—Mi correo no está funcionando correctamente. Quedé bloqueado y tuve que restablecer la contraseña y después un montón de mensajes recientes desaparecieron de la nada —digo—. Aparentemente hay un virus rondando.

—Sí, ese sería el virus Jagdish —dice él otra vez—. Debes abrir una nueva cuenta. Mientras, te enviare el itinerario de tu tren y de tu vuelo.

Me zafo de la llamada con Mukesh y busco en mi mochila por mi cartera. Cuento tres mil rupias, el último precio que Nawal había soltado. Su rostro cae.

—Tengo que irme —explico—. Esta noche.

Nawal alcanza detrás del mostrador por un grueso cuadrado envuelto en papel marrón.

—Lo separé el primer día así nadie más lo conseguiría —él quita el papel, enseñándome la tapicería—. Puse un alguito extra dentro para ti.

Nos despedimos. Le deseo suerte con su matrimonio.

—No necesito suerte; está en las estrellas. Tú, creo, eres el único quien necesita suerte.

Me hace pensar en algo que dijo Kate cuando ella me dejó en Mérida.

—Te desearía suerte, Willem, pero creo que necesitas dejar de contar con ella.

No estoy seguro cuál de ellos está en lo correcto.

Empaco mis cosas y luego camino hacia la estación del tren durante la última hora de calor de la tarde. La ciudad luce dorada por arriba en las colinas, las dunas de arena ondean detrás, y todo eso me hace sentir melancólico, ya nostálgico.

El tren me ingresa a Jaipur a las seis de la mañana. Mi vuelo a Mumbai es a las diez. No he tenido la oportunidad de abrir un nuevo correo, y Mukesh no me ha enviado nada sobre mi traslado desde el aeropuerto. Envié un mensaje a Prateek. Él no ha contestado a ninguno de mis mensajes en los dos últimos días. Así que intento llamándole.

Él contesta, distraído.

—Prateek, hey es Willem.

—¿Willem, donde estás tú?

—En un tren. Tengo tu tapicería aquí. —Hago sonar el paquete.

—Oh, bien —por todo su maniático entusiasmo sobre su última aventura, parece extrañamente desinteresado.

—¿Todo está bien?

—Mejor que bien. Muy bien. Mi primo Rahul, está enfermo de la influenza.

—Eso es malo. ¿Ésta bien?

—Bien, bien. Pero descanso absoluto para él— dice Prateek animosamente—. Estoy ayudándolo —el baja aún más su voz a un susurro—. Con las películas.

—¿Las películas?

—¡Sí! Encuentro la *goreh* para actuar en las películas. Si puedo conseguir diez, ellos pondrán mi nombre en los créditos. Asistente del asistente del director de casting.

—Felicitaciones.

—Gracias —dice él formalmente—. Pero solo si encuentro cuatro más. Mañana, volveré al Ejército de la Salvación y quizás al aeropuerto.

—En realidad, si estas viniendo al aeropuerto, eso es perfecto. Necesito un aventón.

—Pensé que volvías el sábado.

—Cambio de planes. Ahora estoy regresando mañana.

Hay un silencio, durante el cual Prateek y yo tenemos la misma idea.

—¿Quieres estar dentro? —pregunta él al mismo tiempo que ofrezco—: ¿Quieres que yo esté en…?

La línea hace eco con nuestra risa. Le doy mi información de vuelo y salgo. Fuera, el sol se está asentando; una brillante flama detrás del tren, y oscuridad en frente de nosotros. Poco tiempo después, todo está oscuro.

Mukesh me ha reservado dentro un asiento-cama en un vagón con aire acondicionado, el cual India Rail enfría como un frigorífico. La cama no tiene nada más que una sábana. Tirito, y luego pienso en el tapiz, caliente y grueso. Desenvuelvo el papel; cae fuera algo pequeño y duro.

Es una pequeña estatua de Ganesha, sosteniendo su hacha y su loto, sonriendo su sonrisa, como si él sabe algo que el resto de nosotros no lo ha descubierto aún.

Veinticinco

Mumbai

Traducido por Maru Belikov

La película se llama *Heera Ki Tamanna*, lo cual se traduce, en términos generales como *Deseando un Diamante*. Es un romance protagonizado por Billy Devali, gran estrella, y Amisha Rai, gran, gran estrella, y es dirigida por Faruk Khan, quien aparentemente es tan grande, que no necesita más descripción. Prateek me dice todo esto en un monólogo sin tomar respiro, él difícilmente ha dejado de hablar desde que se lanzó sobre mí en la terminal de llegada y me apresuró hacia el auto, apenas mirando los diferentes artículos de Rajasthani que yo cuidadosamente compre y regateé por las últimas tres semanas.

—Oh, Willem, ese era el último plan, —dice él, sacudiendo la cabeza, consternado porque debe explicar tales cosas. —Estoy trabajando en Bollywood ahora. — luego me cuenta que ayer, Amisha Rai pasó tan cerca de él que el borde de su sari rozo su brazo.

—¿Puedo decirte como se sintió? —pregunta, sin esperar a que yo responda—. Se sintió como una caricia de los dioses. ¿Puedo decirte como olía? —cierra sus ojos e inhala. Aparentemente, su olor desafía las palabras.

—¿Qué hago yo exactamente?

—¿Recuerdas en *Dil Mera Golmaal*, la escena después del tiroteo?

Asiento. Fue como *Reservoir Dogs*, pero en un barco. Con baile.

—¿De dónde crees que salieron todas esas personas blancas?

—¿Del mismo lugar mágico que las bailarinas de gogó?

—De los directores de casting como yo. —Golpea su pecho.

—¿Director de casting? Así que es oficial. ¿Tienes un máximo de diez?

—Contigo ocho. Pero llegaré allí. Eres tan alto y apuesto y… blanco.

—¿Quizá puedo contar por dos? —bromeo.

Prateek mira hacia mí como si fuera un idiota.

—No, tú cuentas por uno. Eres solo un hombre.

Llegamos a Film City, el suburbio de casas que alberga los estudios, luego manejamos dentro del complejo y luego dentro de lo que parece un gran hangar de aviones.

—Oh, por cierto, el pago —dice Prateek con indiferencia—. Debo decirte, son diez dólares al día.

No respondo. No había planeado recibir dinero por nada. Él mal interpreta mi silencio.

—Sé que para los occidentales no es mucho, —explica—. Pero te dan las comidas, y también alojamiento así que no tienes que viajar diariamente a Colaba cada noche. Por favor, por favor dime que estás de acuerdo.

—Por supuesto. No estoy dentro por el dinero. —Llo que es exactamente lo que Tor solía decir sobre Guerrilla Will. *No estamos aquí por el dinero*. Pero la mitad del tiempo ella diría esto mientras cuidadosamente contaba las noches de presentaciones o revisaba los reportes meteorológicos en el *International Herald Tribune* para determinar los más soleados, y más lucrativos, lugares para ir después.

En ese entonces, estaba más por el dinero. Incluso lo poco que ganaba de Guerrilla Will me mantenía de tener que regresar a un hogar nada acogedor.

Es curioso, como esas pequeñas cosas han cambiado.



En el set, Prateek me presenta a Arun, el asistente del director de casting, quien toma una breve pausa de sus múltiples conversaciones por teléfono para evaluarme. Él dice algo a Prateek en Hindi y luego asiente hacia mí y grita—: Vestuario.

Prateek aprieta mi brazo, mientras me guía a la sala de vestuario, la cual es una serie de bastidores rodantes llenos de trajes y vestidos, atendido por una mujer de gafas que lucía agobiada.

—Encuentra algo que ajuste —ordena ella.

Todo es en su mayoría unos veinte centímetros muy corto para mí. Que es aproximadamente la cantidad en que supero a la mayoría de los hindús. Prateek luce preocupado.

—¿Tienes un traje? —pregunta él.

La última vez que use un traje fue en el funeral de Bram. No, no tenía un traje.

—¿Cuál parece ser el problema? — suelta Neema, la señora de vestuario.

Prateek se arrastra, disculpándose por mi altura, como si fuera un defecto de personalidad.

Ella suspira impacientemente—. Espera aquí.

Prateek me mira alarmado.

—Espero que no te envíen de regreso. Arun acaba de decirme que algunas de las personas de ashram se fueron esta mañana y ahora estoy de regreso a siete.

Me encorvo, haciéndome más bajo—. ¿Eso ayuda?

—El traje aún no ajustara —dice él, sacudiendo la cabeza como si yo fuera un imbécil.

Neema regresa con un bolsa de traje. Dentro se encuentra un traje, recién planchado, de un brillante azul oscuro.

—Este es del guardarropa de un actor, así que no lo arruines —advierte ella, empujándome hacia el área para cambiarse para que me lo pruebe.

El traje se ajusta. Cuando Prateek me ve, sonríe—. Luces de primera clase —dice, asombrado—. Vamos, camina para Arun. Casual, casual. Oh, sí, él lo ve. Muy bien. Creo que tengo un lugar casi asegurado en los créditos. Pensar que, un día, quizá sea como Arun.

—Arriésgate a soñar.

Estoy bromeando, pero sigo olvidando que Prateek toma todo literalmente.

—Oh, sí. Soñar es el riesgo final, ¿No es cierto?



El set de la película es un bar falso o salón de cocteles, con un enorme piano justo en el medio. Las estrellas hindúes empiezan a circular el área alrededor del bar, y luego más dentro del abarrotado set donde se encuentran más o menos cincuenta extras. La mayoría de ellos son indios, pero hay cerca de quince o veinte occidentales. Voy a pararme cerca de un hindú en un esmoquin, pero este estrecha sus ojos hacia mí y se aleja.

—¡Son tan snobs! —una delgada, bronceada chica en un brillante vestido azul, dice riendo—. Ellos no hablan con nosotros.

—Es como un imperialismo inverso o algo —dice un sujeto con rastas atadas hacia atrás en una banda—. Nash —dice él extendiendo su mano.

—Tasha —dice la chica.

—Willem.

—Willem —repiten, vagamente—. ¿Estabas en el ashram?

—No.

—Oh. Eso pensamos. Te habríamos *reconocido* —dice Tasha—. Eres tan alto. Como Jules.

Nash asiente. Yo también lo hago. Todos asentimos a la altura de Jules.

—¿Qué los trae a India? —pregunto, deslizándome fácilmente de regreso al lenguaje educado.

—Somos refugiados —dice Tasha—. Del mundo de la fama, y celebridades obsesionadas con lo material en los Estados Unidos. Estamos aquí para purificarnos.

—¿Aquí? —hago gestos al set.

Nash se ríe.

—La inspiración no es gratis. En realidad, es algo costosa. Así que estamos tratando de comprar algo más de tiempo. ¿Qué sobre ti, amigo? ¿Qué te trae a la tierra de Bollywood?

—La fama, por supuesto.

Ambos se ríen. Luego Nash pregunta.

—¿Quieres ir a fumar? Ellos no están haciendo nada excepto hacernos esperar — él saca un porro—. Espero igual de bien drogado.

Me encojo de hombros—. ¿Por qué no?

Nos escabullimos afuera donde la mitad de los extras parecen estar fumando cigarrillos en la sombra de la cornisa. Nash enciende el porro y toma una calada, se lo pasa a Tasha quien toma una larga, profunda calada y me lo pasa a mí. La marihuana es fuerte y ha pasado un tiempo desde que no lo hago, así que me golpea inmediatamente. Nos pasamos el porro alrededor un par de veces más.

—Eres realmente… alto, Willem, —dice Tasha.

—Sí, creo que mencionaste eso.

—Realmente tenemos que presentarle a Jules —dice Tasha arrastrando las palabras. —Ella es alta. Y canadiense.

—Totalmente —dice Nash—. Brillante idea.

El mundo se ha vuelto un poco loco, demasiado brillante y dando vueltas.

—¿Quién es Jules? —pregunto.

—Ella es una chica —responde Nash—. Linda. Cabello rojizo. Está en el ashram pero quizá venga en un día o dos. Es alta. Oh, Tasha ya dijo eso. Mierda, aquí viene el sujeto que es asistente del director. Esconde el porro.

Tasha presiona el porro entre sus dedos mientras el hombre pájaro viene y nos mira. Incluso aunque Tasha es la que sostiene el porro, es en mí en quien se fija. Él saca su teléfono y toma una foto, luego desaparece sin decir una palabra.

—Oh. Mierda —dice Tasha, soltando una risita—. Hemos sido atrapados.

—*Él* fue atrapado —dice Nash—. Ellos solo tomaron su foto. —Suena un poco insultado.

—Si hay marihuana, siempre culpan al holandés —digo.

—Oh, cierto —dice Nash, asintiendo.

—Estoy paranoica ahora —dice Tasha.

—Regresemos. Guarda el resto de eso para después —dice Nash.

Con la marihuana zumbando alrededor de mi cabeza, la espera en el set va lenta, no rápida. Paso unos minutos dando vueltas a una moneda de rupia a través de mi mano pero sigo dejándola caer. Enciendo mi teléfono para jugar solitario, pero entonces, en un extraño capricho de drogado, uso mi teléfono para su propósito. Hago una llamada.

—Hola… este es Willem —digo cuando ella responde.

—Sé quién es. —Puedo escuchar la furia en su voz. ¿Incluso llamándola me meto en problemas?—. ¿Dónde estás? —pregunta ella.

—Estoy en el set de una película. Estoy actuando en una película de Bollywood por los siguientes días.

Silencio. Yael nunca ha tenido mucha paciencia para «baja» cultura, fuera de la molesta música pop israelí a la que no puede resistirse. No le gustan las películas o los show de televisión. Seguramente piensa que todo esto es una pérdida de tiempo.

—¿Y cuándo decidiste hacer esto? —dice ella al final. Su voz es lo suficiente dura para encender una hoguera.

—Ayer. Esta mañana oficialmente.

—¿Y cuándo pensabas decirme?

Quizá es la marihuana, pero yo en realidad me río fuerte. Porque simplemente es gracioso, en la forma que las cosas absurdas lo son.

Yael no lo cree así.

—¿Qué es tan gracioso?

—¿Qué es tan gracioso? —pregunto—. Tu queriendo saber mi itinerario, eso es muy gracioso. Cuando nunca has pensado dos veces sobre lo que hago, de mi bienestar por los últimos tres años. Cuando me llevaste a India y una semana después de que llegué te deshiciste de mí de nuevo y no te preocupaste de llamar ni una sola vez. Ni siquiera te preocupaste de recogerme en el aeropuerto. O sé que hubo una emergencia, algo

más importante, pero siempre lo hay, ¿cierto? ¿Así que, para qué necesitas saber que estaba actuando en una película de Bollywood?

Me detengo. Y es como si los efectos de la marihuana se evaporaran, tomando mi rabia, mi valentía, con ella.

—La razón por la que necesito saber — dice ella, su voz medida, irritada— es para así no ir al aeropuerto a buscarte.

Después de que ella cuelga, reviso mi teléfono. Veo la docena de llamadas perdidas, los mensajes de, *¿Dónde estás?*

Otra conexión perdida. La historia de mi vida estos días.

Veintiséis

Traducido por Lalaemk

Esa noche, terminamos a las ocho y subimos a un autobús destartalado con una hora de viaje a un hotel de cemento dónde nos colocamos cuatro en una habitación. Termino con Nash y Tasha y Argin, otro acólito de su ashram. Los tres de ellos se pasan un porro alrededor y cuentan historias repetidas acerca de alcanzar la inspiración. Me ofrecen el porro, pero después de la debacle de hachís de la tarde con Yael, no confío en mí mismo. Al final, me quedo dormido, pero estoy despertado en medio de la noche por el chirrido entusiasta de la cama. Nash y Tasha. O tal vez los tres de ellos. Es muy desagradable y es patético, porque no puedo pensar en ningún otro lugar que preferiría estar.



Al día siguiente, en el set, es más de lo mismo. Después de ponerme el traje, veo a Prateek durante medio segundo antes de que se vaya.

—Hay que encontrar más gente —me dice—. Tres se fueron ayer. ¡Necesito cuatro hoy! —Neema me echa una mirada malvada. El asistente del director toma otra fotografía. Ellos realmente van en serio acerca del traje.

Esa tarde Prateek regresa con nuevos reclutas, entre ellos una mujer de piernas largas con el pelo rojizo con rayos rosas.

—¡Jules! —gritan Nash y Tasha cuando ella llega. Todos se abrazan y bailan en un círculo pequeño y Tasha me hace señas para que me acerque.

—Jules —dice ella—. Este es Willem. Hemos decidido que es perfecto para ti.

—Oh, ¿lo han hecho? —Jules pone los ojos un poco. Ella es alta, no es tan alta como yo, pero casi—. Soy Jules, pero al parecer ya lo sabes —dice.

—Soy Willem.

—Me gusta tu traje, Willem.

—Debería. Es un traje muy especial. Tan especial que siguen tomando mi imagen para asegurarse de que no lo estropeé.

—Está claro que eres un hombre que conoce su camino a un armario. Se supone que debo entrar al vestidor. ¿Me muestras dónde está?

—Estaré alegre de hacerlo.

Ella une un brazo alrededor del mío mientras caminamos a los bastidores.

—¿Así que conociste a Nash y Tash?

—Tuve el placer de pasar la noche con ellos.

Ella hace una mueca—. Ellos tuvieron sexo, ¿no?

Asiento.

Ella niega—. Mis más sinceras condolencias.

Me río de eso.

—Bueno, yo me quedaré en la habitación contigo esta noche. Trataré de equilibrar las cosas. —Me da una mirada—. No de esa manera, si eso es lo que estás pensando.

—Todo lo que estoy pensando es meterte en un vestido —le digo.

—¿En serio? —pregunta—. ¿*Meterme* en un vestido?

Me río de nuevo. Jules tiene su brazo alrededor del mío, que es una distracción agradable de la resaca que tengo desde la pelea de ayer con Yael. Las chicas siempre han sido las mejores distracciones.

Hasta que una chica se convirtió en eso de lo que necesitaba distraerme.

Veintisiete

Traducido por flochi

Es después de las cinco cuando finalmente empezamos a rodar. Nuestra escena es una canción, el momento cuando el personaje de Billy Devali se encuentra por primera vez con Amisha Rei y está tan enamorada que empieza a cantar y tocar el piano. Se supone que todos observemos, fascinados por la auténtica demostración de amor a primera vista. Al final, aplaudimos.

Pasamos el resto del día rodando. Cuando terminamos por el día, el asistente del director nos dice que planea quedarse por lo menos dos días más. Prattek me lleva a un lado para decir que probablemente será más que eso y si me importaría quedarme. No me importa. Estoy feliz de quedarme hasta que tenga que regresar a Holanda.

Estamos en la fila en el autobús nuevamente, cuando el asistente del director saca otra foto de mí.

—Hombre, están construyendo un caso firme en tu contra —dice Nash.

—No lo entiendo —digo—. Ni siquiera estoy usando el traje en este momento.

Esa noche en el hotel, estamos los cinco. Nash, Tasha, Argin, Jules y yo. Jules y yo compartimos un colchón en el suelo. Nada sucede. No con nosotros, de todas maneras. La presencia de ella hace poco para detener a Nash y Tasha de su gimnasia nocturna, pero cuando sucede, puedo ver a Jules temblando de risa, y entonces yo también lo estoy.

Se pone de costado frente a mí.

—A la miseria le gusta la compañía —susurra.

Al día siguiente, estoy en la cola para el almuerzo para algo de dal y arroz cuando el asistente del director me toca en la espalda. Esta vez incluso poso para la anticipada foto, pero no hay cámara. En cambio me instruye para que lo siga.

—¿Manchaste el traje? —dice Jules detrás de mí.

Arun corre detrás de nosotros seguido por Prateek, que se ve afectado. ¿Cuánto puede valer este traje?

—¿Qué pasa? —le pregunto a Prateek mientras caminamos más allá del set hacia el conjunto de trailers.

—¡Faruk! ¡Khan! —Escupe el nombre como si fuera una tos.

—¿Qué pasa con Faruk Khan? —Pero antes de que Prateek pueda responder, soy tirado escaleras arriba y empujado en uno de los trailers. Dentro, Faruk Khan, Amisha Rai, y Billy Devali están sentados en una reunión. Todos me miran fijamente por lo que parece una eternidad, hasta que Billy finalmente brama:

—¡Ahí! ¿No te lo dije?

Amisha enciende otro cigarrillo y levanta sus pies desnudos, los que están cubiertos de tatuajes de hena simulando vides.

—Tienes toda la razón —dice ella con un acento cantarín—. Se parece a una estrella de cine americana.

—Como a ese —Billy chasquea el dedo—, Heath Ledger.

—Solo que no muerto —dice Faruk.

Chasquean las lenguas mostrándose de acuerdo.

—Creo que Heath Ledger era de Australia —digo.

—No tiene importancia —dice Faruk—. ¿De dónde eres? ¿América? ¿Reino Unido?

—Holanda.

Billy arruga la nariz.

—Ni siquiera tienes acento.

—Casi suenas británico —dice Amisha—. Muy cercano a sudafricano.

—Así es más parecido a sudafricano —digo con un entrecortado acento africano.

Amisha junta sus manos.

—Puede hacer acentos.

—El africano es muy parecido al holandés —explico.

—¿Alguna vez has actuado antes? —pregunta Faruk.

—No realmente.

—¿No realmente? —pregunta Amisha, arqueando una ceja.

—Un poco de Shakespeare.

—No puedes decir «no realmente» y luego decir que has hecho a William Shakespeare —dice desdeñosamente—. ¿Cuál es tu nombre? ¿O deberíamos llamarte Sr. No Realmente?

—Prefiero Willem. Willem de Ruiter.

—Un poco charlatán —dice Billy.

—No es un buen seudónimo —dice Amisha.

—Puede cambiarlo —dice Billy—. Todos los americanos lo hacen.

—Como si los hindús no lo hicieran —dice Amisha—. *Billy*.

—No soy americano —interrumpo—. Soy holandés.

—Oh, sí. Sr. De… Willem —dice Faruk—. No importa. Tenemos un problema. Uno de nuestros actores occidentales, un americano llamado Dirk Digby, vive en Dubai, ¿quizás hayas escuchado de él?

Sacudo la cabeza.

—No importa. Al parecer el Sr. Digby tuvo problemas de última hora con el contrato y tuvo que hacer otros planes, y esto nos deja con una pequeña parte abierta. Es un traficante de diamantes sudafricano, personaje turbio, que intenta cortejar a nuestra Srta. Rai mientras a la vez está intentando robar el diamante Shakti de la familia de ella. No es un papel grande, pero significativo, y nos encontramos en un aprieto.

Buscábamos a alguien que pudiera mirar esa parte y que pudiera decir unas pocas líneas de hindi y unas pocas líneas de inglés. ¿Cómo eres con los idiomas?

—Muy bueno —digo—. Crecí hablando varios.

—Bien, intenta esta frase —dice Faruk, y me lee algo.

—Dígame qué quiere decir.

—¿Ves? —dice Amisha—. Un actor natural querría saber. No creo que Dirk sepa siquiera lo que dice.

Faruk le hizo un ademán con la mano para que calle. Él se volvió hacia mí.

—Estás intentando evitar que el personaje de Amisha, Heera, se case con Billy, pero en realidad, solo quieres los diamantes de la familia. Es en inglés con algo de hindi. Esta es la parte dónde le dices a Heera que sabes quién es ella, y que su nombre significa diamantes. Lo diré, ¿lo repetirás?

—Está bien.

—*Main jaanta hoon tum kaun ho*, Heera Gopal. Heera, significa diamante, ¿no es así? —dice Faruk.

—*Main jaanta hoon tum kaun ho*, Heera Gopal. Heera, significa diamante, ¿no es así? —repito.

Todos se me quedan mirando.

—¿Cómo hiciste eso? —pregunta Amisha.

—¿Hacer qué?

—Sonaste como si hablaras hindi fluidamente —dice Billy.

—No lo sé. Siempre he tenido oído para los idiomas.

—Increíble, en serio. —Amisha se gira hacia Faruk—. No tendrías que cortar los diálogos.

Faruk me mira con fijeza.

—Son tres días de filmación, empezando al semana que viene. Aquí en Mumbai. Tendrás que aprenderte los diálogos. Puedo oponer a alguien que te ayude con la

pronunciación hindi y las traducciones, pero hay un poco de inglés. —Se acaricia la barba—. Puedo pagarte treinta mil rupias.

Hago una pausa, intentando asimilar las conversaciones.

Faruk toma mi silencio por negociación.

—Está bien —contradice—. Cuarenta mil rupias.

—¿Cuánto tiempo tendría que quedarme?

—La filmación empieza el lunes, debería durar tres días —dice Faruk.

El lunes es el día que se supone que volaré de regreso a Amsterdam. ¿Quiero quedarme tres días más? Pero entonces Faruk continúa:

—Te pondríamos en el hotel del reparto. Está en la playa Juhu.

—La playa Juhu es muy bella —dice Billy.

—Tengo que irme el lunes. Tengo un vuelo.

—¿No puedes cambiar de vuelo? —pregunta Faruk.

Estoy seguro de que Mukesh puede. Y si me hospedan en un hotel, evitaría que tuviera que volver al Bombay Royale.

—Cincuenta mil —dice Faruk—. Pero esa es mi oferta final.

—Es más de mil dólares, Sr. De Ruiter —me informa Amisha con una risa ronca y una nube ondeante de humo de cigarrillo—. Demasiado bueno para rechazar, pienso.

Veintiocho

Traducido por Brendy Eris

La producción de inmediato me traslado a un hotel de lujo en la playa de Juhu. Lo primero que hago es tomar una ducha. Luego me conecto a mi teléfono, que ha estado muerto durante los últimos días. Medio esperaba un texto o llamada de Yael, pero no había ninguno. Considere decirle que me iba a quedar más tiempo, pero después de nuestra última conversación, después de las últimas tres semanas —tres años— me siento como si ella no tuviera derecho a esa información. En cambio, texteo a Mukesh, pidiéndole que cambie mi fecha de partida por otros tres días.

Inmediatamente, vuelve a llamar.

—¡Has decidido quedarte con nosotros más tiempo! —dice. Sonando encantado.

—Solo unos pocos días. —Le explico acerca de ser un extra y que ahora comienzo en el elenco haciendo una pequeña parte.

—Oh, eso es más emocionante —dice—. Mami debe estar encantada

—*Mami* no lo sabe, en realidad.

—¿No sabe?

—Yo no la he visto. Me he estado alojando cerca de los estudios, y ahora estoy en un hotel en la playa de Juhu.

—Playa de Juhu. Muy elegante —dice Mukesh—. Pero no lo has visto a mami desde que volviste de Rajasthan? pensé que ella te recogió en el aeropuerto.

—Cambio de planes

—Oh. Ya veo. —Pausa—. ¿Cuándo te quieres ir?

—Se supone que debo empezar a rodar el lunes, tengo la intención de tomar tres días.

—Es más seguro asumir que tomará el doble —dice Mukesh—. Veré lo que puedo hacer.

Colgamos y recojo mi guión. Faruk ha escrito traducciones de hindi a inglés y alguien me hizo una grabación del Hindi. Me paso la tarde repitiendo las líneas.

Cuando termino, me paseo por la habitación un poco. Todo es moderno y elegante, con una bañera y una ducha y una amplia cama doble. No he dormido en algún lugar tan agradable en mucho tiempo, y es un poco demasiado tranquilo, un poco demasiado prístino. Me siento en la cama, y veo la televisión hindi sólo para tener un poco de compañía. Ordeno la cena a mi habitación.

Esa noche cuando me voy a la cama, me parece que no puedo dormir. La cama es demasiado suave, demasiado grande, después de tantos años de dormir en los trenes, en automóviles, en literas, sofás, futones, la cama estrecha de Ana Lucía.

Ahora estoy como uno de esos náufragos rescatados que, una vez de vuelta a la civilización, sólo puede dormir en el suelo



El viernes me despierto y practico mis líneas de nuevo. El rodaje no empieza por tres días más, que se extienden frente a mí, sin parar, como el mar azul gris por mi ventana. Cuándo suena mi teléfono, me siento avergonzado por mi alivio.

—Willem , Mukesh aquí . Tengo noticias sobre sus vuelos.

—Genial.

— Así que lo más pronto que puedo sacarte es en abril. — Él me dice algunas fechas.

—¿*Qué*? ¿Por qué tanto tiempo?

— ¿Qué puedo decir ? Todos los vuelos están reservados hasta entonces. Pascua.

—¿Pascua? ¿En un país hindú/musulman? —Suspiro—. ¿Estás seguro de no hay nada antes? No me importa pagar un poco más.

— No hay nada que hacer. Hice lo mejor que pude. — Suena un poco insultado al decir la última parte.

— ¿Y si me reservas un nuevo vuelo?

—Realmente, Willem , es sólo una cuestión de semanas , y los vuelos son caros en esta época del año , y también está lleno . —Su voz sonando como regaño—. Es sólo unos días más.

— ¿Puedes seguir buscando? ¿A ver si los asientos se vuelven disponibles?

— ¡Por supuesto! Lo haré.

Cuelgo y trato de luchar contra la sensación de inminente perdición. Me pareció que la película iba a mantenerme aquí unos cuantos días más, todos ellos en un hotel. Ahora estoy atrapado. Me recuerdo que no tengo que estar en Mumbai después del rodaje. Nash y Tasha y Jules van a ir a Goa por unos pocos días, si pueden juntar su dinero. Tal vez voy a ir con ellos. Tal vez voy a pagar incluso .

Le envío un texto a Jules: *¿Todavía van a Goa ?*

Ella escribe: *Sólo si no mato a N&T. Ayer por la noche estaban insoportablemente ruidosos. Tú eres un traidor por desertar-*

Miro alrededor de mi habitación de hotel, donde ayer por la noche era insoportable silencioso. Tomo una foto de la vista desde el balcón y la envió a Jules .

Es tranquilo aquí. Y hay espacio para dos, si quieres desertar, le escribo.

Me gusta desertar, escribió ella de vuelta,. *Dime dónde estás.*

Unas horas más tarde, hay un golpe en la puerta. La abro y Jules entra admirando la vista y saltando a la cama. Ella toma el guión de la mesa de café.

—¿Quieres ensayar unas líneas? —le pregunto—. Hay traducciones al inglés.

Ella sonríe—. Por supuesto.

Le muestro dónde empezar. Se aclara la garganta y arregla su cara.

—¿Y quién crees que eres? —pregunta con voz altanera, su intento, creo, para imitar Amisha .

—A veces me lo pregunto —contesto—. El nombre en mi certificado de nacimiento dice Lars Von Gelder. Pero yo sé quién eres tú, Heera Gopal . Heera, significa diamante, ¿no es así? Y tú resplandeces tan brillante como tu nombre.

— No me importa hablar de mi nombre con usted, señor Von Gelder.

— Oh, ¿así que me conoce, después de todo?

—Yo sé todo lo que me importa.

—Entonces, tú sabes que soy el mayor exportador de diamantes en Sudáfrica, por lo que sabes una cosa o dos acerca de las piedras preciosas. Puedo ver con el ojo desnudo, lo que la mayoría de los joyeros pueden con una lupa. Y mirándote a ti, te puedo decir que eres un millón de quilates. Impecable.

—Se dice que lo que busca son diamantes de mi familia, Sr. Von Gelder.

—Oh, así es, señorita Gopal. Así es. —Hago una pausa para dramatizar—. Sin embargo, quizás no el diamante Shakti.

Al final de la sección, Jules baja el guión.

—Esto es muy cursi, Sr. Van Gelder.

—Es Von Gelder, en realidad.

—Oh. Lo siento. Sr. *Von* Gelder.

—Es muy importante, ¿sabes? Nombres —digo.

—Ah, ¿sí? ¿De dónde es la abreviatura de Jules?

—¿Juliana? —intento—. ¿Cómo la reina holandesa?

—Nope. —Jules se levanta de su silla y camina hacia mí, sonriendo mientras se dobla en mi regazo. Luego me besa.

—Juliet —intento.

Ella niega con la cabeza, sonriendo mientras se desabrocha la camisa.

—No es Julieta. Pero eres bienvenido a ser mi Romeo esta noche.

Veintinueve

Traducido por Jessy

La mañana siguiente, Jules se va, de vuelta a Pune y al ashram con Nash y Tasha. Hacemos planes vagos para reunirnos en Goa la semana siguiente. Nunca averigüe para qué es la abreviatura de Jules.

Me siento con resaca a pesar de que no bebimos, y solitario a pesar de que estoy acostumbrado a estar solo. Llamo a Prateek para ver lo que está haciendo esta semana, pero él está ayudando a su madre en casa hoy y mañana va ir a una gran cena familiar con su tío. Paso el día deambulando por la playa de Juhu. Veo un grupo de hombres jugando fútbol en la arena y todo me hace extrañar a los chicos en Utrecht. Y luego todos los extrañados se congelan, y es Lulu a quien extraño, y sé que debo estar desplazado, mi soledad un misil dirigido, ella el calor. Solo no logro encontrar una nueva fuente de calor. No extraño a Jules en lo absoluto.



Para el domingo, me pongo inquieto. Decido tomar un tren fuera de la ciudad, un día de viaje a alguna parte. Acababa de abrir mi guía para averiguar dónde ir cuando mi teléfono suena. Prácticamente salto sobre él.

—¡Willem! —la jovial voz de Mukesh hace eco por la línea. No creo que alguna vez haya sido más feliz de tener noticias de él—. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Estoy tratando de averiguar eso. Estaba pensando hacer un día de viaje a Khandala.

—Khandala es muy bonito, pero a un día de distancia así que debes salir temprano. Si quieres, puedo conseguirte un conductor para otro día. Tengo una propuesta diferente para ti. ¿Qué tal si te llevo por aquí?

—¿En serio?

—Sí. Hay algunos templos encantadores en Mumbai, pequeños templos para turistas, así que rara vez se ven. Mi esposa y mis hijas no están, por lo que tengo el día libre.

Acepto agradecidamente, y al medio día, Mukesh me recoge en un pequeño y maltratado Ford, y procede a agilizarme por Mumbai. Nos detenemos en tres templos diferentes, viendo a jóvenes hacer calistenia como yoga, viendo a los viejos Sadhus meditando en oración. La tercera parada es en un templo Jain, todos los acólitos sostienen pequeñas escobas barriendo delante de ellos mientras caminan.

—Para barrer cualquier criatura viva de su camino de manera de no tomar una vida accidentalmente —explica Mukesh—. Tanto cuidado por la vida —dice—. Justo como mami.

—Cierto. Mami es prácticamente una Jain —digo—. O ¿quizás aspira ser la próxima Madre Teresa?

Mukesh me da una mirada comprensiva que me hace querer romper algo.

—Sabes cómo conocí a mami, ¿no? —me pregunta mientras caminamos por un corredor en el templo.

—Pues supongo que tuvo algo que ver con el fascinante mundo de los viajes en avión. —Estoy siendo injusto con Mukesh, pero tal es el precio por hacerse el emisario.

Él niega con la cabeza.

—Eso vino después. Estaba con mi propia mami que tenía cáncer —chasquea la lengua—. Estaba teniendo sus tratamientos, con un doctor de primera clase, pero estaba en los pulmones, así que no había mucho que hacer. Veníamos del especialista un día, esperando por un taxi, pero Amma, esa es mi mami, estaba bastante débil y mareada y se cayó en la calle. Sucedió que tu mami estaba cerca y se apresuró a preguntar si podía ayudar. Le explique sobre la condición de Amma, era terminal, —bajo la voz hasta un susurro—. Pero tu mami me hablo de cosas diferentes que podían ayudar, no a curarla, pero para hacer que el mareo y la debilidad mejoraran. Y ella vino, cada semana, a mi casa, con sus agujas y con sus masajes, y ayudo mucho. Cuando llego el momento de mi Amma, su viaje a la otra vida fue mucho más pacífico. Gracias a tu mamá.

Veo lo que está haciendo. Mukesh está tratando de interpretarme a mi mamá muy parecida a lo que solía hacer Bram cuando me había explicado porque Yael parecía tan brusca o distante. Él era el que me contaba historias en voz baja sobre Saba, quien, después de la muerte de la madre de Yael, Naomi, se vino abajo por una tragedia de más. Se volvió sobreprotector, o más sobreprotector y paranoico, dijo Bram, no permitiéndole a Yael hacer las cosas más simples, nadar en una piscina pública, invitar amigos, y obligándola a mantener listas de control para cualquier tipo de emergencia —Ella prometió que iba hacer todo de manera diferente —dijo él—. Así que sería diferente para ti. Por lo tanto, no sería opresivo.

Como si solo existiera un tipo de opresión.



Después de los templos, almorzamos. Me siento mal por mi comportamiento hacia Mukesh, por lo que cuando me dice que tiene algo muy especial que quiere mostrarme, algo que muy pocos turistas alguna vez ven, doy mi sonrisa y actuó emocionado. Mientras nos topamos con Mumbai, las calles se vuelven más densas: bicicletas, calesas orientales, autos, carros tirados por burros, vacas, mujeres con paquetes en sus cabezas; todos convergen en las atestadas calles que no parecen construidas para tanto tráfico. Los edificios sufren del mismo síndrome; la mezcla de rascacielos y chozas están rebosantes con ríos de personas, durmiendo en colchonetas, colgando la ropa en líneas, cocinando en pequeñas fogatas afuera.

Pasamos por un estrecho y húmedo callejón, protegido de alguna forma de la luz del sol. Mukesh señala a la fila de muchachas en saris andrajosos, de pie.

—Prostitutas —dice.

Al final del callejón nos detenemos. Miro hacia atrás a las prostitutas. Algunas son más jóvenes que yo, y sus ojos se ven sin expresión, y todo me hace sentir avergonzado de algún modo. Mukesh apunta a un edificio de cemento bajito con un nombre escrito en él, en un torcido hindi y un cuadrado inglés.

—Aquí estamos —dice.

Leo el cartel. mitali. Es vagamente familiar.

—¿Qué es esto? —pregunto.

Porque, es la clínica de mami, por supuesto —dice él.

—¿La clínica de Yael? —le pregunto con alarma.

—Sí, pensé que podríamos hacerle una visita.

—Pero, pero… —balbuceo tratando de buscar excusas—. Es domingo —termino, como si el día de la semana fuera el problema.

—La enfermedad no tiene día de reposo —Mukesh señala a una pequeña tienda de té en la esquina—. Te esperaré ahí —y luego se fue.

Me quedo parado en frente de la clínica por un minuto. Una de las prostitutas, no se ve de más de trece años, empieza a caminar hacia mí y no puedo soportar la idea de que ella crea que soy un cliente, así que abro de un empujón la puerta de la clínica. La puerta se abre, derecho hacia una anciana agazapada apenas adentro. Hay personas en todos lados, con vendas caseras, y bebes apáticos, durmiendo en plataformas en el piso. Están acampados todos arriba en las escaleras de cemento y alrededor de la sala de espera, dándole un nuevo significado al término.

—¿Eres Willem? —desde atrás de una mampara de vidrio una sensata mujer hindú en una bata de laboratorio me está mirando. Dos segundos más tarde, ella abre la puerta de la sala de espera. Siento que todas las miradas se vuelven hacia mí. La mujer dice algo en hindi o marathi y hay mucho asentimiento silencioso, dándole un nuevo significado al término *paciente* también.

—Soy la doctora Gupta —dice ella, con voz enérgica, eficiente pero cálida—. Trabajo con tu mamá. Déjame ir a buscarla. ¿Te gustaría algo de té?

—No gracias —tengo la horrible sensación de que todo el mundo está enterado del chiste menos yo.

—Bien, bien. Espera aquí.

Me guía a una pequeña habitación sin ventanas con una camilla rasgada, y un torrente de recuerdos me alcanza. La última vez que estuve en un hospital: París. El momento antes de eso: Ámsterdam. Yael me había llamado a mi dormitorio, muy temprano esa mañana, diciéndome que viniera. Bram estaba enfermo. No podía entender la urgencia. Lo había visto ni una semana antes. Había estado un poco fuera de juego, con dolor de garganta, pero Yael lo estaba atendiendo con sus tés e infusiones habituales. Pregunte si podía venir después.

—Ven ahora —dijo ella.

En el hospital, Yael había estado parada en una esquina mientras tres doctores, del tipo tradicional, con estetoscopios y expresiones cautelosas, me rodeaban en un pequeño círculo sombrío y me explicaban que Bram había contraído una rara cepa que había enviado a su cuerpo a un shock séptico. Sus riñones ya habían fallado y ahora su hígado lo estaba haciendo también. Estaban haciendo todo lo que podían, poniéndolo en diálisis e inyectándolo completamente de los antibióticos más potentes, pero hasta ahora, no había sido eficaz. Debía prepararme para lo peor.

—No entiendo —dije.

Tampoco ellos, en realidad. Todo lo que podían decir era.

—Es uno de esos casos de uno en un millón —tales probabilidades de consuelo, excepto cuando tú eras el uno.

Fue como descubrir que el mundo estaba hecho de telaraña y podía ser fácilmente desgarrado. Estar tan solo a merced del destino. Incluso con toda la charla de Bram de accidentes, parecía inconcebible.

Mire a Yael, la poderosa Yael, para intervenir, para abalanzarse, a cuidar de Bram como siempre lo hacía. Pero ella solo se encogió en una esquina, sin decir una palabra.

—¡*Haz algo, maldita sea*! —le grite—. Tienes que hacer algo.

Pero no lo hizo. No podía. Y dos días después, Bram estaba muerto.



—Willem.

Me doy a vuelta y ahí esta Yael. Siempre pienso que es muy aterradora, pero ella es en realidad muy pequeña, apenas me llega al hombro.

—Estás llorando —dice ella.

Extiendo la mano y toco mi rostro, y lo encuentro bañado en lágrimas. Estoy mortificado de estar haciendo esto. Me doy la vuelta. Quiero correr. Fuera de esta clínica. Fuera de India. Olvidar la filmación. Olvidar el retraso del vuelo. Comprar un nuevo ticket. No tiene que ser de regreso a Ámsterdam. A cualquier parte que nos sea aquí.

Siento sus manos en mí, dándome la vuelta

—¿Willem? —pregunta—. Dime porque estás perdido.

Es chocante escuchar sus palabras, mis palabras. Que ella recordara.

¿Pero cómo puedo responderle? ¿Cómo puedo responder cuando he estado nada más que perdido estos tres años? Mucho más de lo que alguna vez espere. Sigo pensando en otra de las historias que Bram solía contar, una historia de terror de hecho, de cuando Yael era una niña. Ella tenía diez y Saba la había llevado a acampar en el desierto. Solo los dos. Cuando es sol comenzó a ponerse, Saba dijo que regresaría en seguida, y entonces la dejo sola con una de esas listas de control de preparación para desastres que él siempre estaba haciéndole hacer. Yael, aterrorizada, pero capaz, debido a esas listas de control de preparación de desastres, hizo una fogata, hizo la cena, hizo un campamento, se defendió. Cuando Saba apareció al día siguiente, ella le grito, *¿Cómo pudiste dejarme sola?* Y Saba había dicho, *No te deje sola. Estuve observándote todo el tiempo. Te estaba preparando.*

¿Por qué ella no me preparo? ¿Por qué no me enseño sobre la ley universal del equilibrio antes de que tuviera que averiguarlo por mí mismo? Quizás entonces no extrañaría tanto todo.

—Extraño… —comienzo a decir, pero no puedo decir las palabras.

—Extrañas a Bram —dice ella.

Y sí, por supuesto que lo hago. Extraño a mi padre. Extraño a mi abuelo. Extraño mi casa. Y extraño a mi mamá. Pero la cosa es, por casi tres años, me las arregle para no extrañar a ninguno de ellos. Y luego pase ese único día con aquella chica. Un día. Un día de ver la subida y la bajada de su dormir bajo las nubes ondulantes en ese parque y de sentirme tan tranquilo que me quede dormido yo. Un día de estar bajo su protección —todavía puedo sentir el agarre de su mano mientras volábamos por las calles después de que ella les tirara el libro a los cabezas rapadas, su agarre tan fuerte que se sintió como si fuéramos una persona, no dos. Un día de ser el beneficiario de su extraña generosidad— el paseo en barcaza, el reloj, esa honestidad, su voluntad de mostrar coraje. Fue como si me diera todo su ser, y de alguna manera, como resultado, le di más de mí de lo que siquiera sabía que había para dar. Pero luego se había ido. Y solamente después de haber sido llenado por ella, por ese día, entendí cuan vacío estaba realmente.

Yael me mira un momento más

—¿A quién más extrañas? —pregunta, como si ya supiera la respuesta.

—No lo sé —digo, y por un minuto ella parece frustrada, como si lo escondiera de ella, pero no es así, y ya no quiero ocultarle cosas. Entonces aclaro —No sé su nombre.

Yael levanta la mirada, sorprendida, y no

—¿El nombre de quién?

—Lulu.

—¿*Ese* no es su nombre?

Así que le cuento a mi madre. A cerca de encontrar a esta chica, esta chica extraña y sin nombre, a quien no le mostré nada pero vio todo. Le cuento como desde que la perdí, me he sentido despojado. Y el alivio de contarle a mi madre esto es casi tan profundo como lo era el alivio de encontrar a Lulu.

Cuando termino de contarle la historia de ese día en Paris a Yael, la miro. Y me sorprende de nuevo porque está haciendo algo que solo la he visto hacer en la cocina mientras pica cebollas.

Mi madre está llorando.

—¿Por qué estas llorando *tú*? —le pregunto, ahora llorando de nuevo yo.

—Porque suena igual a como conocí a Bram —dice ella, riendo sobre un sollozo.

Por supuesto que lo hace. He pensado en ello todos los días desde que conocí a Lulu. Preguntándome no es eso por lo que estoy encaprichado por ella. Porque la historia es muy parecida a la de Yael y Bram.

—Excepto por una cosa —digo.

—¿Qué cosa? —ella pregunta, limpiándose los ojos.

El detalle más importante. Y uno pensaría que lo sabría mejor, habiendo escuchado la historia de Bram tantas veces.

—Le diste a la chica tu dirección.

Treinta

ABRIL
Mumbai

Traducido por Itorres

Mientras Mukesh esperaba, la sesión se re-programó tardándose el doble, por lo que durante seis días tengo el placer de ser Lars Von Gelder. Y lo es. Es un placer. Uno sorprendente. En conjunto, el vestuario, con Amisha y los otros actores, los diálogos hindi cursis de Lars Von Gelder dejan de sentirse cursis. Ni siquiera se sienten como en otro idioma. Ellos salen de mi lengua y me siento como si fuera él, el hombre calculador que dice una cosa y quiere otra.

Entre tomas, salgo al remolque de Amisha, juego a las cartas con ella y Billy.

—Todos estamos impresionados con tus habilidades —me dice Amisha—. Incluso Faruk, aunque él nunca lo dice.

Él no lo hace. No exactamente. Pero al final de cada día, me da una palmadita en la espalda y dice:

—No está mal, Sr. No Realmente. —Y me siento orgulloso.

Pero entonces es el último día, que sé que es más, ya que en vez de decir «no está mal», Faruk dice «Buen trabajo», y me da las gracias.

Y eso es todo. La próxima semana, Amisha y los actores principales están empacando para Abu Dhabi, donde se realizarán las escenas finales de la película. ¿Y yo? Ayer

recibí un mensaje de texto de Tasha. Ella, Nash y Jules están en Goa. Me invitaron a ir con ellos. Pero no lo haré.

Tengo un par más de semanas aquí. Y las voy a pasar con mi madre.

Mi primera noche en el Bombay Royale, y llego tarde. Chaudhary ronca detrás del mostrador, así que tomo las escaleras hasta el quinto piso en vez de despertarlo. Yael ha dejado la puerta medio abierta, pero ella también está durmiendo cuando llego. Estoy aliviado y decepcionado. Realmente no hemos hablado desde ese día en la clínica. No sé muy bien qué esperar entre nosotros. ¿Han cambiado las cosas? ¿Hablamos un lenguaje común ahora?

A la mañana siguiente, ella me sacude para despertarme.

—Hey —le digo, parpadeando.

—Hey —me dice, casi con timidez—. Yo quería saber, antes de salir al trabajo, si quieres venir conmigo esta noche para un Seder[24]. Es la primera noche de la Pascua.

Casi creo que ella está bromeando. Cuando yo era pequeño, sólo celebramos las fiestas seculares. Año Nuevo. Día de la Reina. Nunca tuvimos un Seder. Yo ni siquiera sabía lo que eran hasta que Saba comenzó a visitarme y me habló de todas las fiestas que celebra, que Yael solía celebrar cuando ella era una niña.

—¿Desde cuándo vas a los Seder? —le pregunto. Mi pregunta es vacilante, porque la sola pregunta puede tocar un punto sensible de su infancia.

—Dos años ahora —responde ella—. Hay una familia americana que comenzó una escuela cerca de la clínica, y ellos querían tener uno el año pasado y yo era la única Judía que conocían, por lo que me pidieron venir, porque dijeron que no se sentiría divertido tener uno sin un judío.

—¿Entonces, no son judíos?

—No. Son cristianos. Misioneros, de hecho.

—¿Es una broma?

Ella niega con la cabeza, pero está sonriendo.

---

[24] **El Séder de Pésaj** (en hebreo: סֵדֶר, "orden", "colocación") es un importante ritual festivo judío celebrado en la primera noche de Pésaj (el día 14 de Nisán), y fuera de Israel en cambio en la primera y segunda noches de Pesaj (15 y 16 de Nisán), en ocasión de celebrar Pésaj.

—He descubierto que a nadie le gusta una fiesta judía tanto como un fundamentalista cristiana. —Ella se ríe, y no puedo recordar la última vez que la escuché hacer eso—. Podría haber una monja católica allí, también.

—¿Una monja? Esto empieza a sonar como una de las bromas del tío Daniel. Una monja y un misionero en camino a un Seder.

—Necesitas tres. Una monja, un misionero y un imam[25] en camino a un Seder —dice Yael.

Imam. Pienso en las chicas Musulmanas en París y me acuerdo, una vez más, de Lulu.

—Ella era judía, también —digo—. Mi chica americana.

Las cejas de Yael suben.

—¿En serio?

Asiento.

Yael levanta sus manos en el aire.

—Bueno, tal vez ella tendrá su propio Seder esta noche.

No se me había ocurrido eso, pero tan pronto como ella lo dice, tengo la extraña sensación de que es verdad. Y por un segundo, incluso con los dos océanos y todo lo demás entre nosotros, Lulu no se siente tan lejos.

---

[25] **Imam:** (del árabe: إمام, imām, "que predica la fe"), también escrito como imam,2 suele ser generalmente la persona que dirige la oración colectiva en el islam.

Treinta y Uno

Traducido por MaryJane♥

Los Donnelly, la familia que aloja esta noche el Seder, viven en una gran casa de estuco blanco con un campo de fútbol improvisado en el frente. Cuando llegamos, varias personas rubias salen por la puerta principal, entre ellos tres niños que Yael me ha dicho que no puede diferenciar. Puedo ver por qué. Además de su altura, son idénticos, su pelo alborotado y desgarbadas extremidades y sus manzanas de Adam gruesas.

—Uno es Declan, uno es Matthew, y el pequeño, creo yo, es Lucas —dice Yael, no tan amablemente.

El más alto rebota una pelota de fútbol en la mano.

—¿Tiempo para un juego rápido? —pregunta.

—No te ensucies, Dec —dice la mujer rubia. Ella sonríe—. Hola, Willem. Soy Kelsey. Esta es la hermana Karenna —dice, señalando a una mujer sonriente de edad, en un hábito católico completo.

—Bienvenido, bienvenido —dice la religiosa.

—Y yo soy Paul —dice un hombre de bigotes con una camisa hawaiana, halándome en un abrazo—. Y te ves como tu madre.

Yael y yo nos miramos. Nadie dice eso, nunca.

—Es en los ojos —dice Paul. Se gira hacia Yael—. ¿Oíste de la epidemia de cólera en el barrio marginal de Dharavi?

Inmediatamente empiezan a hablar sobre eso, así que voy jugar fútbol con los hermanos. Me cuentan cómo han estado discutiendo de la Pascua y el Éxodo durante toda la semana como parte de sus estudios. Son educados en casa.

—Incluso hicimos matzá en una fogata —me dice el más pequeño, Lucas.

—Bueno, sabes más que yo —le digo.

Se ríen, como si estuviera bromeando.

Después de un tiempo, Kelsey nos llama adentro. La casa me recuerda a un mercado de pulgas, un poco de esto, un poco de aquello. Una mesa de comedor en un lado, una pizarra en el otro. Carteles de Chore en la pared, junto a retratos de Jesús, Gandhi, y Ganesha.

Toda la casa huele a carne asada.

—Huele maravilloso —dice Yael.

Kelsey sonríe.

—Hice pierna asada de cordero rellena con manzanas y nueces. —Ella se gira hacia mí—. Tratamos de conseguir una pechuga, pero es imposible hacer aquí.

—Santa vaca, y todo eso —dice Paul.

—Esta es una receta de Israel —continúa Kelsey—. Al menos eso es lo que dice el sitio web.

Yael está callada por un minuto—. Es lo que mi madre hubiera hecho.

La madre de Yael, Naomi, que escapó de los horrores que Saba había vivido, sólo para ser golpeada por un camión repartidor en el camino de regreso de dejar a Yael en la escuela. La ley universal de equilibrio. Escapa de un horror, ser golpeado por otro.

—¿Qué más recuerdas? —pregunto vacilante—. Acerca de Naomi. —Ella era otra innombrable cuando estaba creciendo.

—Ella cantaba —dice Yael en voz baja—. Todo el tiempo. En los Seders también. Así que había un montón de canto en los Seders, antes. Y personas. Cuando era niña, teníamos casa llena. No después. Luego éramos sólo nosotros… —Su voz se desvanece—. No era tan alegre.

—Así que esta noche, habrá canticos —dice Paul—. Que alguien traiga la guitarra.

—Oh, no. No la guitarra —bromea Matthew.

—Me gusta la guitarra —dice Lucas.

—A mí también —dice Kelsey—. Me recuerda a cuando nos conocimos.

Sus ojos y los de Paul se encuentran y cuentan una historia tranquila, de la manera en que Yael y Bram lo hacían, y siento un anhelo tirar de mí.

—¿Nos sentamos? —pregunta Kelsey, señalando a la mesa.

Tomamos nuestros asientos.

—Sé que te arrastré a esto, pero Yael, ¿te importaría ser la líder? —pregunta Paul—. He estado estudiando desde el año pasado y lo haría, pero creo que estás mejor calificada. Si no podemos pedirle a la hermana Karenna hacerlo.

—¿¿Qué? ¿Lo hago? —La hermana Karenna se levanta.

—Está un poco sorda —me susurra Declan.

—No tiene que hacer nada, hermana, sino relájarse —dice Kelsey en voz alta.

—Lo haré —le dice Yael a Paul—. Si ayudas.

—Vamos a trabajar en equipo —dice Paul, guiñándome un ojo.

Pero Yael no parece que necesitar ayuda. Dice una oración de apertura sobre el vino en una voz fuerte y clara, como si hubiera hecho esto cada año. Luego se gira hacia Paul.

—Tal vez podrías explicar el punto del Seder.

—Por supuesto. —Paul aclara su garganta y comienza una larga explicación de cómo un Seder es para conmemorar el Éxodo de los Judíos de Egipto, su huida de la esclavitud y su regreso a la Tierra Prometida, los milagros que siguieron para que esto sucediera—. Aunque esto sucedió hace miles de años, los Judíos cuentan la historia cada año para regocijarse en la historia triunfal, para recordar. Pero allí es donde apoyo todo esto. Porque no es sólo un relato o una celebración de la historia. Es también un recordatorio del precio y el privilegio de la liberación. —Se gira hacia Yael—. ¿Eso suena bien?

Ella asiente.

—Es una historia que repetimos porque es una historia que queremos que se repita —dice ella.

El Seder continúa. Decimos bendiciones sobre el matzá, comemos verduras en agua salada, y luego hierbas amargas. Kelsey sirve sopa.

—No bolas de matzá, mulligatawny —dice ella—. Espero que las lentejas estén bien.

Mientras comemos la sopa, Paul sugiere que dado que el punto del Seder es volver a contar una historia de liberación, todos tomemos un turno y hablemos de una vez en nuestras vidas cuando escapamos algún tipo de opresión.

—O escapado de nada realmente. — Él va primero, hablando de su vida como lo que solía ser, bebida, drogas, sin rumbo y triste antes de encontrar a Dios, y luego encontró a Kelsey y luego encontró sentido.

La hermana Karenna es la siguiente, hablando de escapar de la brutalidad de la pobreza cuando fue acogida por una escuela de la iglesia, y sobre convertirse en una monja para servir a otros.

Entonces es mi turno. Hago una pausa. Mi primer instinto es hablar sobre Lulu. Porque, en realidad ese fue un día que sentí como si escapara del peligro.

Pero decido contar una historia diferente, en parte porque no creo que se haya dicho en voz alta desde que murió. La historia de una chica haciendo autostop y dos hermanos y los tres centímetros que sellaron todos nuestros destinos. En realidad no es mi escape. Es de ella. Pero es mi historia. La historia fundacional de mi familia.

Y como dijo Yael sobre el Seder, es una historia que repito porque es una historia que quiero que se repita.

Treinta y Dos

Traducido por Otravaga

La noche antes de que vuele de regreso a Amsterdam, Mukesh llama para revisar todos los detalles de mi vuelo.

—Te conseguí un asiento de la fila de salida —dice—. Estarás más cómodo, con toda tu estatura. Aunque tal vez si les dices que eres una estrella de Bollywood, conseguirás la clase vip.

Me río.

—Haré mi mejor esfuerzo.

—¿Cuándo sale la película?

—No estoy seguro. Acaban de terminar el rodaje.

—Es curioso cómo se resolvió todo.

—El lugar correcto en el momento correcto —le digo.

—Sí, pero no habrías estado en el lugar correcto en el momento correcto si no hubiésemos cancelado tu viaje en camello.

—Quieres decir que fue cancelado. Porque los camellos se enfermaron.

—Oh, no, camellos bien. Mami pidió que te trajera de regreso antes de tiempo. —Baja la voz—. Además, montón de vuelos de regreso a Ámsterdam antes de mañana, pero cuando desapareciste para película, mami pidió que te mantuviera aquí un poco más. —Él se ríe—. Lugar correcto en el momento correcto.

A la mañana siguiente, Prateek viene para llevarnos al aeropuerto. Chaudhary arrastra los pies hasta la acera para despedirnos, moviendo sus dedos y recordándonos las tarifas legalmente autorizadas de los taxis.

Esta vez me siento en el asiento trasero, porque esta vez Yael está viniendo con nosotros. En el viaje al aeropuerto, ella está callada. Igual yo. No sé muy bien qué decir. La confesión de Mukesh de anoche me ha sacudido, y quiero preguntarle a Yael al respecto, pero no sé si debería. Si ella hubiese querido que lo supiera, me lo habría dicho.

—¿Qué harás cuando vuelvas? —me pregunta después de un tiempo.

—No sé. —Realmente no tengo idea. Al mismo tiempo, estoy listo para volver.

—¿Dónde te quedarás?

Me encojo de hombros.

—Puedo quedarme en el sofá de Broodje durante unas semanas.

—¿En el sofá? Pensé que estabas viviendo allí.

—Mi habitación ha sido alquilada. —Incluso si no lo hubiese sido, todo el mundo se va a mudar a finales del verano. W se va a mudar con Lien a Amsterdam. Henk y Broodje van a conseguir su propio apartamento compartido. *Es el fin de una era*, Willy, me escribió Broodje en un correo electrónico.

—¿Por qué no vuelves a Ámsterdam? —pregunta Yael.

—Porque no hay ningún sitio donde ir —digo.

La miro directamente y ella me mira directamente y es como que estamos reconociéndolo. Pero entonces ella levanta la ceja.

—Nunca se sabe —dice ella.

—No te preocupes. Aterrizaré en alguna parte. —Miro por la ventana. El auto está subiendo a la autopista. Ya puedo sentir a Mumbai desvanecerse.

—¿Vas a seguir buscándola? ¿A esa chica?

La forma en que lo dice, seguir buscándola, como si no hubiese parado. Y me doy cuenta que de alguna manera, no lo he hecho. Lo cual es tal vez el problema.

—¿Qué chica es esa? —pregunta Prateek, sorprendido. Nunca le conté de ninguna chica.

Miro el tablero, donde Ganesha está bailando tal como lo hizo en el primer viaje desde el aeropuerto.

—Oye, ma. ¿Cuál era ese mantra? ¿El del templo de Ganesha?

—¿*Om gam ganapatayae namaha*? —pregunta Yael.

—Ese mismo.

Desde el asiento delantero, Prateek lo canta.

—*Om gam ganapatayae namaha.*

Lo repito.

—*Om gam ganapatayae namaha*. —Hago una pausa mientras el sonido flota en el auto—. Eso es tras lo que ando. Nuevos comienzos.

Yael se estira para tocar la cicatriz en mi rostro. Se ha desvanecido ahora, gracias a sus cuidados. Ella me sonríe. Y se me ocurre que puede que ya haya conseguido lo que pedí.

Treinta y Tres

MAYO
Ámsterdam

Traducido por ƐЖ3KhaleesiƐЖ3

Una semana después de que vuelvo de India, mientras todavía estoy acampando en el sofá en Bloemstraat tratando de superar mi *jetlag* y saber cuál es mi próximo movimiento, recibo una llamada inesperada.

—Hola pequeño. ¿Vienes a sacar tu mierda de mi ático? No hay presentación, ni preámbulos. No es que necesitara nada de eso. A pesar de que no hemos hablado en años, conozco la voz. Es muy parecida a la de su hermano.

—Tío Daniel —digo—. Hey. ¿Dónde estás?

—¿Dónde estoy? Estoy en mi piso. Con mi ático. Que tiene tu mierda allí.

Esta es una sorpresa. En todos los años que tengo, jamás había visto a Daniel en su piso.

Es el mismo piso en Ceintuurbaan en el que él y Bram solían vivir. En aquel entonces, era una casa ocupada ilegalmente. Es el lugar donde vivían cuando Yael vino y llamó a la puerta y lo cambió todo.

En seis meses, Bram se había casado con Yael y se habían mudado a su propio piso. Al año, él había reunido los fondos para comprar una barcaza vieja destartalada en la Nieuwe Prinsengracht.

Daniel se quedó en el piso, obteniendo con el tiempo un contrato de arrendamiento por él y luego lo compró al gobierno de la ciudad por una miseria. A diferencia de Bram, que llegó a arreglar su barco, tablón por tablón, hasta que fue el «Bauhaus del Gracht», Daniel lo dejó en su anarquista estado de deterioro y lo alquilaba. No obtenía casi nada por ello. «Pero nada es suficiente para vivir como un rey en el sudeste de Asia» solía decir Bram. Así que ahí es donde Daniel se quedaba, manejando los altibajos de la economía asiática, con una serie de empresas comerciales que en su mayoría iban a ninguna parte.

—Tu má llamó —continua Daniel—. Me dijo que estabas de vuelta. Dijo que quizás necesitabas un lugar para quedarte. Le dije que necesitabas sacar tu mierda de mi ático.

—¿Entonces tengo mierda en tu ático? —le pregunto, saliéndome del sofá demasiado pequeño y tratando de digerir mi sorpresa. ¿Yael llamó a Daniel? ¿Por mí?

—*Todo el mundo* tiene mierda en el ático —dice Daniel, riendo con una versión más ronca, más embriagada de la risa de Bram—. ¿Cuándo puedes venir?

Nos ponemos de acuerdo para el próximo día. Daniel me manda un mensaje con la dirección, aunque es casi innecesario. Conozco más su piso que a él.

Conozco los muebles atascados en el tiempo, la silla de cebra en forma de huevo, las lámparas de 1959 que Bram solía encontrar en los mercados de pulgas y les ponía cables nuevos. Incluso sé el olor, pachulí y cenizas. «Es como este lugar ha olido por veinte años», diría Bram cuando él y yo visitábamos el piso juntos para arreglar un grifo o entregar las llaves a un nuevo inquilino. Cuando era más joven, la animada zona multiétnica en la que Daniel vivía, justo enfrente de los tesoros del mercado de Albert Cuyp, parecía como otro país diferente del canal tranquilo donde vivíamos.

Con los años, el barrio ha cambiado. Los cafés de la clase obrera, una vez en todo el mercado, ahora sirven cosas con trufas, y en el mercado, junto a los puestos de venta ambulante de pescado y queso, hay boutiques de diseño. Las casas se han acicalado, también. Puedes ver a través de ventanales, cocinas brillantes, muebles caros de líneas puras.

No la casa de Daniel, sin embargo. Mientras sus vecinos renovaban y modernizaban, su piso se internaba en el túnel del tiempo. Sospecho que es todavía el caso, sobre todo después de que me advierte que el timbre no funciona y me indica que llame al llegar para que pueda tirar las llaves. Así que me toma un poco fuera de guardia cuando se abre la puerta del piso y me hace pasar a una sala de estar, todo con tablones anchos de piso de bambú, paredes de color salvia, sofás modernos bajos.

Miro alrededor de la habitación. Es irreconocible, a excepción de la silla del huevo, e incluso ha sido re-tapizado.

—Pequeño —dice Daniel, a pesar de que no soy pequeño en absoluto, unos pocos dedos más alto que él. Miro a Daniel. Su cabello rojizo está quizás un poco manchado de gris, las líneas de su sonrisa un poco más profundas, pero por lo demás es lo mismo.

—Pequeño tío —bromeo en respuesta, dándole unas palmaditas en la cabeza mientras le devuelvo las llaves. Camino alrededor.

—Le has hecho algo a este lugar —dice, llevando un dedo a mi quijada.

Daniel se ríe—. Oh. Solo voy por la mitad, pero esa mitad es más que nada.

—Muy cierto.

—Tengo grandes planos. Planos de verdad. ¿Dónde están mis planos? Afuera de la ventana, se oye el rugido de un jet a través de las nubes. Daniel lo mira, luego vuelve a su búsqueda, girando y mirando a la atiborrada biblioteca—. Va un poco lento porque estoy haciendo el trabajo por mí mismo, a pesar de que puedo permitirme contratar a alguien más, pero parece que debería hacerlo de esta forma.

¿Permitírselo? Daniel nunca ha tenido dinero; Bram siempre solía ayudarlo. Pero Bram no está aquí. Tal vez uno de sus negocios asiáticos finalmente despegó. Miro a Daniel pasar por aquí y por allá en la sala en busca de algo, finalmente localizando un conjunto de planos casi cayéndose de la mesa de café.

—Desearía que él estuviera aquí para ayudarme; creo que estaría feliz de que finalmente estoy convirtiendo este lugar en algo mío. Siento que está aquí. Además, está pagando la cuenta —dice.

Me toma un minuto entender de quién está hablando, de qué está hablando.

—¿El bote? —pregunto.

Él asiente.

En India, Yael habló muy poco sobre Daniel. Pensé que ya no estaban en contacto. Con Bram ausente, ¿por qué habrían de hacerlo? Nunca se cayeron bien. Al menos eso es lo que me parecía. Daniel era raro, sucio, un derrochador, todas las cosas que Yael amaba en Bram en forma menos extremas y Yael era la persona que arrasó y puso de cabeza la vida de Daniel. Si no había mucho espacio para mí, sólo puedo imaginarme cómo se

sentiría para él. Tiene sentido para mí por qué Daniel se mudó a medio mundo de distancia después de que Yael apareció.

—No había un testamento —dice Daniel—. No tenía que hacer eso, pero por supuesto que lo hizo. Esa es tu má.

¿Lo es? Pienso en el viaje a Rajasthan, un exilio que resultó ser lo que necesitaba. Luego pienso en Mukesh, no sólo cancelando el paseo a camello y retardando mi vuelo de regreso a instancias de Yael, sino también dejándome en la clínica ese día, cuando todo el mundo parecía estar esperándome. Siempre había asumido que mi madre era tan distante, cuidando de todos menos de mí. Pero estoy empezando a preguntarme si tal vez no he entendido bien su manera de cuidar.

—Estoy comenzando a darme cuenta —le digo a Daniel.

—A buen momento, también —dice. Se rasca su barba—. No te ofrecí café. ¿Quieres café?

—No le diría que no a un café.

Le sigo a la cocina, la cual es la vieja, todos los armarios rotos, baldosas rotas, antigua cocina de gas, un pequeño fregadero de sólo agua fría.

—La cocina viene después. Y los cuartos. Quizás a la mitad fue un poco optimista. Major me pongo en ello. Deberías venir a vivir conmigo. Ayudarme —dice con un ruidoso aplauso de sus manos—. Tu pá siempre decía que eras muy útil.

No estoy seguro si era útil, pero Bram siempre me pedía que le ayudara con el proyecto de mejora de alguna casa u otra cosa.

Pone el café en la estufa.

—Tengo que ponerme en marcha. Tengo dos meses desde ahora, así que es tick-tock, ticktock.

—¿Dos meses hasta qué?

—Oh, mierda. No te dije. Le acabo de decir a tu má. —Su rostro refleja una sonrisa que luce tan parecida a la de Bram que duele.

—¿Decirle qué?

—Bueno, Willem, voy a ser papá.



Mientras tomamos café, Daniel me informa de la gran noticia. A la edad de cuarenta y siete, el perenne soltero por fin ha encontrado el amor. Pero, porque aparentemente los hombres de Ruiter nunca pueden hacer las cosas a lo simple, la madre del niño de Daniel es brasilera. Su nombre es Fabiola. Se conocieron en Bali. Vive en Bahia. Me muestra una foto de una mujer de ojos saltones con una iluminada sonrisa. Luego me muestra una carpeta de acordeón, de varios centímetros de espesor, su correspondencia con los diversos organismos gubernamentales para demostrar la legitimidad de su relación para que pueda obtener una visa y se puedan casar. En julio, se va a Brasil en la preparación para el nacimiento en septiembre, y, él espera, la boda poco después. Si todo va bien, estará en Ámsterdam en el otoño, y volverá a Brasil para el invierno.

—Invierno allá, verano aquí, y cuando él tenga la suficiente edad, lo intercambiaremos.

—¿Él? —pregunto.

Daniel sonríe—. Es un chico. Lo sabemos. Ya le tenemos un nombre. Abraão.

—Abraão —digo, enroscándolo en mi lengua.

Daniel asiente—. Es Abraham en portugués.

Los dos nos quedamos en silencio por un momento. Abraham. El nombre completo de Bram.

—Te mudarás aquí, para ayudar, ¿no es así? —Señala a los planos, el cuarto que se convertirá en dos, el piso que una vez hospedó a los dos hermanos, y por un tiempo alojó a los tres antes de que Daniel se fuese sólo por su cuenta. Y luego, ni siquiera a él.

Pero ahora somos dos aquí. Y pronto será uno más. Después de tanto encogerse de alguna manera, inexplicablemente, mi familia está creciendo de nuevo.

Treinta y Cuatro

JUNIO
Ámsterdam

Traducido por Nnancyc

Daniel y yo estamos en el camino a la tienda de suministros de fontanería para recoger una ducha cuando su bicicleta se le desinfla un neumático.

Nos detenemos para inspeccionar. Hay un clavo alojado profundamente. Son las cuatro y treinta. La tienda de fontanería cierra a las cinco. Y luego está cerrada por el fin de semana. Daniel frunce el ceño y lanza los brazos en el aire como un niño frustrado.

—¡Maldita sea! —maldice—. El fontanero viene mañana.

Primero hicimos los dormitorios, un desastre de soportes, paneles de yeso y enlucido, ninguno de nosotros sabiendo exactamente qué hacíamos, pero entre libros y algunos viejos amigos de Bram, logramos hacer un diminuto dormitorio «principal», con una cama tipo litera, y uno más diminuto para el niño, en donde ahora estoy viviendo.

Pero la curva de aprendizaje era alta y tomó más tiempo que el que habíamos esperado, y luego el cuarto de baño, lo cual Daniel pensó sería sencillo —intercambiar sanitarios de setenta años por unos modernos— lo que resultó ser todo lo contrario.

Todas las cañerías tenían que ser reemplazadas. Coordinar la llegada de la bañera, el lavabo y el fontanero —otro de los amigos de Bram, quien está haciendo el trabajo a bajo costo pero también en sus horas libres, noches y fines de semanas— ha puesto en duda las ya limitadas habilidades logísticas de Daniel, pero él sigue adelante. Continúa diciendo que si Bram construyó un barco para su familia, maldita sea, va a construir un apartamento para la suya. Y es algo tan raro de escuchar, porque siempre pensé que Bram construyó el barco para Yael.

El fontanero vino la noche pasada, pensamos, para finalizar las instalaciones del baño y la ducha, solo para decirnos que no podía instalar la nueva bañera que finalmente había llegado hasta que tuviéramos una ducha. Y no podemos terminar el embaldosado del baño y avanzar hasta la cocina, lo cual el plomero dijo que probablemente también necesitará todas las cañerías nuevas, hasta que tengamos una ducha.

En su mayor parte, Daniel ha tomado la renovación con el puro entusiasmo de un niño construyendo un castillo de arena en la playa. Cada otra noche, cuando él y Fabiola hablan por Skype, carga su computador portátil deteriorado por el apartamento, mostrando todas las últimas modificaciones, debatiendo la colocación de muebles (ella ama el feng shui) y colores (azul pálido para su dormitorio; amarillo pastel para el del bebé).

Pero durante aquellas llamadas de casi todas las noches, puedes ver que el bulto está creciendo. Después que el fontanero se fue, Daniel admitió que casi podía oír al bebé adentro, haciendo tictac como uno de esos relojes despertadores antiguos.

—Listo o no, aquí viene —había dicho, sacudiendo la cabeza—. Cuarenta y siete años, pensarías que yo estaría listo.

—Tal vez nunca estás listo hasta que está sobre ti —había contestado yo.

—Muy sabio, hombrecito —había dicho—. Pero maldita sea, si *yo* no estoy listo, voy a tener el *piso* listo.

—Adelante, toma la mía —le digo a Daniel ahora, balanceándome fuera de mi bicicleta. Es la misma vieja destartalada herramienta que le compré a un drogadicto cuando vine de vuelta a Ámsterdam el año pasado. Quedó bajo llave afuera de Bloemstraat todos esos meses que estuve en India, sin recibir daños. Cuando comencé a trabajar en el piso, la traje de vuelta a Ámsterdam, junto con el resto de mis cosas, todas entran en la parte inferior de dos estantes de la biblioteca en la habitación del bebé. No tengo demasiado: Algo de ropa. Un par de libros. La estatua Ganesha que Nawal me dio. Y el reloj de Lulu. Todavía hace tic-tac. Lo escucho en la noche a veces.

Problema resuelto, Daniel está brillante como el sol otra vez. Con una sonrisa desdentada, salta en mi bicicleta, y se marcha pedaleando, ondeando con la mano detrás de él, casi chocando con una moto en dirección contraria. Empuja su bici por el estrecho sendero y vuelvo por el canal amplio de Kloveniersburgwal. Estoy en un área atrapada entre el reducido Distrito Rojo y la universidad. Me dirijo en la dirección de la universidad, es más probable encontrar un taller de reparación de bicicletas allí. Paso una librería de lengua inglesa que he pasado unas veces antes, siempre un poco curioso. En el porche está una caja de libros por un euro. Me asomo, son mayormente ediciones americanas, la clase de cosa que leía en un día e intercambiaba cuando estaba viajando. Pero en el fondo de la caja, como un refugiado desplazado, hay una copia de *Noche de Reyes*.

Sé que probablemente no la leeré. Pero tengo una biblioteca ahora por primera vez desde el colegio, incluso si es solo temporal.

Voy adentro a pagar.

—¿Sabe de un lugar de reparaciones de bici cercano? —le pregunto al hombre detrás del mostrador.

—Dos manzanas abajo, en Boernsteeg —dice, sin levantar la mirada de su libro.

—Gracias. —Deslizo encima el de Shakespeare.

Mira fijamente la tapa, luego levanta la mirada.

—¿Estás comprando esto? —Suena escéptico.

—Seh —digo, y luego por medio de una explicación que no necesito dar, le digo que estaba en la obra el año pasado—. Actué de Sebastian.

—¿Lo hiciste en inglés? —pregunta, en inglés, con ese raro acento híbrido de alguien quien ha vivido en el extranjero un largo tiempo.

—Seh —digo.

—Oh. —Vuelve a su libro. Le entrego un euro.

Estoy casi fuera de la puerta cuando grita:

—Si haces Shakespeare, deberías ver el teatro que está en el camino. Pusieron algunas obras decentes de Shakespeare en inglés en Vondelpark durante el verano. Vi que están haciendo audiciones este año.

Lo dice casualmente, lanzando la sugerencia como un pedazo de basura. Lo considero, extendiéndolo ante mí. Quizás es inútil, quizás no. No lo sabré a menos que lo recoja.

Treinta y Cinco

Traducido por Caamille

—Nombre.

—Willem. De Ruiter. —Sale un susurro.

—¿Cómo?

Me aclaro la garganta. Lo intento de nuevo.

—Willem de Ruiter.

Silencio. Puedo sentir mi latido, en mi pecho, mi sien, mi garganta. No puedo recordar estar así de nervioso antes y no lo entiendo del todo. Nunca he tenido miedo escénico. Ni siquiera esa primera vez con los acróbatas, ni siquiera con los Guerrilla Will, en francés. Ni siquiera la primera vez que Faruk gritó acción y las cámaras rodaron y tuve que decir las líneas de Lars Von Gelder, en hindi.

Pero ahora, apenas puedo decir mi nombre es voz alta. Es como si, sin saberlo, hay un interruptor de volumen en mí y alguien lo ha girado hasta el final. Entrecierro los ojos y trato de mirar a la audiencia, pero las luces brillantes están haciendo invisible a quien quiera que esté ahí.

Me pregunto qué están haciendo. ¿Están mirando el ridículo primer plano que me apresuré a buscar? Daniel me la tomó en Sarphatipark. Y luego imprimimos mis estadísticas de Guerrilla Will en la parte de atrás. No se ve ni la mitad de mal desde la distancia. Tengo varias obras para mi mérito, todas de Shakespeare. Es sólo que si lo examinas de cerca ves que la foto es de una calidad de mierda, pixelada hasta el extremo, tomada en un teléfono e impresa en casa. Y mis títulos de actuación, bueno,

Guerrilla Will no es exactamente un teatro de repertorio. Había visto algunos de los primeros planos de los otros actores. Venían de todas partes de Europa—la República Checa, Alemania, Francia y del Reino Unido, además de aquí—y tenían verdaderas obras bajo sus haberes. Mejores fotos, también.

Tomo una respiración profunda. Al menos *tengo* un primer plano. Gracias a Kate Roebling. La llamé al último minuto por un consejo porque nunca había audicionado antes. Con Guerrilla Will, Tor decidía qué papel interpretarías. Había algo de crítica en esto, pero no me importaba. El dinero era dividido equitativamente, sin importar cuántas líneas tuviste.

—Ahh, sí, Willem —dice una voz incorpórea. Suena aburrida antes de que incluso haya empezado—. ¿Qué vas a leer hoy para nosotros?

La obra que están produciendo este verano es *Como Gustéis*, una que nunca he visto o escuchado mucho. Cuando me detuve en el teatro la semana pasada, me dijeron que podía preparar cualquier monólogo de Shakespeare. En inglés. Obviamente. Kate me había dicho que mirara *Como Gustéis.* Que podría encontrar algo realmente sustanciosa en ella.

—Sebastian, de *Noche de Reyes* —digo. Decidí juntar los tres discursos más cortos de Sebastian. Más fácil hacer eso. Fue el última rol que interpreté. Y todavía recuerdo la mayoría de las líneas.

—Cuando estés listo.

Trato de recordar las palabras de Kate, pero se arremolinan en mi cabeza como un idioma extranjero que apenas conozco. *¿Elije algo que sientas? ¿Sé quién eres, no quién ellos quieren que seas? ¿Todo o nada?* Y había algo más, algo que me dijo antes de que cortara. Era importante. Pero no puedo recordarlo ahora. En este punto, será suficiente recordar mis líneas.

Me aclaro la garganta.

—Cuando estés listo. —Es una voz de mujer esta vez, en un tono que dice: *manos a la obra*.

Respira. Kate dijo que respire. Eso sí lo recuerdo. Así que respiro. Y luego comienzo:

—Os lo ruego, no. Mi estrella sólo pone sombras sobre mi cabeza... y mi oscuro destino podría turbar el vuestro.

La primera línea sale. No tan mal. Continuo.

—Por lo tanto, os he de rogar que consintáis que cargue solo con mis males.

—¡Y con esa diferencia habríamos muerto de haber querido los cielos!

Las palabras comienzan a salir diferente ahora. Vislumbradas de una nueva manera. Sebastian no es sólo un vagabundo sin rumbo, yendo a donde el viento lo lleve. Él es alguien que se recupera, en carne viva e inseguro de su racha de mala suerte, por la malignidad de su destino.

— Su alma era tan hermosa que ni los más envidiosos se atreverían a negarla —digo y es Lulu a quien veo, en esa calurosa noche inglés, la última vez que dije esas palabras en frente de una audiencia. La débil sonrisa en sus labios.

— Se ahogó en aguas amargas; y en mi amargura se inunda ahora su recuerdo.

Y luego se termina. No hay aplausos, sólo un audible silencio. Puedo oír mi respiración, mis latidos, todavía martillando. ¿No se supone que los nervios se van una vez que estás en el escenario? ¿Una vez que has terminado?

—Gracias —dice la mujer. Sus palabras son cortas, genéricas, sin real gratitud en ellas. Por un segundo, pienso que quizás debería agradecerles.

Pero no lo hago. Dejo el escenario un poco aturdido preguntándome qué acababa de pasar. Mientras subo hacia el pasillo, veo al director, el productor y el director de escena (Kate me dijo a quién esperar) ya deliberando acerca del primer plano de alguien más. Entonces estoy guiñando a la brillante luz del vestíbulo. Froto mis ojos. Estoy inseguro de qué hacer ahora.

—¿Contento de que terminó? —me pregunta un delgado chico en inglés.

—Sí —digo reflexivamente. Sólo que no es verdad. Ya, estoy empezando a sentir esta melancolía establecerse, como el primer día frío de otoño después de un caluroso verano.

—¿Qué provocó el cambio de idea? —Kate me había preguntado en el teléfono. Nosotros habíamos estado en algún tipo de contacto desde México, y cuando le conté mis planes, ella sonó sorprendida.

—Oh, no lo sé. —Le había explicado acerca de encontrar *Noche de Reyes* y luego le había dicho acerca de las audiciones, acerca de estar en el lugar correcto en el momento correcto.

—Entonces, ¿cómo te fue? —me pregunta el delgado chico ahora. Tiene una copia de *Como Gustéis* en sus manos, y su rodilla está golpeando, arriba-abajo-arriba-abajo.

Me encojo de hombros. No tengo idea. De verdad. No la tengo.

—Voy por Jaques. ¿Y tú?

Miro la obra, la cual ni siquiera he leído. Sólo imaginé que conseguiría lo que me dieran, como siempre era con Tor. Con un sentimiento de hundimiento, comienzo a sospechar que no era el camino indicado para ir.

Y es entonces que recuerdo lo que Kate dijo en el teléfono, después de que le expliqué con rodeos que había venido a audicionar.

—*Comprométete*, Willem. Tienes que *comprometerte*. A algo.

Así como muchas cosas importantes estos días, el recuerdo llega demasiado tarde.

Treinta y Seis

Traducido por Lililamour

Pasa una semana, no escucho nada. El tipo flaco a quien le había hablado, Vincent, había dicho que habría una serie de devoluciones de llamadas antes del reparto final. No fui llamado. Lo dejo atrás y regreso a trabajar en el piso de Daniel, canalizando tanta energía dentro de mi embaldosado que Daniel y yo terminamos el baño un par de días antes de lo previsto, y empezamos a trabajar en la cocina. Tomamos el metro a IKEA para seleccionar armarios. Estamos en un escaparate de muebles de cocina con gabinetes del color de esmalte de uñas rojo cuando suena mi teléfono.

—Willem, este es Linus Felder del Allerzielentheater. —Mi corazón hace un ruido sordo como si estuviera de nuevo en el escenario—. Necesito que te aprendas el discurso de apertura de Orlando y vengas mañana por la mañana a las nueve. ¿Puedes lograr eso? —pregunta.

Por supuesto que puedo lograrlo. Quiero decirle que iré más allá de lograrlo.

—Seguro —digo. Y antes de que tuviera la oportunidad de preguntar algunos detalles, Linus cuelga.

—¿Quién era? —pregunta Daniel.

—El director de escena de esa obra para la que audicioné. Quiere que regrese. A leer para Orlando. El principal.

Daniel salta arriba y abajo como un niño, derribando la batidora de utilería en la cocina de muestra.

—Oh, mierda. —Nos aleja, silbando inocentemente.

Dejo a Daniel en IKEA y paso el resto del día en la llovizna en el Sarphatipark, memorizando el discurso. Cuando es una hora decente en Nueva York, llamo a Kate por más consejos pero la desperté porque resulta que está en California ahora. Ruckus está a punto de comenzar una gira de seis semanas de *Cymbeline* en la costa oeste antes de llegar al Reino Unido en agosto para varios festivales de Shakespeare. Cuando escucho esto, estoy casi avergonzado de pedirle ayuda. Pero, generosa como siempre, toma unos minutos para decirme qué esperar de una llamada. Podría leer un montón de escenas y un montón de partes, enfrentar varios actores, y aunque me hayan pedido que leyera a Orlando, no debería asumir que ese es el papel para el que estoy.

—Pero es prometedor que te hayan pedido que lo leyeras —dice—. Es un gran papel para ti.

—¿A qué te refieres?

Suspira, ruidosamente.

—¿Aún no has leído la obra?

Estoy avergonzado de nuevo.

—Lo haré, lo prometo. Hoy más tarde.

Hablamos un poco más. Dice que está planeando pasar los fines de semana, cuando no hay festival, viajando fuera del Reino Unido, así que tal vez vendrá a Ámsterdam. Le digo que es bienvenida en cualquier momento. Y entonces me recuerda de nuevo que lea la obra.



Tarde esa noche, he leído el monólogo de apertura tantas veces que podría recitarlo en mi sueño, empiezo con el resto de la obra. Me estoy durmiendo para este punto y es un poco difícil conseguir el meterme en ella. Trato de ver lo que Kate quiere decir sobre Orlando. Supongo que es que conoce a una chica y se enamora de ella y luego la encuentra de nuevo pero ella está de incógnito. Excepto que Orlando consigue un final feliz.



Cuando llego al teatro a la mañana siguiente, está casi vacío y oscuro a excepción de una sola lámpara encendida en el escenario. Me siento en el último asiento, y un poco más tarde, las luces parpadean. Linus se acerca, portapapeles en la mano, y detrás de él, Petra, la diminuta directora.

No hay muestras de cortesía.

—Cuando estés listo —dice Linus.

Esta vez, estoy listo. Estoy decidido a estarlo.

Excepto que no lo estoy. Tengo las líneas correctas, pero mientras digo una, luego la siguiente, puedo escucharme decirlas y entonces me pregunto cómo sonaban, ¿golpeé el ritmo correcto? Y cuanto más hago eso, más extrañas las palabras comienzan a sonar, de la manera en que una palabra perfectamente normal puede empezar a sonar como tonterías. Trato de concentrarme, pero mientras más duro lo intento, más difícil se vuelve, y luego oigo un grillo chirriando en algún lado detrás del escenario y suena como el vestíbulo del Royal Bombay, y entonces estoy pensando en Chaudhary y su cuna y Yael y Prateek y estoy en todas partes del mundo excepto en este teatro.

Para cuando termino, estoy furioso conmigo mismo. Toda esa práctica, y sirvió para pura mierda. El monólogo de Sebastian, por el cual ni siquiera me preocupé tanto, era infinitamente mejor que esto.

—¿Puedo intentar eso de nuevo? —pregunto.

—No es necesario —dice Petra. La escucho a ella y a Linus murmurando.

—En serio. Sé que podría hacerlo mejor. —Hay una alegre sonrisa en mi rostro, la cual puede ser mi actuación de mayor calidad del día. Porque de verdad, no sé si podría hacerlo mejor. Este era yo intentándolo.

—Estuvo bien —ladra Petra—. Vuelve el lunes a las nueve. Linus te entregará tu papeleo antes de que te vayas.

¿Es así? ¿Acabo de conseguir el papel de Orlando?

Tal vez no debería esta tan sorprendido. Después de todo, era así de fácil con los acróbatas y con Guerrilla Will e incluso con Lars Von Gelder. Debería estar eufórico. Debería estar aliviado. Pero, extrañamente, todo lo que siento es decepción. Porque

esto es importante para mí ahora. Y algo me dice que si es importante, tal vez no debería ser fácil.

Treinta y Siete

JULIO
Ámsterdam

Traducido por martinafab

—Hey, Willem, ¿cómo te sientes hoy?

—Estoy bien, Jeroen. ¿Cómo estás tú?

—Oh, ya sabes, la gota está actuando —Jeroen da golpes en su pecho y exhala una tos.

—La gota está en la pierna, idiota —dice Max, deslizándose en el asiento al lado de él.

—Oh, claro —Jeroen le muestra su sonrisa más encantadora mientras él cojea alejándose, riendo.

—¡Qué gilipollas! —dice Max, dejando caer su bolso a mis pies—. Si tengo que besarle, juro que podría vomitar en el escenario.

—Recemos por la salud de Marina entonces.

—No me importaría besarla a ella, sin embargo —Max sonríe y mira a Marina, la actriz que interpreta a Rosalind junto con el Orlando de Jeroen—. Ahh, encantadora Marina, aunque sea egoísta, no me gustaría que se enfermara. Ella es tan encantadora. Y, además, si no puede seguir adelante, tendría que besar a ese malnacido. Es él el cual quiero que enferme.

—Pero él no se enferma —le digo a Max, por si necesita un recordatorio. Desde que fui elegido como su suplente, he escuchado, sin cesar, inexorablemente, cómo en sus doce años haciendo teatro, Jeroen Gosslers jamás ha fallado en una interpretación, ni siquiera cuando estaba vomitando por la gripe, ni siquiera cuando hubo perdido la voz, ni siquiera cuando su novia se puso de parto de sus hijas horas antes del telón. A decir verdad, el registro impecable de Jeroen es aparentemente por qué me dieron esta oportunidad en primer lugar, después de que el actor originalmente elegido como suplente se enlistó en un anuncio de Mentos que requeriría su ausencia en tres ensayos para rodar el anuncio. Tres ensayos, por un suplente que nunca va a continuar. Petra exige todo de sus suplentes, mientras que al mismo tiempo no exige nada de ellos.

Como requerimiento, he estado en el teatro todos los días desde esa primera lectura, cuando el elenco se sentó alrededor de una larga mesa de madera rayada en el escenario, pasando por el texto línea por línea, analizando el significado, desconstruyendo lo que esapalabra quiere decir, cómo se debe interpretar esa línea. Petra fue sorprendentemente igualitaria, abierta a las opiniones de casi cualquier persona acerca de lo que significaba Sad Lucretia o por qué Rosalind insistió en mantener su disfraz durante tanto tiempo. Si uno de los hombres del duque Frederick quería interpretar un intercambio entre Celia y Rosalind, Petra lo recrearía.

—Si estás en esta tabla, tienes el derecho a ser oído —dijo ella, magnánimamente.

Max y yo sin embargo, no estábamos visiblemente en la mesa, sino sentados a unos pasos de distancia, lo bastante cerca para oír, pero lo suficientemente lejos como para que no podamos participar en el debate lo que nos hace sentir como intrusos. Al principio, me preguntaba si esto fue intencional. Pero después de escuchar a Petra repetir, varias veces, que «interpretar es mucho más que hablar líneas. Se trata de comunicarte con tu audiencia a través de cada gesto, cada palabra sin decir,» entendí que fue completamente intencional.

Parece casi extraño ahora, que me preocupa que sea *demasiado* fácil. Sim embargo ha resultado ser fácil, no sólo en la forma en que pensaba. Max y yo somos los únicos suplentes que no tienen ninguna función real en la obra. Ocupamos un lugar extraño en el reparto. Semi-miembros del reparto. Miembros-oscuros del reparto. Calentadores de asientos. Muy pocas personas en el elenco nos hablan. Vincent lo hace. Él tuvo sus Jaques después de todo. Y Marina, que interpreta a Rosalind, también lo hace, porque ella es únicamente cortés. Y, por supuesto, Jeroen hace que sea un punto el hablar conmigo todos los días, aunque me gustaría que no lo hiciera.

—Entonces, ¿qué tenemos hoy? —pregunta Max en su acento del este de Londres. Como yo, ella es una perra callejera; su padre es holandés de Surinam y su madre es de Londres. El acento londinense se hace más fuerte cuando bebe demasiado, aunque cuando ella lee Rosalind, su inglés se pone sedoso como el de la Reina de Inglaterra.

—Ellos están pasando por la escena de la pelea coreografiada —le digo.

—Oh, bien. Tal vez ese p chulo de putas saldrá realmente herido —Ella se ríe y se pasa la mano por su pelo de punta—. ¿Quieres repasar líneas después? No habrá mucha oportunidad una vez que empecemos técnica.

Pronto, sacamos el teatro para los últimos cinco días de ensayos generales y de técnica en el anfiteatro en el Vondelpark, donde el espectáculo va a estar durante seis semanas. En dos viernes, tendremos nuestra apertura ligera, y luego el sábado, la apertura fuerte. Para el resto del reparto, esta es la recompensa por todo el trabajo. Para Max y para mí, es cuando cobramos, cuando cualquier atisbo de nosotros estando en el reparto desaparece. Linus nos ha dicho que nos aseguráramos de que nos sepamos toda la obra, todos los párrafos de memoria, y tenemos que seguir a Jeroen y Marina a través del primer ensayo técnico. Esto es lo más cerca de la acción que tenemos. Ni una sola vez Linus o Petra nos ha dado alguna dirección o pedido interpretar líneas o repasar cualquier aspecto de la obra. Max y yo trabajamos las líneas sin cesar, los dos solos. Creo que es como nos hacemos sentir como si fuéramos realmente parte de la producción.

—¿Podemos hacer las partes de Ganymede? Sabes que me gustan más esos — dice Max.

—Sólo porque llegas a ser un chico.

—Bueno, naturalmente. Prefiero a Rosalind cuando está encausando a su hombre. Es una tonta al principio.

—No es una tonta. Está enamorada.

—A primera vista. —Rueda los ojos—. Una tonta. Es de armas tomar cuando está pretendiendo tener pelotas.

—A veces es más fácil ser otra persona —digo.

—Debo pensar eso. Es por eso que me convertí en una sangrienta actriz.

Y entonces ella me mira y resopla con risa. Podemos memorizar las líneas. Podemos saber los párrafos. Es posible que aparezcamos. Pero ninguno de los dos es un actor. Somos calentadores de asiento.

Max suspira y pone sus pies en la silla, desafiando una reprimenda sin palabras de Petra y siguiendo un regaño de Linux, o, como lo llama Max, El Lacayo.

Arriba en el escenario, Jeroen está discutiendo con el coreógrafo.

—Eso no está realmente funcionando para mí. No se siente auténtico —dice. Max rueda los ojos de nuevo, pero yo escucho. Esto sucedió casi todos los días durante la la construcción de la obra, Jeroen no «sintiendo» los movimientos y Petra cambiándolos, pero Jeroen no sintiendo la nueva disposición tampoco, así que la mayor parte del tiempo, ella lo cambia de nuevo. Mi guión es una cuadrícula de garabatos y borrones, un mapa vial de la búsqueda de Jeroen de autenticidad.

Marina está sentada sobre los pilotes de cemento en el escenario junto a Nikki, la actriz que interpreta a Celia. Ambas parecen aburridas mientras ven cómo la coreografía de lucha. Por un segundo Marina encuentra mis ojos e intercambiamos una sonrisa simpática.

—Vi eso —dice Max.

—¿Qué viste?

—Marina. Te desea.

—Ni siquiera me conoce.

—Este puede ser el caso, pero ella te estaba dando la mirada de fóllame en el bar anoche.

Todas las noches, después del ensayo, la mayoría del reparto va a un bar a la vuelta de la esquina. Porque somos o provocadores o masoquistas, Max y yo vamos con ellos. Por lo general, terminamos sentados en la barra larga de madera por nuestra cuenta o

en una mesa con Vincent. Nunca parece haber espacio en la gran mesa para Max y para mí.

—Ella no me estaba dando a mí la mirada de fóllame.

—Ella nos estaba dando a *uno* de nosotros la mirada de fóllame. No he recibido ninguna vibración lésbica de ella, aunque nunca se sabe con chicas holandesas.

Miro a Marina. Se está riendo de algo que Nikki dijo, mientras que Jeroen y el actor que interpreta Carlos el luchador trabaja algunos golpes falsos con el coreógrafo de lucha.

—A menos que no te gusten las chicas —Max continúa—, pero no estoy recibiendo esa vibración de ti tampoco.

—Me gustan las chicas sutiles.

—¿Entonces por qué dejas el bar conmigo todas las noches?

—¿No eres una chica?

Max rueda los ojos.

—Lo siento, Willem, pero por muy encantador que seas, no va a pasar con nosotros.

Me río y le doy a Max un beso húmedo en la mejilla, que se limpia, con exceso drama. Arriba en el escenario, Jeroen intenta un golpe en falso en Carlos y tropieza consigo mismo. Max aplaude.

—Lamentamos esa gota —grita.

Petra se gira, sus ojos afilados llenos de desaprobación. Max pretende estar absorbida en su guión.

—A la mierda ensayar líneas —susurra Max cuando la atención de Petra vuelve de forma segura al escenario—.Vamos a emborracharnos.



Esa noche, sobrepasados de copas, Max me pregunta:

—¿Así que por qué tú no?

—¿Por qué yo no qué?

—Salir con una chica. Si no es Marina, una de las civilizadas del bar.

—¿Por qué no *tú*? —le pregunto.

—¿Quién dice que yo no?

—Te vas conmigo todas las noches, Max.

Ella suspira, un gran suspiro profundo que parece mucho mayor que Max, quien es sólo un año mayor que yo. Que es por eso que no le importa el asiento del calentamiento, dice ella. *Mi tiempo llegará*. Ella hace una marca de acuchillada sobre el pecho.

—Corazón roto —dice ella—. Dykes lleva años-perro en sanar.

Asiento con la cabeza.

—¿Y qué hay de ti? —dice Max—. ¿Corazón roto?

En ocasiones, pensé que era algo así, después de todo, nunca había estado tan atado a una chica. Pero es una cosa curiosa, porque desde ese día con Lulu en París, me he reconectado con Broodje y los chicos, he visitado a mi madre y he estado hablando con ella de nuevo, y ahora estoy viviendo con el tío Daniel. Y estoy actuando. Bueno, tal vez no actuar, exactamente. Pero no actuando por accidente, tampoco. Y tan sólo, en general, estoy mejor. Mejor de lo que he estado desde que Bram murió, y en algunos aspectos, incluso mejor de lo que estaba antes de eso. No, Lulu no rompió mi corazón. Pero estoy empezando a preguntarme si de alguna manera indirecta, lo arregló.

Agito la cabeza.

—Entonces, ¿a qué estás esperando? —me pregunta Max.

—No lo sé —le respondo.

Pero una cosa que sí sé: La próxima vez, lo sabré cuando lo encuentre.

Treinta y ocho

Traducido por Katt090

Antes de que Daniel se vaya, colgamos el último de los gabinetes de la cocina.

La cocina está casi terminada. El fontanero vendrá a instalar el lavavajillas y nosotros vamos a ponerlo en el salpicadero y eso es todo.

—Ya casi estamos —le digo.

—Sólo hay que arreglar el timbre y hacer frente a tu mierda en el ático —dice Daniel.

—Cierto. La mierda en el ático. ¿Cuántas hay? —le pregunto. No recuerdo poner muchas cajas allí.

Pero Daniel y yo arrastramos por lo menos una docena de cajas con mi nombre.

—Sólo debemos tirar todo —le digo—.He pasado tanto tiempo sin eso.

Se encoge de hombros.

—Lo que tú quieras.

La curiosidad me atrapa. Abro una caja, papeles y ropa de mi dormitorio, no sé por qué los guardaba. Los pongo en la basura. Voy por otra y hago lo mismo.

Pero entonces llego a una tercera caja. Dentro hay carpetas de colores, el tipo que Yael utiliza para mantener registros de los pacientes, creo que la caja debe estar mal etiquetada con mi nombre. Pero luego veo una hoja de papel saliendo de una de las carpetas. Lo recojo.

El viento en mi cabello

Ruedas rebotan sobre los adoquines

Tan grandes como el cielo

Mi memoria se precipita de nuevo—: No rima —había dicho Bram cuando se lo mostré a él, tan lleno de orgullo porque el maestro me había pedido que lo lea a la clase entera—. No se supone que lo haga. Es un haiku —dijo Yael, poniendo los ojos en él y concediéndome una sonrisa cómplice rara.

Saco la carpeta. Dentro luce un poco como mi viejo trabajo escolar, mis primeros escritos, exámenes de matemáticas. Miro en otra carpeta: no tareas escolares, sino los dibujos de un barco, una estrella de David que Saba me enseñó que hacer con dos triángulos. Páginas y páginas de este material. La poco sentimental Yael y desorden-fóbico Bram nunca muestran cosas como esta. Supongo que lo tiraron a la basura.

En otra caja, encuentro una lata llena de trozos de boleto: boletos de avión, entradas para conciertos, boletos de tren. Un viejo pasaporte israelí, lleno de sellos. Debajo de eso, descubro un par de muy viejas fotos en blanco y negro. Me toma un momento para reconocer que son de Saba. Nunca lo he visto joven antes. No me había dado cuenta de alguna de estas fotografías habían sobrevivido a la guerra. Pero es sin lugar a dudas él. Los ojos son los de él. Y míos también. En una foto, él tiene su brazo colgando de una chica guapa, todo el pelo oscuro y los ojos de misterio. Él la mira con adoración. Ella parece vagamente familiar, pero no puede ser Naomi, quien no conoció hasta después de la guerra.

Busco fotos más antiguas de Saba y la chica, pero encuentro sólo un recorte de periódico extraño de ella en un forro de plástico. Me lo acerco. Ella lleva un vestido de lujo y flanqueada por dos hombres en esmoquin. Lo sostengo a la luz. La desvanecida escritura esta en húngaro, pero hay una leyenda con los nombres de: Peter Lorre, Fritz Lang, nombres de Hollywood que reconozco, y un tercer nombre, Olga Szabo, que no reconozco.

Pongo las fotos a un lado y sigo buscando. En otra caja, hay un sinfín de recuerdos. Más trabajos. Y luego, en otro cuadro, un gran sobre de manila. Abro y afuera cae más fotos: yo, Yael y Bram, de vacaciones en Croacia. Recuerdo otra vez la forma en Bram y yo caminamos hasta el muelle cada mañana para comprar pescado fresco que en realidad nadie sabía cocinar.

Hay otra foto: nosotros listos para patinar en el año que los canales se congelaron y todo el mundo se lanzó a sus patines. Y otra: celebrando los cuarenta años de Bram con la masiva fiesta que se extendió desde el barco, en el muelle, a la calle, hasta que todos los vecinos vinieron y se convirtió en una fiesta de barrio. Están las tomas

descartadas de la sesión de la revista de arquitectura, la foto de los tres de nosotros antes de que yo quedara afuera. Cuando llegue a la parte inferior de la pila, hay una foto restante, pegada al sobre. Tengo que despegarla suavemente.

El aliento que sale de mí no es un suspiro o un gemido o un estremecimiento. Es algo vivo, como un pájaro, batiendo las alas, alzando el vuelo. Y luego se ha ido, fuera en la tarde tranquila.

—¿Todo bien? — me pregunta Daniel.

Me quedo mirando la foto. Los tres de nosotros en mi décimo octavo cumpleaños, no la foto que he perdido, sino una imagen diferente, tomada desde una perspectiva diferente, desde la cámara de otra persona.

Otra foto accidental.

—Pensé que lo había perdido —le digo, agarrando la imagen.

Daniel ladea la cabeza hacia un lado y se rasca su sien.

—Siempre estoy perdiendo cosas, y luego las encuentro de nuevo en los lugares más extraños.

Treinta y nueve

Traducido por maphyc

Unos días después, me voy al ensayo y Daniel va al aeropuerto. Es extraño pensar que cuando vuelva esta noche, Daniel se habrá ido. Aunque no tendré el piso para mí por mucho. Broodje ha estado en The Hague durante la mayoría del verano en un internado, y ahora está en Turquía visitando a Candace, que está en un viaje de dos semanas allí con sus abuelos. Cuando vuelva, se quedara aquí conmigo hasta que él y Henk se muden a su nuevo apartamento en Utrecht en otoño.

El ensayo de hoy es agitado y frenético. El decorado está siendo desmontado, transportado al parque para la actuación de mañana y la parte de atrás del escenario parece tener desquiciado a todo el mundo. Petra es un tornado de terror, gritando a los actores, gritando a los chicos de la tecnología, gritando a Linus, quien parece como si quisiera ocultarse bajo su portapapeles.

—Pobre Lacayo—dice Max.—Para alguien menopaúsica, Petra parece como si tuviera la menstruación. Petra aplasto el móvil de Nikki.

—¿De verdad?—pregunto a Max, deslizándonos en nuestros habituales asientos.

—Bien, tú sabes cómo se pone ella cuando tienes el teléfono encendido en la sagrada sala de ensayo. Pero he oído que es extra snob porque Geer dijo «Mackers» antes en el teatro.

—¿Mackers?

—La Obra Escocesa— dice ella. Cuando no entiendo pronuncia *Macbeth* silenciosamente moviendo su boca. —Da muy mal mojo decirlo en un teatro.

—¿Tú crees en eso?

—Creo en que no te metes con Petra la víspera de la primera actuación.

Jeroen pasa por allí. Él me mira y finge una tos.

—¿Eso es lo mejor que puedes hacer?—chilla Max detrás de él. Se vuelve hacia mí. —Y se llama a sí mismo un actor.

Linus tiene al elenco corriendo. Es un desastre. Las líneas se olvidan. Las señales se pierden. La construcción de la obra se estropea.

—*La maldición de Mackers*— susurra Max.



A las seis de la tarde, Petra se encuentra en un estado en el que Linus nos deja a todos ir temprano.

—Tengan una buena noche de sueño — dice. —Mañana es un día muy largo. La cita es a las diez.

—Es demasiado temprano para ir al bar— dice Max—. Vamos a ir a comer y luego ir a bailar o escuchar a tocar a una banda. Podemos ver quien está en Paradiso o Melkweg.

Montamos hacia Leidseplein. Max está fuera de sí porque algún músico que estuvo una vez en una famosa banda está tocando en solitario esta noche en el Paradiso y todavía hay entradas. Compramos un par. Luego paseamos por la plaza, que en esta época del año, es la zona cero para los turistas. Hay una multitud de ellos que rodea algunos artistas de la calle.

—Probablemente sea sólo esos benditos músicos peruanos— dice Max—. Sabes, cuando era pequeña, pensaba que era la misma compañía, siguiéndome. Me tomó años para averiguar que eran clones—. Ella se ríe y golpea su cabeza con los nudillos—. Puedo ser verdaderamente bruta a veces.

No son los peruanos. Es un grupo de malabaristas. No son malos, haciendo malabares con todo tipo de cosas ardiendo, normalmente pinchos. Miramos por un tiempo, y cuando pasa el sombrero, echo en un puñado de monedas.

Volvemos a salir y Max me entierra un dedo en el costado.

—Ahora es el verdadero espectáculo —dice ella. Me doy la vuelta y veo de qué está hablando: una mujer tiene las piernas envueltas alrededor de una de las caderas del malabarista, sus brazos enredados en su cabello.

—Consigan una habitación —bromea Max.

Los miro un instante más de lo que debería. Y luego la niña se desprende y se da la vuelta. Ella me ve y yo la veo a ella, y reaccionamos tardíamente.

—¿Wills? —dice ella.

—¿Bex? —digo.

—¿*Wills*? —repite Max.

Arrastrando el malabarista detrás de ella, Bex se me acerca y me da un fuerte abrazo teatral y dos besos. Es un gran cambio desde la última vez que la vi cuando ella apenas me daba la mano. Ella me presenta a Matthias. Le presento a Max.

—¿Tu novia? —pregunta Bex, haciendo que Max aúlle teatralmente en protesta.

Después de un poco de charla, nos quedamos sin cosas que decir, porque nunca teníamos mucho que decir, incluso cuando estábamos durmiendo juntos.

—Debemos irnos. Matthias necesita mucho *descanso* antes para así poder *actuar*. —Bex da un guiño evidente por si alguien no tenía claro en qué tipo de descanso y qué tipo de actuación se refería.

—Está bien, entonces—. Nos besamos, beso, beso de despedida.

Estamos alejándonos cuando Bex dice en voz alta:

—Hey, ¿te encontró Tor al final?

Me detengo. —¿Tor me estaba buscando?

—Estaba tratando de localizarte. Al parecer, alguna carta llegó para ti a Headingley.

Es como si un interruptor se activara, la forma en que mi cuerpo se agita.

—¿En Headingley?

—El lugar de Tor en Leeds —dice Bex.

Sé dónde está Headingley. Pero rara vez di a alguien una dirección postal en absoluto, y no me acuerdo haber dado nunca a nadie el domicilio de Tor, que fue la sede ocasional de Guerrilla Will, donde íbamos a ensayar o recuperarnos. No hay ninguna razón en la tierra para que ella me enviaría una carta allí, que ella hubiera sabido cómo enviarme una carta allí. Pero aun así, camino hacia Bex.

—¿Una carta? ¿De quién?

—No sé. Pero Tor estaba bastante dispuesto a llegar a ti. Ella dijo que intentó enviártelo por correo electrónico, pero no respondiste. ¿Te imaginas eso?

Ignoro la indirecta.

—¿Cuándo?

Se rasca la frente, tratando de desbloquear el recuerdo.

—No puedo recordar. Fue hace un tiempo. Espera, ¿cuándo estuvimos en Belfast? —pregunta a Matthias.

Se encoge de hombros.

—Alrededor de Pascua, ¿no?

—No. Creo que fue antes. Alrededor del martes de Carnaval —dice Bex. Ella levanta las manos—. En algún momento alrededor de febrero. Recuerdo panqueques. O marzo. O tal vez fue en abril. Tor dijo que intentó enviártela por correo y no obtuvo respuesta, por lo que quería saber si sabía cómo comunicarme contigo. —Ella ensancha sus ojos, para mostrar lo absurdo de tal noción.

Marzo. Abril. Cuando estaba en la India, viajando, y mi cuenta de correo electrónico se infectó con ese virus. Me cambié a una nueva dirección después de eso. No he comprobado la cuenta antigua en meses. Tal vez ha estado justo allí. Tal vez ha estado allí todo el tiempo.

—¿Supongo que no sabes de quién era la carta?

Bex parece de mal humor, trayendo de vuelta un montón de recuerdos. Cuando no duró entre nosotros, y Bex había sido desagradable el resto de la temporada, Skev se había burlado de mí:

—¿Alguna vez me escuchas? No tengas sexo donde comes, tío.

—Ni idea —Bex me dice en un tono aburrido que parece practicado, así que no estoy seguro de si ella no lo sabe o sí lo sabe, pero no lo dirá.

—Si estás tan interesado, puedes preguntárselo a Tor. —Ella se ríe entonces. No es agradable—. Aunque buena suerte cogiéndola antes del otoño.

Parte del «método» de Tor fue tratar de vivir lo más cercano a la época de Shakespeare como sea posible mientras se encontraba en la carretera.

Ella se negó a usar una computadora o un teléfono, aunque a veces pedía prestado el de otra persona para enviar un correo electrónico o hacer una llamada, si era importante. No veía televisión o escuchaba un iPod. Y aunque ella comprobaba obsesivamente los informes del tiempo, lo que parecía una innovación más moderna, los comprobaba en los periódicos, que de alguna manera hacían el juego limpio porque los periódicos se originaban de la Inglaterra del siglo XVII, según lo que ella decía.

—¿Supongo que no tienes idea de lo que hizo con ella?— Mi corazón se ha acelerado, como si hubiera estado corriendo, y me siento sin aliento, pero me obligo a sonar tan aburrido como Bex, por temor a que si hago que la carta suene importante, ella no me diré nada.

—Ella podría haberlo enviado al barco.

—¿El barco?

—En el que solías vivir.

—¿Cómo podría siquiera saber sobre el barco?

—Buen Cristo, Wills, ¿cómo voy a saberlo? Es de suponer que se lo dijiste a alguien. Viviste con todo el mundo durante un año, más o menos.

Le dije a una persona sobre el barco. Skev. Él iba a Amsterdam y pidió si le podía conectar con lugares gratis para quedarse. Mencioné algunos y también dije que si la llave se encontraba todavía en su escondite, y no había nadie más allí, podía acampar en el barco.

—Sí, pero no he vivido en ese barco durante años.

—Bueno, no es obviamente tan importante —dice Bex—. De lo contrario quien escribió habría sabido dónde encontrarte.

Bex está equivocada pero también tiene razón. Porque Lulu debería haber sabido dónde encontrarme. Y entonces me detengo. Lulu. ¿Después de todo este tiempo? Es más probable que la carta sea de un recaudador de impuestos.

—¿Qué fue todo eso?— pregunta Max después de que Bex y Matthias se han ido.

Niego con la cabeza.

—No estoy seguro—. Echo un vistazo a la plaza—. ¿Te importa? Necesito ir urgentemente a un cibercafé un segundo.

—Está bien —dice—. Voy a tomar un café.

Me conecto a mi cuenta de correo electrónico anterior. No hay mucho allí, más que correo no deseado. Vuelvo a la primavera, cuando se infectó con ese virus, y no hay nada. Cuatro semanas de mensajes que acaban desaparecidos. Intento en la papelera de reciclaje. Nada allí. Por costumbre antes de salir, me desplazo por los correos electrónicos de Bram y Saba, aliviado al ver que todavía están allí. Mañana, voy a imprimirlos y traspasarlas a mi nueva cuenta. Mientras tanto, puedo cambiar la configuración de mi cuenta anterior para reenviar todo el correo nuevo a mi dirección actual.

Reviso mi cuenta de correo electrónico actual, a pesar de que Tor no habría sabido de ella porque yo sólo le dije un puñado de personas la nueva dirección. Busco en la bandeja de entrada, correo basura. No hay nada.

Envío a Skev una nota rápida pidiéndole que me llame. A continuación, envío a una nota a Tor también, preguntando acerca de la carta, lo que decía, donde la envió ella. Conociendo a Tor, no recibiría una respuesta hasta el otoño. En ese punto, habrá pasado más de un año desde que conocí a Lulu. Cualquier persona sensata diría que es demasiado tarde. Ya se sentía muy tarde el primer día, cuando me desperté en el hospital. Pero aun así, he seguido buscando.

Aún estoy buscando.

Cuarenta

Traducido por Jessy

El ensayo técnico es un monstruo. Además de la líneas, muchas de las que se olvidan en el nuevo entorno, todo tiene que ser reaprendido y re-construido en el escenario del anfiteatro. Durante todo el día, me paro tras Jeroen, Max tras Marina, mientras titubean por sus diversas escenas. Una vez más somos como sombras. Excepto que ninguno de nosotros tiene una sombra, ya que hoy no hay sol, solo una llovizna constante que ha puesto a todos de mal humor. Jeroen ni siquiera ha hecho una broma acerca de su mal de la semana.

—Hace que te preguntes de quien era esta brillante idea —dice Max—. Al aire libre el bendito Shakespeare. En Holanda, donde el inglés ni siquiera es el idioma oficial y llueve todo el tiempo.

—Olvidaste que, los holandeses son los eternos optimistas —le digo.

—¿Es eso cierto? —me pregunta—. Pensaba que eran los pragmáticos eternos.

No lo sé. Quizás *yo* soy el optimista. Revise mi correo electrónico cuando regresé del Paradiso anoche y otra vez antes de salir esta mañana para el ensayo. Había un correo de Yael, y una broma reenviada de Henk, y un montón de la basura habitual, pero nada de Skev o Tor. ¿Qué esperaba exactamente?

No estoy seguro sobre lo que hay que ser optimista. Si la carta es de ella, ¿quién dice que no sea un vete al carajo a larga distancia? Tendría todo el derecho.

Descansamos para almorzar y reviso mi teléfono. Broodje envió un mensaje para decir que se va ir en algún velero de madera y estará incomunicado por unos días, pero regresara a Ámsterdam la próxima semana. Daniel también envió un mensaje para hacerme saber que llego bien a Brasil, y remitió una foto de la barriga de Fabiola. Mañana, me comprometo, consigo un teléfono que acepte imágenes.

Petra prohíbe los celulares en los ensayos. Pero cuando ella está hablando con Jeroen, pongo mi timbre en vibración y meto el teléfono en mi bolsillo de todos modos. Optimista de hecho.

Alrededor de las cinco, la llovizna amaina y Linus reanuda el ensayo. Estamos teniendo problemas con las señales de luz, que no podemos ver. Debido a que el espectáculo comienza al atardecer y sigue en la noche, las luces se encienden a la mitad, así que el ensayo de mañana será desde las dos de la tarde hasta la medianoche, así aseguramos la segunda mitad, la parte en la oscuridad, con la iluminación correcta.

A las seis, mi teléfono vibra. Lo saco de mi bolsillo. Max amplía sus ojos hacia mí.

—Cúbreme —susurro, y me escabullo a las alas.

Es Skev.

—Hey, gracias por devolverme la llamada —susurro.

—¿Dónde estás? —pregunta él, su voz se transforma a un susurro también.

—¿Ámsterdam? ¿Y tú?

—De vuelta a Brighton. ¿Por qué estamos susurrando?

—Estoy en un ensayo.

—¿Para qué?

—Shakespeare.

—En Ámsterdam. Joder, eso es genial. Deje esa mierda. Ahora estoy trabajando en Starbucks.

—Oh, mierda, lo siento.

—Nah, todo bien, hombre.

—Escucha, Skev, no puedo hablar mucho pero me encontré con Bex.

—Bex —silba—. ¿Cómo está esa dulzura?

—Igual como siempre, se enrollo con un malabarista. Mencionó una carta que Tor estaba tratando de que llegara a mí. A principios del año.

Hay una pausa.

—Victoria. Hombre. Ella es otra cosa.

—Lo sé.

—Le pregunte si podía volver y ella dijo que no. Solo esa vez. Fuera de temporada. No sexo donde comes.

—Lo sé. Lo sé. Sobre esa carta…

—Sí, hombre, no sé nada al respecto.

—Oh.

—Victoria no me lo diría. Dijo que era personal. Sabes cómo se pone —suspira—. Así que le dije que te la enviara. Le di la dirección del bote. No sabía si podías recibir correo en el bote.

—Podía. Podíamos. Lo hicimos.

—Así que ¿tienes la carta?

—No, Skev. Por eso estoy llamando.

—Bueno, debe estar en el bote, hombre.

—Pero ya no vivimos ahí. No lo hemos hecho por un tiempo.

—Oh, mierda. Olvide que estaba vacío. Lo siento por eso.

—No te preocupes, hombre.

—Rómpete una pierna con tu Shakespeare y la mierda.

—Sí, tú también—con tus capuchinos y todo.

Él ríe. Luego nos despedimos.

Vuelvo al ensayo. Max se ve enloquecida.

—Les dije que tenías que vomitar. El Lacayo está enojado porque no preguntaste primero. Me pregunto si él llama a Petra para pedirle permiso antes de hacer el amor con su esposa.

Es una imagen que hago mi mejor esfuerzo para no evocar

—Te lo debo. Le diré a Linus que era una falsa alarma.

—¿Vas a decirme de que se trata esto?

Pienso en Lulu, toda las búsquedas infructuosas este año no han llevo a ninguna parte. ¿Por qué esto sería algo más?

—Probablemente lo que acabas de decir: una falsa alarma —le digo a Max.



A excepción de que *probablemente* se convierte en una piedra en el zapato, irritándome por el resto del día, haciendo difícil dejar de pensar en la carta, donde está, que dice, de quién es. Para cuando el ensayo termina, siento esta especie de urgencia por saberlo; de modo que a pesar de que la lluvia ha vuelto, y a pesar de que estoy cansado hasta los huesos, decido intentar con Marjolein. Ella no contesta su teléfono y no quiero esperar hasta mañana. Vive cerca, en la planta baja de una gran casa en un elegante barrio en el extremo sur del parque. Siempre me decía que la visitara en cualquier momento.

—Willem —dice ella, abriendo la puerta. Tiene una copa de vino en una mano, un cigarro en la otra y no parece muy feliz de que haya visitado. Estoy empapado, y no me invita a entrar.

—¿Qué te trae por aquí?

—Siento molestarte, pero estoy tratando de encontrar una carta.

—¿Una carta?

—Esa que fue enviada al bote, en algún momento de la primavera.

—¿Por qué sigues enviando correo al bote?

—No lo hago. Alguien la envió allí.

Ella sacude la cabeza.

—Si fue al bote, habría sido reenviada a la oficina y luego a la dirección que nos facilitaste.

—¿En Utrecht?

Ella suspira—. Probablemente. ¿Puedes llamarme en la mañana?

—Es importante.

Suspira—. Trata con Sara. Ella maneja el correo.

—¿Tienes el número de Sara?

—Había pensado que *tú* tendrías el número de Sara —dice ella.

—No desde hace tiempo.

Suspira. Luego alcanza su móvil.

—No empieces nada con ella.

—No lo haré —prometo.

—Cierto. Eres un hombre nuevo. —No puedo comprender si está siendo sarcástica o no.

En el interior, la música cambia, dejazz suave a algo más salvaje con trompetas chillando. Marjolein mira con nostalgia hacia adentro. Me doy cuenta de que no está sola.

—Te dejaré ir —digo.

Ella se inclina hacia adelante para un beso de despedida.

—Tú madre estará encantada de que te viera.

Empieza a cerrar la puerta.

—¿Puedo preguntarte algo? ¿Acerca de Yael?

—Seguro —dice con aire ausente, su atención ya de vuelta en la cálida casa y en quienquiera que está esperando ahí.

—¿Hizo ella, no sé, cosas, para ayudarme, de las que no sepa?

Su rostro esta medio escondido en las sombras, pero su sonrisa dentuda brilla en la luz reflejada.

—¿Qué dijo ella?

—No *dijo* nada.

Marjolein niego con la cabeza.

—Entonces yo tampoco puedo —empieza a cerrar la puerta. Luego se detiene—. Pero ¿consideraste en todos los meses que estuviste fuera, porque tu cuenta bancaria nunca se quedó en cero?

No lo había considerado, en realidad no. Rara vez usaba mi tarjeta bancaria, pero cuando lo hacía, siempre funcionaba.

—Alguien estaba siempre observando —dice Marjolein. Cuando cierra la puerta, ella todavía está sonriendo.

Cuarenta y Uno

Utrecht

Traducido por Maru Belikov

Todo toma demasiado tiempo. El tren se retrasa. La línea para alquilar bicicletas es muy larga. Así que en su lugar tomo un autobús que se detiene para recoger cada señora mayor en la ciudad. No debí haberme ido tan tarde, pero ya era tarde cuando me encontré con Sara esta mañana. Luego tomo unos pocos halagos antes de que ella finalmente recordara que había una carta. No, ella no la leyó. No, no recuerda de dónde venía. Pero cree que se envió a la dirección registrada. La que está en Utrecht. No hace tanto tiempo.

Para el momento que consigo llegar a Bloemstraat, es casi mediodía. El segundo ensayo técnico es a las 2:00 de regreso en Ámsterdam. No tengo nada más que tiempo en mi vida, pero nunca el suficiente cuando lo necesito.

Toco el timbre. No hay ninguna respuesta. No tengo idea quien vive aquí. Le escribí a Broodje en el camino pero no me respondió. Luego recuerdo que él está en algún lugar en medio del Egeo. Con Candace. Cuyo nombre conoce, cuyo número telefónico y dirección de correo consiguió antes de dejar México.

La puerta principal está cerrada con llave pero todavía tengo mi llave y todavía funciona. La primera buena señal.

—Hola —grito, mi voz haciendo eco a través de la casa vacía. Ya no luce como el lugar donde vivía. No más sofá con bultos. No más olor de chico. Incluso las flores de Piccaso se han ido.

Hay una mesa de comer, con correo disperso sobre toda ella. Rebusco a través de las pilas tan rápido como es posible, pero no veo nada, así que me obligo a calmarme y metódicamente voy a través de cada pieza de correo, dividiéndola en dos ordenadas pilas: para Broodje, para Henk, para W, incluso para Ivo, quien todavía está recibiendo correo aquí, para un par de chicas que no conozco que deben estar viviendo ahora aquí. Hay algunas cartas para mí, más que todo cartas viejas de la universidad y catálogos de viajes de la agencia que use para comprar nuestros pasajes para México.

Miro arriba por las escaleras. Quizá la carta está allá arriba. O en el ático en mi vieja habitación. O en una de las gavetas. O quizá no es la que Sara envió. Quizá todavía está en Nieuwe Prinsengracht. O en algún lugar en la oficina de Marjolein.

O quizá no hay ninguna carta de ella. Quizá solo es otra falsa esperanza que he conjurado para mí mismo.

Oigo el tictac. Sobre el lienzo, donde el Picasso solía estar colgado, hay un antiguo reloj de madera, como el tipo que Saba una vez tuvo en su apartamento en Jerusalén. Fue una de las pocas piezas que Yael mantuvo después que muriera. Me pregunto dónde está ahora.

Son las doce y media. Si quiero alcanzar el tren de regreso para llegar al ensayo técnico, tengo que irme ahora. De otra forma, llegare tarde. ¿Y llegar tarde al ensayo técnico? La única cosa peor en el libro de Petra sería no asistir a una presentación. Pienso en el suplente original, reemplazado porque había perdido tres ensayos. Es muy tarde para que me sustituya, pero eso no quiere decir que no me puede despedir. De todas formas, no soy nada más que una sombra.

Ser despedido no hará ninguna diferencia en mi vida ahora. Excepto que no *quiero* ser despedido. Y más que eso, no quiero entregarle en bandeja esa decisión a Petra. Si llego tarde, eso es exactamente lo que pasara.

La casa de repente parece enorme, como que tomaría años para buscar en todas las habitaciones. El momento aún más grande.

He renunciado a Lulu antes. En Utrecht. En México. Pero eso se sentía como rendirse. Como que era *yo* quien realmente se estaba rindiendo. Esto de alguna manera se siente diferente. Como que quizá Lulu me trajo a este lugar, y por primera vez en mucho tiempo, estoy en la cúspide de algo real. Quizá este es el punto de todo. Quizá *esto* es dónde el camino está destinado a terminar.

Pienso en las postales que deje en su maleta. Había escrito lo siento en una de ellas. Solo que ahora entiendo que lo realmente debía haber escrito era *gracias.*

—Gracias —digo en voz baja a la casa vacía. Sé que ella nunca lo escuchará, pero de alguna forma ese parece ser el punto.

Entonces dejo caer el correo en la papelera de reciclaje y me dirijo de regreso a Ámsterdam, cerrando la puerta detrás de mí.

Parte Dos

Un Día

Cuarenta y Dos

AGOSTO
Amsterdam

Traducido por Lalaemk

El teléfono está sonando. Y estoy durmiendo. Dos cosas que no deberían estar ocurriendo al mismo tiempo. Abro los ojos, buscando con torpeza el teléfono, pero el sonido continúa, gritando en la todavía noche.

Una luz se enciende. Broodje, desnudo como un recién nacido, se pone delante de mí entrecerrando los ojos en la luz amarilla de la lámpara, y las paredes alimonadas. Entregándome mi teléfono.

—Es para ti, murmura, y luego apaga la luz y camina adormilado de vuelta a la cama.

Pongo el teléfono en mi oído y escucho las exactas cuatro palabras que no quieres oír al otro extremo de una llamada a mitad de la noche.

—Ha habido un accidente.

Mi estómago se desploma y oigo un silbido mientras espero a escuchar quién. Yael. Daniel. Fabiola. El bebé. Alguna sustracción en mi familia que ya no puedo soportar.

Pero la voz continúa hablando y me toma un minuto calmar mi respiración y escuchar lo que está diciendo. *Bicicleta* y *moto* y *tobillo* y *fractura* y *presentación* y *emergencia* y es entonces cuando entiendo que no es ese tipo de accidente.

—¿Jeroen? —digo al final, pensando en quién más puede ser? Quiero reír. No por la ironía, sino por el alivio.

—Sí, Jeroen, —dice de golpe Linus. Jaroen, el invencible, derribado por un conductor ebrio de moto. Jeroen insiste en puede continuar, con su pie en un yeso, y tal vez pueda, para la siguiente presentación del fin de semana. ¿Pero este fin de semana?

— Puede que tengamos que cancelar —dice Linus—. Te necesitamos en el teatro tan pronto como sea posible. Petra quiere ver lo que puedes hacer.

Froto mis ojos. La luz se asoma entre las sombras. No es la mitad de la noche después de todo. Linus me dice que esté en el teatro, el teatro real, no el escenario en Vondelpark, a las ocho.

—Va a ser un largo día —advierte.

Just One Year

Petra y Linus apenas y miran hacia arriba cuando llego al teatro. Los ojos endrinos de Marina ofrecen una mirada cansada, de simpatía. Está sosteniendo un rollo que rompe a la mitad y me lo entrega.

—Gracias —le digo— no tuve tiempo para comer.

—Me lo imaginaba —dice.

Me siento en el borde del escenario, junto a ella.

—Así que, ¿qué pasó?

Ella arquea su ceja.

—El Karma sucedió —introduce un mechón de pelo detrás de su oreja—. Sé que es una broma presumir de su record perfecto, y he escuchado que lo ha hecho muchas veces antes, y nada pasó. —Hace una pausa para desempolvar las migajas de su regazo—. Pero no te ríes del destino así sin que el destino eventualmente ría a lo último. El único problema es, que no sólo lo afecta a él. Podría cerrar la puesta en escena.

—¿Cerrarla? Pensé que sólo era esta noche.

—Jeroen no será capaz de llevar a cabo ningunas de sus presentaciones de esta semana, e incluso si en realidad puede arreglárselas con el elenco, va a tener que hacerlo por las próximas seis semanas, tendrán que reprogramar toda la cosa. Además, hay cuestiones del seguro.

—Suspira—. Puede que sea más fácil si solo cancelamos.

Mis hombros se hunden bajo el peso de esa declaración. Así que recae en mí.

—Creo que estoy comenzando a creer en la maldición de Mackers —le digo a Miranda.

Me mira, la preocupación en sus ojos mezclada con simpatía. Parece que está a punto de decir algo cuando Petra me llama al escenario.

Linus luce miserable. Pero Petra, la de las mil rabietas, está en realidad calmada, con humo de cigarrillo arremolinándose a su alrededor como una estatua ardiendo. Me toma un minuto darme cuenta que no está calmada. Está resignada. Ya ha cancelado esta noche.

Subo al escenario. Respiro:

—¿Qué puedo hacer? —le pregunto.

—Tenemos al elenco en estado de alerta para un repaso completo después —dice Linus—. Justo ahora, nos gustaría llevar a cabo tus escenas con Marina. Veamos cómo van esas.

Petra aplasta su cigarrillo.

—Avanzaremos al Primer acto, Escena Uno con Rosalind. Yo leeré a Celia. Linus leerá Le Beau y el Duque. Comencemos antes de la pelea con la línea de Le Beau.

—¿Señor contrincante, os llama la princesa? —pregunta Linus. Petra asiente.

—Me pongo a sus órdenes con todo respeto —digo, saltando a la siguiente línea de Orlando, Hay un momento de sorpresa mientras me miran.

—Joven, ¿habéis retado al luchador Carlos?—pregunta Marina como Rosalind.

—No, bella princesa: es él quien reta. Yo me presento como todos, para probar mi fuerza juvenil —replico, no jactancioso, como lo hace Jeroen, sino equilibrando la bravuconería con un poco de incertidumbre, que de alguna manera sé, es como Orlando debe sentirse.

He dicho esas palabras cientos de veces en lecturas con Max, pero sólo eran líneas de un guión, y nunca me he detenido a entenderlas porque en realidad nunca tuve que hacerlo. Pero mientras el monólogo de Sebastian revive en mi audición meses atrás, las palabras parecían cargadas repentinamente con significado. Se convirtieron en un lenguaje que conozco.

Vamos de atrás hacia delante y entonces llego a la línea de Orlando:

—No causaré dolor a los míos, pues no tengo quien me llore; ni haré daño al mundo, pues en él nada poseo. —Mientras digo las palaras, siento un poco de emoción atrapada en la parte de atrás de mi garganta. Porque sé lo que quiere decir. Por un minuto, pienso en quitar esa emoción, pero no lo hago, la respiro, dejando que me lleve a través de la escena.

Me siento suelto y bien mientras nos movemos a la escena de la pelea, en la cual hago pantomima peleando con un oponente invisible.

Conozco bien esta parte. Orlando gana la pelea, pero pierde de todas formas. Es expulsado del reino del duque y advirtió que su hermano quiere matarlo.

Llegamos al final de la escena. Petra, Linus, incluso Marina, todos me miran fijamente, sin decir nada.

—¿Debemos continuar? —pregunto—. ¿Comenzar el segundo acto? —Ellos asienten. Corro esa escena con Linus leyendo la parte de Adam, y cuando terminamos eso, Petra aclara su garganta y me pide que volvamos al inicio, el monólogo de apertura de Orlando, el que estropeé la última vez.

No fallo esta vez. Cuando termino, hay aún más silencio.

—Así que ya te sabes el guión, eso es claro —dice Linus finalmente—. ¿Y la construcción?

—Sí, eso también, —digo.

Se ven tan incrédulos. ¿Qué creen que he estado haciendo todo este tiempo?

Calentando un asiento, viene mi propia respuesta. Y tal vez no debería estar sorprendido por su sorpresa. Porque, ¿no es eso lo que también pensaba que estaba haciendo?

Petra y Linus se excusan ante Marina y ante mí. Tienen algunas cosas que discutir. Si deciden proceder con la presentación de esta noche, tendrá que haber un ensayo general en el teatro por la tarde, y tendré que hacer un tecnicismo adicional por el anfiteatro más tarde sólo con Linus.

—No te muevas. Mantén tu teléfono encendido —dice Linus y da unas palmaditas en mi espalda y me da una mirada que es casi fraternal—. Hablaremos pronto.

Marina y yo nos dirigimos a una cafetería cercana por un café. Está lloviendo, y dentro, las ventanas están empañadas. Nos sentamos en una mesa. Froto un círculo en la ventana. Pasando el canal está la librería donde encontré por primera vez una copia de *Noche de Reyes*. Apenas está abriendo. Le cuento a Marina sobre el neumático desinflado y mi parada en la tienda, la extraña cadena de eventos que me llevó a ser el suplente de Jeroen, y posiblemente ahora, interpretar a Orlando.

—Nada de eso tiene que ver con la interpretación que acabas de dar. —Sacude su cabeza y sonríe, una sonrisa privada, y es esto, más que nada, lo que hace que me detenga de sentirme como un miembro del elenco de las sombras—. Te estuviste conteniendo ante nosotros.

No sé qué responder. Tal vez me he estado conteniendo de mí mismo también.

—Deberías decírselo —dice ella, señalando hacía la librería—. El chico que te vendió el libro y te dijo acerca de la obra. Si sigues adelante, deberías decirle que en parte es por su causa.

Si sigo adelante, hay un montón de gente a la que se lo tengo que decir.

—¿No te gustaría saber —continúa Marina—, que en una pequeña parte, algo al azar que hiciste causó tal impacto en la vida de alguien? ¿Cómo llaman a eso? ¿El Efecto Mariposa?

Observo al hombre abrir la librería. Debería decirle. Aunque a la persona que en realidad le quiero decir, la persona que de alguna manera está intrincadamente atada a todo esto, que realmente me ha guiado a esto, no le puedo decir.

—Ya que nos estamos confesando —dice Marina—. Debería decirte que he estado un poco intrigada por ti desde el principio, este actor misterioso que se contiene de sí mismo, del que nadie ha oído, pero que es lo suficientemente bueno para ser elegido como el reemplazo.

¿Suficientemente bueno? Eso me sorprende. Pensé que era lo opuesto.

—Tengo una política estricta de no romances en el show —continúa—. Nikki sigue diciéndome que puede ser una excepción porque eres un reemplazo y no estás en la presentación, pero ahora que probablemente lo estás estoy más intrigada aún. —Me da una sonrisa privada otra vez—. O cerramos esta noche o cerramos en tres semanas, pero de cualquier manera, después de que haya terminado, ¿tal vez podamos pasar algún tiempo juntos?

Esa oleada de nostalgia por Lulu sigue aún en mi torrente sanguíneo, como una droga que desgasta su media vida. Marina no es Lulu. Pero Lulu ni siquiera es Lulu. Y Marina es asombrosa. ¿Quién sabe en lo que se podría convertir?

Estoy a punto de decir que sí, después de que cerremos, que me gustaría eso, pero soy interrumpido por el sonido de mi celular. Ella mira el número y sonríe.

—Ese es tu destino llamando.

Cuarenta y Tres

Traducido por flochi

Tantas cosas por hacer. Hay un ensayo de todo el reparto al mediodía. Luego un repaso de la tecnología. Tengo que correr de regreso al apartamento, agarrar algunas cosas, decirle a los chicos. Y a Daniel. A Yael.

Broodje apenas está despertando. Sin aliento, le cuento las noticias. Para el momento en que terminé, él ya se encuentra en el teléfono, llamando a los chicos.

—¿Le contaste a tu madre? —pregunta cuando cuelga.

—La voy a llamar ahora.

Calculo la diferencia horaria. No es precisamente las cinco en punto en Mumbai, por lo que Yael estará trabajando. Le envío en cambio un correo. Mientras estoy en ello, le envío uno a Daniel. En el último minuto, le envío uno a Kate, contándole del accidente de Jeroen, invitándola al show de esta noche si ella se encuentra en el área. Incluso la invito a quedarse conmigo y le doy la dirección del apartamento.

Estoy a punto de cerrarse sesión cuando hago un rápido escaneo a mi bandeja de entrada. Hay nuevos mensajes de una dirección desconocida y creo que es basura. Hasta que veo la oración del asunto: Carta.

Mi mano está temblando un poco mientras hago clic en el mensaje. Es de Tor. O reenviado de Tor a través de algún actor de Guerrilla Will que no acata la prohibición de correo electrónico como ella.

> Hola Willem:
>
> Tor me pidió que te enviara un correo para decirte que se encontró con Bex la semana pasada y él le dijo que no habías recibido su carta. Tor estaba muy molesta porque la carta era importante y ella había pasado por un montón de problemas para intentar hacértela llegar. Ella quería que supieras que era de una chica que conociste en Paris que te estaba buscando porque la habías follado y te echaste a la fuga. (Palabras de Tor, no las mías). Ella

dijo que deberías saber que las acciones tienen consecuencias. Nuevamente, las palabras de Tor. No le dispares al mensajero. ☺ Sabes cómo es ella.

Felicidad!! Josie

Me hundo en mi cama mientras emociones variadas batallan entre sí. La folló, se echó a la fuga. Siento el enojo de Tor. Y el de Lulu también. Vergüenza y arrepentimiento surgen para luego detenerse ahí, mantenidos a raya por alguna fuerza invisible. Porque ella me está buscando. Lulu me está buscando, también. O lo estaba. Quizás solo para mandarme al carajo. Pero ella me estaba buscando como yo la buscaba a ella.

No sé cómo sentirme mientras vago por la cocina. Es demasiado para solo un día.

Encuentro a Broodje cascando huevos en una sartén.

—¿Quieres un *uitsmijter*? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Deberías comer algo. Mantener las fuerzas.

—Tengo que irme.

—¿Ahora? Henk y W están en camino. Quieren verte. ¿Estarás cerca antes de tu gran debut?

El ensayo empieza al mediodía y tomará al menos tres horas, y luego Linus dijo que tendría un descanso antes de ir a un ensayo al anfiteatro a las seis.

—¿Probablemente pueda volver a las cuatro o cinco?

—Estupendo. Deberíamos tener los planes para la fiesta en marcha para entonces.

—¿Planes para la fiesta?

—Willy, esto es grande. —Hace una pausa para mirarme—. Después del año que has tenido, los años que has tenido, deberíamos celebrar esto.

—Está bien, de acuerdo —digo, todavía medio confundido.

Regreso a mi habitación para empacar una muda de ropa para debajo del traje, zapatos para usar. Estoy a punto de irme cuando veo el reloj de Lulu acomodado en mi estante. Lo sostengo en mi mano. Después de todo este tiempo, sigue andando. Lo sostengo en mi mano un largo momento. Luego lo deslizo en mi bolsillo.

Cuarenta y Cuatro

Traducido por Brendy Eris

En el teatro, el resto del elenco ha sido convocado. Max viene detrás de mí.

—*Te cubro la espalda* —susurra

Estoy a punto de preguntarle lo quiso decir, y luego veo lo que quiere decir. Durante la mayor parte durante tres meses, he sido mayormente invisible para muchas de estas personas, un miembro en la sombra. Y ahora, el centro de atención es evidente y no hay más seguridad en las sombras. La gente me miraba con una mezcla particular de sospecha y condescendencia, una sensación familiar de cuando yo estaba de viaje y caminaba a través de ciertos barrios en los que mi tipo no tienden a vagar. Como lo hacía cuando estaba viajando, yo sólo actúo como si no me diera cuenta y seguía adelante. Muy pronto Petra está aplaudiendo, reuniéndonos juntos.

—No tenemos tiempo que perder —dice Linus—. Vamos a hacer un repaso de la modificación, saltando las escenas en las que Orlando no está.

—Entonces, ¿Por qué nos llamas a *todos* nosotros? —murmura Geert, que interpreta el papel de uno de los hombres de Federico y Silvius, que casi no tiene escenas con Orlando.

—Lo sé. Sentarse a ver el acto de otra gente es una pérdida tan horrible de tiempo —dice Max, su voz tan sincera que le toma a Geert unos segundos para mirarla intencionadamente.

Max me da una sonrisa torcida. Me alegro de que esté aquí.

—Llamé a todos los miembros —dice Petra, con una exagerada paciencia que les deja saber que está llegando al final de su paciencia—, así podrían todos acostumbrarse a los diferentes ritmos de un nuevo actor, y así todos poder ayudar a Willem a asegurar que la transición entre él y Jeroen es lo más fluida posible. Lo ideal es que ni siquiera seas capaz de notarse la diferencia.

Max pone los ojos y me sonríe con su sonrisa torcida.

—Ahora, desde el principio, por favor —dice Linus, tocando su portapapeles—. No hay ningún set ni marcas solo haz lo mejor.

Tan pronto como me paseo en el escenario, me siento aliviado. Aquí es donde estoy destinado a estar. En la cabeza de Orlando. A medida que avanza el rol, descubro más cosas acerca de Orlando. Descubro la clave en la primera escena cuando él y Rosalind se conocen. Es sólo por unos momentos, pero ellos ven algo en el otro, reconocen algo. Y la chispa que sostiene la pasión, para ambos, para el resto de la obra. Ellos no se ven el uno al otro, conscientemente viéndose, sino hasta el final.

Que danza la que Shakespeare escribió en un puñado de páginas. Orlando está a punto de pelear con un hombre mucho más fuerte que él, pero actúa frente a Rosalind y Celia para impresionarlas. Tiene miedo, lo sabe, pero en lugar de mostrarlo, él alardea. Él coquetea.

—Que vuestros bellos ojos y nobles deseos me acompañen en la prueba —dice él.

El mundo gira durante momentos. Y en este rol, es el momento en que Rosalind dice:

—La poca fuerza que tengo, me gustaría que estuviera con usted.

Esa línea. Abre una grieta en su fachada. Revela lo que hay debajo. Rosalind ve a Orlando. Él la ve. Ese es todo el juego, justo ahí.

Siento las líneas como nunca antes, como si estuviera comprendiendo realmente las intenciones de Shakespeare. Me siento como si realmente había una Rosalind y un Orlando y yo estoy aquí para representarlos. No actuando en una obra. Se remonta más lejos que eso. Es mucho más grande que yo.

—Diez minutos de descanso, —dice en voz alta Linus al final del primer acto. Todo el mundo se dirige a fumar o tomar un café. Pero me resisto a abandonar el escenario.

—Willem —me llama Petra. —Una palabra.

Ella está sonriendo, que rara vez lo hace, y al principio lo leí como placer, porque ¿no es eso lo que se comunica con una sonrisa?

El teatro se vacía. Excepto por nosotros dos. Ni siquiera Linus.

—Quiero decir que estoy impresionada —empieza.

Dentro de mí soy un niño sonriendo en una mañana de cumpleaños, a punto de conseguir regalos. Pero trato de mantener mi cara profesional.

—Con tan poca experiencia, conoces el idioma tan bien. Nos dejamos llevar con tu facilidad con el idioma en tu audición, pero esto… —Ella sonríe de nuevo, sólo que ahora me doy cuenta de que se parece un poco a un perro que descubre sus colmillos. —Y la construcción, la tienes. Linus me dice que incluso has aprendido algo de la coreografía de la lucha.

—Observé —le digo—. Presté atención.

—Excelente. Eso es lo que tenías que hacer. —Y aquí viene la sonrisa de nuevo. Sólo que ahora empiezo a dudar de que refleje algún placer en realidad—. Hablé con Jeroen hoy —continúa.

Yo no digo nada, pero mis intestinos se revuelven. Todo esto, y ahora Jeroen va a volver de nuevo con su elenco.

—Está terriblemente avergonzado por lo que pasó, pero sobre todo está decepcionado por haber defraudado a su empresa.

—No hay nadie a quien culpar. Él tuvo un accidente —le digo.

—Sí. Por supuesto. Un accidente. Y él tiene muchas ganas de estar de vuelta para las dos últimas semanas de la temporada y vamos a hacer todo lo posible para adaptarnos a satisfacer sus necesidades, porque eso es lo que haces cuando eres parte de un elenco. ¿Entiendes?

Asiento con la cabeza, aunque en realidad no entiendo a lo que quiere llegar.

—Entiendo lo que estabas tratando de hacer allí con tu Orlando.

Tu Orlando. Algo en la forma en que ella lo dice me hace sentir como que no será mío por mucho tiempo.

—Pero el papel del suplente no es traer tu propia interpretación de la pieza que estas presentando —continúa—. Se trata de hacer el papel como el actor que estás reemplazando. Así que, en efecto, no estás actuando a Orlando. Estas actuando a Gosslers Jeroen actuando a Orlando.

Pero el Orlando de Jeroen está todo mal, quiero decir. Todo es machismo y enojado y sin revelaciones, y sin vulnerabilidad, Rosalind no le amará, y si Rosalind no lo ama,

¿por qué le importaría al público? Quiero decir: *Déjame hacer esto. Déjame hacerlo bien esta vez.*

—¿Crees que puedes manejar eso?

Petra sonríe de nuevo. Qué tonto de mí de todas las personas al no reconocer su sonrisa como lo que era.

—Todavía podemos cancelar este fin de semana —dice ella, su voz suave, la amenaza clara—. Nuestra estrella ha tenido un accidente. No pueden culparnos.

Dando algo, quitándolo de regreso. ¿Por qué siempre tiene que trabajar de esa manera?

El elenco comienza a desplazarse de nuevo en el teatro, los diez minutos de descanso terminan, listos para volver al trabajo, para que esto suceda. Cuando me ven a mí y a Petra hablando, se callan.

—¿Nos entendemos? —pregunta ella, su voz tan amable casi cantarina.

Miro el elenco nuevo. Miro a Petra. Asiento con la cabeza. Nos entendemos.

Cuarenta y Cinco

Traducido por Soñadora

Cuando Linus nos despide por la tarde, corro a la puerta.

—Willem —llama Max.

—Willem —llama Marina detrás de ella.

Las ignoro con una seña. Tengo que medirme mi vestuario y luego sólo tengo un par de horas antes de que Linus me encuentre para pasar por mis marcas en el escenario del anfiteatro. En tanto a lo que Marina o Max tengan que decir: si es un elogio de mi trabajo, como si incluso Petra hubiese estado impresionada, no quiero oírlo. Si son preguntas acerca de por qué lo interpreto así, cuando lo hice tan diferente antes, entonces realmente no quiero oírlo.

—Debo irme —les digo—. Las veo esta noche.

Se ven heridas, cada una a su modo. Pero sólo me alejo de ellas.

De nuevo en el departamento, encuentro a W, Henk y Broodje ocupados en el trabajo; páginas amarillas de una agenda en la mesa de café.

—Esa ahí es Femke —está diciendo Broodje—. Hey, es la estrella.

Henk y W comienzan a elogiarme. Sólo sacudo mi cabeza.

—¿Qué es todo esto? —hago un gesto hacia el proyecto en la mesa.

—Tu fiesta —dice W.

—¿Mi fiesta?

—La que tendremos esta noche —dice Broodje.

Suspiro. Olvidé todo eso.

—No quiero una fiesta.

—¿Qué quieres decir con que no quieres una fiesta? —pregunta Broodje—. Dijiste que estaba bien.

—Ahora no lo está. Cancélala.

—¿Por qué? ¿No saldrás?

—Si saldré. —Voy a mi habitación—. Nada de fiestas —digo.

—Willy —grita Broodje detrás de mí.

Cierro la puerta de golpe, me tiro en la cama. Cierro mis ojos y trato de dormir, pero eso no sucede. Me siento y miro una copia de Broodje de «*Voetbal International*» pero eso no sucede tampoco. Lo tiro de vuelta a mi biblioteca. Aterriza junto a un gran sobre. El paquete de fotos que saqué del ático el mes pasado.

Abro el sobre, paso las fotos. Me quedo con una de ellas de Yael y Bran en mi cumpleaños número 18. Es como un dolor, lo mucho que los extraño. Lo mucho que la extraño a ella. Estoy tan cansado de extrañar cosas que no tengo.

Levanto el teléfono, sin siquiera calcular la diferencia horaria.

Ella responde de inmediato. Y justo como la otra vez, estoy sin palabras. Pero no Yael, no esta vez.

—¿Qué está mal? Dime.

—¿Recibiste mi e-mail?

—No lo he revisado. ¿Hay algo mal?

Ella suena en pánico. Debería haberlo imaginado. Llamadas de la nada. Requieren tranquilidad.

—No es nada como eso.

—¿Nada como qué?

—Como antes. Quiero decir, nadie está enfermo, aunque alguien si se quebró un tobillo. —Le cuento sobre Jeroen, sobre yo tomando su papel.

—¿Pero esto no debería hacerte feliz? —pregunta.

Pensé que debía hacerme feliz. Sí me hizo feliz esta mañana. Oír sobre la carta de Lulu me puso feliz esta mañana. Pero ahora eso se acabó y siento sólo su recriminación. Cuánto se puede balancear el péndulo en un día. Creerías que ya lo sabría para ahora.

—Parece que no.

Ella suspira.

—Pero Daniel dijo que parecías tan enérgico.

—¿Hablaste con Daniel? ¿Sobre mí?

—Varias veces. Pedí su consejo.

—¿Le pediste a *Daniel* su consejo? —De alguna manera esto es más impresionante que ella preguntándole a él sobre mí.

—Me preguntaba si él creía que debería pedirte que volvieras. —Hace una pausa—. A vivir conmigo.

—¿Quieres que vuelva a la India?

—Si tú quieres. Podrías actuar aquí. Parece irte bien. Y podríamos encontrar un departamento más grande. Algo para nosotros dos. Pero Daniel pensó que debía aguantarme. Creía que habías encontrado algo.

—No he encontrado nada. Y podrías haberme preguntado a *mí*. —Sale muy amargo.

Ella debe oírlo también. Pero su voz se mantiene suave.

—Te lo *estoy* preguntando, Willem.

Y me doy cuenta de que lo hace. Después de todo este tiempo. Las lágrimas llenan mis ojos. Estoy agradecido, en este pequeño momento, de todos los kilómetros que nos separan.

—¿Qué tan pronto puedo ir? —pregunto.

Hay una pausa. Luego me da la respuesta que necesito.

—Tan pronto como quieras.

La obra. Tendré que hacerla este fin de semana, luego Jeroen volverá o puedo renunciar.

—¿Lunes?

—¿Lunes? —ella suena sólo un poco sorprendida—. Tendré que preguntarle a Mukesh que puede hacer.

Lunes. En tres días. ¿Pero qué hay para quedarse? El departamento está terminado. Pronto Daniel y Fabiola volverán con el bebé, y no habrá lugar para mí.

—¿No es muy pronto? —pregunto.

—No es muy pronto —dice ella—. Sólo estoy agradecida de que no es demasiado tarde.

Hay un dolor en mi garganta y no puedo hablar. Pero no lo necesito. Porque Yael comienza a hablar a torrentes, disculpándose por tenerme a distancia de un brazo, diciéndome que Bram lo dijo siempre, que no era yo, era ella, Saba, su niñez. Todas las cosas que yo ya sabía pero no comprendí hasta ese momento.

—Ma, está bien —la detengo.

—No lo está, de hecho —dice ella.

Pero lo está. Porque he comprendido los modos que puedes escapar, como a veces escapas de una prisión sólo para encontrarte que te has construido una diferente.

Es algo gracioso, porque creo que mi madre y yo quizás finalmente estamos hablando el mismo lenguaje. Pero de algún modo, ahora las palabras no parecen tan necesarias.

Cuarenta y Seis

Traducido por Itorres

Cuelgo la llamada con Yael, sintiendo como si alguien hubiera abierto una ventana y dejara el aire entrar. Tengo que recordar que esto es lo que pasa cuando se viaja. Un día, todo parece sin esperanza, perdido. Y luego tomas un tren o recibes una llamada telefónica, y hay un nuevo mapa entero de opciones que se abren. Petra, la obra de teatro, había parecido como algo, pero tal vez era sólo el último lugar en que el viento me llevaría. Y ahora está soplando de nuevo a la India. De vuelta a mi madre. Donde pertenezco.

Sigo sosteniendo el sobre de fotos. Una vez más, me olvidé de preguntar a Yael sobre ellas. Miro a la de Saba y la misteriosa chica y me doy cuenta ahora por qué me resultaba familiar la primera vez que la vi. Con su cabello oscuro y una sonrisa juguetona y cabello agitado, se ve un poco como Louise Brooks, esta... agarro el recorte de periódico... Olga Szabo. ¿Quién era ella? ¿La novia de Saba? ¿Era con quien Saba se escapó?

No estoy muy seguro de qué hacer con ellas ahora. Lo más seguro sería volver a ponerlos en el sótano, pero se siente un poco como encarcelarlos. Podría hacer copias de ellas y llevar los originales conmigo, pero todavía podrían perderse.

Miro la foto de Saba. Brinco a una de Yael. Pienso en la vida imposible que esos dos tuvieron juntos porque Saba la amaba tanto y trató muy duro de mantenerla a salvo. No estoy seguro de que es posible amar algo y a la vez mantenerlo a salvo. Amar a alguien es un acto tan inherentemente peligroso. Y, sin embargo, el amor, allí es donde nuestra salvación vive.

Me pregunto si Saba entendió esto. Después de todo, él es el que siempre decía:

La verdad y su opuesto son dos caras de la misma moneda.

Cuarenta y Siete

Traducido por Maru Belikov

Son las cuatro treinta. No tengo previsto encontrarme a Linus hasta las seis para un rápido ensayo técnico antes de la presentación. Afuera en la sala, escucho a Broodje y a los chicos. No quiero enfrentarlos. No puedo imaginar decirles que voy a regresar a India en tres días.

Dejo mi teléfono sobre la cama y me deslizo fuera por la puerta, diciendo adiós a los chicos. Broodje me da una triste mirada.

—¿Siquiera quieres que vayamos esta noche? — pregunta él.

No. No realmente. Pero no puedo ser tan cruel. No con él.

—Seguro —mentí.

Abajo, choco con mi vecina la Sra. Van Der Meer, que está de camino a pasear a su perro.

—Parece como que estamos teniendo finalmente algo de diversión esta noche —me dice ella.

—Genial —digo, aunque esta única vez preferiría que lloviera. Las personas se mantendrían lejos de la lluvia.

Pero, por supuesto, el sol está luchando su camino a través de la obstinada nube cubriéndolo. Estoy casi cerca del portón cuando escucho a alguien gritando mi nombre. Sigo caminando. Hay miles de Willems. Pero el nombre se hace más fuerte. Y luego grita en inglés.

—¿Willem, eres tú?

Me detengo. Me giro. No puede ser.

Pero lo es. Kate.

—¡Jesucristo, gracias a dios! — dice ella, corriendo hacia mí. —He estado llamándote y no hubo ninguna respuesta y luego vine pero tú estúpido timbre no funciona. ¿Por qué no respondiste?

Se siente como si le hubiera enviado ese correo hace un año. De un mundo diferente. Estoy avergonzado de el ahora, tener que pedir que viniera hasta aquí.

—Lo deje en el apartamento.

—Afortunadamente vi a tu vecina paseando al perro y ella dijo que pensó viniste por este camino. Es como uno de tus pequeños accidentes. —Se ríe. —Es un día de ellos. Porque tu correo vino en el momento más fortuito. David estaba intentando arrastrarme al más horrible innovador *Medea* en Berlín esta noche y estaba desesperadamente tratando de encontrar una excusa para no ir, y luego esta mañana recibí tu correo así que vine aquí en su lugar. Y estaba en el avión cuando me di cuenta que no tenía idea dónde era tú presentación. Y no respondiste tu teléfono y entre un poco en pánico, así que pensé en buscarte. Pero aquí estamos y todo está bien. —Pasa exageradamente pasa una mano a través de su frente. —¡Uf!

—Uf —digo débilmente.

El radar de Kate se enciende—. O quizá no uf.

—Quizás no.

—¿Qué ocurre?

—¿Puedo pedirte que hagas algo? —le he pedido ya tanto a Kate. ¿Pero tenerla aquí? Broodje y los chicos, ellos quizá no conozcan nada mejor. Pero Kate sí. Ella puede ver a través de toda la mierda.

—Por supuesto.

—¿Podrías no ir esta noche?

Ella se ríe. Como si esto fuera una broma. Y luego se da cuenta de que no lo es.

—Oh —dice ella, poniéndose seria—. ¿No te están dentro? ¿El tobillo del otro Orlando ha sanado misteriosamente?

Sacudo mi cabeza. Miro hacia abajo y veo que Kate está sosteniendo su maleta. Ella literalmente vino directo del aeropuerto. Para verme.

—¿Dónde te estás quedando? —le pregunto a Kate.

—El único lugar que pude encontrar a último minuto. —Saca una hoja de papel de su bolso—. ¿Major Rug Hotel? —dice ella—. No tengo idea como pronunciarlo, mucho menos donde es. —Me extiende el papel—. ¿Lo conoces?

Hotel Magere Brug. Sé exactamente donde está. Lo pasaba casi cada día de mi vida. Los fines de semana ellos solían servir pasteles caseros en el lobby, y Broodje y yo nos colaríamos de vez en cuando para tomar algunos. El gerente pretendía no notarlo.

Tomo su maleta.

—Vamos. Te llevare a casa.



La última vez que estuve en el bote, fue en septiembre; lo más lejos que llegue fue el muelle antes de alejarme. Lucía tan vacío, sombrío, como si también estuviera de luto por su perdida, lo que tenía por completo sentido porque él lo construyó. Incluso la clemátide que Saba había plantado «porque incluso una ciudad nubosa necesita sombra» la cual una vez se ha desbocado hasta la cubierta, poniéndose marchita y marrón. Si Saba hubiera estado aquí, él la cortaría de regreso. Era lo que siempre hacía cuando venía en el verano y encontraba las plantas enfermas en su ausencia.

La clemátide está de regreso ahora, tupida y salvaje, dejando caer pétalos púrpuras sobre toda la cubierta. La cubierta está llena de otras flores, enrejados, vides, pérgolas, macetas, cosas cubiertas con plantas.

—Este era mi hogar —le digo a Kate—. Fue aquí donde crecí. —Kate estuvo mayormente callada de camino aquí—. Es hermoso —dice ella.

—Mi padre lo construyó. —Puedo ver la maliciosa sonrisa de Bram, escucharlo anunciar para nadie en particular: *Necesito un ayudante esta mañana*. Yael se escondería bajo el edredón. Diez minutos después, yo tendría un taladro en mi mano—. Yo ayude, sin embargo. No he estado aquí en un largo tiempo. Tú hotel está justo al girar la esquina.

—Que coincidencia —dice ella.

—A veces creo que todo lo es.

—No. No todo lo es. —Ella mira hacia mí. Luego pregunta—: Entonces , ¿qué está mal, Willem? ¿Miedo escénico?

—No.

—¿Entonces qué es?

Le cuento. Sobre recibir la llamada esta mañana. Sobre ese momento en el primer ensayo, encontrar algo nuevo, encontrar algo real en Orlando, y luego todo irse al infierno.

—Ahora solo quiero llegar allí, hacerlo, terminar con ello —le digo—. Con tan pocos testigos como sea posible.

Espero simpatía. O el consejo de alguna forma indescifrable de Kate. En su lugar, consigo risa. Con bufidos e hipo. Luego dice:

—Tienes que estar bromeando.

No estoy bromeando. No digo nada.

Intenta contenerse a sí misma.

—Lo siento, pero la oportunidad de toda una vida ha caído en tu regazo, finalmente consigues uno de tus gloriosos accidentes, y vas a dejar que una vil directora te arruine.

Ella está haciéndolo ver tan ligero, un mal asesoramiento. Pero se siente como mucho más. Un golpe en la cara, no un mal asesoramiento, sino una reorientación. *Esta no es la forma*. Y justo cuando pensé que realmente había encontrado algo. Trato de encontrar las palabras para explicar esto… esta traición.

—Es como encontrar la chica de tus sueños… —empiezo.

—¿Y darte cuenta que nunca pediste su nombre? —termina Kate.

—Iba a decir enterarte que ella en realidad era un hombre. Eso que has dicho está completamente mal.

—Eso solo pasa en las películas. O Shakespeare. Aunque es gracioso que menciones la chica de tus sueños, porque he estado pensando sobre tu chica, la que estabas persiguiendo en México.

—¿Lulu? ¿Qué tiene ella que ver con esto?

—Estaba diciéndole a David sobre ti y tu historia y él pregunto esta ridícula, simple pregunta con la que he estado obsesionada desde entonces.

—¿Sí?

—Es sobre tu mochila.

—¿Has estado obsesionada sobre mi *mochila*? —lo hago sonar como una broma, pero de repente, mi corazón se acelera.

Desaparecer. Follarla. Puedo escuchar el disgusto de Tor, en ese acento de Yorkshire de ella.

—Aquí está la cosa: si solo ibas a salir por un café o croissant o reservar una habitación de hotel o lo que sea, ¿Por qué llevaste la mochila contigo, con todas tus cosas dentro?

—No era una mochila grande. La viste. Era la misma que tenía en México. Siempre he viajado así de ligero. —Estoy hablando muy rápido, como alguien con algo que esconder.

—Claro. Claro. Viajar ligero. Así puedes seguir adelante. Pero tú ibas a regresar y tenías que trepar, si recuerdo bien. ¿No es cierto? —Yo asiento—. ¿Y tú llevaste la mochila contigo? ¿No hubiera sido más fácil dejar la mayoría de tus cosas allí? Más fácil para trepar. Lo más probable, hubiera sido una clara señal de que intentabas regresar.

Estaba allí en la ventana, una pierna dentro, una pierna fuera. Un soplo de viento, tan filoso y frío que todo el calor, perforo a través de mí. Dentro, escuche a Lulu moverse y envolverse en la lona. La observe por un momento, y mientras lo hacía, este sentimiento había venido a mí más fuerte que nunca. Pensé, *Quizá debería solo esperar a que despierte*. Pero ya estaba en la ventana y podía ver una pastelería bajando por la calle.

Aterricé pesadamente, en un charco, agua de lluvia alrededor de mi pie. Cuando mire de regreso arriba a la ventana, la cortina blanca agitándose en el impetuoso viento, sentí tristeza y alivio, el tirón de pesadez y ligereza, uno levantándome, el otro empujándome hacía abajo. Entendí entonces, que Lulu y yo habíamos empezado algo, algo que siempre había querido, pero también estaba asustado de conseguir. Algo de lo que quería más. Y también, algo de lo que me quería alejar. La verdad y su opuesto.

Partí hacia la pastelería no muy seguro de saber qué hacer, no seguro si debía regresar, quedarme otro día, pero sabiendo que sí lo hacía, abriría completamente esto. Compre los croissants, todavía sin saber qué hacer. Y luego gire la esquina y allí estaban los cabeza rapadas. Y de una forma retorcida, estaba aliviado: Ellos tomarían la decisión por mí.

Excepto que tan pronto desperté en el hospital, incapaz de recordar a Lulu, o su nombre, o donde estaba, pero desesperado de encontrarla, entendí que fue la decisión equivocada.

—Yo *iba* a regresar —le digo a Kate. Pero hay cierta inseguridad en mi voz, y corta mi engaño abiertamente.

—¿Sabes lo que pienso, Willem? —dice Kate, su voz gentil—. Creo que actuar, y esa chica, son la misma cosa. Consigues acercarte a algo y te asustas, encuentras una forma de alejarte a ti mismo.

En Paris, el momento cuando Lulu me hizo sentir salvado, cuando se paró entre los cabezas rapadas y yo, cuando cuido de mí, cuando se convirtió en mi chica de la montaña, casi la envíe lejos. Ese momento, cuando encontré seguridad, mire hacia ella, la determinación quemando en sus ojos, el amor que ya estaba allí, improbable después de solo un día. Lo sentí todo, el anhelo y la necesidad, pero también el miedo porque vi lo que perder ese tipo de cosa podía hacer. Quería ser protegido por su amor, y ser protegido de él.

No lo entendía entonces. El amor no es algo que proteges. Es algo por lo que arriesgas.

—¿Sabes la ironía sobre actuar? —reflexiona Kate—. Llevamos miles de máscaras, somos expertos en ocultar, pero el único lugar donde es imposible esconderse es sobre el escenario. Así que no es de extrañar porque estás tan asustado. Y Orlando, ¡bueno, que puedo decir!

Ella tiene razón, otra vez. Sé que la tiene. Petra no hizo nada hoy excepto darme una excusa para correr otra vez. Pero la verdad de ello es que yo realmente no quería huir ese día con Lulu. Y no quiero hacerlo ahora tampoco.

—¿Qué es lo peor que podría pasar si lo hacer a tu manera esta noche? —pregunta Kate.

—Me despide. —Pero si lo hace, será mi acción que lo decidirá. No mi falta de acción. Empiezo a sonreír. Es tentativa, pero es real.

Kate iguala la mía con una gran versión americana.

—Sabes lo que siempre digo: Ve a lo grande o vete a casa.

Miro hacia el bote; está tranquilo, pero el jardín está tan exuberante y bien atendido en una forma que nunca estuvo con nosotros. Es un hogar, no mío, sino de alguien más.

Ve a lo grande o vete a casa. Escuche decir a Kate esto antes y no entendiéndolo del todo. Pero ahora lo entiendo, aunque creo que esta vez, Kate está mal. Porque para mí, no es ir a lo grande o ir a casa. Es ve a lo grande *y* a casa.

Necesito hacer la primera para luego hacer la otra.

Cuarenta y Ocho

Traducido por Lalaemk

Tras bastidores. Es la locura habitual, sólo que me siento extrañamente tranquilo. Linus me apresura al camerino improvisado donde me cambio de la ropa de calle a la ropa de Orlando, alterado para que quede. Me pongo mi maquillaje. Doblo mi ropa en los armarios detrás del escenario. Mis jeans, camisa, el reloj de Lulu. Lo sostengo en mi mano un segundo más, siento el tic-tac vibrar contra mi palma, y luego lo pongo en el armario.

Linus nos reúne en un círculo. Hay ejercicios vocales. Los músicos afinan sus guitarras. Petra da direcciones de último minuto, sobre la búsqueda de mi luz y mantener el enfoque y los demás actores que me apoyan, y sólo hacer lo mejor posible. Ella me está dando un mirada penetrante, y preocupada.

Linus pide cinco minutos y se pone su audífono y Petra se aleja. Max ha venido tras bastidores por la presentación de esta noche y está sentada en un taburete de tres patas en las alas.

No dice nada, pero sólo me mira y besa dos dedos y los mantiene en el aire. Beso los mismos dos dedos en mi mano y los sostengo en dirección de ella.

—*Rómpete una pierna* —alguien susurra en mi oído. Es Marina, detrás de mí. Sus brazos rápidamente me rodean desde atrás mientras me besa entre mi oído y cuello. Max ve eso y sonríe.

—¡A sus lugares! —dice Linus. Petra no está en ningún lugar visible. Desaparece detrás de las cortinas y no reaparecerá hasta que la presentación haya acabado. Vincent dice que va a algún lugar a caminar de un lado a otro, o a fumar, o a destripar gatitos.

Linus agarra mi muñeca.

—Willem —dice. Me giro para mirarlo. Me da un ligero asentimiento y asiente. Asiento de vuelta—. Músicos, ¡adelante! —comanda Linus en su auricular.

Los músicos comienzan a tocar. Tomo mi lugar al lado del escenario.

—Luz blanca uno, adelante —dice Linus.

Las luces estallan. El público calla.

Linus—: Willem, ¡adelante!

Dudo un momento. *Respira,* oigo decir a Kate. Respiro.

Mi corazón martillea en mi cabeza. *Thud, thud, thud*. Cierro los ojos y puedo escuchar el tic-tac del reloj de Lulu, es como si estuviera todavía con él. Me detengo y escucho los dos antes de subir al escenario.

Y entonces el tiempo simplemente se detiene. Es un año y un día. Una hora y veinticuatro. Es el tiempo, pasando, todo a la vez.

Los últimos tres años se solidifican en este momento, en mí, en Orlando. Este joven carente, perdiendo un padre, sin familia, sin hogar. Esta Orlando, que nace de esta Rosalind. Y a pesar de que estos dos sólo se han conocido unos momentos, reconocen algo en el otro.

—La poca fuerza que tengo, me gustaría que estuviera con usted —dice Rosalind, rasgándolo todo ampliamente.

¿Quién cuida de ti? preguntó Lulu, rasgándome ampliamente.

—Usa esto por mí —dice Marina como Rosalind, entregándome la cadena alrededor de su cuello.

Seré tu chica de la montaña y cuidaré de ti dijo Lulu, momentos antes de que tomara el reloj de su muñeca.

El tiempo pasa. Sé que debe ser así. Entro al escenario, salgo del escenario. Hago lo que debo hacer, alcanzo mis niveles. El sol se hunde en el cielo y luego cae en el horizonte y las estrellas salen, los focos se encienden, los grillos cantan. Lo siento pasar mientras estoy a la deriva aquí. Sólo estoy aquí, ahora. Este momento. En este escenario. Soy Orlando, entregándome a Rosalind. Y soy Willem, también, entregándome a Lulu, de la manera en que debería haber hecho hace un año, pero no pude.

—Deberías preguntarme qué hora del día: no hay reloj en el bosque —le digo a mi Rosalind.

Lo olvidaste, el tiempo ya no existe, tú me lo diste —le digo a mi Lulu.

Siento el reloj en mi muñeca ese día en París, lo oigo marcando en mi cabeza ahora mismo. No puedo apartarlos, el año pasado, este año. Ellos son uno y el mismo. Entonces es ahora. Ahora es cuando.

—Entonces no quiero curarme —mi Orlando le dice a la Rosalind de Marina.

—Yo os curaré si me llamáis Rosalind —responde Marina.

Yo cuidaré de ti prometió Lulu.

—Por mi honra, y muy encarecidamente, y que Dios me ampare, por todos los juramentos que no son peligrosos —dice la Marina de Rosalind.

Yo escapé del *peligro* dijo Lulu.

Ambos lo hicimos. Algo pasó ese día. Aún sigue pasando. Está pasando en este escenario. Sólo fue un día y sólo ha pasado un año. Pero tal vez un día es suficiente. Tal vez una hora es suficiente. Tal vez el tiempo no tenga nada que ver con ello.

Gentil muchacho, ¡ojalá pudiera convenceros de que amo! —le dice Orlando a Rosalind.

Define el amor pidió Lulu. *¿Cómo sería estar manchado?*

Así, Lulu.

Sería justo así.



Y entonces ha terminado. Como una gran ola rompiendo en una orilla, el aplauso estalla y estoy aquí, en este escenario, rodeado por las sonrisas sorprendidas y encantadas de mis compañeros de reparto. Nos estamos agarrando las manos y haciendo una reverencia y Marina me está sacando hacia delante a nuestra llamada a escena y luego camina a un lado haciendo un gesto para que yo camine por delante y lo hago y los aplausos se hace cada vez más fuertes.

Entre bastidores, es una locura. Max está gritando. Y Marina está llorando y Linus está sonriendo, pero sus ojos siguen dirigiéndose hacia la entrada lateral por donde Petra salió hace horas. La gente me rodea, me da palmaditas en la espalda, ofreciéndome

felicitaciones y besos y estoy aquí, pero no estoy, estoy todavía en un extraño limbo donde no existen los límites del tiempo y el lugar y las personas, puedo estar aquí y en París, donde puede ser ahora y entonces, cuando yo soy yo y también Orlando.

Trato de permanecer en este lugar mientras me cambio de ropa, quito el maquillaje de mi cara. Me miro en el espejo y trato de digerir lo que acabo de hacer. Se siente completamente irreal, y como la cosa más verdadera que he hecho. La verdad y su opuesto. Arriba en el escenario, interpretando un papel, dejándome al descubierto.

La gente se reúne a mí alrededor. Hay charlas, de fiestas, celebración, una fiesta del elenco de esta noche, a pesar de que el show no termina hasta dos semanas más y celebrar ahora es técnicamente mala suerte. Pero parece que todo el mundo ha renunciado a la suerte esta noche. Hacemos la nuestra.

Petra viene detrás del escenario, con cara de piedra y sin decir una palabra. Camina junto a mí. Va directamente a Linus.

Dejo la parte de atrás del escenario y salgo por la puerta que sirve como puerta al escenario. Max está a mi lado, saltando arriba y abajo como un cachorro exuberante.

—Así que, ¿Marina es una besadora decente? —pregunta.

—Estoy seguro de que estaba contenta de no estar besando a Jeroen, —dice Vincent, y me río.

En el exterior, escaneo el área buscando a mis amigos. No estoy muy seguro de quién estará aquí. Y entonces oigo mi nombre.

—¡Willem! —dice de nuevo.

Es Kate, corriendo hacia mí, algo borroso de dorado y rojo. Mi corazón parece expandirse mientras salta a mis brazos y damos vueltas.

—Lo hiciste. Lo hiciste. ¡Lo lograste! —murmura en mi oído.

—Lo hice. Lo hice. Lo hice. —repito, riendo con alegría y alivio y asombro a la dirección que este día ha tomado.

Alguien le da un golpecito en el hombro—. Se le ha caído algo.

—Oh, claro. Tus flores —dice Kate, inclinándose para recoger un ramo de girasoles—. Por tu impresionante debut.

Tomo las flores.

—¿Cómo te sientes? —pregunta.

No tengo una respuesta, no hay palabras. Sólo me siento lleno. Trato de explicar, pero luego Kate interrumpe:

—¿Como si acabaras de tener el mejor sexo del mundo? —Y me río. Sí, algo así. Tomo su mano y la beso. Ella enrosca un brazo alrededor de mi cintura.

—¿Listo para conocer a tu adorado público? —pregunta.

No lo estoy. En este momento, sólo quiero disfrutar de esto. Con la persona que ayudó a hacer que sucediera. Guiándola con la mano, la llevo a un banco tranquilo bajo un mirador e intento de alguna manera articular lo que acaba de suceder.

—¿Cómo sucedió eso? —Es todo lo que puedo pensar en preguntar.

Toma mis manos entre las suyas.

—¿Realmente necesitas preguntar eso?

—Creo que sí. Se sentía como algo de otro mundo.

—Oh, no —dice, riendo—. Creo en la musa y todo, pero no voy a atribuir esa actuación a uno de tus accidentes. Fuiste todo tú allá arriba.

Lo fue. Y no lo fue. Debido a que no estaba solo allí.

Nos sentamos allí por un poco más de tiempo. Siento todo mi cuerpo zumbando, temblando. Esta noche es perfecta.

—Creo que tus compañeros están esperando —dice Kate, señalando detrás de mí. Me doy la vuelta y ahí están Broodje, Henk, W, Lien, y algunas otras personas, que nos miran con curiosidad. Tomo a Kate de la mano y se las presento a los chicos.

—Vienes a nuestra fiesta, ¿no? —pregunta Broodje.

—¿*Nuestra* fiesta? —le pregunto.

Broodje se las arregla para parecer un poco avergonzado.

—Es difícil deshacer una fiesta en corto tiempo.

—Sobre todo porque ahora se ha invitado a los actores, y aproximadamente la mitad de la audiencia —dice Henk.

—¡Eso no es cierto! —dice Broodje—. Ni la mitad. Sólo un par de canadienses.

Pongo los ojos en blanco y se ríen.

—Está bien. Vamos.

Lien se ríe y toma mi mano.

—Voy a dar las buenas noches. Uno de nosotros debería ser coherente mañana. Es un día movido. —Besa a W. Luego a mí—. Bien hecho, Willem.

—Voy a seguirla fuera del parque —dice Kate—. Esta ciudad me confunde.

—¿No vienes? —le pregunto.

—Tengo algunas cosas que tengo que hacer primero. Vendré más tarde. Mantén la puerta abierta para mí.

—Siempre —le digo. La beso en la mejilla y susurra a mi oído—: sabía que podías hacerlo.

—No sin ti —le digo.

—No seas tonto. Sólo necesitabas una charla motivacional.

Pero no me refiero a la charla. Sé que Kate cree que tengo que comprometerme, a no confiar en los accidentes, a tomar el volante. Pero si no nos hubiéramos conocido en México, ¿estaría aquí ahora? ¿Fue accidente? ¿O destino?

Por enésima vez esta noche, estoy de vuelta con Lulu, en la barcaza de Jacques, la improbabilidad de llamarse *Viola*. Ella me contó la historia de la doble felicidad y estábamos discutiendo sobre el significado. Ella había pensado que significaba la suerte del chico al conseguir el trabajo y a la chica. Pero yo no estaba de acuerdo. Era la pareja acoplándose, las dos mitades encontrándose. Era amor.

Pero tal vez los dos estábamos equivocados, y los dos teníamos razón. No era ni la suerte *o* el amor. No era el destino *o* la voluntad.

Tal vez para la doble felicidad, necesitas ambas.

Cuarenta y Nueve

Traducido por Flochi

En el interior del piso, hay un completo caos. Más de cincuenta personas, del elenco, de Utrecht, incluso viejos amigos de la escuela de mis días en Ámsterdam. No tengo idea cómo Broodje sacó a tantas personas con tanta rapidez.

Max se lanza sobre mí tan pronto como entra por la puerta, seguida por Vincent.

—Diablos —dice Max.

—¡Podrías haber mencionado que podías actuar! —agrega Vincent.

Sonrío.

—Me gusta preservar un poco el misterio.

—Sí, bueno, todos en el elenco están malditamente encantados —dice Max—. Excepto por Petra. Ella está molesta como siempre.

—Solo porque su suplente acaba de joder completamente a su estrella. Y ahora tiene que decidir si poner a un inepto, y me refiero tanto literal y figurativamente, estrella, o dejar que nos lleves a casa —dice Vincent.

—Decisiones, decisiones —agrega Max—. No mires ahora pero Marina te está dando la mirada de *fóllame* nuevamente.

Todos miramos.

Marina me está mirando con fijeza y sonriendo.

—Y ni siquiera lo niegues, a menos que sea *a mí* a quien quiera follar —dice Max.

—Regreso enseguida —le digo a Max. Me acerco a donde Marina está parada junto a la mesa que Broodje ha convertido en la barra. Ella tiene una jarra de algo en la mano.

—¿Qué tienes ahí? —pregunto.

—No estoy muy segura. Uno de tus compañeros me lo dio, me prometió que no tendría resaca. Voy a tomarle la palabra.

—Ese es tu primer error.

Pasa un dedo a lo largo de la parte superior del borde.

—Tengo la sensación de que ha pasado mucho tiempo desde que cometí mi primer error. —Le da un trago a su bebida—. ¿Estás bebiendo?

—Ya me siento borracho.

—Ten. Ponte al día.

Me entrega su vaso y le doy un sorbo. Saboreo el tequila que Broodje ahora ama, mezclado con otras bebidas con sabor a naranja,

—Sí. Nada de resaca con esto. Definitivamente no.

Ella ríe, me toca el brazo.

—No voy a decirte lo estupendo que estuviste esta noche. Probablemente ya estás cansado de escucharlo.

—¿*Alguna vez* te cansaste de escucharlo?

Sonríe.

—No. —Mira a la distancia—. Sé lo que dije hoy más temprano, después del espectáculo, pero todas las reglas parecen poder ser rotas hoy… —Deja sin terminar la oración—. Así que, ¿tres semanas pueden hacer mucha diferencia?

Marina es sexy, hermosa e inteligente. Y también está equivocada. Tres semanas pueden hacer toda la diferencia. Lo sé porque un solo día puede hacer toda la diferencia.

—Sí —le digo a Marina—. Pueden.

—Oh —dice, sonando sorprendida, un poco herida. Después—: ¿Estás con alguien más?

Esta noche en el escenario, sentí que así era. Pero *era* un fantasma. Shakespeare está lleno de ellos.

—No —le digo.

—Oh, acabo de verte, con esa mujer. Luego del espectáculo. No estaba segura.

Kate. La necesidad de verla se siente como algo urgente. Porque lo que quiero es tan claro para mí ahora.

Me disculpo con Marina y me abro camino a empujones a través del piso, pero no hay rastro de Kate. Voy abajo para ver si la puerta sigue abierta. Lo está. Me choco con la Sra. Van der Meer otra vez, paseando con su perro.

—Lamento todo el ruido —le digo.

—Está bien —dice. Mira hacia arriba—. Solíamos tener fiestas salvajes aquí.

—¿Vivió aquí cuando estaba ocupado ilegalmente? —pregunto, intentando reconciliar a la *vrouw*[26] de mediana edad con los jóvenes anarquistas que he visto en fotos.

—Oh, sí. Conocí a tu padre.

—¿Cómo era él entonces? —No sé por qué estoy preguntando eso. Bram nunca fue un hueso duro de roer.

Pero la respuesta de la Sra. Van der Meer me sorprende.

—Era un joven un poco melancólico —dice. Y entonces sus ojos parpadean hacia arriba en dirección al piso, como si lo estuviera viendo allí—. Hasta que tu madre apareció.

Su perro tironea de la correa y se marcha, dejándome reflexionar sobre lo mucho que sé y que no sé de mis padres.

[26] **Vrouw:** Mujer.

Cincuenta

Traducido por Brendy Eris

El teléfono está sonando. Y estoy durmiendo.

Lo busco a tientas. Está al lado de mi almohada.

—Hola —murmuro.

—Willem —dice Yael tragando un jadeo—. ¿Te he despertado?

—¿Ma? —le pregunto. Espero sentir el pánico habitual pero nada viene. En cambio, hay algo más, un residuo de algo bueno. Me froto los ojos y todavía está ahí, flotando como niebla: un sueño que estaba teniendo, uno bueno.

—Hablé con Mukesh. Hizo su magia. Puede sacarte lunes, pero tenemos que reservar ahora. Pero será un boleto con fecha de retorno abierta esta vez. Ven por un año. Y luego decides que hacer.

Mi cabeza está confusa por la falta de sueño. La fiesta se prolongó hasta las cuatro. Y caí dormido a las cinco. El sol ya había salido. Poco a poco la conversación de ayer con mi madre vuelve a mí. La oferta que hizo. Cuánto lo quería. O que hice. Algunas cosas que no sabes que quieres hasta que se han ido. Otras cosas que crees que quieres, pero no entiendes que ya las tienes

—Ma— le digo. —No voy a volver a la India.

—¿No lo harás? — Hay curiosidad en su voz, y decepción, también.

—Yo no pertenezco a ese lugar.

—Perteneces a donde yo pertenezco.

Es un alivio, después de tanto tiempo, oírle decir eso. Pero yo no creo que sea cierto. Estoy agradecido de que ella haya formado un nuevo hogar para ella en la India, pero no es donde yo estoy destinado a estar.

Irse a lo grande e ir a casa

—Voy a actuar, Ma— le digo. Y lo siento. La idea, el plan, totalmente formado desde la noche anterior, tal vez desde mucho más tiempo. La urgencia de ver a Kate, quien nunca se presentó en la fiesta, pasando a través de mí. Es una oportunidad que no voy a dejar pasar a través de mis dedos. Esto es algo que necesito—. Voy a actuar —repito—. Porque soy un actor.

Yael ríe.

—Por supuesto que sí. Lo llevas en la sangre. Al igual que Olga.

El nombre es inmediatamente familiar.

—¿Te refieres a Olga Szabo?

Hay una pausa. Puedo sentir su sorpresa a través de la línea.

—¿Saba te ha hablado de ella?

—No. Encontré las fotos. En el ático. Quería preguntarle acerca de ellas, pero no lo hice, porque he estado ocupado… —dejo de hablar—. Y porque en realidad nunca hablamos de estas cosas.

—No. Nunca lo hicimos, ¿verdad?

—¿Quién era ella?¿ La novia de Saba?

—Ella era su hermana —responde ella. Y debería estar sorprendido, pero no lo estoy. No, en absoluto. Son como las piezas de un rompecabezas que se juntan.

—Habría sido su tía abuela —continúa Yael—. Él siempre decía que ella era una actriz increíble. Estaba destinada a ir a Hollywood. Pero luego vino la guerra y no sobrevivió.

No sobrevivió. Sólo Saba lo hizo.

—¿Era Szabo su nombre artístico? — le pregunto.

—No. Szabo era el apellido de Saba antes de emigrar a Israel y Hebreified. Muchos europeos hicieron eso.

Para distanciarse, creo. Yo entiendo eso. A pesar de que realmente no podía distanciarse. Todas aquellas películas mudas, que hizo. Los fantasmas los tenía a raya, y los mantuvo cerca.

Olga Szabo, mi tía abuela. La hermana de mi abuelo, Oskar Szabo, quien se convirtió en Oskar Shiloh, padre de Yael Shiloh, esposa de Bram de Ruiter, hermano de Daniel de Ruiter, que pronto será padre de Abraão de Ruiter.

Y así como así, mi familia vuelve a crecer.

Cincuenta y Uno

Traducido por soñadora

Cuando salgo de mi habitación, Broodjie y Henk están recién levantándose y están viendo el desorden como generales de ejército que acaban de perder una batalla importante.

Broodje se gira a mi, su cara contorsionada en perdón.

—Lo siento. Puedo limpiarlo todo después. Pero prometimos que veríamos a W a las diez para ayudarlo a mudarse. Y vamos tarde.

—Creo que me enfermare —dice Henk.

Broodje levanta una botella de cerveza, dos tercios llenos de colillas de cigarrillos.

—Puedes enfermarte *después* —dice—. Le hicimos una promesa a W. —Broodje me mira—. Y a Willy. Limpiaré el departamento después. Y el vomito de Henk, lo que aguantará por ahora.

—No te preocupes por eso —le digo—. Yo limpiaré todo. ¡Arreglaré todo!

—No tienes que ser tan entusiasta sobre ello —dice Henk, balanceándose y sobando sus sienes.

Tomo las llaves del mostrador.

—Lo siento —digo, sin sentir nada. Voy a la puerta.

—¿Adonde vas? —dice Broodje.

—¡A tomar el volante!



Estoy desbloqueando mi bicicleta cuando suena mi teléfono. Es ella. Kate.

—Te he llamado la última hora —digo—. Iré a tu hotel.

—¿Mi hotel, ah? —dice. Oigo la sonrisa en su voz.

—Me preocupaba que te fueras. Y tengo una propuesta para ti.

—Bueno las propuestas *son* mejor en persona. Pero siéntate bien porque en realidad estoy camino hacia ti. Por eso llamaba. ¿Estás en casa?

Pienso en el departamento, Broodje y Henk en calzoncillos, el increíble desorden. El sol está afuera, realmente afuera, por primera vez. Sugiero que nos veamos en el parque en su lugar.

—Al otro lado de la calle. Donde estuvimos ayer —le recuerdo.

—¿Proposición rebajada de hotel a parque, Willem? —bromea—. No se si sentirme halagada u ofendida.

—Sí, tampoco yo.

Voy directo al parque y espero, sentado en uno de los bancos cerca del arenero. Un niño y una niña pequeños están discutiendo sus planes para un fuerte.

—¿Puede tener cien torres? —pregunta el niño. La niña dice—: Creo que veinte es mejor. —Entonces el niño pregunta—: ¿Podemos vivir ahí para siempre? —La niña mira al cielo un momento y dice—. Hasta que llueva.

Para cuando llega Kate, han hecho avances significativos, cavando un pozo y construyendo dos torres.

—Siento tardar tanto —dice Kate sin aliento—. Me perdí. Esta ciudad tuya, corre en círculos.

Comienzo a explicar sobre los canales concéntricos, el centro siendo un cinturón que iba alrededor de la ciudad. Ella me detiene.

—No te molestes, soy un caso perdido. —Se sienta junto a mí—. ¿Alguna noticia de la Señora Directora?

—Completo silencio.

—Eso suena ominoso.

Me encojo de hombros.

—Quizás. No puedo hacer nada. De todos modos, tengo un nuevo plan.

—Oh —dice Kate, agrandando aún más sus ya grandes ojos verdes—. ¿Lo tienes?

—Lo tengo. De hecho, de eso se trata mi proposición.

—La trama compleja.

—¿Qué?

Ella sacude la cabeza.

—No importa. —Cruza sus piernas, se inclina a mí—. Estoy lista. Proponme.

Tomo su mano.

—Quiero que tú —hago una pausa— seas mi directora.

—¿Eso no es un poco como darse la mano después de hacer el amor? —pregunta.

—Lo que pasó anoche —comienzo— pasó gracias a tí. Y quiero trabajar contigo. Quiero estudiar con Ruckus. Ser un aprendiz.

Los ojos de Kate van a los míos.

—¿Como sabes sobre los aprendices? —suelta.

—Pude haber revisado tu página web unas cientos de veces. Y sé que mayormente trabajan con americanos, pero crecí hablando inglés, actúo en inglés. La mayor parte del tiempo sueño en inglés. Quiero hacer Shakespeare. En inglés. Quiero hacerlo. Contigo.

La sonrisa ha desaparecido del rostro de Kate.

—No sería como anoche, Orlando o algún escenario mayor. Nuestros aprendices hacen todo. Construyen escenografía. Hacen la técnica. Estudian. Actúan en ensamble. No digo que no harás protagónicos algún día, no decantaría eso después de anoche. Pero tomaría un tiempo. Y, hay temas de la visa para considerar, sin mencionar de la unión, así que no podrías llegar esperando el estrellato. Y le dije a David que necesita conocerte.

Miro a Kate y estoy por decir que no esperaría eso, que sería paciente, qué sé construir cosas. Pero me detengo porque se me ocurre que no necesito *convencerla* de nada.

—¿Donde crees que estuve anoche? —pregunta—. Estaba esperando que David volviera de su *Medea,* así podía contarle de ti. Luego arregle que el pusiera su trasero en un avión para que pudiera verte esta noche antes de que el inválido volviera. Esta

en camino, de hecho. Tengo que ir pronto al aeropuerto a buscarlo. Después de estos problemas, mejor que te pongan de nuevo, o si no, tendrás que hacer un solo para él.

Ella ríe.

—Bromeo. Pero Ruckus es una pequeña operación as que tomamos estas decisiones en comunidad. Es otra cosa para la que debes estar preparado, lo disfuncionales y co dependientes que somos. —Ella tira sus brazos—. Pero todas las familias lo son.

—Así que, espera. ¿Ibas a invitarme?

La sonrisa vuelve.

—¿Había dudas? Pero me complace demasiado, Willem, que me lo hayas pedido *tú* a *mí*. Me muestra que has estado prestando atención, que es lo que un director quiere en un actor. —Ella golpea su sien—. Además, muy inteligente mudarte a los Estados Unidos. Bueno para tu carrera pero también es de donde es tu Lulu.

Pienso en la carta de Tor, el arrepentimiento y recriminación idos. Me busco. La busqué. Y anoche, en algún extraño modo, nos encontramos.

—Eso no es por lo que quiero ir —le digo a Kate.

Ella sonría.

—Lo sé. Solo bromeo. Aunque creo que realmente iras a Brooklyn. Tiene mucho en común con Ámsterdam. Los árboles y arbustos, la tolerancia amorosa a la excentricidad... creo que te sentirás en casa.

Cuando ella dice eso un sentimiento me invade. De pausas, descanso, de todos los relojes del mundo haciendo silencio.

Casa.

Cincuenta y Dos

Traducido por Itorres

Pero la casa de Daniel. Eso es un desastre.

Cuando regresé, los chicos se habían ido, y había basura por todas partes. Luce de la manera en que Bram utiliza para describir los viejos tiempos, antes de que Yael llegara y pusiera orden.

Hay botellas y ceniceros, platos y cajas de pizza y cada plato parece sucio y desechado. Todo el lugar huele a cigarrillos. No es sin duda un lugar en el que un bebé debe vivir. Estoy momentáneamente paralizado, sin saber por dónde empezar.

Pongo un CD de Adam Wilde, ese cantante y compositor que Max y yo fuimos a ver hace unas semanas. Y luego comienzo. Vacío las botellas de cerveza y vino, y los pongo en una caja para reciclarlas. A continuación, vacío los ceniceros y los enjuago. A pesar de que ya hay un lavavajillas, lleno el fregadero con agua caliente y jabón y limpio todos los platos sucios, y luego los seco. Abro las ventanas para ventilar el lugar, y el sol y el aire fresco entra soplando.

Al mediodía, ya he recogido las botellas, tirado las colillas de cigarrillos, lavado y secado los platos, desempolvado y aspirado. Está casi tan limpio como estaba en su mejor día con Daniel, sin embargo, para cuando él llegue a casa con Abraão y Fabiola, voy a tenerla impecable. Lista.

Hago un café. Reviso mi teléfono para ver si hay alguna noticia de Linus, pero está descargado, muerto. Lo conecto, acomodando el café en mi estantería. El sobre está todavía allí, con las fotos mías, de Yael, Bram, Saba, Olga. Corro mi dedo por el paquete, sintiendo el peso de la historia en su interior. Dondequiera que voy, estas vienen conmigo.

Miro el teléfono. Aún muerto, pero pronto se sabrá algo acerca de Linus y Petra. Una parte de mí piensa que debo estar despedido. Ese tiene que ser el precio a pagar por la última noche de triunfo, y está bien porque es un precio que estoy dispuesto a pagar.

Pero otra parte de mí está perdiendo la fe que la ley universal del equilibrio funciona de esta manera.

Vuelvo a la sala. El CD Adam Wilde ya se está repitiendo y las canciones están empezando a ser bastante familiares que sé que voy a ser capaz de escucharlo cuando no lo esté escuchando.

Miro alrededor de la habitación. Acolchono los cojines y me acuesto en el sofá. Debo estar en suspenso, esperando noticias acerca de esta noche, pero siento todo lo contrario. Es como ese momento de pausa, cuando salgo de una estación de tren o la estación de autobuses o el aeropuerto en una nueva ciudad y no hay nada más que la posibilidad.

A través de la ventana abierta, se oyen los sonidos disonantes de la ciudad, de las campanas del tranvía y timbres de bicicleta y el rugido de un ocasional jet por encima, a la deriva y se mezclan con la música y me hacen dormir.

Por tercera vez en un día, me despierto con el sonido del teléfono. Al igual que esta mañana cuando Yael llamó, tengo la misma sensación, de estar en otro lugar, en algún lugar correcto.

El timbre se detiene. Pero yo sé que debe ser Linus. *Mi destino*, lo había llamado Marina. Pero no es mi destino, es sólo acerca de esta noche. Mi destino depende de mí.

Entro en mi habitación y tomo el teléfono. Fuera de la ventana, escalando a través de las nubes veo la parte de debajo de un jet KLM blanco y azul. Me imagino en un avión, volando de Ámsterdam, sobre el Mar del Norte, a lo largo de Inglaterra e Irlanda, más allá de Islandia y Groenlandia y bajando hasta Terranova y a lo largo de la costa este, en Nueva York. Me siento un idiota, oigo el derrape de las ruedas cuando tocan el suelo, la explosión de aplausos de los pasajeros. Debido a que todos nosotros, estamos agradecidos por haber llegado por fin.

Miro el teléfono. Está lleno de textos de felicitación de la noche anterior, y un mensaje de voz de Linus.

—Willem, puedes por favor llamar a la mayor brevedad posible —dice.

Tomo una respiración profunda, preparándome para lo que tiene que decir. En realidad no importa. Me fui a lo grande y ahora voy a casa.

Justo cuando Linus contesta hay un leve golpe en la puerta principal.

—Hola, hola… —hace eco de la voz de Linus.

Hay otro golpe, esta vez más fuerte. ¿Kate? ¿Broodje? Le digo a Linus que lo llamaré. Cuelgo el teléfono. Abro la puerta. Y una vez más, el tiempo se detiene.

Estoy sorprendido. Y no lo estoy. Ella es justo como la recuerdo. Y completamente transformada. Una desconocida. Y alguien que conozco. *La verdad y su opuesto son dos caras de la misma moneda*, oigo decir a Saba.

—Hola Willem —dice ella—. Mi nombre es Allyson.

Allyson. Digo que el nombre en mi cabeza y el valor de los recuerdos y fantasías y conversaciones unilaterales de un año se repasan y actualizan. No Lulu. Allyson. Un nombre fuerte. Un nombre sólido. Y de alguna manera, un nombre familiar. Todo en ella parece familiar. Yo conozco a esta persona. Soy conocido de esta persona. Es entonces que entiendo lo que estaba soñando esta mañana, quién ha estado sentado a mi lado en el avión todo el tiempo.

Allyson entra.

La puerta se cierra detrás de ella. Y por un momento, ellos están en la habitación con nosotros. Yael y Bram, hace treinta años. Toda su historia corre por mi cabeza, porque es nuestra historia también. Sólo ahora me doy cuenta, que era una historia incompleta. Debido a que no importa cuántas veces lo contó, Bram nunca me dijo lo importante. Qué pasó durante esas tres primeras horas juntos en el auto.

O tal vez sí lo hizo, pero sin palabras. Con su acción.

—Y entonces la besé. Como si la hubiera estado esperando todo ese tiempo —diría mi previamente melancólico padre, siempre con asombro en su voz.

Yo había pensado que lo maravilloso era por los accidentes. Pero tal vez no lo era. Tal vez la maravilla era la mancha. Tres horas en un auto, fue todo lo que necesitó. Y dos años más tarde, allí estaba ella.

Tal vez él se sintió abrumado, como yo estoy abrumado, por esa misteriosa intersección donde el amor se junta con la suerte, donde el destino se cumple. Debido a que él había estado esperando por ella. Y allí estaba ella.

Así que él la besó.

Beso a Allyson.

Completo la historia que nos precedió, y al hacerlo, comienzo una para nosotros.

Felicidad doble: Ahora lo entiendo.

囍

Fin

Sobre la Autora



Gayle Forman, nacida el 5 de junio de 1970, es una escritora y periodista americana que se ha especializado en la denuncia social, sobre todo la que afecta a los más jóvenes. Ha trabajado como periodista para *Glamour*, *Elle*, *Cosmopolitan*, *Seventeen* y *The New York Times Magazine*.

En 2002, ella y su esposo Nick hicieron un viaje alrededor del mundo del que obtuvo una gran cantidad de experiencias e información que más tarde le sirvieron como base para su primer libro: *Un diario de viaje Usted no puede llegar allí desde aquí: un año en las márgenes de un mundo que se encoge* (*You can't get there from here: a year on the fringes of a shrinking world,* 2005).

En 2007 publicó su primera novela para adultos jóvenes, *Sisters in sanity*. Su novela más reciente, *Si decido quedarme* (*If I Stay*, 2009), que ya se ha convertido en un gran éxito editorial, se ha traducido a veintisiete idiomas y será llevada al cine. Gayle reside en Brooklyn, Nueva York con su esposo e hija.


Bookzinga